



El imperio de los vencidos

SAGA LA ESPADA DE LA VERDAD 16

TERRY GOODKIND

RESUMEN

En su lucha por convencer al imperio de Bandakar de que se libere del yugo de la Orden Imperial, Richard resulta envenenado por uno de sus habitantes. Mientras el veneno consume su vida y su don le produce atroces dolores, Richard deberá enfrentarse a un ser maligno que parece conocer todos sus movimientos y que, por si eso fuera poco, le ha arrebatado a Kahlan.

El tiempo se acaba. O bien el don o bien el veneno acabarán matándole y él debe encontrar y liberar a Kahlan antes de que eso suceda.

1

—¿Qué crees? —preguntó Kahlan.

Un viento helado tiraba de las ropas de Richard y Kahlan mientras se acurrucaban bien juntos en el borde de un espeso bosquecillo de piceas. Jirones de nubes bajas pasaban veloces por su lado. Gruesos copos de nieve danzaban en las frías ráfagas de aire. Las orejas de Richard ardían bajo el entumecedor frío.

Richard sacudió la cabeza.

—No sé. —Echó una ojeada detrás de ellos, de vuelta al refugio que proporcionaban los árboles—. Owen, ¿estás seguro de que no sabes lo que es? ¿No tienes la menor idea?

Las arremolinadas nubes formaban un ominoso telón de fondo a la imponente estarna colocada en lo alto de la cresta.

—No, lord Raid. Nunca he estado aquí antes. Ninguno de nosotros recorrió nunca esta ruta. No sé lo que podría ser. A menos... —Sus palabras se desvanecieron en el gemido del viento.

—¿A menos qué?

Owen se echó hacia atrás, retorciendo un botón de su abrigo mientras dirigía una mirada a la mord-sith que tenía a un lado, y a Tom y Jennsen, que estaban al otro.

—Existe una predicción... que procede de aquellos que nos dieron nuestro nombre y nos protegieron sellando el paso. Se nos enseña que, cuando dieron a nuestro imperio su nombre, también nos dijeron que un día un salvador vendría a nosotros.

Richard quiso preguntarle exactamente de que creía él que necesitaban que los salvaran... si habían vivido en una sociedad tan ilustrada en la que estaban a salvo de los «salvajes incultos del resto del mundo». En su lugar, hizo una pregunta más sencilla que creyó que Owen podría ser capaz de responder.

—¿De modo que crees que quizá ésa es una estatua de él, de vuestro salvador?

Owen se removió inquieto y finalmente encogió los hombros.

—No es simplemente un salvador. La predicción también dice que nos destruirá.

Richard miró al hombre con el entrecejo fruncido, esperando que aquello no fuera a ser otra de sus enrevesadas creencias.

—Vuestro salvador os va a destruir... Eso no tiene sentido.

Owen se apresuró a darle la razón.

—Lo sé. Nadie lo comprende.

—Quizá lo que quiere decir es que alguien vendrá a salvar a vuestro pueblo —sugirió Jennsen—, pero fracasará y por lo tanto acabará destruyéndolo en el intento.

—Tal vez. —El rostro de Owen se contrajo por el desagrado de tener que contemplar tal resultado.

—Quizá —sugirió Cara con tono sombrío— significa que ese hombre vendrá y, tras ver a tu gente, hallará que no es digna de ser salvada... —se inclinó hacia Owen— y decidirá destruirla en su lugar.

Owen, a la vez que alzaba los ojos para mirar fijamente a Cara, pareció estar considerando las palabras de esta como una posibilidad real, en lugar de como el sarcasmo que Richard sabía que eran.

—No neo que ese sea el significado —le dijo Owen por fin tras una concienzuda consideración, y se volvió hacia Richard—. Veréis, la predicción, tal y como se nos ha enseñado, dice, primero, que un hombre vendrá que nos destruirá. Luego sigue diciendo que él es quien nos salvará.

—«Vuestro destructor vendrá y os redimirá» —citó Owen—. Así es como se nos han enseñado las palabras, cómo se las dijeron a mi gente cuando nos instalaron detrás de este paso.

—«Vuestro destructor vendrá y os redimirá.» —repitió Richard, e inspiró pacientemente—. Lo que fuera que decía en un principio probablemente se ha ido confundiendo y embrollando a medida que se iba transmitiendo. Probablemente ya no se parece en nada a la cita original.

En lugar de mostrarse en desacuerdo, como Richard esperaba, Owen asintió.

—Algunos creen, como vos decís, que con el paso del tiempo es posible que las palabras auténticas se hayan perdido, o confundido. Otros creen que el mensaje se ha transmitido intacto y que tiene un significado impórtame. Los hay que piensan que la predicción quería decir únicamente que vendrá un salvador. Otros piensan que sólo significa que vendrá un destructor.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Richard.

Owen hizo girar el botón del abrigo hasta que Richard pensó que éste acabaría por desprenderse.

—Creo que la predicción quiere decir que vendrá un destructor... y creo que ese es Nicholas, de la Orden... y que luego vendrá un salvador y nos salvará. Creo que ese hombre sois vos, lord Rahl. Nicholas es nuestro destructor. Vos sois nuestro salvador.

Richard sabía por el libro que la profecía no funcionaba con aquellas personas, con los Pilares de la Creación.

—Lo que tu gente cree que es una predicción —dijo Richard— probablemente no sea más que un viejo proverbio con el que la gente se ha acabado haciendo un lio.

Owen se mantuvo firme, si bien algo vacíleme.

—Se nos ha enseñado que esto es una predicción. Se nos ha enseñado que aquellos que nos dieron el nombre nos contaron esta predicción y que querían que se transmitiera para que todos conociésemos su existencia.

Richard suspiró, una larga nube de aliento.

—¿Así que crees que ahí arriba hay una estatua mía, puesta ahí hace miles de años por los que os protegieron detrás del límite? ¿Cómo iban a saber ellos, mucho antes de que yo naciera, qué aspecto tendría yo para poder hacer una estatua mía?

—«La auténtica realidad conoce todo lo que será» —dijo Owen recitando de memoria, y forzó una media sonrisa mientras volvía a encogerse de hombros—. Al fin y al cabo, hizo que esa estatua pequeña que encontrasteis se pareciese a vos.

Nada contento de que le recordaran eso, Richard se apartó del hombre. Habían hecho que la pequeña figura se pareciese a él mediante magia conectada al límite, y, posiblemente, a un mago muerto en el inframundo.

Richard escudriñó el cielo, las laderas rocosas que rodeaban la línea de los árboles. No vio ninguna señal de vida. La estatua —todavía no podían distinguir por completo lo que era— descansaba a lo lejos, encima de una elevación rocosa carente de árboles. Quedaba aún una buena ascensión hasta llegar al borde del paso, a la estatua.

A Richard no le iba a gustar si al final resultaba que era una estatua suya.

Ya no le gustaba lo más mínimo que el segundo faro de advertencia estuviese dirigido a él. Lo ligaba a una responsabilidad, a un deber, que ni quería ni podía llevar a cabo.

No tenía ni idea de cómo restituir el sello que aislaba Bandakar. Zedd había creado en una ocasión límites que posiblemente eran similares al que había habido allí abajo, en el Viejo Mundo: pero incluso Zedd había usado magia que había encontrado en el Alcázar. Tales hechizos los habían creado antiguos magos poseedores de un poder y conocimiento inmensos sobre tales cosas. Zedd le había dicho que ya no existían más de tales hechizos.

Richard, desde luego, no tenía ni idea de cómo invocar un conjuro que pudiese crear tal límite. Es más, no veía cómo podía servir de nada incluso aunque supiese cómo. Lo que realmente había sido liberado de Bandakar al dejar de funcionar el límite era la característica de nacer sin el menor rastro del don; que era el motivo de que los hubiesen desterrado a todos allí, para empezar. La Orden Imperial estaba ya usando a mujeres de Bandakar para dejar a la humanidad sin el don. No había modo de saber hasta qué punto se había extendido ya aquella característica. Embarazando a las mujeres, como parecía que estaban haciendo, en la actualidad, habría más niños que carecerían totalmente del don, niños a los que se inculcaría las doctrinas de la Orden.

Cuando empezaran a usar a los hombres para engendrar, el número de tales niños aumentaría en gran manera. Una mujer podía tener un hijo cada año. En el mismo tiempo, un hombre podía engendrar gran número de hijos que llevaran esa característica de carecer del don. No obstante el credo de la Orden sobre el altruismo, daba la impresión de que todavía no habían estado dispuestos a sacrificar a sus mujeres a tal tarea. Violar a las mujeres de Bandakar y proclamar que era por el bien de la humanidad no era ningún problema para los hombres de la Orden. Para los hombres que gobernaban la Orden Imperial entregar a sus propias mujeres para que sirviesen de animales de cría, sin embargo, era algo bastante distinto.

Richard no dudaba de que al final empezarían a usar a sus propias mujeres para ese propósito, pero eso llegaría más tarde. Entre tanto, la Orden probablemente no tardaría en usar a todas las mujeres capturadas y retenidas como esclavas para tal propósito, entregándolas a hombres de Bandakar para que criaran. La conquista del Nuevo Mundo por parte de la Orden les proporcionaría muchas más mujeres.

Mientras que en tiempos remotos los que vivían en el Nuevo Mundo intentaron impedir que aquella característica se extendiera entre los hombres. La Orden Imperial haría todo lo que pudiera para acelerar el proceso.

—Richard —preguntó Kahlan en voz baja, de modo que los otros, que estaban más atrás, entre los árboles, no la oyeran—, ¿qué crees que significa que el segundo faro de advertencia, el dirigido a ti, se esté volviendo negro como la piedra noche? ¿Crees que es para mostrarle el tiempo que le queda para conseguir el antídoto?

Puesto que acababan de encontrarlo, él no había pensado demasiado sobre ello. Aun así, sólo podía interpretarlo como una advertencia funesta. La piedra noche estaba ligada a los espíritus de los muertos... al inframundo.

Podría ser, cómo sugería Kahlan, que el oscurecimiento estuviese pensado para indicarle cómo se iba apoderando de él el veneno, y que se estaba quedando sin tiempo. No obstante, por varios motivos, no creía que ésa fuese la explicación.

—No lo sé con seguridad —le respondió por fin—, pero no creo que sea una advertencia sobre el veneno. Creo que el hecho de que la estatua se esté volviendo negra indica, que el don me está fallando, que está empezando a matarme lentamente, que el inframundo, el mundo de los muertos, me envuelve poco a poco con su mortaja.

La mano de Kahlan ascendió por el brazo de su esposo, en un gesto de consuelo a la vez que de preocupación.

—Eso es también lo que yo pensaba. Esperaba que argumentaras en contra. Eso significa que el don puede ser un problema mayor que el veneno... si, después de todo, ese mago muerto usó el faro para advertirte sobre ello.

Richard se preguntó si la estatua situada en la cresta del paso tendría alguna respuesta. Él ciertamente no tenía ninguna. Para llegar hasta allí arriba y verlo, tendrían que abandonar la protección del bosque y viajar a campo abierto.

Richard se dio la vuelta e hizo señas a los demás para que se adelantaran.

—No creo que las criaturas vayan a esperarnos aquí —dijo cuando se reunieron a su alrededor—. Si realmente conseguimos perderlas no sabrán adonde fuimos, en qué dirección, de modo que no sabrán que deben buscarnos aquí. Creo que podemos conseguir subir allí arriba sin que las criaturas, y por lo tanto Nicholas, lo sepan.

—Además —indicó Tom—, con esas nubes bajas abrazando la mayoría de las montañas, puede que no sean capaces de buscar.

—Puede —repuso Richard.

Se hacía tarde. En las lejanas montañas un lobo aulló. En otra ladera, al otro lado de una profunda hendidura en las montañas, un segundo lobo respondió. Seguro que había más de dos.

Las orejas de *Betty* se irguieron a la vez, que se apretaba contra Jennsen.

—¿Y si Nicholas usa alguna otra cosa? —preguntó Jennsen.

Cara se sujetó la rubia trenza mientras oteaba los bosques.

—¿Algo más?

Jennsen se envolvió mis en su capa cuando el viento intentó abrírsele.

—Bueno, si puede mirar a través de los ojos de una de esas criaturas voladoras, entonces tal vez pueda mirar a través de los ojos de otra cosa.

—¿Quieres decir un lobo? —preguntó Cara—. ¿Crees que ese lobo que oíste podría ser él?

—No lo sé —admitió Jennsen.

—Si puede mirar a través de los ojos negros de las criaturas, quizá podría mirar con la misma facilidad a través de los ojos de un ratón —dijo Richard.

Tom se apartó de la frente los rubios cabellos azotados por el viento mientras dirigía una mirada cautelosa al cielo.

—¿Por qué creéis que siempre usa a las criaturas, entonces?

—Probablemente porque son más capaces de cubrir grandes distancias —respondió Richard—. Al fin y al cabo, le costaría muchísimo localizarnos con un ratón.

»Más que eso, no obstante, creo que le gusta estar con tales seres, que le gusta pensar que forma parte de un depredador poderoso. Al fin y al cabo, nos está dando caza.

—¿Entonces crees que sólo tenemos que preocuparnos por las criaturas? —preguntó Jennsen.

—Creo que él preferirá observar a través de ellas, pero ése no es su fin, sólo el medio —repuso él—. Va tras de Kahlan y de mí. Puesto que cogernos es su propósito, creo que recurrirá a cualquier medio. Podría muy bien mirar a través de los ojos de un ratón incluso si eso le ayudara a cogernos.

—Si su finalidad es cogernos —dijo Cara—, entonces Owen está ayudando a sus propósitos al llevaros hacia él.

Richard no podía discutirle aquello. Por el momento, no obstante, tenía que secundar los deseos de Owen. Pero, muy pronto, Richard tenía intención de hacer las cosas a su manera.

—Por ahora —dijo Richard —, todavía está intentando localizarnos, así que espero que seguirá con las criaturas aladas, ya que pueden cubrir grandes distancias. Pero, puesto que he matado a criaturas de esas con flechas, debe de ser consciente de que nosotros sospechamos que alguien nos observa a través de los ojos de éstas. A medida que nos

acercuemos más a él, no veo motivo para que en el futuro no pudiese usar otra cosa para que no sepamos que nos observa.

Kahlan pareció alarmada ante la idea.

—¿Quieres decir, algo tomo un lobo, o, o... no sé, quizás un búho?

—Búho, paloma, gorrión... Si tuviese que adivinar, yo diría que hasta que nos encuentre usará un pájaro.

Kahlan se acurrucó más pegada a él, usando el cuerpo de su esposo para abrigarse contra el viento. Estaban tan arriba en las montañas que ya empezaban a encontrar nieve. Por lo que Richard había visto del Viejo Mundo, éste por lo general parecía tener un clima demasiado cálido para que nevase. La aparición de nieve en aquella época del año sólo podía darse en las montañas más imponentes.

Richard indicó con un ademán los helados copos que se arremolinaban en el aire.

—Owen, ¿hace frío en invierno en Bandakar? ¿Os nieva?

—Los vientos descienden por nuestro lado de las montañas, del norte, creo. En invierno hace frío. —Cada par de años, nos nieva un poco, pero no dura mucho. Por lo general en invierno llueve más. No comprendo por qué nieva aquí, ahora, en verano.

—Se debe a la altura —respondió Richard tranquilamente mientras estudiaba las laderas que se alzaban a cada lado.

Más arriba aún, la capa de nieve era espesa, y en algunos lugares, donde el viento amontonaba ventisqueros en salientes, resultaría traicionera. Intentar cruzar laderas tan escarpadas y cubiertas de nieve sería peligroso, en el mejor de los casos. Por suerte, se acercaban al punto más alto al que tendrían que ascender para cruzar al otro lado del paso, de modo que no tendrían que atravesar gruesas capas de nieve. El viento glacial, no obstante, les hacía sentirse abatidos.

—Quiero saber que es esa cosa —dijo finalmente Richard, indicando a la estatua de la elevación.

Pascó la mirada por los demás para ver si alguien se oponía. Nadie lo hizo.

—Y quiero saber por qué está ahí.

—¿Creéis que deberíamos aguardar a que oscureciera? —preguntó Cara—. La oscuridad nos ocultará mejor.

Richard negó con la cabeza.

—Las criaturas deben de poder ver muy bien en la oscuridad; al fin y al cabo, es entonces

cuando cazan. Si se me da a elegir, casi prefiero estar a campo abierto durante el día, cuando puedo verlas venir.

Sujetó el arco bajo la pierna y lo dobló lo suficiente para colocarle la cuerda. Sacó una flecha de la aljaba de cuero que llevaba al hombro y la colocó, sujetándola en reposo sobre el arco con la mano izquierda. Oteó el ciclo, comprobando las nubes, y buscando cualquier señal de aquellas aves. No podía fiarse de las sombras entre los árboles, pero en el cielo no había ninguna de aquellas criaturas.

—Creo que será mejor que nos pongamos en camino. —La mirada de Richard se paseó por el rostro de todos, asegurándose de que prestaban atención—. Andad sobre las rocas siempre que podáis. No quiero dejar un rastro en la nieve que Nicholas pueda distinguir a través de los ojos de las criaturas.

Asintiendo para indicar que entendían, todos marcharon tras él, en fila india, pasando sobre las rocas. Owen, delante de la siempre vigilante mord-sith, no dejaba de mantener la vista puesta en el cielo. Jennsen y *Betty* observaban los bosques situados a los lados. Bajo las fuertes ráfagas de aire, todos se encorvaron para defenderse del viento y de las cortantes punzadas de cristales de hielo que les azotaban el rostro. Con aquel tiempo resultaba agotador trepar por la empinada pendiente. A Richard las piernas le ardían por el esfuerzo y los pulmones por el efecto del veneno.

Recorriendo con la mirada las paredes de roca que se alzaban hacia las nubes a ambos lados, Richard no vio ningún otro camino que no fuese el paso. Quizá podía darse un rodeo por las imponentes montañas, pero sería un viaje tremendamente difícil, y penoso. Incluso así, no estaba realmente seguro de que fuera posible.

En algunos lugares, mientras ascendían penosamente por el borde de la empinada elevación, podía ver, al fondo a través de resquicios en las paredes de roca, la luz del sol al otro lado del paso.

Ninguno de ellos hablaba mientras ascendían. De vez en cuando tenían que detenerse para recuperar el aliento. Todos mantenían la vista fija en el tormentoso cielo. Richard divisó unos cuantos pájaros pequeños a lo lejos, pero nada que fuese muy grande.

A medida que se aproximaban a la cima, siguiendo una ruta serpenteante para evitar escalar paredes rocosas. Richard conseguía fugaces visiones de la estatua, colocada sobre una sólida base de granito.

Desde la elevada posición estratégica sobre el paso, pudo ver que la roca a cada lado de la elevación descendía en forma de escarpados precipicios. El desfiladero que había a cada lado finalizaba en paredes verticales que deberían de tener cientos de metros. Cualquier ruta que pudiera bifurcarse más abajo, tendría que converger antes de ascender esta elevación. Por la configuración del terreno, le quedaba claro que éste era el único modo de cruzar toda aquella sección del paso.

Advirtió que cualquiera que se acercase a Bandakar por esa ruta tendría que ascender por

aquella cresta y que, inevitablemente, irían a parar al monumento.

Mientras superaba el último tramo entre los peñascos cubiertos de nieve. Richard consiguió por fin contemplar toda la estatua.

Y desde luego guardaba el paso. Aquello era un centinela.

La noble figura colorada en lo alto de una enorme base de granito estaba sentada mientras custodiaba, vigilante, el paso. En una mano la figura sostenía con indiferencia una espada desenvainada, la punta descansando sobre el suelo. Parecía vestir armadura de cuero, con la esclavina descamando sobre el regazo. La postura vigilante del centinela proporcionaba a este una presencia decidida. La clara impresión era que la figura estaba colocada para rechazar lo que había más allá.

La piedra estaba desgastada por siglos de inclemencias meteorológicas, pero aquel desgaste no había erosionado el poder que emanaba de la escultura. Aquella figura había sido tallada, y colocada, con un propósito. Que estuviera en medio de ninguna parte, en la cima de un paso montañoso que ya no se usaba y un sendero posiblemente abandonado después de que se colocara aquello allí, la hacía, para Richard, aún más fascinante.

Él había esculpido piedra, y sabía lo que costaba hacer una creación como aquella. No era lo que podía decirse una obra refinada, pero irradiaba fuerza. Sólo mirarla le ponía la carne de gallina.

—Al menos no se parece a ti —dijo Kahlan.

Al menos.

Pero que aquella cosa llevara allí lo que podrían muy bien ser miles de años era inquietante.

—Lo que me gustaría saber —le dijo Richard— es por qué el segundo faro estaba allí abajo, en aquella cueva, y no aquí arriba.

Kahlan compartió con él una mirada significativa.

—Si Jennsen no hubiese hecho lo que hizo, jamás lo habrías encontrado.

Richard paseó alrededor de la base de la estatua, buscando... no sabía qué. Casi en cuanto empezó a mirar, lo vio, en la parte frontal de la base, en lo alto de una de las molduras decorativas, un curioso vacío en la nieve. Parecía como si algo hubiese estado colocado allí y luego lo hubiesen quitado. Era una especie de huella, algo delator.

A Richard le pareció que el hueco le resultaba familiar. Sacó el faro de advertencia de la mochila y comprobó la forma de la parte inferior. Confirmado lo que pensaba, colocó la figura de sí mismo en ese hueco de la base. Encajaba a la perfección.

La pequeña figura había estado allí, con la estatua.

—¿Cómo creéis que acabó abajo, en la cueva? —preguntó Cara con voz suspicaz.

—A lo mejor cayó —propuso Jennsen—. Hace mucho viento aquí arriba. A lo mejor el viento la hizo caer y rodó colina abajo.

—Y se las arregló para rodar a través del bosque sin que la detuviera un árbol, y luego, con toda pulcritud —dijo Richard—, rodó justo al interior de la pequeña abertura de la cueva, y luego se quedó atrapada en la roca, cerca de donde tú, por casualidad, acabaste atrapada.

Jennsen pestañeó, asombrada.

—Si lo pones de ese modo...

De pie en la cima del paso, frente a la estatua, justo donde el faro de advertencia había estado, y ahora volvía a estar, Richard pudo ver que el lugar dominaba el acceso a Bandakar. Las montañas que impedían la visión a ambos lados eran más formidables que nada que hubiese visto jamás. La elevación donde estaba instalado el centinela daba al camino de acceso al interior del paso situado atrás entre aquellos imponentes picos cubiertos de nieve. Pese a hallarse a considerable altura, se encontraban solo en las estribaciones de aquellas montañas.

La estatua no miraba al frente, como podría haberse esperado de un guardián, sino que más bien, su mirada inmutable se dirigía un poco a la derecha. A Richard le pareció un tanto extraño. Se preguntó si a lo mejor se había hecho con la intención de mostrar a aquel centinela con la vista puesta en todo, en toda amenaza potencial.

De pie donde estaba, justo enfrente de la base de la estatua, frente al lugar donde se encontraba el faro de advertencia, Richard miró a la derecha, en la dirección en la que miraba el hombre de la estatua.

Pudo ver el acceso del paso ascendiendo entre las montañas. Más allá, a lo lejos, distinguió bosques inmensos al oeste, y más allá de eso, las montañas bajas y yermas que habían cruzado.

Y pudo ver una abertura en aquellas montañas.

Los ojos del hombre de la estatua estaba fijos en lo que Richard veía en aquellos momentos.

—Queridos espíritus... —musitó.

—¿Qué es?—preguntó Kahlan—. ¿Qué ves?

—Los Pilares de la Creación.

Kahlan, de pie junto a Richard, bizqueó para mirar a lo lejos. Desde la base de la estatua dominaban los accesos por el oeste. Parecía como si pudiese ver a medio mundo de distancia. Pero no podía ver lo que él veía.

—No puedo ver los Pilares de la Creación —dijo.

Richard se inclinó hacia ella, y apuntó con su brazo.

—Ahí. Esa depresión más oscura en la extensión de terreno llano.

Richard veía mejor a distancia que ella. Todo resultaba más bien nebuloso estando tan lejos.

—Puedes reconocer dónde se encuentra por los puntos de referencia, ahí... —indicó a la derecha, y luego un poco a la izquierda— y ahí. Esas montañas más oscuras que son un poco más altas que el resto tienen una forma única. Sirven como buenos puntos de referencia para que puedas encontrar cosas.

—Ahora que las señalas, puedo ver el terreno por el que viajamos. Reconozco esas montañas.

Parecía sorprendente. Pudo ver, extendido a lo lejos, el inmenso páramo que había más allá de la cordillera de montañas yermas e, incluso aunque no pudo distinguir los detalles del terrible lugar, pudo ver la depresión más oscura en el valle. Aquella depresión eran los Pilares de la Creación.

—Owen —preguntó Richard—, ¿a qué distancia está ese paso de tus hombres... los hombres que se ocultaban contigo en las colinas?

Owen pareció desconcertado por la pregunta.

—Pero lord Rahl, yo nunca he estado en esta parte del paso antes. No he visto nunca esta estatua. No he estado cerca de aquí antes. Sería imposible para mí saber tal cosa.

—No es imposible —dijo Richard—. Si sabes cómo es tu hogar, deberías ser capaz de reconocer algún punto de referencia que haya a su alrededor; igual que yo pude mirar en dirección oeste y ver la ruta que recorrimos para llegar aquí. Pasea la mirada por esas montañas que hay al otro lado del paso y mira a ver si reconoces algo.

Owen, con expresión escéptica, acabó de ascender hasta quedar detrás de la estatua y atisbó en dirección este. Permaneció de cara al viento durante un rato, con la mirada fija. Señaló una montaña a lo lejos, a través del paso.

—Creo que conozco ese lugar. —Pareció atónito—. Conozco la forma de esa montaña. Parece un poco distinta desde este punto, pero creo que es el sitio que conozco. —Se

protegió los ojos de las ráfagas de aire mientras miraba largamente en dirección este, y volvió a señalar—. ¡Y ese lugar! ¡Conozco ese lugar también!

Regresó corriendo junto a Richard.

—Teníais razón, lord Rahl. Puedo ver lugares que conozco. —Miró a lo lejos mientras musitaba para sí—. Puedo decir dónde está mi casa, incluso a pesar de que no he estado aquí. Solamente viendo lugares que conozco.

Kahlan nunca había visto a nadie tan estupefacto ante algo tan simple.

—En ese caso —lo animó Richard—, ¿a qué distancia crees que están tus hombres de aquí? Owen volvió a mirar.

—Hay que cruzar esa zona baja, luego rodear aquella ladera por la derecha... —Se volvió hacia Richard—. Nos hemos estado ocultando en el territorio próximo a donde había estado el sello que aislaba nuestro imperio, donde nadie va jamás porque está cerca del lugar donde merodea la muerte, cerca del paso. Yo diría que haya tal vez, todo un día de marcha desde aquí. —De improviso se mostró vacilante—. Pero me equivoco al tener confianza en lo que me dicen mis ojos. Podría simplemente estar viendo lo que mi mente quiere que vea. Puede no ser real.

Richard cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en la base de granito de la estatua mientras fijaba la mirada a lo lejos, en dirección a los Pilares de la Creación, haciendo caso omiso de la duda de Owen. Conociendo a Richard como lo conocía, Kahlan imaginó que debía de estar considerando sus opciones.

De pie junto a él, hizo intención de recostarse contra la base de la estatua, pero se detuvo para retirar primero la nieve que había junto al lugar donde descansaba el faro de advertencia. Mientras apartaba la nieve con la mano, vio que había palabras talladas en lo alto de la moldura.

—Richard... mira esto.

Él se giró y luego empezó a retirar a toda prisa más de aquella nieve. Los demás se apelotonaron alrededor, intentando ver que había escrito en la base de la estatua. Cara, al otro lado de Richard, pasó la mano para limpiar toda la repisa.

Kahlan no pudo leerlo. Estaba en un idioma que no conocía, pero que creyó reconocer.

—¿D'haraniano culto? —preguntó Cara.

Richard asintió, mientras estudiaba las palabras.

—Esto debe de ser un dialecto muy antiguo —dijo, medio para sí mientras lo inspeccionaba, intentando descifrarlo—. Y no estoy familiarizado con él. Quizá porque éste es un lugar muy lejos de todo.

—¿Qué dice? —quiso saber Jennsen mientras se asomaba desde detrás de Richard, entre él y Kahlan—. ¿Puedes traducirlo?

—Es difícil de entender —farfulló Richard, y se echó los cabellos hacia atrás con una mano, luego pasó los dedos de la otra por encima de las palabras.

Finalmente se irguió y echó una mirada a Owen, que estaba a un lado de la base, observando.

Todos aguardaron mientras Richard volvía a bajar la mirada hacia las palabras.

—No estoy seguro —dijo por fin—. Las frases son extrañas... —Alzó los ojos hacia Kahlan—. No puedo estar seguro. Nunca antes había visto d'haraniano culto escrito de este modo. Siento como si debiera saber qué dice, pero no consigo captarlo del todo.

Kahlan no sabía si él no podía estar seguro, o si no quería traducir delante de los demás.

—Bueno, a lo mejor si reflexionas sobre ello durante un rato, podría venir a ti —sugirió, intentando darle un modo de posponerlo por el momento.

Richard no aceptó su oferta. En su lugar golpeó con un dedo las palabras a la izquierda del faro de advertencia.

—Esta parte está un poco más clara. Creo que dice algo como «Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado...»

Se pasó una mano por la boca mientras consideraba el resto de las palabras.

—No estoy tan seguro sobre el resto —dijo por fin—. Parece que dice: «pues al otro lado está el mal: aquellos que no pueden ver».

—Por supuesto —masculló Jennsen con furiosa comprensión.

Richard se pasó los dedos por los cabellos.

—No estoy en absoluto seguro de haberlo entendido bien. Hay algo que no tiene sentido. No estoy seguro de haberlo entendido bien.

—Lo has entendido perfectamente bien —dijo Jennsen—. Aquellos que no pueden ver la magia. Esto lo colocaron las personas con el don que encerraron a esas personas lejos del resto del mundo. —Sus llameantes ojos se llenaron de lágrimas—. Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado, pues al otro lado está el mal; aquellos que no pueden ver la magia. Eso es lo que significa, aquellos que no pueden ver la magia.

Nadie lo discutió. Por unos instantes, sólo se oyeron las ráfagas de viento sobre el terreno descubierto.

—No estoy seguro de que sea eso, Jenn —le dijo Richard con dulzura.

Ella cruzó los brazos y se dio la vuelta, mirando con odio en dirección a los Pilares de la Creación.

Kahlan podía comprender cómo se sentía. Kahlan sabía lo que era verse rechazada por casi todo el mundo, excepto por aquellos que eran como uno. Muchas personas creían que las Confesoras eran monstruos. Si se le diera la oportunidad, Kahlan estaba segura de que gran parte de la humanidad no tendría el menor inconveniente en encerrarla por el hecho de ser una Confesora.

Pero que pudiese comprender cómo se sentía Jennsen no significaba que Kahlan pensase que la joven tenía razón. La cólera de Jennsen para con aquellos que desterraron a aquellas personas estaba justificada, pero su cólera para con Richard y los demás no lo estaba.

Richard volvió su atención a Owen.

—¿Cuántos hombres tienes esperando en las colinas a que regreses?

—No llegan a cien.

Richard suspiró, decepcionado.

—Bueno, si eso es todo lo que tienes, entonces es todo lo que tienes. Tendremos que conseguir más hombres más adelante.

»Por ahora, quiero que vayas a buscar a esos hombres. Tráelos aquí, a mí. Esperaremos aquí tu regreso. Esta será nuestra base, aquí idearemos un plan para sacar a la Orden de Bandakar. Acamparemos ahí abajo, en esos árboles, donde se está bien protegido.

Owen miró pendiente abajo, hacia donde Richard indicaba, y luego a lo lejos, en dirección a su tierra. Su turbada mirada reprobatoria regresó a Richard.

—Pero, lord Rahl, sois vos quien debéis darnos la libertad. ¿Por qué no os limitáis a venir conmigo para reuniros con mis hombres si queréis verlos?

—Porque creo que éste será un lugar más seguro que aquel en el que están ahora, donde la Orden probablemente sabe que están escondidos.

—Pero la Orden no sabe que hay hombres escondidos, ni dónde están.

—Os engañáis. Los hombres de la Orden son brutales, pero no estúpidos.

—Si realmente saben dónde están, entonces ¿por qué la Orden no ha ido a buscarlos?

—Lo harán —dijo Richard—. Cuando les convenga, lo harán. Tus hombres no son una

amenaza, así que los miembros de la Orden no tienen prisa para capturados. Más tarde o más temprano lo harán, no obstante, porque no querrán que nadie piense que se puede escapar al dominio de la Orden.

»Quiero a tus hombres fuera de allí, los quiero aquí. Quiero que la Orden piense que se han ido, que crea que han huido, de modo que no vayan tras ellos.

—Bueno —dijo Owen, reflexionando—, supongo que eso estaría bien.

Tom montaba guardia cerca de la esquina opuesta de la base de la estatua, dejando espacio a Jennsen para que estuviera sola. La muchacha parecía furiosa y él daba la impresión de pensar que era mejor dejarla en paz. Tom parecía como si se sintiera culpable por haber nacido con la chispa del don que le permitía ver la magia, aquella misma chispa que poseían los que habían desterrado a la gente que era como Jennsen.

—Tom —dijo Richard—, quiero que vayas con Owen.

Los brazos de Jennsen se descruzaron mientras giraba en dirección a Richard.

—¿Por qué quieres que vaya él? —Repentinamente sonaba muchísimo menos enojada.

—Es cierto —dijo Owen—. ¿Por qué tendría que ir él?

—Porque —respondió Richard— quiero asegurarme de que tú y tus hombres regresáis aquí. Necesito el antídoto, ¿recuerdas? Cuantos más hombres tenga aquí, conmigo, que sepan dónde está, mucho mejor. Los quiero a salvo, lejos de la Orden, por ahora. Como tiene los cabellos rubios y ojos azules, Tom se confundirá con los habitantes de tu país. Si os tropezáis con soldados de la Orden pensarán que es uno de vosotros. Tom se asegurará de que todos consigáis llegar aquí.

—Pero podría ser peligroso —objetó Jennsen.

Richard clavó en ella su mirada desafiante. No dijo nada. Simplemente aguardó para ver si ella se atrevería a justificar sus objeciones. Finalmente, ella miró en otra dirección.

—Imagino que tiene sentido —admitió por fin.

Richard devolvió su atención a Tom.

—Quiero que traigas algunos pertrechos. Y me gustaría usar tu destal mientras estés fuera, si te parece bien.

Tom asintió y extrajo el destal de su mochila. Al acercarse más a él para tomar la pequeña hacha, Richard empezó a enumerar una lista de cosas que quería que el otro buscara; herramientas concretas, madera de tejo, cola para piel, bramante, cuero, y otras cosas que Kahlan no pudo oír.

Tom se colgó los pulgares en el cinturón.

—De acuerdo. Dudo que lo encuentre todo enseguida. ¿Queréis que busque lo que no pueda encontrar antes de que regrese?

—No. Lo necesito todo; pero necesito más a esos hombres de vuelta aquí. Obtén lo que esté a mano y luego regresa aquí con Owen y sus hombres tan pronto como sea posible.

—Conseguiré lo que pueda. ¿Cuándo queréis que partamos?

—Ahora. No tenemos un momento que perder.

—¿Ahora? —preguntó Owen incrédulo—. Oscurecerá en una hora o dos.

—Puedo necesitar ese par de horas —dijo Richard—. No las malgastéis.

Kahlan pensó que lo decía pensando en el veneno, pero podía haber tenido el don en mente. Comprendía lo mucho que sufría por el dolor de cabeza que le provocaba el don. Anheló tomarlo en sus brazos, confortarlo, pero no podía hacer que todo simplemente desapareciera; tenían que hallar soluciones. Echó una ojeada a la pequeña efígie de Richard sobre la base de la estatua. La mitad de la figura estaba tan oscura como una piedra de noche, tan oscura y muerta como la zona más profunda del inframundo.

Tom se echó la mochila al hombro.

—Cuidad de ellos por mí, ¿queréis, Cara? —preguntó con un guiño, y ella le sonrió indicando su asentimiento—. Os veré en unos pocos días, entonces.

Les dijo adiós con la mano, su mirada entreteníéndose en Jennsen, antes de conducir a Owen hacia el otro lado de la estatua y en dirección al país de éste.

Cara cruzó los brazos y dirigió una mirada a Jennsen.

—Eres una idiota si no vas y le das un beso para desearle un buen viaje.

Jennsen vaciló, dirigiendo los ojos hacia Richard.

—Yo he aprendido a no discutir con Cara —dijo éste.

La muchacha sonrió y corrió al otro lado de la cresta para alcanzar a Tom antes de que se hubiese ido. *Betty*, al extremo de una larga cuerda, correteó para seguirla.

Richard introdujo la pequeña figura de sí mismo en su mochila antes de recoger su arco del lugar donde estaba apoyado contra la estatua.

—Será mejor que bajemos hacia los árboles y acampemos.

Richard, Kahlan y Cara iniciaron el descenso en dirección al seguro escondite que proporcionaban las enormes coníferas. Ya habían estado tiempo más que suficiente a campo abierto, pensaba Kahlan. Era sólo cuestión de tiempo que las criaturas vinieran en su busca; que Nicholas se pusiera a buscarlos.

A pesar del frío que hacía arriba, en el paso, Kahlan sabía que no podían atreverse a encender un fuego. Las criaturas podían divisar el humo y encontrarlos. En su lugar necesitaban construirse un refugio. Kahlan deseó que pudiesen encontrar un pino refugio que los protegiera y ocultara para pasar la noche, pero no había visto ninguno en el Viejo Mundo y desearlo no iba a hacer que creciera uno.

Mientras pisaba con cuidado sobre las rocas, evitando la nieve para no dejar huellas, comprobó las oscuras nubes. Siempre era posible que la temperatura subiese un poco, y que lloviese. Incluso aunque no fuese así, sería una noche fría y deprimente.

Jennsen, con *Betty* detrás, regresó, alcanzándolos cuando descendían zigzagueando entre las empinadas quebradas de los salientes. El viento era cada vez más frío, la nieve un poco más espesa.

Cuando llegaron a una zona más llana, Jennsen agarró el brazo de Richard.

—Richard, lo siento. No es mi intención enfadarme contigo. Sé que tú no desterraste a esas personas. Sé que no es culpa luya. —Tensó la cuerda de *Betty* y enrolló el cabo—. Simplemente me irrita que a esas personas las tratasen de ese modo. Soy como ellas, y por lo tanto eso me irrita.

—El modo en que fueron tratados debería enojarte —dijo Richard mientras empezaba a alejarse—, pero no porque tú compartas un atributo con ellos.

Desconcertada por sus palabras, incluso mostrándose un poco dolida, Jennsen no se movió.

—¿A qué te refieres?

Richard se detuvo y se volvió hacia ella.

—Así es como piensa la Orden Imperial. Así es como piensa el pueblo de Owen. Es una creencia que concede cierto prestigio, o el manto de la culpa, a todos aquellos que comparten alguna característica o atributo.

»La Orden Imperial desearía que creyeses que tu virtud, tu valor primordial, o incluso tu maldad, proviene totalmente de haber nacido en un grupo, que el libre albedrío es o bien impotente o bien inexistente. Quieren que creas que todas las personas son simplemente miembros intercambiables de grupos que comparten unas características y están destinados a vivir según una identidad colectiva, la voluntad del grupo, incapaz de elevarse sobre el mérito individual porque no puede existir tal cosa, sólo el mérito del grupo.

»Cree que las personas sólo pueden elevarse por encima de su condición social en la vida

cuando se las selecciona para concederles un reconocimiento debido a que a su grupo se le debe, y por lo tanto hay que elegir a un representante, un sustituto del grupo, para concederle esa recompensa. Únicamente así creen que se puede dar autoestima al resto de su grupo.

»Pero aquellos a quienes se concede ese reconocimiento o ventaja viven con el incómodo conocimiento de que no es más que una ilusión. Eso jamás proporciona un sincero orgullo porque uno no puede engañarse a sí mismo. En última instancia, debido a que es espurio, la falsa estima concedida por ser parte de un grupo sólo puede mantenerse por la fuerza.

»Este menosprecio de la humanidad, la condena de la Orden de todos y todo lo que sea humano, revela su creencia en la ineptitud del ser humano.

»Cuando diriges tu enojo hacia mí por poseer una característica que tiene otra persona, me declaras culpable de los crímenes de esta. Eso es lo que sucede cuando la gente dice que soy un monstruo porque nuestro padre era un monstruo. Si admiras a alguien simplemente porque crees que su grupo lo merece, adoptas la misma ética corrupta.

»La Orden Imperial dice que ningún individuo debería tener el derecho a lograr algo por sí mismo, a conseguir lo que otro no puede, y por lo tanto hay que despojar a la humanidad de la magia. Dicen que la consecución de un logro siempre es una corrupción porque se sustenta en la maldad del interés personal y por lo tanto los frutos de ese logro están contaminados. Por eso predicán que hay que sacrificar cualquier ganancia en beneficio de aquellos que no se la han ganado. Mantienen que únicamente a través de tal sacrificio pueden purificarse tales frutos.

»Nosotros creemos que la vida individual es lo que tiene valor, y que lo que uno logra le pertenece.

»Únicamente uno mismo puede alcanzar la autoestima para sí mismo. Cualquier grupo que te la ofrezca, o te la exija, trae con él las cadenas de la esclavitud.

Jennsen le miró fijamente durante un buen rato. Finalmente, una sonrisa se extendió por su rostro.

—Siempre quise ser aceptada por lo que era, por mí misma, y siempre consideré injusto que ve me persiguiera por cómo había nacido.

—Por eso —dijo Richard— si quieres estar orgullosa de ti misma por tus logros, no debes permitir que ningún grupo te encadene, y no debes encadenar a otros individuos a uno. Que tu juicio sobre otros se lo ganen éstos.

»Esto significa que no se me debería odiar porque mi padre era malvado, ni se me debería admirar porque mi abuelo es bueno. Tengo derecho a vivir mi propia vida. Tú eres Jennsen Rahl, y tu vida es lo que tú hagas de ella.

Recorrieron el resto del trayecto colina abajo en silencio. Jennsen todavía tenía una mirada

ausente mientras reflexionaba sobre lo que Richard había dicho.

Cuando llegaron a los árboles, a Kahlan le produjo un gran alivio poder introducirse bajo las ramas protectoras de los pinos y aún más cuando penetraron en la aislada protección de las balsaminas, que eran más bajas y espesas. Marcharon a través de espesos matorrales al interior de la silenciosa soledad de los altísimos árboles.

Al poco, llegaron a un lugar donde un afloramiento rocoso ofrecía protección. Sería más fácil construir un refugio en un lugar como aquel con ramas.

Richard usó el destal de Tom para cortar unos cuantos palos de unos pinos jóvenes que colocó contra la pared de roca. Mientras él amarraba los palos juntos con resistentes trozos de raíces que extrajo del suelo cubierto de musgo, Kahlan, Jennsen y Cara empezaron a recoger ramas para crear un lecho seco.

—Richard —preguntó Jennsen mientras arrastraba un haz de balsaminas—, ¿cómo crees que vas a librar a Bandakar de la Orden Imperial?

Richard depositó una gruesa rama sobre los palos y la ató allí con un trozo de áspera raíz de pino.

—No sé si puedo. Mi preocupación primordial es conseguir el antídoto.

Jennsen pareció un poco sorprendida.

—Pero ¿no vas a ayudar a esa gente?

Él le echó una mirada por encima del hombro.

—Ellos me envenenaron. No importa cómo lo disfraces, están dispuestos a asesinarme si no hago lo que desean; si no les hago el trabajo sucio. Creen que somos salvajes, y que están por encima de nosotros. No creen que nuestras vidas valgan tanto... porque no somos miembros de su grupo. Mi primera responsabilidad es para con mi propia vida, conseguir ese antídoto.

—Comprendo lo que quieres decir. —Jennsen le entregó otra rama de balsamina—. Pero todavía pienso que si eliminamos a la Orden aquí, y a ese Nicholas, nos estaremos ayudando a nosotros mismos.

—Puedo darte la razón en eso, y vamos a hacer lo que podamos —repuso Richard con una sonrisa—. Pero para ayudarlos realmente, necesito convencer a Owen y a sus hombres de que deben ayudarse a sí mismos.

Cara lanzó una risotada desdeñosa.

—Eso será un buen truco, enseñar a los corderos a convertirse en lobos.

Kahlan estuvo de acuerdo. Pensaba que convencer a Owen y a sus hombres de que se defendieran ellos mismos sería más difícil que el que ellos cinco librarán a Bandakar de la Orden Imperial por sí solos. Se preguntó qué tendría Richard en mente.

—Bueno —dijo Jennsen—, puesto que estamos todos metidos en esto, que todos vamos a enfrentarnos a la Orden en Bandakar, ¿no creéis que tengo derecho a saberlo todo? ¿Saber porqué vosotros os intercambiáis esas miradas y murmuráis?

Richard clavó los ojos en Jennsen durante un momento antes de volver la mirada a Kahlan.

Kahlan depositó su haz de ramas en el suelo, cerca del refugio.

—Creo que tiene razón.

Richard no pareció muy contento al respecto, pero finalmente asintió y dejó en el suelo la rama de balsamina que sostenía.

—Hace casi dos años, Jagang encontró un modo de usar magia para iniciar una plaga. La plaga en sí misma no era mágica; simplemente era la plaga. Se propagó por las ciudades matando a la gente por decenas de miles. Puesto que aquel infierno había sido iniciado mediante una chispa de magia, encontré un modo de detener la plaga, usando magia.

Kahlan no creyó que una pesadilla como aquélla pudiera ser reducida a una declaración tan simple. Pero por la expresión del rostro de Jennsen, ésta al menos captaba un poco del terror que se había apoderado de todo el país.

—Para que Richard pudiese regresar del lugar al que habla tenido que ir para detener la plaga —explicó someramente Kahlan—, tuvo que contagiarse de la infección. De no haberlo hecho, habría vivido, pero habría vivido solo durante el resto de su vida, y muerto sin volverme a ver a mí ni a nadie. Contrajo la plaga para poder regresar y decirme que me amaba.

Jennsen se la quedó mirando, con ojos como platos.

—¿No sabías que te amaba?

Kahlan sonrió con una amarga sonrisa.

—¿No crees que tu madre regresaría del mundo de los muertos para decirte que te quiere, incluso a pesar de que tú lo sabes?

—Sí, supongo que lo haría. Pero ¿por qué tenías que infectarte para regresar? ¿Y regresar de dónde?

—Era un lugar llamado el Templo de los Vientos, que se encontraba parcialmente en el inframundo. —Richard alzó la mano para indicar el paso—. Algo parecido a ese límite con el mundo de los muertos pero que estaba aquí, en este mundo. Estaba oculto dentro del

inframundo. Debido a que yo tenía que cruzar una especie de límite, a través del inframundo, los espíritus pusieron un precio para que pudiese regresar al mundo de la vida.

—¿Espíritus? ¿Viste espíritus allí? —preguntó Jennsen, y cuando Richard asintió, preguntó—. ¿Por qué tendrían que poner tal precio?

—El espíritu que dictaminó el precio de mi regreso era Rahl el Oscuro.

Jennsen se quedó boquiabierta.

—Cuando encontramos a lord Rahl —dijo Cara—, estaba casi muerto. La Madre Confesora emprendió sola un peligroso viaje a través de la sliph, para encontrar su cura. Consiguió traerlo de vuelta, pero lord Rahl estaba a un paso de la muerte.

—Utilicé la magia que recuperé —repuso Kahlan—. Era algo que tenía el poder de invertir la plaga que la magia le había provocado. La magia que invoqué para hacer eso fueron los tres repiques.

—¿Tres repiques? —preguntó Jennsen—. ¿Qué son?

—Los repiques son magia del inframundo. Invocar su ayuda impide que una persona pase al mundo de los muertos.

»Por desgracia, o quizás por suerte, en aquel momento yo no sabía nada más sobre los repiques. Resulta que fueron creados durante la gran guerra para poner fin a la magia. Los repiques son una especie de seres, pero sin almas. Proceden del inframundo. Anulan la magia en este mundo.

Jennsen pareció confundida.

—Pero ¿cómo pueden hacer tal cosa?

—No sé cómo funcionan exactamente. Pero su presencia en este mundo, puesto que son parte del mundo de los muertos, inicia la destrucción de la magia.

—¿No podéis deshacerlos de los repiques? ¿No podéis encontrar un modo de enviarlos de vuelta?

—Ya me deshice de ellos —dijo Richard—. Pero mientras estuvieron aquí, en este mundo, la magia empezó a fallar.

—Al parecer —siguió Kahlan—, lo que hice ese día cuando invoqué a los repiques al mundo de la vida inició una cascada de acontecimientos que sigue progresando, incluso a pesar de que los repiques han sido enviados de vuelta al inframundo.

—No lo sabemos con seguridad —dijo Richard, más a Kahlan que a Jennsen.

»Richard tiene tazón —indicó Kahlan a Jennsen—, no lo sabemos con seguridad, pero tenemos buenos motivos para creer que es cierto. Ese límite que aislaba Bandakar ha dejado de funcionar. El momento en que sucedió sugeriría que dejó de funcionar no mucho después de que yo liberara a los repiques. Uno de esos errores de los que le hablé, antes. ¿Recuerdas?

Jennsen, mirando fijamente a Kahlan, asintió.

—Pero no lo hiciste para hacer daño a la gente. No sabías que sucedería. No sabías que el límite dejaría de funcionar, que la Orden entraría ahí y maltrataría a esas personas.

—Un realidad no importa mucho, ¿verdad? Yo lo hice. Yo lo provoqué. Debido a mí, la magia podría estar debilitándose. Como resultado de lo que hice, todas esas personas de Bandakar murieron, y otras volverán a hacer lo que hicieron en tiempos remotos: empezarán a reproducirse y a eliminar el don de la humanidad.

»Nos encontramos al límite del final del tiempo de la magia, todo debido a mí, porque hice lo que hice.

Jennsen se quedó allí clavada.

—¿Y por eso lamentas lo que provocaste? ¿Hiciste algo que pondrá fin a la magia?

Kahlan notó el brazo de Richard alrededor de su cintura.

—Solamente conozco un mundo con magia —dijo finalmente—. Me convertí en Madre Confesora, en parte, para proteger a las personas que tenían magia y que eran incapaces de protegerse a sí mismas. También yo soy una criatura de magia; está inextricablemente ligada a mí. Conozco cosas de la magia profundamente bellas que adoro; son una parte del mundo de la vida.

—De modo que temes haba causado el fin de lo que más amas.

—No lo que más amo —sonrió Kahlan—. Me convertí en Madre Confesora porque creo en leyes que protejan a todas las personas, que den a todos los individuos el derecho a vivir su propia vida. No querría que se pusiera fin a la habilidad de un artista para esculpir, o se silenciara la voz de un cantante, o se acallara la mente de una persona. Ni tampoco quiero que a la gente se le arrebatara la habilidad para conseguir lo que pueda con la magia.

»La magia en sí no es la cuestión principal. Quiero que todas las flores en toda mi diversidad, tengan una oportunidad de florecer. También tú eres hermosa, Jennsen. Y quiero que tu también florezcas. Toda persona tiene el derecho a la vida. La idea de que una es mejor que otra es contraria a lo que creo.

Jennsen sonrió ante la mano que Kahlan posó en su mejilla.

—Bien, supongo que en un mundo sin magia, yo podría ser la reina.

Mientras pasaba junto a ella con ramas de balsamina, Cara indicó:

—También las reinas deben inclinarse ante la Madre Confesora. No lo olvides.

3

Entró luz a raudales cuando la tapa de la caja se alzó de improviso. Las oxidadas bisagras chirriaron protestando por cada centímetro que se alzaba. Zedd bizqueó ante la repentina y cegadora luz diurna. Unos brazos fornidos echaron hacia atrás la tapa. De no haber estado un tensada la cadena que llevaba alrededor del cuello. Zedd habría dado un salto ante el atronador estampido que se oyó cuando la pesada tapa cayó hacia atrás, rociándole de tierra y polvillo oxidado.

Entre la brillante luz y el polvo que se arremolinaba en el aire, Zedd apenas podía ver. Tampoco ayudaba que la corta cadena que le rodeaba el cuello estuviese atornillada al centro del suelo de la caja y no le permitiera alzar la cabeza más que unos centímetros. Con las manos atadas con hierro a la espalda, no podía hacer gran cosa, aparte de permanecer tumbado.

Si bien Zedd se veía forzado a yacer allí, sobre el costado, con el cuello cerca del tornillo de hierro, al menos pudo inhalar la repentina ráfaga de aire fresco. El calor en la caja había sido sofocante. En un par de ocasiones cuando se habían detenido a pasar la noche, le habían dado un tazón de agua. Apenas había sido suficiente. A Adie y a él no se les había dado casi nada de comer, pero era agua lo que el más necesitaba. Zedd se sentía como si fuera a morir de sed. Casi no podía pensar en otra cosa que no fuese agua.

Había perdido la cuenta del número de días que había estado encadenado dentro de la caja, pero estaba un tanto sorprendido de ver que seguía vivo. La caja había estado dando tumbos en la parte posterior de un carro durante el transcurso de un viaje largo, llenos de baches, pero veloz. Había supuesto que se le conducía ante el emperador Jagang, y estaba seguro de que lo lamentaría si seguía vivo al final del viaje.

En ocasiones, con el agobiante calor de la caja, había esperado que no tardaría en perder el conocimiento y morir. Hubo momentos en que ansió morir. Estaba seguro de que sumirse en tal sueño fatal sería preferible con mucho a lo que le aguardaba. Sin embargo, no tenía elección; el control que la Hermana ejercía a través del rada'han le impedía estrangularse con la cadena, y resultaba realmente difícil, había descubierto, inducirse a sí mismo la muerte.

Zedd, con la cabeza todavía sujeta al suelo de la caja por la cadena, intentó atisbar arriba, pero sólo pudo ver el cielo. Oyó que otra tapa se abría con gran estruendo. Tosió al flotar sobre él otra nube de polvo. Cuando oyó toser a Adié, no supo si se sentía aliviado al saber que también ella seguía viva, o lamentar que lo estuviera, sabiendo lo que ella, al igual que él, tendría que soportar.

Zedd estaba, en cierto modo, preparado para la tortura a la que sabía que le someterían. Era un mago y había pasado pruebas de dolor. Temía la tortura, pero la soportaría hasta que, finalmente, pusiese fin a su vida. En su debilitado estado, esperaba que no tardase demasiado. En cierto modo, la tortura era como una vieja amistad que volvía para mofarse de él.

Pero temía la tortura a Adié mucho más que la suya. Le horrorizaba por encima de todo la tortura a otras personas. Le horrorizaba pensar que a ella se la sometiese a tal tratamiento.

El carro se estremeció. Un grito escapó de la garganta de Adié cuando un hombre la golpeó.

—¡Muévete, vieja estúpida, para que pueda alcanzar la cerradura!

Zedd pudo oír cómo los zapatos de Adié rascaban el cajón de madera mientras, con las manos atadas a la espalda, intentaba acatar la orden. Por los puñetazos que oyó, el hombre no se sentía contento con los esfuerzos de la mujer. Zedd cerró los ojos, deseando poder cerrar los oídos también.

La parte frontal de la caja que encerraba a Zedd se abrió con un retumbo, dejando entrar más luz y polvo. Una sombra cayó sobre él al acercarse un hombre. Debido a que la cadena le inmovilizaba el rostro contra el suelo. Zedd no pudo verle. Una mano enorme hizo su aparición, encajando una llave en la cerradura. Zedd mantuvo la cabeza todo lo lejos que pudo para dar al hombre el espacio que necesitaba para hacer su trabajo. A cambio de tal esfuerzo, Zedd recibió un fuerte puñetazo en la mejilla. El golpe le dejó los oídos zumbando.

El cerrojo se abrió con un chasquido. El enorme puño del hombre agarró a Zedd por los cabellos y lo arrastró, como un saco de grano, fuera de la caja y en dirección a la parte posterior del carro. Zedd apretó con fuerza los labios, para no gritar mientras sus huesos daban tumbos sobre unos rieles de madera que sobresalían de la plataforma del carromato. Al llegar al borde posterior del vehículo fue arrojado contra el suelo.

Con los oídos zumbándole, la cabeza dando vueltas, Zedd intentó sentarse en el suelo cuando le asestaron una patada, sabiendo que era una orden. Escupió tierra. Con las manos atadas a la espalda tenía dificultades para obedecer. Tras tres patadas, un hombretón le agarró por los cabellos y lo puso en pie.

A Zedd se le cayó el alma a los pies al ver que se encontraban en medio de un ejército de un tamaño asombroso. Aquella oscura masa de humanidad se extendía por el terreno hasta donde alcanzaba su vista. Por lo que parecía, habían llegado.

Por el rabillo del ojo, vio a Adié sentada en el polvo, a su lado, con la cabeza colgando al frente. Tenía un cardenal en la mejilla. No alzó los ojos cuando una sombra cayó sobre ella.

Una mujer con una deslustrada falda larga fue a colocarse ante ellos, distrayendo a Zedd de su evaluación de las fuerzas enemigas. Zedd reconoció el vestido de lana marrón. Era la Hermana de las Tinieblas que les había colocado los collares alrededor del cuello. No

conocía su nombre. Ella nunca lo había dicho. A decir verdad, no les había hablado desde que los encadenaron a las cajas. Se alzaba vigilante ante ellos, ahora, como una estricta institutriz, de niños incorregibles.

El aro que le atravesaba el labio inferior, señalándola como una esclava, según el parecer de Zedd empañaba irrevocablemente su aire de autoridad.

El suelo estaba cubierto de estiércol de caballo, la mayor parte, pero no todo, viejo y seco. Más allá de la Hermana, había caballos estacados aparentemente sin ningún orden entre los soldados. Los caballos que daban la impresión de pertenecer a la caballería estaban bien cuidados. Los de carga no aparecían tan saludables. Entre los caballos y los hombres, carromatos y montones de provisiones salpicaban el paisaje.

El lugar poseía el nauseabundo hedor de las letrinas poco profundas, de caballos, estiércol y el apestoso olor de un asentamiento abarrotado de personas sin apenas higiene. Zedd pestañeó cuando un acre humo de leña procedente de una de las miles de logaras flotó sobre él, irritándole los ojos.

El campamento también estaba plagado de mosquitos y moscas. Las moscas eran lo peor. Las picaduras de los mosquitos escocerían más tarde, pero las moscas escocían nada más picar, y con los brazos atados a la espalda, no había mucho que pudiera hacer al respecto, aparte de sacudir la cabeza e intentar mantenerlas fuera de ojos y nariz.

Los dos soldados que habían liberado a Zedd y Adié de sus cajas permanecían pacientemente a los lados. Más allá de las faldas de la mujer, un campamento inmenso se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había hombres por todas partes, trabajando, descansando, y divirtiéndose. Iban vestidos con una gran diversidad de prendas, desde corazas de cuero, cotas de malla y cinturones claveteados a pieles, Túnicas sucias y pantalones en pleno proceso de descomposición en andrajos. La mayoría de los hombres iba sin afeitar, y todos estaban tan sucios como reclusos salvajes viviendo en insana reclusión. El gigantesco campamento generaba un clamor constante de chillidos, silbidos, voces y risas, tintineo y batir del metal, el repicar de martillos o el ritmo de las sierras, y, atravesándolo todo, el esporádico grito de alguien presa de un dolor atroz.

Tiendas a millares, tiendas de todas clases, como hojas tras un gran vendaval, estaban esparcidas por las suaves ondulaciones del terreno ante las estribaciones de las imponentes montañas que se elevaban al este. Más de una tienda estaba decorada con material obtenido de saqueos; cortinas de tela de algodón a cuadros colgaban en una entrada, una silla pequeña o una mesa estaban colocadas ante una tienda, aquí y allí una prenda de vestir femenina colgaba como una bandera de conquista. Carros, caballos y equipo estaban todos coloreados sin una planificación aparente. Las masas que ocupaban aquella imitación de ciudad, desprovista de un orden mínimo, habían revuelto el suelo hasta convertirlo en polvo fino.

El lugar era el asentamiento de una turba sin control, y sus objetivos únicamente el impulso del momento. Aunque sus líderes tenían fines, aquellos hombres no.

—Su Excelencia ha solicitado la presencia de ambos —dijo la Hermana, bajando la mirada hacia ellos.

Ni Zedd ni Adie dijeron nada. Los hombres los pusieron en pie de malas maneras. Un violento empujón les hizo iniciar la marcha tras la Hermana una vez que está se alejó. Zedd reparó, entonces, en que había más soldados, casi una docena, escoltándolos.

El carro los había descargado al final de una especie de carretera que discurría sinuosa a través del campamento. El final de la calzada, donde había carromatos dispuestos en una hilera, parecía ser la entrada a un campamento interior, probablemente una zona de mando. Los soldados en el exterior de un círculo de guardias fuertemente armados comían, jugaban a los dados, a cartas, hacían trueques con botines obtenidos, contaban chistes, charlaban y bebían mientras contemplaban cómo escoltaban a los prisioneros.

A Zedd se le pasó por la cabeza que si gritaba, proclamando que era él el responsable del hechizo de luz que había matado o herido a tantos de sus camaradas, quizá los hombres se amotinarían, caerían sobre ellos, y los matarían antes de que Jagang tuviera oportunidad de hacer de las suyas.

Abrió la boca para poner a prueba su plan, pero vio que la Hermana echaba una mirada de reojo y descubrió que su voz estaba muda por el control que ejercía la mujer sobre el collar que le rodeaba el cuello. No podría hablar a menos que ella lo permitiera.

Siguiendo a la Hermana, dejaron atrás la inmóvil hilera de carromatos. Había más de una docena de carros de carga todos alineados ante la zona acordonada. Ninguno de los vehículos estaba vacío, todos estaban cargados con cajones.

Con terrible desazón, Zedd comprendió. Los carros tenían los objetos saqueados del Alcázar del Hechicero. Esos carros habían hecho el viaje con ellos, y estaban llenos de las cosas que aquellos hombres sin el don, siguiendo las órdenes de la Hermana, habían sacado del Alcázar. Zedd temía pensar en qué artículos inestimables, de inmenso peligro, descansaban dentro de aquellos cajones. Había cosas en el Alcázar que se convertían en peligrosas para cualquiera en el caso de que fuesen retirados de los escudos que las custodiaban. Había objetos que, si se retiraban de su entorno protector, como la oscuridad, aunque sólo fuese por un breve período de tiempo, perderían su poder.

Guardias cubiertos con capas y capas de pieles, cotas de malla, cuero, y armados con picas terminadas en largas puntas de acero, flanqueadas por afiladas cuchillas aladas, enormes hachas, espadas y mazas de púas rondaban por la zona restringida. Aquellos soldados sombríos eran de mayor tamaño y tenían un aspecto más amenazador que los otros... y esos ya resultaban bastante aterradores. Mientras los guardias especiales patrullaban, siempre vigilantes, los indiferentes soldados de fuera del perímetro seguían con sus cosas.

Los guardias condujeron a la Hermana, a Zedd y a Adie a través de una abertura en una hilera de barricadas de pinchos. Al otro lado estaban las más pequeñas de las tiendas especiales. La mayoría eran redondas y del mismo tamaño. Zedd pensó que aquellas probablemente pertenecían a los ayudantes y esclavos personales del emperador. Zedd se

preguntó si mantenían allí a todas las Hermanas.

Más adelante, la visión palaciega de las magníficas tiendas del emperador y su séquito se alzaba bajo la luz del atardecer. Sin duda algunas de aquellas cómodas tiendas dispuestas alrededor del complejo central, en el interior del anillo de tiendas para sirvientes y asistentes, eran alojamientos para oficiales de alto rango, funcionarios y los consejeros de más confianza del emperador.

Zedd deseó poseer un hechizo de luz, y la capacidad para activarlo. Probablemente podría decapitar a la Orden Imperial justo allí y en aquel momento.

Pero sabía que tal desorden y confusión sería sólo un contratiempo temporal para la Orden Imperial. Pondrían a otro animal para que impusiera su mensaje. Haría falta más que matar a Jagang para poner fin a la amenaza de la Orden. Ya no estaba seguro siquiera de qué haría falta para liberar al mundo de la opresión y tiranía de la Orden Imperial.

A pesar de las teorías seductoramente simplistas que mantenían la mayoría de las personas, el emperador Jagang no era el alma máter de la invasión. El alma máter era una ideología perversa. Para existir, ésta no podía permitir que hubiera quien viviera prósperamente a la vista de las masas dolientes, surgidas como resultado de las doctrinas y dictados de la Orden Imperial. La libertad y la prosperidad de las gentes que vivían en el Nuevo Mundo desmentían todo lo que la Orden preconizaba. Era una blasfemia tener éxito por uno mismo; puesto que la Orden enseñaba que no podía hacerse, ello sólo podía ser pecaminoso. Había que eliminar el pecado para obtener el bien común. Por lo tanto, había que aplastar la libertad del Nuevo Mundo.

—¿Son éstos? —preguntó un guardia de cabellos muy cortos.

Los anillos que le colgaban de nariz y orejas hicieron pensar a Zedd en un cerdo engalanado para una feria de verano. Aunque a un cerdo valioso lo habrían lavado y limpiado, y habría olido mejor.

—SI —dijo la Hermana—, los dos, tal como se ordenó.

Con atención deliberada, los ojos negros del hombre evaluaron a Adie y luego a Zedd. Por su mirada severa, aparentemente se consideraba a sí mismo un hombre recto que se sentía molesto por lo que veía: el mal. Tras advertir los collares que ambos llevaban, mostrando que no serían un peligro para el emperador, el hombre se hizo a un lado y alzó un pulgar, indicándoles que cruzaran una segunda barricada situada más allá de las tiendas de los asistentes, sirvientes y esclavos. La mirada hostil del guardia siguió a los pecadores en su camino al encuentro del destino que merecían.

Otros hombres, en el complejo interior, se aproximaron en tropel para rodearlos. Zedd vio que aquellos hombres llevaban equipos más reglamentarios. Iban cubiertos de capas de cuero similares y cotas de malla, llevando gruesos cintos de cuero para armas, con los pechos entrecruzados por correas con tachuelas. Existía una uniformidad en ellos, una identidad, que mostraba que eran guardias especiales. Las armas colgadas en los amplios

cintos estaban mejor fabricadas, y llevaban más que otros guardias. Por el modo en que se movían. Zedd comprendió que no se trataba de los típicos soldados, sino de guerreros entrenados con capacidades sumamente desarrolladas para el combate.

Aquéllos eran los guardaespaldas de élite del emperador.

Zedd contempló con ansia el cubo casi lleno de agua dispuesto para los hombres que montaban guardia. No sería conveniente, si uno era el emperador, que los guardias de élite de uno cayeran desplomados por falta de agua. Sabiendo cuál sería la probable respuesta, Zedd no pidió que le dieran de beber. Una mirada de reojo le mostró a Adie pasándose la lengua por los labios agrietados, pero también ella permaneció en silencio.

En lo alto de una pequeña elevación se encontraba la que era, de largo, la más grande y espléndida de las tiendas, entre los impresionantes pero menos opulentos alojamientos del séquito del emperador. En realidad, la tienda del emperador parecía más un palacio ambulante, que una tienda. Contaba con un tejado de tres puntas perforado por altos postes que ostentaban estandartes y banderines. Paneles bordados con vivos colores adornaban las paredes exteriores. Banderolas rojas y amarillas ondeaban perezosamente en la brisa del final del día. Borlas y gallardetes rodeándola por todas partes le daban el aspecto de una tienda central en un festival.

Un guardia que flanqueaba una entrada trabó la mirada con Zedd antes de alzar a un lado la piel de cordero, cubierta con escudos de oro y medallones de plata batida, permitiéndoles la entrada. Uno de los otros guardias dio un empujón al hombro de Zedd, que casi lo derribó. Zedd atravesó tambaleante la entrada y Adie entró con un traspié tras él.

Dentro, el sonido estridente del campamento quedaba ahogado por capas de suntuosas alfombras dispuestas sin orden ni concierto. Cientos de almohadones de seda y brocado bordeaban del suelo. Colgaduras de brillantes colores dividían el sombrío espacio interior. Aberturas en lo alto, tapadas con un tejido diáfano, dejaban entrar poca luz pero si un poco de aire para que recorriera la silenciosa penumbra de la espléndida tienda. Estaba tan oscura, de hecho, que hacían falta quinqués y velas.

En el centro de la habitación, hacia la parte trasera, descansaba un ornamentado sillón cubierto con lujosas sedas rojas. Si era el trono del emperador Jagang, éste no lo ocupaba.

Mientras los guardias rodeaban a Zedd y Adié, uno de los soldados marchó tras las paredes de tela de las que surgía un resplandor de luz. Los guardias que rodeaban a Zedd apestaban a sudor y tenían los zapatos recubiertos de estiércol. A pesar de que el suntuoso entorno se esforzaba por simular un aura reverente, un marco sagrado, un hedor pertinaz a corral impregnaba el lugar. El estiércol de caballo y el sudor que habían entrado en la tienda con Zedd y Adie no hacían más que empeorarlo.

El hombre que había marchado tras las paredes volvió a asomar la cabeza, haciendo señas a la Hermana para que se adelantara. Le susurró algo y a continuación también ella desapareció tras las paredes.

Zedd dirigió una mirada subrepticia a Adie. Los ojos completamente blancos de ésta miraban al frente. Zedd cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, como excusa para inclinarse hacia ella y tocarle furtivamente el hombro con el suyo, un mensaje de consuelo donde no podía existir ninguno. Ella le devolvió un leve empujón; mensaje recibido, y agradecido. Ansió abrazarla, pero sabía que probablemente nunca volvería a hacerlo.

Podían oírse palabras amortiguadas, pero las gruesas colgaduras las apagaban, de modo que Zedd no pudo comprender nada. De haber tenido acceso a su don, habría podido escucharlo todo, pero el collar lo aislaba de su habilidad.

Aquellos esclavos que trabajaban en la tienda cepillando alfombras, sacando lustre a delicados jarrones o encerando vitrinas no prestaban atención a las personas que los guardias habían hecho entrar, pero el repentino tono quedo de amenaza que surgió de detrás de la pared provocó que todos ellos pusieran más atención en su trabajo. Si bien no había duda de que se conducían prisioneros ante el emperador con mucha frecuencia, Zedd estaba seguro de que no sería prudente para aquellos que trabajaban en la magnífica tienda prestar la menor atención a los asuntos del emperador.

De detrás de los cortinajes también surgía el olor cálido a comida. La variedad de aromas que Zedd consiguió detectar fue pasmosa. El hedor del lugar, no obstante, tendía a convertir los fragantes aromas de carnes, aceite de oliva, ajo, cebollas y especias en un tanto repugnantes.

La Hermana salió de detrás de las vistosas colgaduras. El aro atravesado en su labio inferior destacaba en nítido relieve sobre su piel cenicienta. Efectuó una leve indicación con la cabeza a los hombres situados a cada lado de los prisioneros.

Agarrados fuertemente por los brazos, Zedd y Adie fueron conducidos hacia la abertura y el resplandor de luz del otro lado.

4

Tras verse detenido por un violento tirón, Zedd, por fin, se encontró de pie, maniatado, ante la mirada colérica del Caminante de los Sueños en persona, el emperador Jagang.

Sentado en un sillón profusamente tallado, de respaldo alto, tras una espléndida mesa de comedor, Jagang estaba apoyado sobre ambos codos, con un muslo de oca sujeto entre los dedos de las dos manos mientras masticaba. La luz de las velas se reflejaba en los costados de su cabeza afeitada mientras su mandíbula se tensaba al masticar. Un bigote fino, que crecía por las comisuras de la boca, se movía rítmicamente al compás de la mandíbula, como lo hacía la fina cadena conectada a los aros de oro de su oreja y nariz. La grasa del ganso que le cubría los carnosos dedos, repletos de anillos, brillaba a la luz de las velas.

Desde su lugar detrás de la mesa, Jagang estudió a sus cautivos más recientes.

A pesar de las velas dispuestas sobre la mesa y sobre soportes a ambos lados, el interior de

la tienda poseía el lóbrego ambiente de una mazmorra.

A cada lado de él, sobre la amplia mesa, descansaban bandejas de comida, copas, botellas, velas, cuencos y, aquí y allá, libros y pergaminos. Al no haber espacio para todas las bandejas de plata, algunas de ellas tenían que estar estratégicamente sostenidas en equilibrio encima de pequeños pilares decorados. Parecía haber comida suficiente para un pequeño ejército.

A pesar de toda la palabrería de la Orden sobre el sacrificio que había que hacer por la humanidad, Zedd sabía que tal abundancia en la mesa del emperador estaba pensada para lanzar un mensaje contradictorio, aun cuando no hubiera allí más que el emperador para verlo.

Una hilera de esclavos se extendía a lo largo de la pared detrás de Jagang, algunos sosteniendo bandejas adicionales, otros en poses rígidas, codos aguardando órdenes. Algunos de lo que estaban allí detrás eran jóvenes —magos, por lo que Zedd había oído— vestidos con holgados pantalones blancos y nada más. Allí habían ido a parar los magos que se adiestraban en el Palacio de los Profetas, junto con las Hermanas que habían sido sus maestras. Todos eran cautivos ahora del Caminante de los Sueños. Hombres de lo más instruidos, con un potencial enorme, eran empleados como criados para llevar a cabo tareas de ínfima categoría. También eso era un mensaje enviado por el emperador de la Orden Imperial para mostrar a todo el mundo que a los mejores y más brillantes se los usaría para limpiar orinales, mientras los brutos los gobernaban.

Las mujeres más jóvenes, Hermanas tanto de las Tinieblas como de la Luz, dedujo Zedd, llevaban prendas que las cubrían desde el cuello a los tobillos, pero que eran tan transparentes que tanto hubiese dado que estuvieses desnudas. También eso tenía por intención mostrar que al emperador Jagang le tenían sin cuidado los talentos de aquellas mujeres, y que las valoraba únicamente para su placer. Las mujeres de más edad y menos atractivas, más allá, a los lados, llevaban ropas deslustradas. Probablemente eran Hermanas que servían al emperador en menesteres mis humildes.

Jagang disfrutaba teniendo como esclavas a algunas de las personas con el don más potente del mundo. Estaba en la naturaleza de la Orden degradar a aquellos que tuvieran habilidades.

Jagang contempló como Zedd evaluaba a los esclavos, pero no demostró ninguna emoción. El cuello corto y ancho del Caminante de los Sueños hacía parecer a éste casi cualquier cosa menos humano. Los músculos de su pecho, así como sus macizos hombros, podían apreciarse porque llevaba un chaleco abierto, de lana de oveja. Era el hombre más fuerte y musculoso que Zedd había visco jamás, una presencia amedrentadora incluso cuando descansaba.

Mientras Zedd y Adie permanecían callados, los dientes de Jagang desgarraron otro pedazo del muslo de oca. En tenso silencio, los observó mientras masticaba, como si estuviera decidiendo qué podría hacer con su botín más reciente.

Más que cualquier cosa, eran sus ojos negros como la noche, desprovistos de pupilas, iris o esclerótica, lo que amenazaba con detener el flujo de la sangre por las venas de Zedd. La última vez que él había visto aquellos ojos, Zedd no había estado encadenado, pero aquella muchacha sin el don había impedido a Zedd acabar con aquel hombre. Era la oportunidad perdida que Zedd más lamentaría. Su oportunidad para matar a Jagang se le había escurrido de dedos aquel día, no debido al inmenso poder de todas las hábiles Hermanas y las tropas dispuestas contra él, sino por una única chica que carecía del don.

Aquellos ojos negros, los ojos de un Caminante de los Sueños adulto, brillaban a la luz de las velas. A través de sus oscuros vacíos, figuras borrosas se movían a la deriva, como nubes en una noche sin luna.

La mirada del Caminante de los Sueños era tan vacía como lo era la de Adie cuando miraba a Zedd con sus ojos inmaculadamente blancos. Bajo la directa mirada desafiante de Jagang, Zedd tuvo que acordarse de relajar los músculos y respirar.

No obstante, lo que más aterraba de aquellos ojos era lo que se veía en ellos: una mente aguda y calculadora. Zedd había peleado contra Jagang el tiempo suficiente para haber llegado a comprender que era muy arriesgado subestimar a aquel hombre.

—Jagang el Justo —dijo la Hermana, extendiendo una mano en dirección a la pesadilla que tenían delante—. Excelencia, este es Zeddicus Zu'l Zorander, Primer Mago, y una hechicera llamada Adie.

—Sé quiénes son —replicó Jagang con una voz profunda tan cargada de amenaza como de desagrado.

Se recostó en el asiento, dejando colgar un brazo por encima del respaldo y una pierna por encima de un brazo tallado. Gesticuló con el muslo de oca.

—El abuelo de Richard Rahl, según he oído decir.

Zedd no respondió.

Jagang arrojó el muslo parcialmente devorado sobre una bandeja y tomó un cuchillo. Con una mano serró un pedazo de carne roja de un asado y la ensartó en él. Apoyando el codo sobre la mesa, agitó el cuchillo mientras hablaba. El jugo rojo descendió por la hoja del cuchillo.

—Probablemente esperabas conocerme así.

Rió ante su propio chiste, con una carcajada profunda y resonante llena de amenaza.

Con los dientes, arrancó el pedazo de carne del cuchillo y lo masticó mientras los contemplaba, como si no fuese capaz de decidir entre varias opciones deliciosamente terribles que desfilaban por su mente.

Engulló la carne con un trago de una copa de plata recubierta de gemas, sin que su mirada los abandonase ni un instante.

—No puedo expresaros lo complacido que estoy de que hayáis venido a visitarme.

Su sonrisa burlona era como la muerte.

—Con vida.

Hizo girar la muñeca, describiendo un círculo con el cuchillo.

—Tenemos mucho de qué hablar —Su risa se apagó pero la sonrisa burlona permaneció—. Bueno, vosotros, al menos. Yo seré un buen anfitrión y escuchare.

Zedd y Adie permanecieron en silencio mientras los ojos negros de Jagang pasaban del uno al otro.

—No sois muy conversadores... Bueno, no importa. No tardaréis en parlotear sin freno.

Zedd no malgastó esfuerzos en decir a Jagang que la tortura no conseguiría nada. Jagang no creería tal alarde, e incluso si lo hacía, eso no aplacaría su deseo de que se llevara a cabo.

Jagang manoseó unas uvas de un cuenco.

—Eres un hombre de recursos, mago Zorander —Se metió varios granos de uva en la boca y masticó mientras hablaba—. Totalmente solo, allí, en Aydindril, con un ejército rodeándote, conseguiste embaucarme para que creyera que había atrapado a Richard Rahl y a la Madre Confesora. Toda una jugarreta. Debo reconocerte ese mérito.

»Y el hechizo de luz que encendiste entre mis hombres, eso fue admirable. —Se metió otro grano de uva en la boca—. ¿Tienes alguna idea de cuántos cientos de miles se vieron atrapados en tu hechicería?

Zedd pudo ver cómo los gruesos músculos del velludo brazo del hombre sobresalían cuando éste flexionó el puño. Jagang relajó la mano y se inclinó al frente, y arrancó un largo trozo de jamón cocido.

Agitó la carne mientras proseguía:

—Es esa clase de magia la que necesito que hagas para mí, buen mago. Tengo entendido, por esas estúpidas zorras que se llaman a sí mismas Hermanas de la Luz o Hermanas de las Tinieblas, que probablemente no conjuraste ese hechizo por ti mismo, sino que, más bien, usaste un hechizo procedente del Alcázar del Hechicero y simplemente lo hiciste estallar entre mis hombres con alguna especie de truco o disparador; probablemente algún curioso objeto pequeño, que uno de ellos cogió para echarle un vistazo, lo disparó.

Zedd se sintió un tanto alarmado al ver que Jagang había sido capaz de averiguar tanto. El

emperador dio un buen mordisco al pedazo de jamón mientras los observaba. Su mirada se volvió acerada.

—Así que, puesto que no puedes hacer tal magia maravillosa por ti mismo, he hecho traer unos cuantos objetos del Alcázar para que puedas explicarme cómo funcionan, qué hacen. Estoy seguro de que debe de haber un gran número de objetos intrigantes entre el inventario. Me gustaría tener unos cuantos de esos hechizos conjurados de modo que puedan abrimos con sus explosiones los pasos de montaña que conducen a D'Hara. Me ahorraría un poco de tiempo y problemas. Estoy seguro de que puedes comprender mis ganas por entrar en D'Hara y acabar con esa insignificante resistencia.

Zedd inspiró profundamente y por fin dijo:

—Podrías torturarme hasta el fin de los tiempos y seguiría sin ser capaz de decirte nada de la mayoría de esos objetos porque no sé nada sobre ellos. A diferencia de ti, conozco mis propios límites. Sencillamente no sé qué aspecto podría tener tal hechizo. Incluso aunque lo supiese, eso no significa que supiera hacerlo funcionar. Sencillamente tuve suerte con el que usé.

—Es posible, es posible, pero sí sabes cosas sobre algunos de los objetos. Eres, al fin y al cabo, según he oído, Primer Mago; es tu Alcázar. Pretender ignorancia de las cosas que hay en él resulta difícilmente creíble. A pesar de su afirmación de haber tenido suerte, te las arreglaste para saber lo suficiente sobre aquella telaraña de luz para hacerla estallar entre mis hombres, así que evidentemente tienes conocimientos sobre los más poderosos de los objetos.

—No sabes absolutamente nada sobre magia —soltó Zedd—. Tienes la cabeza llena de ideas grandiosas y crees que todo lo que tienes que hacer es ordenar que se cumplan. Bueno, pues no puede hacerse. Eres un estúpido que no sabe nada sobre la auténtica magia o sus límites.

Una ceja se enarcó por encima de uno de los ojos negrísimos de Jagang.

—Pues creo que se más de lo que crees, mago. Verás, me encanta leer, y yo, bueno, poseo la ventaja de poder examinar detenidamente algunas de las mentes poseedoras del don más extraordinarias que puedas imaginar. Probablemente sé mucho más sobre magia de lo que tú crees.

—Te reconozco el mérito de tu descarado autoengaño.

—¿Autoengaño? —extendió los brazos—. ¿Puedes crear un Transponedor, mago Zorander?

Zedd se quedó helado. Jagang había oído el nombre. Eso era todo. A aquel hombre le gustaba leer. Había leído el nombre en alguna parte.

—Por supuesto que no, nadie vivo hoy en día lo puede crear.

—Tú no puedes crear un ser así, mago Zorander. Pero no tienes ni idea de lo mucho que yo sé sobre magia. Verás, he aprendido a resucitar habilidades perdidas... artes que durante mucho tiempo se han creído muertas y desaparecidas.

—Te concedo la grandiosidad de tus sueños, Jagang, pero soñar es fácil. Tus sueños no pueden ser hechos realidad sólo porque sueñes con ellos y desees que cobren vida.

—La hermana Tahirah, aquí presente, conoce la verdad. —Jagang señaló con el cuchillo—. Cuéntaselo, querida. Cuéntale lo que puedo soñar y a lo que puedo dar vida.

La mujer, vacilante, dio varios pasos al frente.

—Es como su Excelencia dice. —Desvió la mirada del entrecejo fruncido de Zedd para toquetearse los ásperos cabellos grises—. Con la brillante dirección de su Excelencia, conseguimos traer de vuelta algo del viejo conocimiento. Con la experta guía de nuestro emperador, fuimos capaces de conferir a un mago llamado Nicholas una habilidad no vista en el mundo durante tres mil años. Es uno de los más grandes logros de su Excelencia. Puedo asegurarte personalmente que es como su Excelencia cuenta: un Transponedor vuelve a deambular por el mundo. No es una fantasía, mago Zorander, sino la verdad.

»Qué los espíritus me ayuden —añadió entre dientes—, yo estuve allí para ver cómo el Transponedor nacía al mundo.

—¿Vosotras creasteis un Transponedor? —Con los puños atados aún a la espada, Zedd dio una furiosa zancada en dirección a la Hermana—. ¡Te has vuelto loca!

La mujer retrocedió hasta la pared del fondo. Zedd volvió su furia hacia Jagang.

—¡Los Transponedores fueron una catástrofe! ¡No se les puede controlar! ¡Tendrías que estar loco para crear uno!

Jagang sonrió.

—¿Celoso, mago? Celoso porque no eres capa» de realizar tal cosa, no puedes crear un arma contra mí, mientras que yo puedo crear una para arrebatarte a Richard y a su esposa?

—Un Transponedor tiene poderes que no hay manera de que pudieras controlar.

—Un Transponedor no es ningún peligro para un Caminante de los Sueños. Mi habilidad es más rápida que la suya. Soy mejor que él.

—No importa lo rápido que seas... ¡no se trata de ser rápido! ¡A un Transponedor no se le puede controlar y no va a hacer lo que tú quieras!

—Pues parece que le controlo perfectamente. —Jagang se inclinó al frente sobre un codo—. Crees que la magia es necesaria para controlar a aquellos a quienes desearías

dominar, pero yo no necesito magia. No con Nicholas, no con la humanidad...

»Tú parece estar obsesionado con el control, yo no. Logré encontrar a unas gentes que aquellos que eran como tú no querían que anduvieran libremente entre sus semejantes, unas gentes expulsadas por los que poseen el don, unas gentes vilipendiadas por no poseer ninguna chispa de vuestro precioso don de la magia... unas gentes odiadas y desterradas porque los de tu clase no eran capaces de controlarlas. Ése fue su crimen: estar fuera del control de vuestra magia.

El puño de Jagang se estrelló contra la mesa. Los esclavos que sostenían las bandejas se sobresaltaron.

—Los de tu clase sólo quieren que se permita deambular libremente a aquellos que posean una chispa del don. ¡De modo que podáis usar vuestro don para controlarlos! Como ese collar que rodea tu cuello, tu anhelo es tener dominada a toda la humanidad con la magia.

»Encontré a esas personas marginadas que carecían del don y las he traído de vuelta entre sus semejantes. Por más que lo desapruebes tú y los de tu clase lo detesten, a ellos no les afecta vuestra repugnante magia.

Zedd no podía ni imaginar dónde había encomiado Jagang a tales personas.

—Y por lo tanto ahora tienes un Transpondedor para que los controle para ti.

—Los de tu especie los condenaron y desterraron; nosotros les hemos dado la bienvenida entre nosotros. De hecho, deseamos modelar al hombre conforme a ellos. Nuestra causa es la suya: la pureza de la humanidad, sin la mácula de la magia. De este modo el mundo será uno y estará por fin en paz.

»Yo tengo la ventaja sobre vosotros, mago. Tengo la razón de mi lado. No necesito magia para vencer. Vosotros sí. Tengo en mente el mejor futuro para la humanidad y he fijado nuestro irreversible curso.

»Con la ayuda de estas personas, tomé tu Alcázar. Con su ayuda, he recuperado tesoros inestimables de su interior. No pudiste hacer absolutamente nada para detenerlos, ¿no es cierto? El hombre fijará ahora su propio rumbo, sin la maldición de la magia ensombreciendo su lucha.

»Ahora tengo un Transpondedor para ayudarnos en tan noble fin. Está trabajando con esas personas en pro de nuestra causa. Nicholas se ha demostrado ya inestimable.

»Lo que es más, ese Transpondedor, que los de tu clase jamás pudieron controlar, ha dado palabra de entregarme a las dos personas que más quiero: tu nieto y su esposa. Tengo planeadas grandes cosas para ellos..., bueno para ella, al menos. —La cólera que le enrojecía el rostro desapareció convertida en una sonrisa burlona—. Para él no hay tantas grandes cosas.

Zedd apenas podía contener su cólera. De no ser por el collar que reprimía su don ya habría reducido todo el lugar a cenizas.

—Una vez que ese Nicholas se convierta en un experto en lo que puede hacer, descubrirás que querrá tomarse su propia venganza, y a un precio que puede que halles demasiado alto.

Jagang extendió los brazos.

—Ahí. te equivocas, mago. Puedo permitirme lo que sea que Nicholas quiera por lord Rahl y la Madre Confesora. No existe un precio demasiado alto.

»Podrías pensar que soy codicioso y egoísta, pero te equivocarías. Si bien disfruto con los trofeos de guerra, con lo que más gozo es con el papel que desempeño haciendo entrar en vereda a los infieles. Es el fin lo que realmente me interesa, y al final haré que la humanidad se incline ante nuestra justa causa y lo que desea el Creador.

Jagang parecía haber agotado su fogonazo de intensidad. Se recostó en el asiento y cogió un puñado de nueces de un cuenco de plata.

—Zedd se equivoca —dijo Adié en voz alta—. Nos has demostrado que sabes lo que haces. Serás capaz de controlar a tu Transponedor a la perfección. Te sugiero que lo mantengas cerca de ti, para que te ayude en tus campañas.

Jagang le sonrió.

—También tú, mi anciana y reseca hechicera, me contarás todo lo que sabes sobre lo que hay en esas cajas de los carros.

—Bah —se mofó Adié—. Serás un idiota con tesoros sin ningún valor. Espero que te desgarres un músculo arrastrándolos contigo a todas partes.

—Adié tiene razón —terció Zedd—. Eres un zopenco incompetente que sólo va a...

—Vamos, vamos. ¿Creéis que vais a provocarme un ataque de furia y que acabaré con los dos aquí mismo? —Su perversa sonrisa regresó—. ¿Qué os ahorrare la justicia que os aguarda?

Zedd y Adié callaron.

—Cuando era un muchacho —dijo Jagang en un tono más quedo mientras su mirada se perdía en la lejanía—, yo no era nada. Un matón callejero en Altur'Rang. Un bravucón. Un ladrón. Mi vida estaba vacía. Mi futuro era la próxima comida.

»Un día vi a un hombre que venía por la calle. Parecía como si pudiese tener algo de dinero, y yo lo quería. Oscurecía, me acerqué en silencio por detrás, con la intención de darle un golpe en la cabeza, pero justo entonces se volvió y me miró a los ojos.

»Su sonrisa me detuvo en seco. No era una sonrisa amable, ni una sonrisa débil, sino la clase de sonrisa que te muestra un hombre cuando sabe que puede matarte ahí donde estás si ello le complace.

»Sacó una moneda del bolsillo y me la lanzó, y luego, sin una palabra, se dio la vuelta y prosiguió mi camino.

»Al cabo de unas semanas, en plena noche, desperté en un callejón, donde dormía bajo mantas viejas y cajas de embalaje, y vi una figura borrosa en la calle. Supe que era él antes de que me lanzara la moneda y se alejara sumiéndose en la oscuridad.

»La siguiente vez que lo vi, estaba sentado en un banco de piedra, en el extremo de una vieja plaza que algunos de los hombres menos afortunados de Altur'Rang frecuentaban. Como a mí, nadie quería dar a aquellos hombres una oportunidad en la vida. La codicia de la gente les había sorbido la vida a esos hombres. Yo tenía por costumbre ir allí a mirarlos, a decirme que no quería crecer para ser como ellos, pero sabía que lo sería, un don nadie, un desecho humano aguardando el momento de penetrar en la sombra del olvido de la otra vida. Un alma sin valor.

»Me senté en el banco junto al hombre y le pregunté por qué me había dado dinero. En lugar de darme una respuesta como la que daría la mayoría de la gente a un muchacho, me habló del gran propósito de la humanidad, del significado de la vida, y de que estamos aquí sólo como una breve parada en el camino a lo que el Creador nos reserva... si somos lo bastante fuertes para enfrentarnos al desafío.

»Yo nunca había oído algo así. Le dije que no creía que tales cosas importasen en mi vida porque yo no era más que un ladrón. Él dijo que el género humano era malvado porque me había hecho como era, y que sólo a través del sacrificio y la ayuda a aquellos que eran como yo podía el hombre verse redimido en la otra vida. Abrió mi mente a los hábitos pecaminosos del hombre.

»Antes de marchar, se volvió hacia mí y me preguntó si sabía lo larga que era la eternidad. Respondí que no. Él dijo que nuestro miserable tiempo en este mundo no era más que un pestañeo antes de que entrásemos en el siguiente mundo. Eso me hizo pensar, por primera vez, sobre la más importante razón de ser de nuestras vidas.

»A lo largo de los meses siguientes, el hermano Narev dedicó tiempo a charlar conmigo, a hablarme sobre la Creación y la eternidad. Me dio una visión de un posible futuro mejor, donde yo antes no tenía ninguno. Me instruyó en el sacrificio y la redención. Pensaba que estaba condenado a una eternidad de oscuridad hasta que él me mostró la luz.

»Me recogió, a cambio de que lo ayudara con los quehaceres de la vida.

»Para mí, el hermano Narev fue un maestro, un sacerdote, un consejero, un medio de salvación —la mirada de Jagang se alzó hacia la de Zedd—, y un abuelo, todo a la vez.

»Me transmitió la fe en lo que la humanidad puede y debería ser. Me mostró el auténtico

pecado de la codicia egoísta y el oscuro vacío al que conduciría a la humanidad. Con el paso del tiempo, me convirtió en el puño de su visión. Él era el alma; yo el hueso y el músculo.

»El hermano Narev me permitió tener el honor de encender la revolución. Me colocó al frente de la rebelión de la humanidad contra la opresión de lo pecaminoso. Somos la nueva esperanza para el futuro del hombre, y el hermano Narev en persona me permitió ser quien transportara su visión en las llamas purificadoras de la redención de la humanidad.

Jagang volvió a recostarse en el sillón, clavando en Zedd una mirada tan sombría como éste no había visto nunca.

—Y entonces esta primavera, mientras llevaba el noble desafío del hermano Narev a la humanidad, a aquellos que nunca habían tenido una oportunidad de ver la visión de lo que puede ser el hombre, del futuro sin la plaga de la magia y la opresión, la codicia y el servilismo para ser mejor que otros, llegué a Aydindril... y ¿qué encontré?

»La cabeza del hermano Narev en una pica, con una nota: "Saludos de Richard Rahl".

»El hombre que más admiraba en el mundo, el hombre que nos trajo a todos el santificado sueño del auténtico propósito de la humanidad en esta vida, tal y como nos lo encomendó el mismísimo Creador, estaba muerto, con la cabeza clavada en una pica por tu propio nieto.

»Si alguna vez existió una blasfemia mayor, un crimen mayor contra toda la humanidad, no tengo conocimiento de ello.

Unas formas tenebrosas se movieron por los ojos negros de Jagang.

—Se hará justicia en la persona de Richard Rahl. Padecerá un sufrimiento semejante, antes de que lo envíe al Custodio. Simplemente quería que supieses tu destino, anciano. Tu nieto conocerá algo de esa clase de dolor, y el tormento adicional de saber que tengo a su esposa y que le haré pagar muy caro sus propios crímenes. —Un amago de mueca burlona reapareció—. Una vez que el haya pagado ese precio, lo mataré.

Zedd bostezó.

—Un relato delicioso. Pero te has saltado la parte en las que tú asesinas a decenas de miles de inocentes porque éstos no quieren vivir bajo tu repugnante dominio o la visión enfermiza de Narev.

»Pensándolo mejor, no te molestes en dar lastimosas excusas. Simplemente me cortas la cabeza, la pones en una pica, y acabamos con esto.

La sonrisa de Jagang regresó en toda su gloria.

—No es tan sencillo como eso, anciano. Primero tienes que contarme unas cuantas cosas.

—Ah, sí —dijo Zedd—. La tortura. Casi lo olvidaba.

—¿Tortura?

Con dos dedos, Jagang hizo una seña a una mujer situada a un lado. La Hermana de más edad, se estremeció al ver la mirada del emperador puesta en ella e inmediatamente se precipitó tras una cortina de tapices. Zedd pudo oír susurrar instrucciones apremiantes, y luego el golpeteo de unos pies corriendo sobre alfombras y abandonando la tienda.

Jagang regresó a su pausada comida mientras Zedd y Adie permanecían de pie ante él, hambrientos y muertos de sed. El Caminante de los Sueños depositó finalmente el cuchillo sobre el plato. Ante aquel gesto, los sirvientes se pusieron en acción al momento, llevándose la diversidad de platos, la mayoría sólo probados. En unos instantes se retiró de la mesa toda la comida y bebida, dejando únicamente los libros, los rollos de pergamino, las velas y el cuenco de plata con nueces.

La Hermana Tahirah, que había capturado a Zedd y Adie en el Alcázar, permaneció de pie, con las manos cruzadas ante ella mientras los observaba. A pesar de su evidente miedo a Jagang, y el modo servil en que lo lisonjeaba, la burlona sonrisa que dirigía a Zedd y Adie delataba el placer que sentía ante lo que iba a suceder.

Cuando aparecieron media docena de hombres espantosos, Zedd empezó a comprender que era lo que complacía tanto a la Hermana Tahirah. Eran hombres, fornidos y con el aspecto más despiadado que Zedd había visto nunca. Tenían los cabellos hechos una maraña y grasientos. Sus manos y antebrazos estaban salpicados de manchas de tizne, las uñas irregulares e inmundas. Las mugrientas ropas mostraban manchas oscuras de sangre seca producto del desempeño de su profesión.

Aquellos hombres se dedicaban a la tortura.

Zedd apartó los ojos de la fija mirada de la Hermana. Ésta esperaba ver miedo, pánico o tal vez sollozos.

Entonces hicieron entrar a un grupo de hombres y mujeres en la débilmente iluminada tienda del emperador. Parecían ser agricultores o humildes trabajadores, probablemente recogidos por patrullas. Los hombres abrazaban a sus esposas mientras los niños se acurrucaban alrededor de las faldas de las mujeres como polluelos alrededor de gallinas. Hicieron pasar a aquellas personas hacia el otro lado de la habitación, enfrente de la hilera de torturadores.

Los ojos de Zedd se volvieron repentinamente hacia Jagang. Los ojos negros del Caminante de los Sueños le observaban mientras masticaba una nuez.

—Emperador —dijo la Hermana que había hecho entrar a las familias—, éstas son algunas

de las personas de la zona, gente procedente del campo, como solicitasteis. —Extendió una mano a modo de presentación—. Buenas gentes, este es nuestro venerado emperador, Jagang el Justo. Trae la luz de la Orden Imperial al mundo, guiado por la sabiduría del Creador, para que todos podamos llevar vidas mejores y encontrar la salvación con el Creador en la otra vida.

Jagang inspeccionó al grupo de habitantes de la Tierra Central mientras éstos inclinaban la cabeza y efectuaban torpes reverencias.

Zedd se sintió enfermo al ver el terror en sus rostros. Habrían tenido que andar a través del campamento de soldados de la Orden. Habrían visto el tamaño del ejército que había invadido su tierra natal.

Jagang alzó en brazo en dirección a Zedd.

—Tal vez conocéis a este hombre. Este es el Primer Mago Zorander. Es quien os ha gobernado con su dominio sobre la magia. Como podéis ver, está ahora encadenado ante nosotros. Os hemos liberado del perverso gobierno de este hombre y de los que son como él.

Los ojos de la gente se movieron veloces entre Zedd y Jagang, indecisos sobre, sobre lo que se suponía que debían hacer. Finalmente movieron las cabezas de arriba abajo, farfullando su agradecimiento por la liberación.

—Los que poseen el don, como estos dos, podrían haber usado su habilidad para ayudar a la humanidad. En su lugar, la usaron para sí mismos. Cuando tendrían que haberse sacrificado por aquellos que tenían necesidades, se mostraron egoístas. Es un delito comportarse como lo han hecho ellos, vivir como lo han hecho ellos, con todo lo que tienen. Me enfurece pensar en todo lo que podían hacer por los necesitados, por aquellos como vosotros pobres gentes, de no ser por sus actitudes egoístas. La gente padece y muere sin la ayuda que podrían haber obtenido, sin la ayuda que estas personas podrían haber dado, de no ser tan ególatras.

»Este mago y su hechicera están aquí porque han rehusado ayudarnos a liberar al resto de los habitantes del Nuevo Mundo contándonos la función de los repugnantes objetos mágicos que hemos capturado junto con ellos; objetos mágicos que maquinan usar para masacrar a un número incalculable de personas. Este mago egoísta y la hechicera hacen esto por inquina al no poder salirse con la suya.

Todos los ojos, atónitos, giraron hacia Zedd y Adie.

—Podría hablaros de la ingente cantidad de muertes de las que es responsable este hombre, pero temo que seríais incapaces de comprenderlo. Puedo deciros que sencillamente no puedo permitir que este hombre sea responsable de decenas de miles de muertes más.

Jagang sonrió a los niños y gesticuló con ambas manos, instándolos a ir hacia él. Los niños, aproximadamente una docena, desde los seis o siete años hasta quizá los doce, se aferraron

a sus padres. La mirada de Jagang se alzó hacía aquellos padres mientras volvía a hacer señas a los niños para que fueran a él. Los padres comprendieron y de mala gana instaron a sus hijos a hacer lo que el emperador les ordenaba.

Las inocentes criaturas se aproximarán vacilantes a los brazos extendidos y la amplia sonrisa de Jagang. Él los abrazó rígidamente mientras se colocaban a su alrededor arrastrando los pies. Alborotó los cabellos de un chiquillo rubio, y luego la melena pelirroja de una niña. Varios de los más jóvenes volvieron la mirada para contemplar suplicantes a sus padres antes de encogerse atemorizados ante la manaza de Jagang.

Un terror silencioso flotaba en el aire.

Era el espectáculo más aterrador que Zedd había presenciado jamás.

—Bien, ahora —dijo el sonriente emperador—, dejad que llegue a la razón por la que he recurrido a vosotros, buenas gentes.

Con los poderosos brazos agrupó a los niños ante él. Mientras una Hermana le cerraba el paso a un muchacho que quería regresar con sus padres, Jagang colocó sus enormes manos en la cintura de una pequeña y colocó a ésta sobre sus rodillas. Los ojos muy abiertos de la niña miraron fijamente el rostro sonriente, la cabeza calva, pero más que nada el vacío de pesadilla que eran los ojos negros como la noche del Caminante de los Sueños.

Jagang pasó la mirada de la niña a los padres.

—Veréis, el mago y la hechicera han rehusado ofrecer su ayuda. Para poder salvar un gran número de vidas, debo tener su cooperación. Deben responder honestamente a todas mis preguntas. Ellos se niegan. Yo espero que vosotros, buenas gentes, podáis convencerlos de que nos cuenten lo que necesitamos saber para, así, salvar las vidas de muchísimas personas, y liberar a un número mucho mayor de la opresión de su magia.

Jagang miró en dirección a la hilera de hombres que permanecían en silencio ante la pared opuesta. Con una única inclinación de cabeza, les ordenó adelantarse.

—¿Qué hacéis?—preguntó una mujer, al mismo tiempo que su esposo intentaba refrenarla—. ¿Cuáles son vuestras intenciones?

—Mi intención —explicó Jagang al grupo— es que vosotros, buenas gentes, convenzáis al mago y a la hechicera para que hablen. Os voy a poner en una tienda solos con ellos de modo que podáis persuadirlos de que cumplan con su deber para con la humanidad; persuadirlos de que cooperen con nosotros.

Cuando los hombres empezaron a agarrar a los niños, éstos finalmente prorrumpieron en llantos aterrados. Los padres, al ver a sus niños con los rostros enrojecidos y dando gritos aterrorizados, gritaron también ellos y se abalanzaron al frente para recuperarlos. Los hombretones, cada uno sujetando uno o dos bracitos, empujaron a los padres hacia atrás.

Los padres empezaron a chillar histéricamente, pidiendo que soltaran a los niños.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso —dijo Jagang por encima de los lloros de los niños.

El emperador volvió a ladear la cabeza y los hombretones empezaron a llevarse a los niños, que se retorcían y lloraban, fuera de la tienda. Los padres gemían también, intentando alargar las manos entre aquellos brazos enormes y mugrientos para tocar lo que era para ellos lo más valioso del mundo.

Los padres estaban desconcertados y horrorizados, temiendo cruzar una línea que haría caer la ira sobre sus hijos, pero sin querer a la vez, que se los llevaran. A pesar de sus apremiantes súplicas, los hombretones sacaron rápidamente a los niños de allí.

Una vez fuera los pequeños, las Hermanas se apresuraron a bloquear la entrada, impidiendo a los padres que los siguieran. La tienda se sumió en el caos.

Con la solitaria palabra «silencio» procedente de Jagang, y el golpe de su puño sobre la mesa, todo el mundo calló.

—Ahora —dijo el emperador—, estos dos prisioneros van a ser confinados en una tienda. Todos vosotros estaréis allí, a solas, con ellos. No habrá guardias, ni observadores.

—Pero ¿qué hay de nuestros niños? —suplicó una mujer echa un mar de lágrimas, a la que no importaban en absoluto Zedd y Adie.

Jagang acercó hacia ella una vela de la mesa.

—Esto será la tienda con estos dos, y vosotros, buena gente. —Describió un círculo con un dedo alrededor de la vela—. Alrededor de esta tienda en la que estaréis vosotros y los criminales, habrá otras tiendas cerca.

Todo el mundo contempló fijamente cómo el dedo cubierto de anillos giraba y giraba alrededor de la vela.

—Vuestros niños estarán cerca, en estas tiendas.

Jagang recogió un puñado de nueces del cuenco de plata. Dejó caer algunas de ellas sobre la mesa, alrededor de la vela, y se metió el resto en la boca.

La habitación quedó en silencio mientras todos lo miraban fijamente, contemplando cómo masticaba las nueces, temiendo hacer una pregunta, temiendo oír lo que podría decir a continuación.

Finalmente, una mujer ya no pudo contenerse.

—¿Por qué estarán allí, en esas tiendas?

Los ojos negros de Jagang los observaron a todos antes de que éste hablara, asegurándose de que nadie de los presentes dejaría de oír lo que tenía que decirles.

—Esos hombres que se llevaron a vuestros hijos a esas tiendas los estarán torturando.

Los ojos de los padres se abrieron como platos. Sus rostros se quedaron blancos como el papel. Una mujer se desmayó. Varias se inclinaron sobre ella. La Hermana Tahirah se agachó junto a la mujer y tocó con una mano la frente de ésta. Los ojos de la mujer se abrieron de golpe. La Hermana indicó a las mujeres que la pusieran en pie.

Cuando Jagang tuvo el convencimiento de que todos le prestaban atención, volvió a describir un círculo alrededor de la vela, por encima de las nueces que la rodeaban.

Las tiendas estarán muy cerca, a vuestro alrededor, de modo que podáis oír con claridad cómo se tortura a vuestros hijos, para asegurarme que comprendéis que no se les ahorrará lo peor que esos hombres pueden hacer.

Los padres estaban paralizados, mirándolo fijamente, al parecer incapaces de creer lo que oían.

Cada pocas horas, vendré a ver si vosotros, buenas gentes, habéis convencido al mago y a la hechicera para que nos digan lo que necesitamos saber. Si no habéis tenido éxito, entonces marcharé a ocuparme de otros asuntos y cuando tenga tiempo regresaré otra vez para comprobar si estos dos han decidido hablar.

»Simplemente aseguraos de que este mago y la hechicera no mueren mientras los convencéis de que sean razonables. Si mueren, no pueden responder a nuestras preguntas. Únicamente si responden a las preguntas se dejará ir a los niños.

Jagang volvió sus ojos de pesadilla hacia Zedd.

—Mis hombres tienen mucha experiencia torturando a la gente. Cuando oiga los alaridos procedentes de las tiendas de vuestro alrededor, no tendrás la menor duda sobre su talento, o su determinación. Creo que deberías saber que pueden mantener a nuestros invitados con vida durante días, pero que no pueden hacer milagros. Las personas, en especial individuos tan jóvenes y tiernos, no pueden sobrevivir indefinidamente. Pero, en el caso de que esos niños muriesen antes de que aceptéis cooperar, hay muchas otras familias con niños que pueden ocupar su puesto.

Zedd no pudo detener las lágrimas que le descendieron por el rostro hasta gotear por la barbilla mientras la Hermana Tahirah lo cogía del brazo y tiraba de él hacia la entrada. El grupo de padres cayó sobre él, tratando de agarrarle las ropas, chillando y llorando para que hiciese lo que pedía el emperador.

Zedd se cerró en banda y se detuvo con un forcejeo ante la mesa. Manos desesperadas aferraron su túnica. Mientras paseaba la mirada por los rostros manchados de lágrimas, trabando la mirada con cada uno, todos ellos callaron.

—Espeto que podáis comprender ahora la naturaleza de aquello contra lo que peleamos. Lo siento mucho, pero no puedo mitigar el dolor de esta, la hora más oscura de vuestras vidas. Si hiciese lo que este hombre quiere, incontables niños más se verían expuestos a la brutalidad de este tirano. Sé que no podréis contraponer esto a las preciosas vidas de vuestros hijos, pero yo debo hacerlo. Rezad a los buenos espíritus para que se los lleven con rapidez, y los conduzcan a un lugar de paz eterna.

Zedd no pudo decirles más a aquellas personas, a sus miradas de desesperación. Volvió los ojos llorosos hacia Jagang.

—Esto no funcionará, Jagang. Sé que lo harás igualmente, pero no funcionará.

Detrás de la gruesa mesa, Jagang se puso en pie despacio.

—En esta tierra tuya los niños abundan. ¿A cuántos estás dispuesto a sacrificar antes de permitir que la humanidad sea libre? ¿Cuánto tiempo estás dispuesto a persistir en tu obstinada negativa a permitirles tener un futuro libre de sufrimiento, de necesidad y de vuestra injusta y vana moral.

Las gruesas cadenas de oro y plata que le rodeaban el cuello, los medallones y adornos robados que descansaban sobre su musculoso pecho, y los anillos de sus dedos centellearon todos a la luz de las velas.

Zedd sintió el agobiante peso de un futuro sin esperanza bajo el yugo de los ideales monstruosos de aquel hombre y los de su calaña.

—No puedes vencer en esto, mago. Como todos aquellos que pelean en tu bando para oprimir a la humanidad, para permitir que la gente normal quede abandonada a su cruel destino, no estás dispuesto ni siquiera al sacrificio por el bien de las vidas de unos niños. Eres valiente con las palabras, pero tienes un alma fría y un corazón débil. No tienes la fuerza de voluntad para hacer lo que debe hacerse para vencer. Yo sí.

Jagang inclinó la cabeza a un lado y la Hermana empujó a Zedd en dirección a la puerta. El grupo de personas que chillaban, lloraban y suplicaban rodeó a Zedd y Adie, arañándoles y manoseándolos con salvaje desesperación.

A lo lejos, Zedd pudo oír los horripilantes alaridos de sus aterrados hijos.

6

—No están lejos —anunció Richard mientras retrocedía para volver a introducirse entre los árboles.

Permaneció en silencio, observando cómo Kahlan alisaba los hombros de su vestido.

Éste no mostraba ningún efecto adverso por su largo confinamiento en la mochila. La suave tela satinada, casi blanca, relucía en la fantasmagórica luz de las arremolinadas nubes bajas. Las líneas largas y sueltas del vestido, con un escote cuadrado, no lucían ni encajes ni volantes, nada para distraer de su sencilla elegancia. La visión de Kahlan en aquel traje todavía le quitaba la respiración.

Kahlan estaba mirando al exterior, a través de los árboles, cuando oyeron el silbido de Cara. La señal de aviso que Richard había enseñado a Cara era el silbido quejumbroso, agudo y nítido de un papamoscas de bosque, aunque Cara no sabía qué era eso. Cuando había dicho por primera vez, a Cara que quería enseñarle el reclamo de papamoscas como señal de advertencia, ella declaró que no pensaba aprender la llamada de ningún pájaro que se llamase «papamoscas». Richard cedió y le dijo que en su lugar le enseñaría la llamada del pequeño y feroz, halcón colicorto del pino, pero sólo si trabajaba duro para aprenderlo, ya que era más difícil. Satisfecha por haberse salido con la suya, Cara había aceptado y aprendido de buena gana el sencillo silbido. Lo hacía bien y lo usaba a menudo como señal. Richard jamás le contó que no existía algo llamado «halcón colicorto del pino», ni que los halcones no emitían silbidos como aquél.

Fuera de la pantalla de ramas, la forma oscura de la estatua montaba guardia sobre una zona del paso que había estado desierta durante miles de años. Richard volvió a preguntarse por qué la gente de aquella época había colocado una estatua así en un paso que no era probable que alguien volviese a visitar jamás. Pensó en la antigua sociedad que la había erigido, y en que debían de haber pensado.

Richard pasó la mano por la parte posterior de la manga de Kahlan para retirar unas agujas de pino.

—Ya está, quédate quieta. Deja que te mire.

Kahlan se dio la vuelta, los brazos a los costados, mientras él alisaba la tela de la parte superior de los brazos. Sus ojos verdes sin miedo, bajo las cejas, que tenían el elegante arco de las alas de un ave rapaz en vuelo, se cruzaron con los de él. Las facciones de la mujer parecían haberse vuelto aún más exquisitas desde la primera vez que la había visto. Su aspecto, su pose, el modo en que lo contemplaba como si pudiera mirar dentro de su alma, lo llenaban de emoción. Claramente de manifiesto en sus ojos estaba la inteligencia que lo había cautivado desde el principio.

—¿Por qué me miras de ese modo?

A pesar de todo, no consiguió reprimir la sonrisa.

—Ahí, de pie, de ese modo, con ese vestido, los cabellos largos tan hermosos, el verde de los árboles a tu espalda... me ha recordado la primera vez, que te vi.

La sonrisa especial de Kahlan, la sonrisa que no dedicaba a nadie más que a él, se extendió resplandeciente por sus cautivadores ojos. Posó las muñecas en los hombros de Richard y enlazó los dedos tras su cuello, atrayéndolo para besarlo.

Como sucedía siempre, el beso lo sumió tan completamente en su necesidad de ella que por un momento perdió el mundo de vista. Ella se fundió en su abrazo. Durante aquel momento no hubo Orden Imperial, ni Bandakar, ni imperio d'haraniano, ni *Espada de la Verdad*, ni repiques, ni don que volviera su poder contra él, ni veneno, ni faros de advertencia, ni criaturas de puntas negras, ni Jagang, ni Nicholas, ni Hermanas de las Tinieblas. El beso de Kahlan le hizo olvidarlo todo, excepto a ella. En aquel momento no existía nadie aparte de ellos dos. Kahlan hacía completa su vida; su beso reafirmaba ese vínculo.

Ella se echó hacia atrás, alzando la mirada al interior de sus ojos.

—Parece que no has tenido más que problemas desde aquel día en que me encontraste.

Richard sonrió.

Mi vida es lo que he tenido desde ese día que te encontré. Cuando te encontré, encontré mi vida.

Sosteniéndole el rostro en ambas manos, volvió a besarla.

Betty le empujó suavemente la pierna y lanzó un balido.

—¿Estáis listos vosotros dos? —gritó Jennsen colina abajo—. Estarán aquí, pronto. ¿No oísteis el silbido de Cara?

—Lo oímos —gritó Kahlan a Jennsen—. Vamos hacia ahí.

Girándose, sonrió mientras miraba a su esposo de pies a cabeza.

—Bueno, lord Rahl, ciertamente no tienes el mismo aspecto que el primer día que te vi.

—Estiró el labrado tahalí de cuero que descansaba sobre la negra túnica con un ribete dorado—. Pero pareces exactamente el mismo. Tus ojos son los mismos que vi ese día.

—Ladeó la cabeza a la vez, que le sonreía—. No veo el dolor de cabeza del don en tus ojos.

—Lleva sin aparecer algún tiempo, pero tras ese beso, sería imposible tener un dolor de cabeza.

—Bueno, si regresa —dijo ella—, simplemente dímelo y veré que puedo hacer para hacerlo desaparecer.

Richard le pasó los dedos por el pelo y la miró una última vez a los ojos antes de rodearle la cintura. Juntos caminaron a través de la catedral de árboles que era su escondite, y marcharon en dirección a la ladera descubierta. Entre los troncos de los pinos, Richard vio que Jennsen descendía la colina corriendo, saltando de roca en roca, evitando las zonas nevadas. Fue a su encuentro.

—Los distinguí —dijo sin aliento—. Pude verlos abajo, en el desfiladero, en el extremo

opuesto. Pronto estarán aquí arriba, —Una amplia sonrisa le iluminó el rostro—. Vi a Tom guiándolos.

Jennsen los contempló con atención a los dos: Kahlan con el vestido blanco de la Madre Confesora y Richard con las prendas que había encontrado en parte en el Alcázar que en el pasado habían llevado magos guerreros. Por la sorpresa del rostro de la muchacha, Richard pensó que ésta iba a hacerles una reverencia.

—Vaya —dijo ella—, eso sí que es todo un vestido. —Miró a Richard de arriba abajo otra vez—. Los dos parecéis como si debierais gobernar el mundo.

—Bueno —repuso Richard—, esperemos que la gente de Owen piense lo mismo.

Cara apartó a un lado una rama mientras se agachaba. Vestida otra vez con su ceñido traje de cueto rojo, parecía tan intimidante como lo había parecido la primera vez que Richard la había visto en los espléndidos pasillos del Palacio del Pueblo de D'Hara.

—Lord Rahl me confió en una ocasión que tenía intención de gobernar el mundo —dijo Cara, que había oído la declaración de Jennsen.

—¿De veras? —preguntó ésta.

Richard suspiró ante su expresión sobrecogida.

—Gobernar el mundo ha resultado más difícil de lo que pensé.

—Si quisierais escucharnos más a la Madre Confesora y a mí —aconsejó Cara—, lo tendríais más fácil.

Richard hizo caso omiso de la petulancia de Cara.

—¿Podrías recogerlo todo? Quiero estar ahí arriba con Kahlan antes de que Tom llegue con Owen y sus hombres.

Cara asintió y empezó a reunir las cosas que habían trabajado tan duro para fabricar, apilando algunas y haciendo un recuento de otras. Richard posó una mano en el hombro de Jennsen.

—Ata a *Betty*, que permanezca aquí por ahora. ¿De acuerdo? No necesitamos tenerla por en medio.

—Me ocupare de ello —dijo Jennsen mientras se toqueteaba los rizos de cabello rojo—. Me aseguraré de que no pueda molestarnos ni marcharse por ahí.

Resultaba a todas luces evidente lo ansiosa que estaba por volver a ver a Tom.

—Estás muy hermosa —le aseguró Richard, y la sonrisa de la muchacha regresó para

vencer a su ansiosa expresión.

La cola de *Betty* era un molinete borroso mientras alzaba la mirada hacía ellos, ansiosa por ir a donde fuera que se dirigieran.

—Vamos —dijo Jennsen a su amiga—, tú te quedarás aquí durante un rato.

Jennsen sujetó la cuerda de la cabra, reteniéndola, mientras Richard, con Kahlan a su lado, dejaba atrás los últimos árboles y salían a la descubierta repisa. Con los imponentes picos cubiertos de nieve ocultos por las siniestras nubes, Richard se dijo que daba la impresión de que se hallaban en el techo del mundo.

El viento había cesado, dejando inmóviles a los árboles y, en contraste, haciendo que el movimiento arremolinado de las masas de nubes diera la impresión de ser algo vivo. Los chaparrones del día anterior habían cesado y luego el sol había hecho una breve aparición para derretir un poco la nieve del paso. Richard no creía que existiesen muchas posibilidades de ver el sol ese día.

El enorme centinela de piedra aguardaba en lo alto del sendero, vigilando eternamente el paso. A medida que se aproximaban a él, Richard oleó el cielo pero únicamente vio pájaros pequeños —cazamoscas y trepatroncos de pecho blanco— revoloteando. Le producía una sensación de alivio que las criaturas hubiesen permanecido ausentes desde el momento en que habían tomado aquel antiguo sendero que ascendía por el paso.

La primera noche pasada allí arriba en el paso, bastante más atrás en los bosques más espesos, habían trabajado arduamente para construir un refugio cómodo, consiguiendo acabarlo justo cuando la oscuridad se instalaba en los vastos bosques. A primeras horas del día siguiente, Richard había quitado nieve de la estatua y de todas las repisas de la base.

Había descubierto más escritos.

Ahora sabía más cosas sobre aquel hombre cuya estatua había sido colocada allí. Otra nevisca había espolvoreado nieve sobre lo escrito, volviendo a enterrar las palabras muertas desde hacía tanto tiempo.

Kahlan posó una reconfortante mano sobre su espalda.

—Escucharán, Richard. Te escucharán.

Con cada inspiración de aire, el dolor le asestaba un tirón desde lo más profundo de su ser. Cada vez era peor.

—Será mejor que lo hagan, o no tendré ninguna posibilidad de conseguir el antídoto.

Sabía que no podía hacerlo solo. Incluso aunque supiera cómo invocar su don y controlar su magia, seguiría sin poder ser capaz de agitar una mano o realizar alguna proeza mágica que arrojara a la Orden Imperial fuera del Imperio Bandakariano. Sabía que tales cosas estaban

fuera del alcance de incluso la magia más poderosa. La magia, usada correctamente, concebida correctamente, era una herramienta, de un modo muy parecido a su espada.

La magia no sería la salvación. La magia no era una panacea. Si quería tener éxito, tenía que usar la cabeza.

Ya no sabía si podía depender de la magia de la *Espada de la Verdad*. Ni sabía cuánto tiempo tenía antes de que su propio don lo matara. En ocasiones, daba la sensación de que su don y el veneno realizaban una carrera para ver cuál podía acabar con él primero.

Richard condujo a Kahlan el resto de la ascensión, hasta una loma en la cumbre del paso, donde quería esperar a los hombres. Desde aquel punto podían ver a través de las brechas en las montañas y al interior de Bandakar. A lo lejos, en el límite de la zona llana, Richard distinguió a Tom muy abajo, guiando a los hombres a través de los árboles y haciéndoles ascender por una senda de curvas pronunciadas.

Tom miró con atención a lo alto mientras ascendía por la senda y divisó a Richard y a Kahlan. Vio cómo iban vestidos, dónde estaban y no efectuó ningún saludo con la mano, comprendiendo que hacerlo resultaría poco apropiado. Richard pudo ver que los hombres que seguían a Tom miraban a lo alto, por encima de ellos.

Richard alzó la espada unos centímetros, comprobando que salía con facilidad de la vaina. En lo alto, las negras e imponentes nubes parecían haberse congregado, como si todas se apiñaran en los confines del paso para observar.

De pie, muy erguido, mientras dirigía la mirada a lo lejos, a la tierra desconocida situada más allá, a un imperio desconocido, Richard tomó la mano de Kahlan.

De la mano, aguardaron en silencio lo que podía ser el principio de un desafío que cambiaría para siempre la naturaleza del mundo, o el fin de las posibilidades que tenía Richard de vivir.

7

A medida que los hombres que seguían a Tom emergían de los árboles situados abajo y salían al descubierto, Richard se sintió desalentado al ver que eran muchos menos de los que Owen había dicho. Frotándose los surcos de la frente con las yemas de los dedos, Richard retrocedió a lo alto de la loma donde Kahlan aguardaba.

La frente de esta se arrugó preocupada.

—¿Qué sucede?

—Dudo que hayan traído ni cincuenta hombres.

Kahlan volvió a cogerle la mano, hablándole con tierna convicción:

—Eso es cincuenta más de lo que teníamos.

Cara se les acercó por detrás, dejando caer su carga a un lado. Fue a apostarse detrás de Richard, a la izquierda de este, en el lado opuesto al que ocupaba Kahlan. Richard le devolvió la sombría mirada. Se preguntó cómo conseguía siempre aquella mujer dar la impresión de que esperaba que todo sucediera justo como ella deseaba que sucediera.

Tom pasó por encima del borde de la roca, seguido por los hombres. Sudaba por el esfuerzo de la ascensión, pero una sonrisa tensa animó su rostro cuando vio a Jennsen ascendiendo justo en aquel momento por el otro lado de la elevación. Ella le devolvió la breve sonrisa y luego permaneció en las sombras, junto a la base de la estatua, manteniéndose aparte.

Cuando la desaliñada banda de hombres distinguió a Richard vestido con los pantalones y botas negras, la túnica negra ribeteada con una tira dorada, el amplio cinturón de cuero, las muñequeras de plata con relleno de cuero con antiguos símbolos grabados en torno a ellas y la reluciente vaina forjada en oro y plata, éstos parecieron perder el valor. Cuando vieron a Kahlan de pie junto a él, retrocedieron en dirección al borde, encogidos de miedo, efectuando reverencias vacilantes, sin saber qué se suponía que tenían que hacer.

—Adelante, vamos —les dijo Tom, animándolos a subir.

Owen susurró a los hombres mientras se movía entre ellos, instándolos a adelantarse como Tom indicaba. Ellos obedecieron tímidamente, acercándose un poco más, arrastrando los pies, pero dejando aún un amplio margen de seguridad entre ellos y Richard.

Mientras los hombres miraban a su alrededor, no muy seguros sobre lo que se suponía que tenían que hacer a continuación, Cara se adelantó y extendió un brazo en dirección a Richard.

—Os presento a lord Rahl —dijo con una voz clara—, el Buscador de la Verdad y el que empuña la *Espada de la Verdad*, el portador de muerte, el Señor del Imperio d'haraniano, y el esposo de la Madre Confesora.

Si los hombres se habían mostrado tímidos e inseguros antes, la presentación de Cara lo acrecentó aún más. Cuando pasaron la mirada de Richard y Kahlan de vuelta a los penetrantes ojos azules de Cara, viendo que ésta aguardaba, todos ellos doblaron una rodilla en tierra ante Richard.

Cuando Cara se adelantó al frente, delante de los hombres, se dio la vuelta y se arrodilló, Tom captó el mensaje e hizo lo misino. Ambos se inclinaron y tocaron el suelo con las frentes.

En el silencio de las últimas horas de la mañana, los hombres aguardaron, todavía indecisos sobre qué era lo que tenían que hacer.

—Amo Rahl, guíanos —dijo Cara de modo que todos los hombres pudiesen oírla, y luego

aguardó.

Tom miró atrás a todos los hombres de rubias cabezas. Cuando frunció el entrecejo con desagrado, los hombres comprendieron que debían seguir el ejemplo. Todos ellos se arrodillaron en el suelo y se inclinaron adelante, imitando a Tom y a Cara, hasta tocar el frío granito con las frentes.

—Amo Rahl, guíanos —volvió a empezar Cara, sin alzar en ningún momento la frente del suelo.

En esta ocasión, guiados por Tom, todos los hombres repitieron las palabras.

—Amo Rahl, guíanos —dijeron discordantemente.

—Amo Rahl, enséñanos —dijo Cara cuando todos hubieron acabado con el principio del juramento.

Ellos siguieron su ejemplo otra vez, pero todavía vacilantes y sin mucha coordinación.

—Amo Rahl, protégenos —dijo Cara.

Los hombres repitieron las palabras, las voces un poco más al unísono.

—Tu luz nos da vida.

Los hombres farfullaron las palabras.

—Tu misericordia nos ampara.

Repitieron la frase.

—Tu sabiduría nos hace humildes.

De nuevo pronunciaron las palabras después de ella.

—Vivimos sólo para servirte.

Cuando acabaron de repetir las palabras, la mord-sith pronunció la última Frase:

—Tuyas son nuestras vidas.

Cara se alzó sobre las rodillas cuando hubieron acabado y dirigió una mirada fulminante a los hombres, que seguían todos inclinados al frente pero mirándola a hurtadillas.

—Estas son las palabras de la oración al lord Rahl. Ahora la pronunciareis juntos conmigo tres veces, como es lo conecto en el campo de batalla.

Cara volvió a colocar la frente sobre el suelo, a los pies de Richard.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rabí, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

Richard y Kahlan se mantuvieron en pie ante el grupo mientras éste pronunciaba la segunda y la tercera oración. No se trataba de un espectáculo sin sentido montado por Cara; aquella era la oración, tal como se había pronunciado durante miles de años, y Cara decía muy en serio cada una de las palabras.

—Podéis alzaros ahora —indicó a los hombres.

Éstos volvieron a ponerse en pie con cautela, encorvados por la preocupación y aguardando en silencio. Richard trabó la mirada con todos ellos antes de empezar.

—Soy Richard Rahl. Soy el hombre que vosotros decidisteis envenenar para poder esclavizarme y de ese modo obligarme a cumplir vuestros deseos.

»Lo que habéis hecho es un delito. Si bien podéis creer que podéis justificar vuestra acción, considerarla simplemente un medio de persuasión, nada puede daros el derecho a amenazar o quitarle la vida a otro que no os ha hecho daño ni tenía intención de hacéroslo. Eso, junto con la tortura, la violación y el asesinato, son los métodos con los que gobierna la Orden Imperial.

—Pero nosotros no os queríamos ningún mal —gritó uno de los hombres, horrorizado porque Richard pudiese acusarles de un delito tan horrendo.

Otros hombres tomaron la palabra para coincidir en que Richard lo había mal interpretado.

—Pensáis que soy un salvaje —siguió Richard en un tono de voz que los acalló y les hizo retroceder un paso—. Os consideráis mejores que yo y por lo tanto eso hace que sea correcto hacerme esto... e intentar hacérselo a la Madre Confesora... porque queréis algo y, como niños caprichosos, esperáis que os lo demos.

»La alternativa que me dais es la muerte. La tarea que exigís de mí es difícil, más de lo que podáis imaginar, convirtiendo mi muerte, debido a vuestro veneno, en una posibilidad muy real, y verosímil. Esa es la realidad.

»Ya estuve muy cerca de morir debido a vuestro veneno. En el último instante se me concedió un aplazamiento temporal cuando uno de vosotros me dio un antídoto provisional. Mis amigos y seres queridos creyeron que moriría esa noche. Vosotros fuisteis la causa. Vosotros decidisteis envenenarme, y de ese modo aceptasteis el hecho que de podríais matarme.

—No —insistió un hombre, las manos unidas en súplica—, jamás os quisimos ningún mal.

—¿Si no existía una amenaza creíble a mi vida, entonces por qué haría yo lo que deseáis? Si realmente no tenéis intención de hacerme ningún mal y no tenéis la voluntad de matarme si no os secundo, demostrarlo y dadme el antídoto de modo que pueda recuperar mi vida. Es mi vida, no vuestra.

En esta ocasión nadie habló.

—¿No? Ya veis, entonces, que es como yo digo. Estáis decididos a asesinar o a esclavizar. La única elección que tengo entre esas dos opciones. No pienso escuchar nada más sobre vuestros sentimientos respecto a lo que era vuestra intención. Vuestros sentimientos no os absuelven de vuestros actos. Vuestras acciones, no vuestros sentimientos, dicen la verdad de vuestras intenciones.

Entrelazó las manos a la espalda mientras paseaba despacio ante los hombres.

—Ahora podría, como os encanta hacer a vosotros, decirme a mí mismo que no puedo saber si nada de esto es cierto. Podría, como haríais vosotros, declararme a mí mismo incompetente para la tarea de saber qué es real y rehusar enfrentarme a la realidad.

»Pero soy el Buscador de la Verdad porque no intento ocultarme de la realidad. La elección de vivir exige que uno se enfrente a la verdad. Yo pienso hacer eso. Tengo intención de vivir.

»Vosotros debéis hoy decidir lo que haréis, cuál será el futuro de vuestras vidas y de las vidas de los que amáis. Vais a tener que véroslas con la realidad, la misma con la que debo vérmelas yo, si queréis tener una posibilidad de vivir vuestras vidas. Hoy tendréis que enfrentaros a una gran dosis de verdad, si queréis tener aquello que buscáis.

Richard hizo una seña a Owen.

—Creí que dijiste que había más hombres. ¿Dónde está el resto?

Owen dio un paso al frente.

—Lord Rahl, para impedir la violencia, se entregaron a los hombres de la Orden.

Richard miró atónito al hombre.

—Owen, después de todo lo que me has contado, después de todo lo que esos hombres han visto hacer a la Orden, ¿cómo podían ellos creer tal cosa?

—Pero ¿cómo podemos saber que esta vez no detendrá la violencia? No podemos conocer la naturaleza de la realidad o...

—Ya te lo dije antes, conmigo te limitarás a lo que es, y no repetirás esas frases sin sentido que has memorizado. Si tienes hechos reales quiero oírlos. No estoy interesado en tonterías sin sentido.

Owen se quitó la pequeña mochila de la espalda. Rebuscó en su interior y sacó una bolsita de lona. Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras la contemplaba.

—Los hombres de la Orden averiguaron que había hombre ocultándose en las colinas. Uno de los que se ocultaba con nosotros tiene tres hijas. Para poder impedir un ciclo de violencia, alguien en nuestra ciudad indicó a los hombres de la Orden qué niñas eran sus hijas.

»Cada día los hombres de la Orden ataron una cuerda a un dedo de cada una de esas tres niñas. Un hombre sujetaba a la niña mientras otro tiraba de la cuerda hasta que arrancaba el dedo. Los soldados de la Orden dijeron a un vecino de nuestra ciudad que fuera a las colinas y diera los tres dedos a nuestros hombres. Vino cada día.

Owen entregó la bolsita a Richard.

—Éstos son los dedos de cada una de sus hijas.

»El hombre que se llevó a los nuestros estaba aturdido. Dijeron que ya no parecía humano. Hablaba con una voz apagada. Repitió lo que le habían ordenado que dijera. Había decidido que, puesto que nada era real, no vería nada y haría lo que le mandaban.

»Contó que los soldados de la Orden le dijeron que algunas de las personas de nuestra ciudad habían dado los nombres de los que estaban en las colinas y que ellos tenían a sus hijos, también. Dijeron que a menos que regresaran y se entregaran, harían lo mismo con los otros niños.

»Un poco más de la mitad de los que se ocultaban en las colinas no pudieron soportar pensar que eran la causa de tal violencia, y por lo tanto regresaron a nuestra ciudad y se entregaron a la Orden.

—¿Por qué me estás dando esto? —preguntó Richard.

—Porque —dijo Owen, la voz ahogada por las lágrimas— quería que supierais por qué nuestros hombres no tuvieron otra elección que entregarse. No podían soportar pensar en sus seres queridos padeciendo tan terrible suplicio por su culpa.

Richard contempló a los acongojados hombres que lo observaban. Sintió que la cólera hervía en su interior, pero la mantuvo bajo control.

—Puedo comprender lo que esos hombres intentaban hacer al entregarse. No puedo culparlos por ello. No ayudará, pero no podría culparlos por intentar evitar que se hiciera daño a sus seres queridos.

A pesar de su ira, Richard hablaba con voz sosegada.

—Lamento que tú y tu gente estéis padeciendo tal brutalidad a manos de la Orden Imperial.

Pero comprended esto: es real, y la Orden es la causa de ello. Esos hombres vuestros, si hicieron lo que la Orden ordenó o si no lo hicieron, no fueron la causa de la violencia. La responsabilidad por provocar violencia es totalmente de la Orden. Ellos vinieron a vosotros, ellos os atacaron, ellos os esclavizan, torturan y asesinan.

La mayoría de los hombres permanecieron en postillas abatidas, mirando al suelo.

—¿Tiene hijos alguno de vosotros?

Unos cuantos asintieron o farfullaron que así era.

Richard se pasó la mano por los cabellos.

—¿Por qué no os habéis entregado, entonces? ¿Por qué estáis aquí y no intentando detener el sufrimiento del mismo modo que hicieron los demás?

Los hombres se miraron unos a otros, algunos se sentían confundidos por la pregunta mientras que otros parecían incapaces de expresar sus razones. Su pesar, su aflicción, incluso su vacilante determinación, resultaban evidentes en sus rostros, pero no conseguían encontrar las palabras para explicar por qué no querían entregarse.

Richard sostuvo en alto la bolsita de lona con su truculento tesoro, no permitiéndoles que esquivaran la cuestión.

—Todos estabais enterados de esto. ¿Por qué no regresasteis también?

Finalmente, uno tomó la palabra:

—Fui a hurtadillas a los campos de labranza al ponerse el sol y hablé con un hombre que atendía los cultivos, y le pregunté qué les había sucedido a aquellos hombres que habían regresado. Dijo que a muchos de sus hijos ya se los habían llevado hacia tiempo. Otros habían muerto. A todos los hombres de las colinas se los habían llevado. A ninguno se le permitió regresar a sus hogares, con sus familias. ¿De qué nos habría servido regresar?

—¿De qué, desde luego? —murmuró Richard.

Era la primera señal de que captaban la auténtica naturaleza de la situación.

—Tenéis que detener a la Orden —dijo Owen—. Debéis darnos nuestra libertad. ¿Por qué nos halléis hecho hacer este viaje?

La chispa inicial de confianza de Richard perdió intensidad. Si bien aquellos hombres podrían haber captado en parte la realidad de sus problemas, ciertamente no querían enfrentarse al desafío de hallar una solución real. Simplemente querían ser salvados. Todavía esperaban que alguien lo hiciese por ellos: Richard.

Todos los hombres parecieron aliviados al ver que Owen había hecho por fin la pregunta; al

parecer eran demasiado tímidos para hacerla ellos mismos. Mientras aguardaban, algunos no podían evitar dirigir miradas de soslayo a Jennsen. La mayoría también parecían preocupados por la estatua que se alzaba imponente detrás de Richard. Sólo podían ver la parte posterior y no sabían en realidad qué aspecto tenía.

—Porque —les explicó por fin Richard—, para que yo pueda hacer lo que queréis, es impórtame que lleguéis a comprender todo lo que hay involucrado. Esperáis que simplemente haga esto por vosotros. No puedo. Vais a tener que ayudarme en esto o vosotros y todos vuestros seres queridos estaréis perdidos. Si queremos tener éxito, debéis ayudar a vuestra gente a comprender las cosas que tengo que deciros.

»Habéis llegado hasta aquí, habéis sufrido todo esto, os habéis comprometido hasta este punto. ¿Os dais cuenta de que si hacéis lo mismo que han hecho vuestros amigos, si aplicáis esas mismas soluciones inútiles, también vosotros seréis esclavizados o asesinados? Os estáis quedando sin opciones. Todos habéis tomado la decisión de al menos intentar tener éxito, de intentar deshaceros de esos animales que matan y esclavizan a vuestra gente.

»Vosotros, los que estáis aquí, sois su última posibilidad... su única posibilidad. Ahora debéis oír el resto de lo que tengo que contaros y luego decidir cuál será vuestro futuro.

El ojeroso y heterogéneo grupo de hombres, todos vestidos con ropas desgastadas y sucias, todos con el aspecto de que lo habían pasado muy mal viviendo en las colinas, o bien habló o bien asintió para indicar que escucharían lo que Richard tenía que decir. Algunos parecieron incluso como si se sintieran aliviados por el modo tan directo y franco en que les hablaba. Unos pocos incluso parecieron ávidos de sus palabras.

8

—Hará tres años el próximo otoño —empezó a contar Richard—, yo vivía en un lugar llamado Ciudad del Corzo. Era guía del bosque. Llevaba una vida pacífica entre aquellos que amaba. Sabía muy poco sobre los lugares situados más allá de mi hogar. En ciertos aspectos yo era como vosotros antes de que llegara la Orden, así que puedo comprenderos un poco.

»Como vosotros, vivía al otro lado de un límite que nos protegía de aquellos que querían hacernos daño.

Los hombres estallaron en excitados cuchicheos, al parecer sorprendidos y complacidos de poder sintonizar con él de aquel modo, de tener algo tan básico en común con él.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó uno.

Richard no pudo contenerse. No pudo reprimir la sonrisa que se adueñó de él.

—Un día, en mis bosques —extendió la mano al lado—, Kahlan apareció. Como vosotros,

su gente se hallaba en una situación desesperada. Necesitaba ayuda. No obstante, en lugar de envenenarme, me contó su historia y que la Orden se dirigía hacia nosotros. De un modo muy parecido a lo que os sucedió, el límite que protegía a su pueblo había dejado de funcionar y un tirano había invadido su tierra natal, ella también llegó trayendo la advertencia de que ese hombre vendría muy pronto a mi tierra, y conquistaría a mi gente, a mis amigos, a mis seres amados.

Todos los rostros se giraron hacia Kahlan. Los hombres la miraron abiertamente, como si la vieran por primera vez. Parecía como si les resultara pasmoso que aquella mujer escultural que tenían delante pudiese ser una salvaje, como consideraban ellos a los forasteros, y tuviera la misma clase de problemas que ellos habían tenido. Richard calló muchos detalles de la historia, pues quería que fuera lo bastante simple para que les resultara comprensible.

»Me nombraron el *Buscador de la Verdad* y me entregaron esta espada para que me ayudara en esta importante lucha —Richard alzó la empuñadura fuera de la vaina hasta la mitad de la hoja, dejando que todos los hombres vieran el bruñido metal. Muchos torcieron el gesto al ver un arma así.

»Juntos, codo con codo, Kahlan y yo luchamos para detener al hombre que quería esclavizar o destruirnos a todos nosotros. En una tierra desconocida, ella fue mi guía, no tan sólo ayudándome a combatir contra aquellos que querían matarnos, sino ayudándome a comprender el mundo más amplio, que yo nunca antes había tomado en consideración. Me abrió los ojos a lo que había ahí fuera, más allá del límite que me había protegido a mí y a mi gente. Me ayudó a ver la sombra de la tiranía que se aproximaba y conocer lo que estaba realmente en juego: la vida.

»Me hizo estar a la altura del desafío. Si ella no lo hubiese hecho, yo no estaría vivo hoy, y muchísimas personas más estarían muertas o esclavizadas.

Richard tuvo que volver la cabeza ante la avalancha de recuerdos dolorosos, al pensar en todos los que habían perecido en la lucha. Al pensar en las victorias tan duramente ganadas.

Posó la mano en la estatua para sostenerse mientras recordaba el horrendo asesinato de George Cypher, el hombre que lo había criado, el hombre que, hasta aquella contienda, Richard siempre había creído que era su padre. El dolor de todo ello, tan distante, remoto, regresó. Recordó el horror de aquellos tiempos, de la repentina comprensión de que jamás volvería a ver al hombre que tanto quería. Había olvidado hasta aquel momento lo mucho que lo echaba en falta.

Recuperó la serenidad y se giró de nuevo hacia los hombres.

—Al final, y sólo con la ayuda de Kahlan, obtuve la victoria en la contienda contra aquel tirano que yo no había sabido que existía hasta el día en que ella entró en mis bosques y me avisó.

»Aquel hombre era Rahl el Oscuro, mi padre, un hombre que jamás había conocido.

Los hombres lo miraron fijamente con incredulidad.

—¿Jamás lo conociste? —preguntó uno con voz atónita.

Richard negó con la cabeza.

—Es una historia muy larga. Quizás en otra ocasión os lo detalle todo. Por ahora, debo contaros las partes importantes que son relevantes para vosotros y aquellos a los que amáis.

Richard miró al suelo sucio, reflexionando, mientras paseaba frente al desordenado puñado de hombres.

—Cuando maté a Rahl el Oscuro lo hice para impedir que él me matara a mí y a mis seres queridos. Él había torturado y asesinado a innumerables personas y por eso sólo ya merecía la muerte, pero tuve que matarlo o él me habría matado, en aquel momento yo no sabía que era mi auténtico padre ni que al matarlo, puesto que era su heredero, me convertiría en el nuevo lord Rahl.

»De haber sabido él quién era yo, podría no haber intentado matarme, pero no lo sabía. Yo poseía información que él quería; su intención era torturarme para obtenerla y luego matarme. Yo lo maté primero.

»Desde ese día he averiguado muchas cosas. Lo que he averiguado nos conecta...

—Richard los señaló y luego colocó la mano en su pecho a la vez que trababa la mirada con ellos—, en modos que debéis llegar a comprender, también, si queréis tener éxito en esta nueva lucha.

»La tierra donde crecí, la tierra de Kahlan y la tierra de D'Hara, constituyen el Nuevo Mundo. Como habéis averiguado, este territorio inmenso de aquí abajo, fuera de donde crecisteis, recibe el nombre de Viejo Mundo. Después de que me convirtiera en lord Rahl, la barrera que nos protegía del Viejo Mundo se vino abajo, de un modo muy parecido a como le ha sucedido a vuestro límite. Cuando eso sucedió, el emperador Jagang, de la Orden Imperial, lo aprovechó para invadir el Nuevo Mundo, mi hogar, de un modo muy parecido a como ha invadido vuestro hogar. Llevamos más de dos años combatiendo contra él y sus tropas, intentando derrotarles o al menos hacerlos retroceder hasta el Viejo Mundo.

»La barrera que se vino abajo nos había protegido de la Orden, o de hombres como ellos, durante unos tres mil años, más tiempo, incluso, del que estuvisteis protegidos vosotros. Antes de que se erigiera esa barrera al final de una gran guerra, el enemigo de la época, procedente del Viejo Mundo, había usado magia para crear a personas llamadas Caminantes de los Sueños.

Los hombres empezaron a cuchichear. Habían oído el nombre, pero en realidad no lo comprendían y hacían conjeturas sobre lo que podría significar.

—Los Caminantes de los Sueños —explicó Richard, cuando hubieron callado— podían penetrar en la mente de una persona para controlarla. No existía defensa. Una vez que un

Caminante de los Sueños se apoderaba de tu mente, te convertías en su esclavo, incapaz de resistirle a sus órdenes. Las gentes de aquella época estaban desesperadas.

»Un hombre llamado Alric Rahl, mi antepasado, ideó un modo de impedir que los Caminantes de los Sueños se apoderaran de las mentes de las personas. El era no tan sólo el lord Raid que gobernaba D'Hara por entonces, sino también un gran mago. Mediante su habilidad creó un vínculo que cuando se pronunciaba de todo corazón o se ofrecía bajo una forma más simple con genuina sinceridad, protegía a las personas, impidiendo que los Caminantes de los Sueños penetraran en sus mentes. La conexión mágica de Alric Raid con su gente, a través de ese vínculo, los protegía.

»La oración que todos vosotros me ofrecisteis es la declaración formal de ese vínculo. Ha sido ofrecida por el pueblo d'haraniano a su lord Rahl durante tres mil años.

Algunos de los hombres situados al frente se adelantaron, la ansiedad dibujada en sus rostros.

—¿Entonces estamos protegidos de los Caminantes de los Sueños, lord Rahl, porque hicimos ese juramento? ¿Impedirá eso que los Caminantes de los Sueños entren en nuestras mentes y nos dominen?

Richard negó con la obra.

—Vosotros y vuestro pueblo no necesitáis protección. Ya estáis protegidos de otro modo.

Una sensación de alivio recorrió el grupo. Algunos sujetaron el hombro de otro, o pasar una mano sobre la espalda de un amigo en señal de alivio. Parecía como si temieran que los Caminantes de los Sueños los estuvieran acechando, y justo se hubiesen librado en el último instante.

—Pero, ¿cómo podemos estar protegidos? —preguntó Owen.

Richard inspiró profundamente, expulsando el aire despacio.

—Bueno, ésa es la parte que en cierto modo nos conecta. Veréis, tal y como yo lo entiendo, la magia necesita equilibrio para poder funcionar.

Se produjeron asentimientos por todas partes, como si aquellos hombres desprovistos del don tuvieran todos un íntimo conocimiento de la magia.

—Cuando Alric Rahl usó magia para crear ese vínculo con el que proteger a su pueblo —prosiguió Richard—, era necesario que siempre existiese un lord Rahl para completar el vínculo, para mantener su poder. No todos los magos engendran hijos que posean esa capacidad mágica, de modo que parte de lo que Alric Rahl hizo cuando creó el vínculo fue que el lord Rahl siempre engendraría un hijo que tuviese magia, que poseyera el don, y pudiera completar ese vínculo con el pueblo de D'Hara. De este modo siempre estarían protegidos.

Richard alzó un dedo para darle más énfasis a la vez que paseaba la mirada por el grupo de hombres.

—Lo que no sabían por aquel entonces era que esa magia, sin querer, creó su propio equilibrio. Si bien el lord Rahl siempre engendraba un heredero con el don, un mago como él, no se descubrió hasta más tarde que también, de cuando en cuando, tenía vástagos que carecían por completo de magia.

Richard pudo ver por los rostros carentes de expresión que los hombres no captaban lo que les estaba contando. Imaginó que a personas que vivían de un modo tan aislado, su historia debía parecerles más bien confusa. Recordó su propia confusión respecto a la magia antes de que la barrera hubiese caído y él hubiese conocido a Kahlan. No lo habían criado en un entorno de magia y todavía seguía sin comprender gran parte de ella. Había nacido con los dos lados del don, y sin embargo no sabía controlarlo.

—Veréis —dijo—, únicamente algunas personas poseen magia... tienen el don, como se le llama. Pero todas las personas nacen con al menos una chispa diminuta del don, incluso a pesar de que sean incapaces de manipular la magia. Hasta hace muy poco, todo el mundo consideraba a esas personas como carentes del don. ¿Entendéis? Los que tienen el don, como magos y hechiceras, pueden manejar la magia, y el resto de personas no pueden, de modo que son consideradas como carentes del don.

»Pero resulta que eso no es exacto, puesto que existe una chispa infinitesimal del don en todos los que nacen. Esta chispa diminuta del don es en realidad lo que permite que las personas interactúen con la magia en el mundo que lo rodea, es decir, con cosas y criaturas que tienen propiedades mágicas, y con personas que tienen el don en un sentido más amplio, aquellos que poseen la habilidad para manipular magia.

—Algunas personas en Bandakar tienen magia también —dijo un hombre—. Magia auténtica. Solamente aquellos que nunca han visto...

—No —replicó Richard, interrumpiéndolo, pues no quería que perdieran el hilo de su relato—. Owen me habló sobre lo que vosotros pensáis que es magia. Eso no es magia, eso es misticismo. No es de eso de lo que estoy hablando. Hablo de auténtica magia, que produce resultados reales en el mundo real. Olvidad lo que se os ha enseñado sobre la magia, sobre cómo la fe supuestamente crea aquello en lo que creéis y que eso es magia. No es real. Es simplemente la fantástica ilusión de magia en la imaginación de las personas.

—Pero es real —dijo alguien en un tono de voz respetuoso pero firme—. Más real que lo que ves y sientes.

Richard dedicó una mirada severa a los hombres.

—Si es tan real, entonces ¿por qué tuvisteis que usar un veneno que preparó un hombre que había trabajado toda la vida con hierbas? Porque sabéis lo que es real, ése es el porqué. Cuando era vital para vuestro interés personal, para vuestras vidas, recurristeis a la realidad,

a lo que realmente sabéis que funciona.

Richard indicó atrás, a Kahlan.

—La Madre Confesora posee magia real. No se trata de una maldición extravagante que se lanza sobre alguien y por la que esa persona muere diez años más tarde, ella posee magia real que, en lo básico, está ligada a la muerte, de modo que os afecta incluso a vosotros. Puede tocar a alguien, con esa magia autentica, y en un instante estará muerto. No dentro de diez años; ahora mismo, en el acto.

Richard se irguió frente a los hombres, mirándolos directamente a los ojos uno por uno.

—Si alguien no cree que eso es magia real, entonces hagamos una prueba. Que lleven a cabo su magia basada en la fe y me lancen un hechizo... que me mate aquí mismo y ahora. Después de que hagan eso, entonces se adelantarán y serán tocados por el poder muy real y letal de la Madre Confesora. A continuación todos los demás podrán ver los resultados y juzgar por sí mismos. —Paseó la mirada de un rostro a otro—. ¿Hay alguien dispuesto a realizar la prueba? ¿Algún mago entre todos vosotros, gentes sin el don, está dispuesto a probar?

Cuando los hombres permanecieron en silencio, sin que ninguno se moviera. Richard prosiguió:

—Vaya, yo diría que parece que sí tenéis cierto conocimiento de lo que es real y lo que no lo es. Tened eso en cuenta.

»Os he contado que el lord Rahl siempre engendraba a un hijo con magia, de modo que pudiera transmitir el gobierno de D'Hara y su capacidad mágica para hacer que el vínculo funcionara. Pero, como dije, el vínculo que Alric Rahl creó pudo haber tenido una consecuencia no deseada.

»Sólo más tarde se descubrió que el lord Rahl, posiblemente como un modo de equilibrarlo, también a veces engendraba hijos que estaban totalmente desprovistos de magia; no carentes del don del modo en que lo están la mayoría de personas, sino inmaculadamente desprovistos del don. Esas personas no poseían en absoluto la menor chispa del don.

»Debido a ello, debido a que estaban inmaculadamente desprovistas del don, eran incapaces de interactuar con la magia auténtica del mundo. La magia no podía afectarlos en absoluto. Para ellos, podría muy bien no existir porque no nacían con la capacidad de verla o relacionarse con ella. Podríais decir que eran como un pájaro que no podía volar. Parecían un pájaro, tenían plumas, comían insectos, pero no podían volar.

»En aquella época, hace tres mil años, después de que se hubiese creado el vínculo para proteger a las personas de los Caminantes de los Sueños durante la guerra, los magos finalmente consiguieron colocar una barrera entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Puesto que los que estaban en el Viejo Mundo ya no podían ir al Nuevo Mundo para hacer la guerra, la gran guerra finalizó. La paz, llegó finalmente.

»No obstante, los habitantes del Nuevo Mundo descubrieron que tenían un problema. Aquellos vástagos inmaculadamente desprovistos del don que lord Rahl transmitían esa característica a sus hijos. Cada hijo de un matrimonio en el que al menos un miembro de la pareja carece totalmente del don tiene hijos que tampoco lo tienen... siempre, cada vez. A medida que esos vástagos se casaban y tenían hijos, y luego nietos, y a continuación bisnietos, a medida que había más y más de ellos, aquella característica empezó a extenderse por toda la población.

»La gente, en aquella época, estaba asustada porque dependían de la magia. La magia era parte de su mundo. La magia los había salvado de los Caminantes de los Sueños. La magia había creado la barrera que los protegía de las huestes procedentes del Viejo Mundo. La magia había puesto fin a la guerra. La magia curaba a la gente, encontraba a niños perdidos, producía hermosas obras de arte que inspiraban y proporcionaban dicha. La magia podía ayudar a guiar a las personas en el curso de acontecimientos futuros.

»Algunas ciudades crecían alrededor de una persona con el don que podía atender las necesidades de la gente. Muchas personas con el don se ganaban la vida llevando a cabo tales servicios. En algunas cosas, la magia proporcionaba a la gente control sobre la naturaleza y de ese modo mejoraba las vidas de todos. Las cosas conseguidas con la ayuda de la magia mejoraban las condiciones de vida de casi todo el mundo. La magia era una fuerza de creación individual y por lo tanto de logro individual. Casi todo el mundo obtenía algún beneficio de ella.

»Esto no quiere decir que la magia fuera o sea indispensable, sino que era una ayuda útil, una herramienta. La magia era como su brazo derecho. Sin embargo es la mente del hombre, no su magia, lo que es indispensable; de un modo muy parecido a como podríais sobrevivir sin el brazo derecho, pero no podríais sobrevivir sin la mente. Pero la magia había quedado ligada a las vidas de todos, así que muchos creían que era absolutamente indispensable.

»La gente llegó a pensar que esa nueva amenaza, esta característica de carecer del don que se extendía por la población, sería el fin de todo lo que conocían, de todo lo que pensaban que era importante, que sería el fin de su protección más vital: la magia.

Richard contempló todos los rostros, aguardando para asegurarse de que habían captado la esencia del relato, que comprendían lo desesperada que debía de haber estado la gente, y porque.

—Así pues, ¿qué hizo la gente con esas personas que carecían totalmente del don que estaban entre ellos? —preguntó un hombre que estaba al fondo.

En un tono calmado, Richard respondió:

—Algo terrible.

Sacó el libro de una bolsa de cuero de su cinto y lo alzó para que todos los hombres lo

vieran mientras volvía a pasear por delante de ellos. Las nubes, cargadas con ventiscas, discurrían en silencio a través del helado paso del valle, en dirección a los picos que se alzaban por encima de ellos.

—Este libro se llama Los Pilares de la Creación. Así llamaban los magos de aquellos tiempos a las gentes inmaculadamente desprovistas del don, Pilares de la Creación, porque tenían el poder, con esa característica que transmitían a sus hijos, de alterar la naturaleza de la humanidad. Eran los cimientos de una nueva clase de personas totalmente distintas: personas sin ninguna conexión con la magia.

»Hace muy poco tiempo que di con este libro. Está dirigido al lord Rahl, y a otros, para que conozcan la existencia de esas personas desprovistas del don, a las que no afecta la magia. El libro cuenta la historia de cómo aparecieron esas personas, a través de aquellos hijos del lord Rahl, junto con la historia de lo que se descubrió sobre ellas. También revela lo que la gente de aquel entonces, hace miles de años, hizo con esos Pilares de la Creación.

Los hombres se frotaron los brazos bajo el aire frío mientras Richard pasaba lentamente ante ellos. Todos parecían absortos en el relato.

—Así pues —preguntó Owen—, ¿qué hicieron?

Richard se detuvo y permaneció inmóvil, observando sus ojos antes de hablar.

—Los desterraron.

Murmullos de sorpresa estallaron entre los hombres. Se sentían atónitos al oír la solución tomada. Aquellos hombres comprendían lo que era el destierro, lo comprendían muy bien, y podían simpatizar con aquellas personas desterradas en un pasado lejano.

—Eso es terrible —dijo un hombre situado al frente, meneando la cabeza.

Otro frunció el entrecejo y alzó una mano.

—¿No estaban emparentados esos Pilares de la Creación con algunas de las otras personas? ¿No formaban parte de las ciudades? ¿No sintió pena la gente al desterrar a esas personas sin el don?

Richard asintió.

—Sí, eran amigos y familiares. Aquellas personas descerradas estaban íntimamente ligadas a las vidas de casi todo el mundo. El libro cuenta lo acongojada que se sintió la gente ante la decisión a la que se había llegado sobre ellos. Debió de ser un momento terrible, una elección espantosa que no gustaba a nadie, pero los que mandaban en aquel momento decidieron que, para preservar su modo de vida, para preservar la magia y todo lo que significaba para ellos, para preservar aquel atributo del hombre, en lugar de valorar las vidas de los individuos por lo que éstos eran, tenían que desterrar a esas personas carentes del don.

Lo que es más, cambien decretaron que todos los futuros vástagos del lord Rahl, excepto su heredero poseedor del don, debían ser ejecutados para asegurar que jamás volviera a aparecer entre ellos ningún Pilar de la Creación.

En esa ocasión no se oyeron murmullos. Los hombres se mostraron entristecidos por la historia de aquellas gentes misteriosas y aquella terrible solución. Sus cabezas se inclinaron al frente mientras pensaban en lo que debía de haber sido aquella época sombría.

Finalmente, uno de ellos levantó la cabeza. La frente se le crispó y, por fin, hizo la pregunta que Richard esperaba.

—Pero ¿dónde desterraron a esos Pilares de la Creación? ¿Dónde los enviaron?

Richard observó a los hombres mientras otros ojos se alzaban, con curiosidad ante el histórico misterio, aguardando a que el prosiguiera la narración.

—A estas personas no les afectaba la magia —les recordó Richard—. Y la barrera que contenía al Viejo Mundo era una barrera creada mediante magia.

—¡Los enviaron a través de la barrera! —adivinó un hombre en voz alta.

Richard asintió.

—Muchos magos habían muerto y entregado su poder a esa barrera a fin de que la gente quedara protegida de los habitantes del Viejo Mundo, que querían gobernarlos y poner fin a la magia. Ese era en gran parte el motivo por el que se había librado la guerra; los que estaban en el Viejo Mundo querían erradicar la magia de la humanidad.

»Así que esas personas del Nuevo Mundo enviaron a esas gentes carentes del don, a esas personas sin magia, a través de la barrera al Viejo Mundo.

»Jamás supieron qué fue de ellos, aquellos amigos y familiares y seres queridos que habían desterrado, porque habían sido enviados al otro lado de una barrera que ninguno de ellos podía cruzar. Se pensó que establecerían vidas nuevas, que empezarían de nuevo. Pero, debido a que la barrera estaba allí, y era territorio enemigo lo que había al otro lado, la gente del Nuevo Mundo jamás supo qué fue de aquellos desterrados.

»Finalmente, hace unos pocos años, aquella barrera cayó. Esos desterrados se habían creado una nueva vida en el Viejo Mundo, habrían tenido hijos y extendido su atributo de carecer inmaculadamente del don —Richard alzó los brazos en un encogimiento de hombros—, pero no hay ni rastro de ellos. Las gentes que hay aquí abajo son exactamente iguales a la gente del Nuevo Mundo: algunos nacen con el don pero todos nacen con al menos esa chispa diminuta del don que les permite interactuar con la magia.

»Aquellas personas de tiempos remotos parecían sencillamente haber desaparecido.

—Así que ahora sabemos —razonó Owen mientras miraba a lo lejos, pensativo— que todas aquellas personas enviadas al Viejo Mundo hace tanto tiempo se extinguieron trágicamente... o quizá fueron asesinadas.

—Yo mismo había pensado eso —dijo Richard.

Se dio la vuelta y se quedó de cara a los hombres, aguardando hasta que todos los ojos estuvieron puestos en él antes de seguir adelante.

—Pero los encontré. Encontré a esas personas largo tiempo perdidas.

Volvieron a estallar cuchicheos emocionados. Los hombres parecían estimulados por la posibilidad de que aquellas personas hubiesen sobrevivido teniéndolo todo en contra.

—¿Dónde están, entonces, lord Rahl —preguntó un hombre—, esas personas con las que compartís ascendencia? ¿Esas personas que tuvieron que soportar tan cruel destierro y padecimiento?

Richard dirigió una mirada cortante a los hombres.

—Venid conmigo, y os contaré que fue de esas personas.

Richard los condujo al otro lado de la estatua, a la parte delantera, donde, por primera vez, pudieron tener una visión completa del centinela de piedra. Los hombres se quedaron pasmados al ver la estatua por delante. Conversaron con gran excitación entre ellos sobre lo real que parecía, sobre los rasgos fornidos del hombre.

Por la total conmoción que se percibía en sus voces y por lo que los hombres decían, Richard tuvo la clara impresión de que nunca antes habían visto una estatua, al menos ninguna tan monumental como aquella. Parecía que para aquellos hombres la estatua debía de ser algo afín a una manifestación mágica, en lugar de, como Richard sabía que era, una manifestación del talento del hombre.

Richard posó una mano en la fría piedra de la base.

—Esto es una antigua estatua de un mago del Viejo Mundo llamado Kaja-Rang. La tallaron, en parte, como homenaje al hombre, porque era un mago magnífico y poderoso.

Owen alzó una mano para interrumpir.

—Pero yo pensaba que las gentes del Viejo Mundo querían vivir sin magia... ¿Por qué tendrían que tener a un gran mago... y por qué, rendirían homenaje a un hombre que usaba magia?

Richard sonrió al ver que Owen captaba la contradicción.

—La gente no siempre actúa de un modo coherente. Lo que es más, cuando más

irracionales son tus creencias, más flagrantes son tus incoherencias. Vosotros, por ejemplo, intentáis disimular incongruencias en vuestro comportamiento aplicando selectivamente vuestras convicciones. Afirmáis que nada es real, o que no podemos saber la auténtica naturaleza de la realidad, y sin embargo teméis lo que la Orden os hace; creéis con suficiente firmeza en la realidad de lo que están haciendo como para querer que pare.

»Si nada fuese real, entonces no tendríais motivo para querer detener a la Orden Imperial. De hecho, es contrario a vuestras supuestas creencias intentar detenerlos, o incluso sentir que su presencia es real, aún menos perjudicial, ya que afirmáis que el hombre es incompetente para conocer la realidad.

»Sin embargo captáis la realidad de lo que está sucediendo a manos de los hombres de la Orden, y sabéis muy bien que es abominable, de modo que suspendéis selectivamente los preceptos de vuestras creencias para enviar a Owen a envenenarme en un intento de conseguir que os libere de vuestro problema real.

Algunos se mostraron confundidos por lo que Richard decía mientras que otros parecieron sentirse violentos. Unos pocos se mostraron atónitos. Ninguno pareció dispuesto a ponerle en entredicho, así que dejaron que prosiguiera sin interrumpirlo.

—Las gentes del Viejo Mundo eran igual..., todavía lo son. Afirmaban que no querían magia y, sin embargo, cuando se vieron enfrentadas con esa realidad, no quisieron pasar sin ella. La Orden Imperial es así. Han ido al Nuevo Mundo afirmando ser adalides de la causa de liberar a la humanidad de la magia, proclamando ser nobles por apoyar ese objetivo, y sin embargo usan magia en la persecución de ese objetivo. Arguyen que la magia es malvada, y sin embargo la adoptan.

»Su líder, el emperador Jagang, usa a aquellos que poseen magia para que lo ayuden a conseguir sus fines, entre los cuales, afirma, está la erradicación de la magia. Jagang es un Caminante de los Sueños que desciende de aquellos Caminantes de los Sueños de tiempos pasados. Su habilidad como Caminante de los Sueños es mágica, sin embargo no lo descalifica para liderar su imperio. Incluso a pesar de que posee magia, que él afirma incapacita a la gente para tener derecho a decidir sobre el futuro, se llama a si mismo Jagang el Justo.

»No obstante lo que declaran creer, su objetivo es gobernar a la gente, lisa y llanamente. Buscan poder pero lo disfrazan con ropajes nobles. Cada tirano cree que es distinto. Todos son iguales. Todos gobiernan mediante la fuerza bruta.

Owen fruncía el entrecejo, intentando captarlo todo.

—Así pues, aquellos que estaban en el Viejo Mundo no vivían según lo que afirmaban creer. Vivían en conflicto. Predicaban que el hombre estaba mejor sin magia, pero continuaban queriendo usar magia.

—Eso es.

Owen indicó arriba, a la estatua.

—¿Qué pasa con este hombre, entonces? ¿Por qué está aquí, si está en contra de lo que predicaban?

Más nubes negras se arremolinaron sobre la imponente estatua. El aire flotaba helado, espeso y húmedo. Parecía como si una tormenta estuviera conteniendo su ataque, aguardando para oír el resto.

—Este hombre está aquí porque luchó para salvar a la gente del Viejo Mundo de algo que temían más que a la magia misma —declaró Richard.

Alzó la mirada hasta el rostro decidido, con los ojos eternamente fijados en el lugar llamado los Pilares de la Creación.

—Este hombre —dijo Richard con voz sosegada—, este mago, Kaja-Rang, reunió a todas aquellas personas desprovistas del don, a aquellos Pilares de la Creación, que habían sido destellados aquí abajo desde el Nuevo Mundo, y los envió a todos aquí.

Richard señaló a lo lejos, detrás de la estatua.

—Colocó a todas esas personas en ese lugar, protegido por las montañas que lo rodeaban, y luego colocó un límite de muerte delante de ellos, de modo que jamás pudieran volver a salir para mezclarse con el resto de personas del mundo.

»Kaja-Rang dio a esas personas su nombre: bandakarianos. El nombre, *Bandakar*, procede de un idioma muy antiguo, el d'haraniano culto. Significa “los desterrados». Este hombre, Kaja-Rang, es quien los encerró herméticamente allí y salvó a su gente de los desprovistos del don, de aquellos que no tenían magia.

Vosotros —dijo Richard a los hombres que tenía delante— sois los descendientes de ese pueblo desterrado. Sois los descendientes de Alric Rahl, de la gente que os envió al exilio al Viejo Mundo. Todos sois descendientes de la Casa de Rahl. Vuestros antepasados y los míos son los mismos. Sois el pueblo desterrado.

En la cima del paso ante la estatua de Kaja-Rang reinó un silencio sepulcral. Los hombres tenían los ojos desorbitados por la sorpresa.

Y entonces estalló el caos. Richard no hizo ningún esfuerzo por detenerlos, por hacerles permanecer en silencio. Fue a colocarse junto a Kahlan mientras dejaba que lo asimilaran. Quiso darles el tiempo que necesitaban para llegar a captar la enormidad de lo que les había contado.

Con los brazos alzados, algunos hombres chillaron, ultrajados, ante lo que habían oído, otros gimotearon ante el horror del relato, algunos más lloraron apenados, muchos discutieron, unos pocos objetaron varios puntos que otros respondían, mientras que otros más se repitieron elementos claves casi como para oír las palabras otra vez, de modo que

podiesen ponerlas a prueba, aceptando finalmente que podría muy bien ser así.

Pero todos empezaron, poco a poco, a captar la enormidad de lo que habían oído. Todos empezaron a detectar la verosimilitud de la historia. Parloteando igual que urracas, todos hablando a la vez, expresaron incredulidad, indignación, admiración, e incluso temor, a medida que llegaban a la embriagadora comprensión de quiénes eran en realidad.

Ante la susurrada insistencia de algunos miembros del grupo, tras haberse recuperado del sobresalto inicial, todos callaron y por fin se volvieron hacia Richard, ansiosos por saber más.

—Vos sois ese hombre con el don, el agraciado heredero, el lord Rahl, y nosotros somos los que fuimos desterrados por los de vuestra estirpe —dijo uno de los hombres, expresando lo que parecía ser un temor común, la pregunta no expresada de que significaría aquello para ellos.

—Así es —respondió Richard— soy el lord Rahl, el líder del Imperio d'haraniano, y vosotros sois los descendientes de los Pilares de la Creación que fueron desterrados. Yo poseo el don como lo han poseído mis antepasados, cada lord Rahl antes que yo. Vosotros carecéis del don como vuestros antepasados.

De pie ante la estatua de Kaja-Rang, el hombre que los había desterrado, Richard contempló todos aquellos rostros tensos.

—Ese destierro fue una equivocación dolorosa. Fue inmoral. Como lord Rahl, denuncié el destierro y lo declaro finalizado para siempre. Ya no sois el Imperio de Bandakar, los desterrados, ahora sois otra vez, lo que fuisteis en una ocasión, d'haranianos, si elegís serlo.

Cada hombre parecía contener la respiración, aguardando para ver si lo decía en serio, o añadiría más, o si incluso podría retractarse.

Richard rodeó la cintura de Kahlan mientras contemplaba con serenidad todas las expresiones esperanzadas.

—Bienvenidos a casa —dijo con una sonrisa.

Y entonces todos se echaron a sus pies, besándole las botas, los pantalones, las manos, y, en el caso de aquellos que no podían acercarse lo suficiente, el suelo ante él. Al poco, besaban ya el repulgo del vestido de Kahlan.

Habían hallado un pariente, y estaban, dándole la bienvenida entre ellos.

9

Mientras los bandakarianos se amontonaban a los pies de ambos, demostrando abiertamente su gratitud por poner fin a su sentencia de destierro, Richard compartió una mirada de

soslayo con Kahlan. Cara parecía disgustada con la exhibición pero no interfirió.

Intentando detener el lloroso homenaje, Richard indicó con un ademán a los hombres que se levantaran.

—Hay mucho más que debo deciros. Escuchadme.

Los sonrientes y llorosos bandakarianos retrocedieron, con las manos entrelazadas mientras lo contemplaban como si fuese un hermano largo tiempo perdido. Había unos cuantos de mediana edad, pero la mayoría eran jóvenes, como Owen, como Richard. Todos habían pasado por horas terribles.

Aún quedaba la parte más difícil: Richard tenía que hacer que se enfrentasen a lo que se avecinaba.

Dirigiendo la mirada a Jennsen, un poco a un lado, sola le hizo una seña para que se adelantara.

Jennsen salió de las sombras de la estatua, atrayendo la atención de todos los ojos. Todos los hombres la observaron. Resultaba tan hermosa que Richard no pudo evitar sonreír mientras ella avanzaba. Tirando de unos de sus rizos, la muchacha dirigió una mirada tímida a los hombres.

Cuando Richard extendió un brazo, ella buscó protección al amparo de aquel brazo mientras dirigía la mirada a los hombres que eran como ella.

—Esta es mi hermana, Jennsen Rahl —dijo Richard—. Nació desprovista del don, igual que todos vosotros. Nuestro padre intentó matarla, como se hizo durante miles de años con los vástagos sin el don.

—¿Y tú? —preguntó un hombre, todavía escéptico—. ¿No la rechazarás?

Richard abrazó a Jennsen.

—¿Por qué motivo? ¿Por qué crimen debería rechazarla? ¿Por qué nació mujer en lugar de hombre? ¿Por qué no es tan alta como yo? ¿Por qué tiene el cabello rojo? ¿Por qué sus ojos son azules y no grises?... ¿Por qué no tiene el don?

Los hombres se removieron inquietos o cruzaron los brazos. Algunos, después de todo lo que él ya había dicho, desviaron los ojos, mostrándose avergonzados por haberlo preguntado siquiera.

—Es hermosa, lista y usa la cabeza. También ella lucha por su derecho a vivir, y lo hace a través de medios razonables. Es como vosotros, amigos, inmaculadamente desprovista del don. Debido a que también ella es consciente del valor de la vida, yo la acepto.

Richard oyó un balido y volvió la cabeza, *Betty*, con la cuerda arrastrando detrás, ascendió

trotando por la elevación, Jennsen puso los ojos en blanco cuando *Betty* se acercó, alzando los ojos y con la cola agitándose como un molinete.

Jennsen agarró la cuerda, e inspeccionó el extremo. Richard vio que estaba masticada.

—*Betty* —la regañó ella, agitando el extremo de la cuerda ante la obstinada cabra—, ¿qué has hecho?

Betty respondió con un balido, claramente orgullosa de sí misma.

Jennsen suspiró mientras se encogía de hombros para disculparse ante Richard.

Los hombres habían retrocedido varios pasos, murmurándose su temor unos a otros.

—No soy una bruja —les dijo Jennsen en tono acalorado—. El hecho de que tenga el cabello rojo no significa que sea una bruja.

Los hombres no se mostraron nada convencidos.

—He tenido tratos con una bruja muy real —les dijo Richard—. Os puedo asegurar que el cabello rojo no es la marca de una bruja. Sencillamente no es cierto.

—Sí que lo es —insistió uno de los hombres y señaló a *Betty*—. Ahí está su espíritu ayudante.

La frente de Richard se arrugó.

—¿Espíritu ayudante?

—Eso es —le respondió otro—. Una bruja siempre tiene una mascota con ella. Ella llamó a su espíritu ayudante y él acudió a ella.

—¿Qué la llamé? —Jennsen blandió el deshilachado extremo de la cuerda ante los hombres—. La até a un árbol, y ella masticó la cuerda.

Otro hombre agitó un dedo ante ella.

—La llamaste con tu magia y ella vino.

Con los puños a los costados, Jennsen dio un paso hacia ellos. Todos dieron un paso atrás.

—Vosotros tuvisteis familia y amigos. Yo no tuve amigos y no podía tener ninguno porque mi madre y yo tuvimos que huir de mi padre toda la vida para impedir que nos cogiera. Él me habría torturado y asesinado de haberme capturado; lo mismo que habría hecho con vosotros. No pude tener amigos durante la infancia, así que mi madre me dio a *Betty*. *Betty* acababa de nacer; crecimos juntas. *Betty* masticó la cuerda porque soy la única familia que ha conocido y sencillamente quería estar cerca de mí.

»Fui apartada de todo el mundo por el crimen de mi nacimiento, igual que vuestros antepasados, todos conocéis lo injusto de tal destierro y conocéis el dolor que produce. ¿Y ahora vosotros, hombres estúpidos, me negaréis vuestra aceptación porque soy pelirroja y tengo una cabra como mascota? ¡Sois unos cobardes y unos hipócritas sin carácter!

»Primero envenenáis a la única persona en el mundo lo bastante valiente como para poner fin a vuestro destierro y ahora me teméis a mí y me rechazáis debido a supersticiones estúpidas. ¡Si tuviese magia, os convertiría a todos en cenizas por vuestra cruel actitud!

Richard le posó una mano sobre el hombro y tiró de ella hacia atrás.

—Todo irá bien —le susurró—. Sólo deja que les hable.

—Vos nos decís que sois un mago —gritó un hombre de más edad situado atrás—, y luego esperáis que creamos que es así, por un acto de fe, porque vos lo decís, a la vez que afirmáis que no deberíamos aferrarnos a nuestras creencias, tales como nuestro temor de que ella pudiese ser una bruja con su familiar, porque eso se sostiene sólo como un acto de fe.

—Es cierto —dijo otro—. Afirmáis que creéis en magia auténtica, mientras que desecháis lo que nosotros creemos. Mucho de lo que decís tiene sentido, pero yo no estoy de acuerdo con todo.

No podía existir un acuerdo parcial. Rechazar parte de la verdad era rechazarla toda. Richard consideró sus opciones, cómo podía convencer a gente sin magia, que no podían ver la magia, que la magia real existía. Desde la perspectiva de aquellos hombres, él parecía culpable del mismo error que les decía que cometían. ¿Cómo podía demostrar la existencia de un arco iris de colores a unos ciegos?

—Ahí tenéis razón —replicó Richard—. Dadme un momento y os mostraré la realidad de la magia de la que hablo.

Hizo una seña a Cara para que se acercara más.

—Tráeme el faro de advertencia —dijo en un susurro.

Cara marchó de inmediato colina abajo. Richard vio que los ojos azules de Jennsen estaban llenos de lágrimas pero que ésta no lloraba. Kahlan tiró de ella hacia atrás mientras Richard se dirigía a los bandakarianos.

—Hay más cosas que debo contaros; algunas cosas que es necesario que comprendáis. He puesto fin al destierro, pero eso no significa que os acepte incondicionalmente de vuelta como miembros de nuestro pueblo.

—Pero dijisteis que se nos daba la bienvenida a casa —dijo Owen.

—Estoy exponiendo lo obvio..., que tenéis derecho a vivir vuestra propia vida. En un acto de buena voluntad os acojo a todos para que seáis parte de D'Hara si lo deseáis; parte de aquello que D'Hara representa ahora. Pero el hecho de acogeros de vuelta, no significa que dé la bienvenida a la gente de modo incondicional.

»Todos los hombres deberían ser libres para vivir sus propias vidas, pero no os llevéis a engaño, existe una gran diferencia entre esa libertad y la anarquía.

»Si triunfamos en nuestra lucha, seréis gentes libres en el Imperio d'haraniano, que cree en valores específicos. Por ejemplo, vosotros podéis creer lo que queráis e intentar persuadir a otros del valor de vuestras creencias, pero no podéis actuar creyendo que aquellos que luchan para obtener esa libertad son salvajes o criminales, y menos si esperáis disfrutar de los frutos de su lucha. Como mínimo, se han ganado vuestro respeto y gratitud. Sus vidas no son menos que las vuestras y no son prescindibles en beneficio vuestro. Eso es esclavitud.

—Pero vosotros tenéis costumbres salvajes y empleáis la violencia por conseguir una tierra que ni siquiera hemos visto nunca —replicó uno de los más jóvenes, e indicó con un brazo en dirección a Bandakar—. La única tierra que hemos conocido está aquí, y nosotros rechazamos incondicionalmente vuestro amor por la violencia.

—¿Tierra? —Richard extendió los brazos—. No peleamos por tierra. Somos leales a un ideal... un ideal de libertad dondequiera que viva el hombre. No custodiamos un territorio, no sangramos por un pedazo de tierra. No luchamos porque amemos la violencia. Luchamos por nuestra libertad como individuos para vivir nuestras propias vidas, para buscar nuestra supervivencia, nuestra propia felicidad.

»Vuestro rechazo incondicional de la violencia hace que, petulantemente, os consideréis nobles, ilustrados, pero en realidad lo vuestro no es más que una abyecta capitulación moral frente al mal. El rechazo incondicional a la autodefensa, porque pensáis que es una supuesta capitulación a la violencia, no os deja otro recurso que suplicar misericordia u ofrecer apaciguamiento.

»El mal no otorga misericordia, e internar apaciguarlo no es nada más que una rendición gradual a él. Rendirse al mal es la esclavitud en el mejor de los casos, la muerte en el peor. Así, vuestro rechazo incondicional a la violencia no es realmente otra cosa que abrazar la muerte.

»Obtendréis lo que abracéis.

»El derecho, la necesidad absoluta, de ejercer la venganza sobre cualquiera que cometa actos de violencia contra vosotros es fundamental para sobrevivir. La ética de la autodefensa de un pueblo se basa en el derecho de cada individuo a defender su vida. Es legítimo defenderse de cualquiera que quiera cometer violencia contra uno. La determinación incondicional de destruir a cualquiera que quiera usar la fuerza contra vosotros es una exaltación del valor de la vida. Negarse a entregar la vida a cualquier matón o tirano que la reclame significa abrazar la vida.

»Si no estáis dispuestos a defender vuestro derecho a vuestras propias vidas, entonces simplemente sois como ratones intentando discutir con búhos. Vosotros pensáis que su modo de actuar está equivocado. Ellos os consideran la cena.

»La Orden Imperial predica que la humanidad es corrupta y malvada, y que por lo tanto la vida carece de valor. Sus acciones ciertamente lo confirman. Moralizan que uno sólo puede obtener la salvación y la felicidad en otro mundo, y sólo sacrificando la propia vida en éste.

»La generosidad está bien, si es por elección propia, pero una creencia en la primacía del altruismo como requisito moral no es otra cosa que la aprobación de la esclavitud. Aquellos que os dicen que es vuestra responsabilidad y deber el sacrificaros quieren impedir que veáis las cadenas que están colocando alrededor de vuestro cuello.

»Como d'haranianos, no se os exigirá que sacrificuéis vuestra vida por otro, y de igual modo no podéis exigir que otros se sacrifiquen por vosotros. Podéis creer lo que queráis, podéis incluso pensar que sois incapaces de tomar las armas y luchar directamente por vuestra supervivencia, pero debéis ayudar a sostener nuestra causa y no podéis contribuir material o espiritualmente a la destrucción de nuestros valores y por lo tanto nuestras vidas. Eso es traición y será tratado como tal.

»La Orden Imperial ha invadido territorios inocentes, como el vuestro. Ha esclavizado, torturado, violado y asesinado para hacerse con el poder. Lo mismo ha hecho en el Nuevo Mundo. Han perdido su derecho a ser escuchados. No hay ningún dilema moral involucrado, ninguna cuestión ética que deba debatirse; hay que aplastarlos.

Un hombre dio un paso al frente.

—Pero una cuestión elemental de educación al tratar con nuestro prójimo exige que debemos demostrarles misericordia por su equivocado modo de actuar.

—No existe un valor mayor que la vida... y eso es lo que en parte reconocéis con vuestra confusa noción de misericordia. El asesinato consciente y deliberado que ellos perpetran arrebató a otros el valor irremplazable que es la vida. Un asesino, que mata por propia elección, renuncia a su derecho a la propia vida. Mostrar misericordia ante tal maldad es excusarla, y por lo tanto permitir que el mal venza; es aceptar que mueran vidas inocentes y no castigar al asesino.

»La misericordia ante el mal conceder todo el valor a la vida de un asesino, por lo que despoja de su valor la vida de la víctima inocente. Convierte la vida de un asesino en más importante que la vida de un inocente. Es por lo tanto un trueque del bien por el mal. Es la victoria de la muerte sobre la vida.

—Así pues —se preguntó en voz alta Owen—, puesto que la Orden ha atacado vuestra tierra y asesinado a vuestra gente, ¿tenéis intención de matar a todo el mundo en el Viejo Mundo?

—No. La Orden es malvada y procede del Viejo Mundo. Eso no significa que la gente del Viejo Mundo sea malvada sencillamente porque han nacido en un territorio gobernado por malvados. Algunos apoyan a esos gobernantes y por lo tanto abrazan el mal, pero no todo el mundo lo hace. Muchos de los habitantes del Viejo Mundo son también víctimas de la Orden Imperial y padecen terriblemente bajo su brutalidad. Muchos luchan contra este dominio malvado. Mientras hablamos, muchos arriesgan sus vidas para librarse de esos hombres perversos. Luchamos por la misma cosa: libertad.

»Dónde nacieron aquellos que buscan la libertad es irrelevante. Nosotros creemos en el valor de la vida del individuo. Eso significa que el lugar donde vive alguien no convierte en malvada a esa persona; son las creencias y las acciones lo que importan.

»Pero que quede claro: muchas personas son una parte activa de la Orden Imperial y su comportamiento es asesino. Las acciones deben tener consecuencias. La Orden debe ser erradicada.

—Sin duda, permitiríais cierto compromiso —sugirió un hombre de más edad.

—Sí, con la esperanza de aplacarla, vosotros voluntariamente hacéis concesiones a una maldad impenitente, únicamente conseguiréis que tal maldad hunda sus colmillos en vosotros; a partir de ese día su veneno discurrirá por vuestras venas hasta que finalmente os mate.

—Pero ése es un sentimiento demasiado cruel —dijo el hombre—. Es simplemente ser obstinado y obstruir una senda constructiva. Siempre hay lugar para la avenencia.

Richard se golpeó el pecho con el pulgar.

—Vosotros decidisteis darme veneno. Ese veneno me matará; eso os convierte en malvados. ¿Cómo podrías sugerir que llegara a una avenencia con el veneno?

Nadie tuvo una respuesta.

—En el intercambio entre partes bien dispuestas que comparten valores morales y que tratan entre ellas con imparcialidad y honestidad, la avenencia sobre algo es legítimo. En cuestiones de moralidad o verdad, no puede existir avenencia.

»La avenencia con asesinos, que es precisamente lo que estáis sugiriendo, implica situarlos a la par que los hombres con una moral digna, es defender que vosotros no sois mejores que ellos. Que su punto de vista criminal y sus actos delictivos son tan válidos moralmente como vuestro punto de vista y vuestras buenas acciones. Ese relativismo moral, esa equivalencia rechaza el concepto de lo que está bien y lo que está mal. Dice que todo el mundo es igual, que todos los deseos son igualmente válidos, todas las acciones igualmente válidas, de modo que todo el mundo debería llegar a un acuerdo.

»¿En qué podríais llegar a un acuerdo con aquellos que torturan, violan y asesinan? ¿En el número de días a la semana en que seréis torturados? ¿En el número de hombres a los que

se permitirá que violen a vuestros seres queridos? ¿En cuántos miembros de vuestras familias han de ser asesinados?

»No existe ninguna equivalencia moral en esa situación, ni puede existir, así que no puede haber avenencia, únicamente suicidio.

»Sugerir siquiera que puede existir avenencia con tales hombres es aceptar el asesinato.

La mayoría de los hombres parecieron anonadados y sobresaltados al oír a alguien hablándoles de un modo tan franco. Parecían estar perdiendo la fe en sus dichos vacíos. Algunos dieron la impresión de sentirse conmovidos por las palabras de Richard. Unos pocos incluso parecieron inspirados por su claridad; pudo verlos en sus ojos.

Cara se acercó por detrás de Richard y le entregó el faro de advertencia. Richard no estuvo seguro, pero parecía como si el negro intenso se hubiese adueñado de más parte de la superficie de la pequeña figura que la última vez que la había visto. En el interior, la arena seguía escurriéndose poco a poco hasta el montón acumulado en la parte baja —Kaja-Rang colocó el límite a través de este paso para dejar encerrada a vuelta gente. Él es quien os dio vuestro nombre. Sabía que vuestra gente rechazaba la violencia y temía que acabaseis siendo presa de criminales. Él es quien os dio un medio de desterrarlos de vuestra tierra de modo que pudieseis seguir teniendo la clase de vida que queríais. Habló a vuestra gente del paso a través del límite de modo que pudierais deshacerlos de criminales si reuníais la voluntad para hacerlo.

Owen pareció preocupado.

—Si ese gran mago, Kaja-Rang, no quería que nos mezcláramos con la población del Viejo Mundo porque extenderíamos nuestra carencia del don, entonces ¿qué pasa con los criminales que desterramos? Enviar a esos hombres fuera, al mundo, provocaría lo que temían. Hacer ese paso a través del límite y hablar a nuestros antepasados sobre él parecer contradictorio con poner un límite.

Richard sonrió.

—Muy bien, Owen. Empiezas a pensar por ti mismo.

Owen sonrió. Richard indicó con un gesto a lo alto, a la estatua de Kaja-Rang.

—¿Ves adónde mira? Es un lugar llamado los Pilares de la Creación. Es un lugar donde hace un calor mortal en el que no vive nada; una tierra en la que merodea la muerte. El límite que Kaja-Rang colocó tenía lados. Cuando enviabais gente fuera de vuestra tierra, a través del límite, las paredes mortales situadas a los lados impedían que aquellas personas destelladas escaparan al mundo. Sólo tenían una dirección en la que ir: los Pilares de la Creación.

»Incluso con agua y provisiones, y sabiendo adonde debe uno ir para dejado atrás, intentar cruzar el valle conocido como los Pilares de la Creación es casi una muerte cierta. Sin agua

ni provisiones, sin conocer el terreno, sin saber cómo viajar por él y adónde se debe ir para librarse de un lugar como ése, aquellos que desterrabais se enfrentaban a una muerte cierta.

Los hombres lo miraron fijamente, con ojos desorbitados.

—Entonces, cuando desterrábamos a un criminal, en realidad lo estábamos ejecutando —dijo uno de los hombres.

—Así es.

—Ese Kaja-Rang nos engañó, entonces —añadió el hombre—. Nos engañó para que hiciésemos lo que en realidad era la ejecución de esos hombres.

—¿Lo consideraréis un engaño terrible? —preguntó Richard—. Vosotros dejabais a criminales reconocidos deliberadamente sueltos por el mundo para que se aprovecharan de personas confiadas. A sabiendas estabais dejando libres a hombres violentos, y condenando a personas desprevenidas que vivían fuera de vuestra tierra a ser víctimas de la violencia. En lugar de ajusticiar a los asesinos, vosotros, por lo que sabíais... si lo hubieseis pensado un poco... los ayudabais a sabiendas a matar a otros. En el ciego intento de evitar la violencia a todo coste, en realidad la defendíais.

»Os decíais a vosotros mismos que aquellas otras personas no importaban, porque no eran gentes ilustradas, como vosotros, que vosotros erais mejores que ellas porque estabais por encima de la violencia, que vosotros rechazabais la violencia incondicionalmente. Si es que pensasteis siquiera en ello, considerabais que las personas situadas al otro lado del límite eran salvajes, que sus vidas no eran importantes. A efectos prácticos, estabais sacrificando sus vidas inocentes por las vidas de aquellos hombres que sabíais que eran malvados.

»Lo que Kaja-Rang hacía, además de impedir que los desprovistos del don anduviesen sueltos por el mundo, era ejecutar a aquellos criminales que vosotros desterrabais antes de que pudieran hacer daño a otras personas. Vosotros os consideráis nobles al rechazar la violencia, pero vuestras acciones la habrían fomentado. Únicamente las acciones de Kaja-Rang lo impidieron.

—Querido Creador. Es mucho peor que eso. —Owen se dejó caer, sentándose pesadamente—. Mucho peor de lo que podéis comprender siquiera.

Otros hombres, también, parecieron agobiados por el horror. Algunos tuvieron que dejarse caer al suelo como Owen había hecho. Otros, con los rostros hundidos en las manos, se dieron la vuelta, o se alejaron unos pocos pasos.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Richard.

Owen alzó la mirada, el rostro lívido.

—¿Os acordáis de la historia que os conté sobre nuestra tierra... sobre nuestra ciudad y las otras grandes ciudades? ¿Que en mi ciudad todos vivíamos juntos y éramos felices con

nuestras vidas? —Richard asintió—. No todos lo eran.

Kahlan cruzó los brazos y se inclinó hacia Owen.

—¿Qué quieres decir con que no todos lo eran?

Owen alzó las manos en un gesto de impotencia.

—Algunos querían algo más que nuestra simple vida feliz. Algunas personas... bueno, querían cambiar cosas. Decían que querían mejorar las cosas. Querían perfeccionar nuestras vidas, construir lugares para sí mismos, incluso a pesar de que esto va en contra de nuestras costumbres.

—Owen tiene razón —dijo un hombre de más edad en tono lúgubre—. Durante mi vida he conocido a muchas personas que no eran capaces de soportar lo que algunos llamaban los «principios irritantes» de nuestro imperio.

—¿Y qué pasaba cuando la gente quería hacer esos cambios, o no podía soportar los principios de vuestro imperio? —quiso saber Richard.

Owen miró a cada lado, a los otros rostros alicaídos.

—Los grandes portavoces abjuraron de sus ideas. El Hombre Sabio dijo que no harían más que crear conflictos entre nosotros. Sus ideales de establecer unas costumbres nuevas fueron desestimados y se los reprobó. —Owen tragó saliva—. Así que esas personas decidieron que abandonarían Bandakar. Marcharon de nuestra tierra, tomando el sendero a través de la abertura en el límite, para buscar una vida nueva para sí mismos. Ni uno solo regresó jamás.

Richard se pasó una mano por la cara.

—Entonces murieron buscando su nueva vida, una vida mejor que la que vosotros tenáis que ofrecer.

—Pero no lo comprendéis. —Owen se puso en pie—. Nosotros somos como esas personas. —Movié el brazo atrás hacia sus hombres—. Hemos rehusado regresar y entregarnos a los hombres de la Orden, incluso a pesar de saber que están torturando a personas porque nos ocultamos. Sabemos que ello no detendrá a la Orden, así que no regresamos.

»Hemos ido en contra de los deseos de nuestros grandes portavoces, y del Hombre Sabio, para intentar salvar a nuestra gente. Hemos sido reprobados por lo que elegimos hacer. Hemos salido del paso en busca de información, para hallar un modo de librarnos de la Orden Imperial. ¿Lo veis? Somos muy parecidos a esos otros. Como esos otros, elegimos marchar e intentar cambiar las cosas en lugar de soportarlas.

—Entonces quizás estáis empezando a ver —dijo Richard— que todo lo que se os enseñó significaba abrazar la muerte, no la vida. A lo mejor veis que lo que llamabais la doctrina

de la ilustración no era más que unas anteojeras colocadas sobre vuestros ojos.

Richard posó la mano en el hombro de Owen. Bajó los ojos para contemplar la estatua de sí mismo que sostenía en la otra mano, y luego pascó la mirada por los rostros tensos de los bandakarianos.

—Vosotros, amigos, sois los que quedáis después de que el resto no haya superado las pruebas. Vosotros solos llegasteis hasta aquí. Vosotros solos habéis empezado a usar vuestras mentes para encontrar una solución para vosotros y vuestros seres queridos. Tenéis mucho más que aprender, pero al menos habéis empezado a efectuar algunas de las elecciones correctas. No debéis deteneros ahora. Debéis hacer frente a lo que os pediré que hagáis, si realmente queréis tener una posibilidad de salvar a vuestros seres queridos.

Por primera vez se mostraron un poco orgullosos. Se les había otorgado reconocimiento, no por lo bien que repetían dichos sin sentido, sino por las decisiones que habían tomado por sí mismos.

Jennsen tenía el entrecejo fruncido.

—Richard, ¿por qué no podía la gente regresar al interior, a través del paso que llevaba fuera del límite? ¿Si querían marcharse y tener una nueva vida pero entonces descubrían que tendrían que atravesar los Pilares de la Creación, por qué no regresaron, al menos para conseguir provisiones, para conseguir lo que necesitarían para atravesarlos?

—Es cierto —dijo Kahlan—. George Cypher atravesó el límite en Puerto Rey y luego regresó. Adie dijo que el límite debía tener un corredor, un conducto de ventilación, como el lugar por donde esta gente expulsaba a los criminales, así pues ¿por qué no podía volver a entrar la gente? Existía un camino, entonces ¿por qué no regresaron nunca?

Los hombres asintieron, curiosos por oír el motivo de que nadie regresara jamás.

—Desde el principio, me he preguntado la misma cosa. —Richard pasó un pulgar sobre la lustrosa superficie negra de la estatua de sí mismo—. Creo que los límites de la Tierra Central debían tener una abertura a través de ellas porque eran can grandes..., tan largas... El límite que hay aquí no es nada comparado con aquellos; dudo que se necesitase la misma clase de conducto de ventilación.

»Debido a que se trataba de simplemente una sección doblada de un límite y no muy largo, sospecho que Kaja-Rang creó un paso que permitía desterrar a los criminales a través de él, pero que no permitiría el paso de vuelta al interior. Al fin y al cabo, si un criminal era expulsado y descubría que no podía escapar, habría regresado. Kaja-Rang no quiso que eso sucediera.

—¿Cómo podría funcionar algo así? —preguntó Jennsen.

Richard apoyó la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada.

—Hay serpientes que pueden engullir presas mucho más grandes que ellas. Tienen los dientes doblados hacia atrás, de modo que a medida que devora a la presa, a ésta le es imposible volver a salir, escapar. Supongo que el paso a través del límite podría haber sido algo parecido; únicamente se habría podido atravesar en una dirección.

—¿Crees que tal cosa es posible? —inquirió Jennsen.

—Existen precedentes para tales salvaguardas —dijo Kahlan.

Richard asintió, dándole la razón.

—La gran barrera entre el Nuevo y el Viejo mundo poseía defensas para permitir a ciertas personas, condiciones, atravesarla y volver una vez, pero no dos. —Apuntó hacia arriba con el faro de advertencia, en dirección a la estatua—. Un mago con la capacidad de Kaja-Rang seguramente supo crear un paso a través del límite que no permitiera el regreso. Al fin y al cabo, lo invocó del inframundo y permaneció viable durante casi tres mil años.

—Así pues cualquiera que saliera de ese límite moría —dijo Owen.

Richard asintió.

—Eso me temo. Kaja-Rang parece haber hecho planes minuciosos que funcionaron como él quería durante todo este tiempo. Incluso tomó medidas por si el límite dejaba de funcionar.

—Eso es algo que no comprendo —indicó un joven. Si ese mago era tan fabuloso, y su magia era tan poderosa que pudo crear una pared de muerte para mantenernos separados del mundo durante tres mil años, entonces ¿cómo pudo fallar? Hace dos años simplemente desapareció. ¿Por qué?

—Creo que fue por mi causa —respondió Kahlan.

Dio un paso hacia los hombres y Richard no intentó detenerla. En aquel punto, no sería conveniente dar la impresión de que les estaba ocultando información.

—Hace un par de años, en un acto desesperado para salvar la vida de Richard, sin darme cuenta, invoqué un poder del inframundo que creo que puede haber estado destruyendo lentamente la magia en nuestro mundo. Richard desterró esa magia maligna, pero había estado aquí, en el mundo de la vida, durante un tiempo, así que los efectos pueden ser irreversibles.

Los hombres intercambiaron miradas de preocupación. Aquella mujer que tenían delante acababa de admitir que, debido a algo que ella había hecho, su protección había dejado de funcionar. Debido a ella, una violencia y brutalidad horribles habían caído sobre ellos. Debido a ella, su modo de vida había finalizado.

—Todavía tenéis que mostrarnos vuestra magia —dijo finalmente uno de los hombres.

La mano de Richard se retiró de la espalda de Kahlan a la vez que él avanzaba hacia los hombres.

—Kaja-Rang creó un talismán para su magia, ligado al límite que colocó aquí, para ayudar a protegerlo. —Sostuvo en alto la pequeña figura de sí mismo para que todos la vieran—. Esto fue enviado para advertirme de que el límite que impedía el paso a vuestra tierra habla dejado de funcionar.

—¿Por qué es la parte superior de ese extraño color negro? —preguntó un hombre en la parte delantera del grupo.

—Creo que indica cómo me estoy quedando sin tiempo, cómo me estoy muriendo.

Murmullos de preocupación recorrieron el grupo. Richard alzó una mano, instándoles a escucharle.

—Esta arena del interior... ¿la podéis ver todos?

Estirando los cuellos, todos intentaron echar un vistazo, pero no todos estaban lo bastante cerca, así que Richard caminó entre ellos, sosteniendo la estatua en alto para que todos pudieran ver la arena que caía por su interior.

—Eso no es arena realmente —les dijo—. Es magia.

El rostro de Owen se crispó, escéptico.

—Pero dijisteis que nosotros no podíamos ver la magia.

—Todos estás desprovistos del don y no os afecta la magia, de modo que no podéis ver la magia corriente. No obstante, el límite os impedía de todos modos salir al mundo, ¿no es cierto? ¿Por qué suponéis que era así?

—Era un pared de muerte declaró un hombre de más edad, pareciendo pensar que ello era evidente.

—Pero ¿cómo podía dañar a personas a quienes no afecta la magia? Penetrar en el límite significaba la muerte para vosotros igual que para cualquier otro. ¿Por qué?

»Porque el límite es un lugar en este mundo donde el inframundo también existía. El Inframundo es el mundo de los muertos. Puede que no tengáis el don, pero sois mortales; puesto que estáis vinculados a la vida, también estáis vinculados a la muerte.

Richard volvió a alzar la estatua.

—Esta magia, asimismo, está ligada al Inframundo. Puesto que todos sois mortales, tenéis una conexión con el inframundo, con el poder del Custodio, con la muerte. Por eso podéis ver la arena que muestra cómo mi tiempo se agota.

—No veo nada mágico en esa arena que va cayendo —refunfuñó un hombre—. Sólo porque digáis que es mágica, o que es vuestra vida agotándose, eso no prueba nada.

Richard colocó la estatua de costado. La arena siguió fluyendo, pero de lado.

Exclamaciones y cuchicheos de asombro estallaron entre los hombres mientras contemplaban cómo la arena discurría lateralmente.

Se apiñaron más cerca, igual que niños curiosos, para ver la estatua mientras Richard la sostenía en alto, de costado, para que pudieran ver la magia. Algunos alargaron los brazos y tocaron tímidamente la superficie, negra como el carbón, mientras Richard les alargaba la figura de sí mismo para que la inspeccionasen. Otros se inclinaron hacia ella, atisbando al interior para ver fluir la arena de lado en la parte inferior, donde la figura todavía era transparente.

Los hombres comentaron lo asombroso que era, pero no estaban seguros sobre su explicación de que era magia del inframundo.

—Pero todos lo vemos —dijo uno—. Esto no nos muestra que seamos realmente diferentes de vosotros o de nadie. Esto nos muestra sólo que todos somos capaces de ver esta magia, lo mismo que vosotros. A lo mejor no somos esas personas desprovistas del don que parecéis creer que somos.

Richard reflexionó por un momento, pensó en lo que podía hacer para mostrarles los auténticos aspectos de la magia. Incluso a pesar de que él poseía el don, no sabía demasiado sobre cómo controlar su propio don, excepto que éste estaba en parte alimentado por la cólera vinculada a la necesidad. Simplemente no podía demostrar un poco de magia del modo en que Zedd podía, y además, incluso aunque pudiese hacer algo mágico, ellos no podrían verlo.

Por el rabillo del ojo, Richard vio a Cara con los brazos cruzados, y tuvo una idea.

—El vínculo entre el lord Rahl y su gente es un vínculo de magia —explicó Richard—. Esa misma magia da poder a otras cosas, además de la protección que el don proporciona contra el Caminante de los Sueños.

Hizo una seña a Cara para que se acercase.

—Además de ser mi amiga. Cara es también una mord-sith. Durante miles de años, las mord-sith han sido feroces protectoras del lord Rahl. —Richard alzó el brazo de Cara para que los hombres viesen la vara roja que colgaba de una fina cadena de oro sujeta a la muñeca—. Esto es un agiel, el arma de las mord-sith. El agiel obtiene su poder de la

conexión de la mord-sith con el lord Rahl..., conmigo.

—Pero no tiene ninguna cuchilla —indicó un hombre a la vez que miraba con atención el agiel que se balanceaba del extremo de la cadena de oro—. No tiene nada que pueda servir como arma.

—Miradlo con más atención —sugirió Richard mientras sujetaba el codo de Cara y la guiaba al frente, entre los hombres—. Miradlo con atención para asegurarnos de que lo que este hombre ha observado, que no tiene cuchilla, que no hay nada más que esta fina vara, es cierto.

Todos se inclinaron hacia ella a medida que Cara deambulaba entre ellos, manteniendo el brazo en alto, dejando que tocaran e inspeccionaran el agiel mientras éste se balanceaba de la cadena. Cuando todos hubieron echado una mirada, inspeccionando su longitud, mirando el extremo, sopesándolo para comprobar que no era pesado y no podía usarse realmente como porra, Richard dijo a Cara que tocara con él a los hombres. El agiel giró hacia arriba, al interior de su puño. Los hombres retrocedieron asustados ante la sombría expresión del rostro de la mujer al acercarse a ellos con el objeto que Richard les había dicho que era un arma.

Cara tocó con el agiel el hombro de Owen.

—Ya me tocó con esta vara roja antes —aseguró él a sus hombres—. No hace nada.

Cara presionó el agiel contra todos los hombres que estaban lo bastante cerca como para tocarlos. Unos cuantos se encogieron hacia atrás, temiendo que les hiciera daño, incluso a pesar de que no había lastimado a ninguno de sus compañeros. Muchos de los hombres, no obstante, sintieron el contacto del agiel y comprobaron que no producía ningún efecto dañino.

Richard se arremangó.

—Ahora, os mostraré que esto es realmente una poderosa arma mágica.

Extendió el brazo hacia Cara.

—Haz que sangre —indicó con una voz tranquila que no delataba lo que realmente pensaba.

Cara lo miró atónita.

—Lord Rahl, no puedo...

—Hazlo —le ordenó Richard.

—Aquí —dijo Tom, alargando el brazo desnudo frente a ella—. Házmelo a mí, en su lugar.

Ciara inmediatamente lo consideró preferible.

—¡No! —protestó Jennsen, pero demasiado tarde.

Tom lanzó un grito cuando Cara le tocó el brazo con el extremo del agiel. Retrocedió tambaleante un paso, mientras un hilillo de sangre le corría por el brazo. Los hombres abrieron los ojos de par en par, no muy seguros de lo que veían.

—Tiene que ser un truco —sugirió uno.

Mientras Jennsen reconfortaba a Tom, Richard volvió a extender al brazo.

—Muéstraselo —dijo a Cara—. Muéstrales lo que el agiel de una mord-sith puede hacer sólo con magia.

Cara lo miró a los ojos.

—Lord Rahl...

—Hazlo. Muéstrales, para que comprendan. —Se volvió hacia los hombres—. Agrupaos más cerca de modo que podáis ver que lleva a cabo su terrible tarea sin medios visibles. Observad atentamente de modo que todos podáis ver la magia en acción.

Apretó el puño a la vez que extendía hacia arriba el brazo para que ella lo tocara.

—Hazlo de modo que puedan verlo con claridad; de lo contrario no servirá de nada. No me hagas hacerlo en vano.

Cara apretó los labios ante el desagrado que le producía la orden. Volvió a mirar una vez más a la determinación que brillaba en sus ojos y, cuando lo hizo, él pudo ver en los ojos azules de la mujer el dolor que le producía empuñar el agiel. Richard apretó los dientes e indicó con un asentimiento que estaba preparado. Con semblante férreo, ella posó el agiel sobre el antebrazo.

Richard sintió como si le alcanzara un rayo.

El contacto del agiel era totalmente desproporcionado a su frágil apariencia. La atronadora sacudida de dolor le corrió como una saeta por el brazo. El impacto se estrelló contra su hombro. Pareció como si tuviera los huesos hechos añicos. Con los dientes muy apretados, mantuvo el tembloroso brazo extendido mientras Cara arrastraba lentamente el agiel hacia abajo, en dirección a la muñeca. Ampollas llenas de sangre aparecieron tras su estela. La sangre corrió a borbotones por el brazo.

Richard contuvo el aliento, mantuvo tensados los músculos abdominales, mientras doblaba una rodilla en tierra, no porque quisiera hacerlo, sino porque no podía permanecer de pie bajo la presión del dolor mientras mantenía el brazo en alto para que Cara siguiera presionando el agiel sobre él. Los bandakarianos emitieron gritos ahogados mientras

observaban, anonadados ante la visión de la sangre, el evidente dolor.

Cara retiró el arma. Richard liberó la rígida tensión de sus músculos, inclinándose al frente mientras jadeaba, intentando recuperar el aliento, intentando mantenerse erguido. Le goteaba sangre de los dedos.

Kahlan estaba ya junto a él con un pañuelo que Jennsen sacó de un bolsillo.

—¿Es qué te has vuelto loco? —le siseó indignada mientras le envolvía el ensangrentado brazo.

—Gracias —dijo él como reconocimiento a sus cuidados, pero no respondió a la pregunta.

No conseguía hacer que los dedos dejaran de temblar. Cara se había contenido muy poco. Estaba seguro de que no habla roto ningún hueso, pero parecía como si lo hubiese hecho. Sintió lágrimas de dolor corriéndole por el rostro.

Cuando Kahlan finalizó, Cara le colocó una mano bajo el brazo y lo ayudó a ponerse en pie.

—La Madre Confesora tiene razón —refunfuñó entre dientes—. Os habéis vuelto loco.

Richard no discutió la necesidad de lo que le había hecho hacer.

En su lugar se giró hacia los hombres. Extendió el brazo. Una húmeda mancha carmesí crecía lentamente a lo largo del pañuelo que actuaba de venda.

—Aquí tenéis el poder de la magia. No podéis ver la magia, pero podéis ser los resultados. Esa magia puede matar si Cara lo desea. —Los hombres dirigieron miradas de inquietud a la mujer, contemplándola con nuevo respeto—. Pero no podría haceros daño a vosotros porque no tenéis la habilidad para interactuar con tal magia. Únicamente aquellos que han nacido con la chispa del don pueden sentir el contacto de un agiel.

La atmósfera había cambiado. La visión de la sangre habla serenado a todo el mundo.

Richard paseó despacio ante los hombres.

—Os he dicho la verdad en todo lo que os he contado. No he omitido nada importante o relevante para vosotros, ni lo haré. Os he dicho quién soy, quiénes sois vosotros, y cómo liemos llegado a este punto. Si hay algo que deseáis saber, os daré una respuesta sincera.

Cuando Richard calló, los bandakarianos se miraron entre ellos, para ver si alguien quería preguntar algo. Nadie lo hizo.

—Ha llegado el momento —dijo Richard—, de que decidáis vuestro futuro y el de vuestros seres queridos. Del día de hoy depende el futuro.

Señaló en dirección a Owen.

—Sé que Owen tenía una esposa a la que amaba, Marilee, que la Orden le arrebató. Sé que cada uno de vosotros ha sufrido grandes pérdidas a manos de los hombres de la Orden Imperial. No sé todos vuestros nombres, aún, ni los nombres de los seres queridos que os han arrebatado pero, por favor, creedme cuando os digo que conozco tal dolor.

»Si bien comprendo cómo llegasteis a pensar que no tenías otra opción que envenenarme, no fue correcto que hicieseis eso. —Muchos hombres desviaron la cabeza ante la mirada de Richard, dirigiendo los ojos al suelo—. Voy a daros una oportunidad de que hagáis lo correcto para vosotros y vuestros seres queridos.

Dejó que lo consideraran unos instantes antes de proseguir.

—Habéis pasado por muchas pruebas para llegar hasta aquí, para haber sobrevivido todo este tiempo a una situación tan brutal como a la que os habéis enfrentado, pero ahora debéis elegir.

Richard posó una mano en la empuñadura de su espada.

—Quiero saber dónde habéis ocultado el antídoto del veneno que me disteis.

Miradas de inquietud se extendieron por el grupo. Los hombres se observaban de soslayo, intentando juzgar los sentimientos de sus camaradas, intentado averiguar qué harían.

También Owen intentó evaluar la reacción de sus amigos pero, puesto que se sentían igual de indecisos que él, éstos no ofrecieron ninguna indicación firme de lo que querían hacer, finalmente, se pasó la lengua por los labios e hizo una pregunta con timidez.

—¿Si os decimos dónde está el antídoto, estaréis de acuerdo en darnos primero vuestra palabra de que nos ayudaréis?

Richard reanudó su acompasado paseo. Los hombres aguardaron nerviosamente la respuesta mientras contemplaban cómo le goteaba la sangre de los dedos, dejando un rastro de gotas carmesí sobre la piedra.

—No —dijo Richard—. No permitiré que vinculéis dos cuestiones distintas. Estuvo mal envenenarme. Ésta es vuestra oportunidad de subsanar esa equivocación. Vincularlo a cualquier concesión perpetúa la falacia de que puede justificarse de algún modo. Decirme dónde habéis escondido el antídoto es la única cosa correcta que podéis hacer, ahora, y tiene que ser sin condiciones. Éste es el día en que debéis decidir cómo viviréis vuestro futuro. Hasta que me hagáis saber vuestra decisión, no os diré nada más.

Algunos de los hombres parecían estar al borde del pánico, otros al borde las lagrimas. Owen los empujó a todos hacia atrás, lejos de Richard, de modo que pudieran discutirlo entre ellos.

—No —dijo Richard, deteniendo su paseo, y todos los hombres callaron y volvieron a girarse hacia él—. No quiero que ninguno de vosotros llegue a una decisión debido a lo que otro diga. Quiero que cada uno me dé su propia decisión personal.

Los hombres le miraron atónitos. Un número de ellos empezó a hablar a la vez queriendo saber a qué se refería.

—Quiero saber, sin ninguna condición previa, lo que cada individuo elige hacer: liberarme de veneno, o usarlo como una amenaza a mi vida para obtener mi cooperación. Quiero saber lo que elige cada hombre.

—Pero debemos alcanzar un consenso —replicó un hombre.

—¿Con qué propósito? —inquirió Richard.

—Para que nuestra decisión sea correcta —explicó él—. No se puede tomar ninguna decisión adecuada sobre la forma de proceder correcta en cualquier situación importante sin un consenso.

—Estáis intentando dar autoridad moral a lo que ordene la turba —replicó Richard.

—Pero un consenso logra un juicio moral correcto —insistió otro hombre—, porque es la voluntad del pueblo.

—Entiendo —dijo Richard—. Así que lo que decís es que si todos vosotros decidís violar a mi hermana, aquí presente, será un acto moral porque habéis llegado a un consenso para violarla, y si yo me opongo, soy inmoral por mantenerme aparte y no conseguir que me respalde un consenso. ¿Es así, más o menos, cómo vosotros lo veis?

Los hombres se echaron hacia atrás con confusa repugnancia. Uno tomó la palabra.

—Bueno... no, no exactamente...

—Lo que está bien y lo que está mal no es producto del consenso —dijo Richard, interrumpiéndole—. Intentáis convertir en virtud lo que decide el populacho. Las elecciones morales racionales están basadas en el valor de la vida, no en un consenso. Un consenso no puede hacer que el sol salga a medianoche, ni puede transformar una cosa mala en una buena, o a la inversa. Si algo está mal, no importa si un millar de otros hombres están a favor de ello; uno debe seguir oponiéndose a ella. Si algo es justo, ninguna protesta popular debe apartarte de tu rumbo.

—No quiero oír nada más de esta monserga sin sentido. No sois una bandada de gansos. Sois hombres. Quiero saber lo que piensa cada uno de vosotros. —Señaló en dirección al suelo, a los pies de los hombres—. Cada uno, coked dos guijarros.

Richard contempló cómo los desconcertados hombres se inclinaban vacilantes y hacían lo que les decía.

—Ahora —siguió Richard—, colocaréis uno o dos guijarros en una mano cerrada. Cada uno se acercará a mí, al hombre que envenenasteis, y abriréis la mano de modo que yo pueda ver vuestra decisión pero los demás no puedan.

»Un guijarro significará no, no me diréis dónde está situado el antídoto a menos que primero me comprometa a intentar liberar a vuestro pueblo. Dos guijarros en vuestro puño significarán sí, que estáis de acuerdo en decirme, sin ninguna condición previa, dónde encontrar el antídoto para el veneno que me habéis administrado.

—Pero ¿qué sucederá si estamos de acuerdo en decíroslo? —preguntó uno de los hombres—. ¿Nos daréis igualmente nuestra libertad?

Richard se encogió de hombros.

—Después de que cada uno me haya dado su respuesta, todos averiguareis la mía. Si me decís la ubicación del antídoto, puede que os ayude, o que una vez, libre de vuestro veneno, puede que os deje y regrese a ocuparme de mis propios problemas más apremiantes. Sólo lo descubriréis una vez que me hayáis dado vuestra respuesta.

»Ahora, dad la espalda a vuestros amigos y guardad en el puño bien un guijarro para decir no o bien dos para revelar la ubicación del antídoto. Cuando hayáis terminado, adelantaos de uno en uno y abrid la mano para mostrarme vuestra decisión individual.

Los hombres empezaron a dar vueltas, dirigiéndose miradas de soslayo unos a otros, pero tal y como él había ordenado, se abstuvieron de discutir la cuestión. Cada hombre finalmente empezó a introducir guijarros en su mano.

Mientras estaban ocupados. Cara y Kahlan se acercaron más a Richard. Daba la impresión de que las dos habían llegado a conclusiones propias.

Cara le agarró el brazo.

—¿Estáis loco? —susurró en tono enojado.

—Las dos ya me habéis preguntado eso hoy.

—Lord Rahl, ¿necesito recordaros que ya en una ocasión anterior pedisteis una votación y ello no hizo más que causaros problemas? Dijisteis que no volveríais a hacer una estupidez semejante.

—Cara tiene razón —sostuvo Kahlan en voz baja para que los hombres no pudieran oírlo.

—Esta vez es distinto.

—No es distinto —le espetó Cara—. Significa problemas.

—Es distinto —insistió él—. Les he dicho lo que es correcto y por qué. Ahora deben decidir si elegirán hacer lo correcto o no.

—Estás permitiendo que otros decidan tu futuro —dijo Kahlan—. Estás colocando tu destino en sus manos.

Richard exhaló una profunda bocanada de aire mientras contemplaba los verdes ojos de Kahlan y los glaciales ojos azules de la mord-sith.

—Tengo que hacer esto. Ahora, dejad que se acerquen y me muestren su decisión.

Cara se fue hecha una furia para colocarse más atrás, junto a la estatua de Kaja-Rang. Kahlan oprimió el brazo de Richard, ofreciendo su silencioso apoyo, aceptando su decisión incluso aunque no comprendiera sus motivos. Una breve sonrisa de reconocimiento fue todo lo que él pudo darle antes de que ella se girara y retrocediera para colocarse junto a Cara, Jennsen y Tom.

Richard se dio la vuelta, no queriendo mostrar a Kahlan el fuerte dolor que sentía. El dolor producto del veneno volvía a ascender lentamente por su pecho. Cada respiración le dolía. Su brazo todavía temblaba con el dolor persistente que producía el contacto con un agiel. Lo peor, no obstante, era el dolor de cabeza. Se preguntó Cara podía verlo en sus ojos. Al fin y al cabo, la especialidad de las mord-sith era el dolor.

Sabía que no podía aguardar hasta haber ayudado a aquellos hombres a rechazar a la Orden para obtener el antídoto. No tenía ni idea de cómo liberar a su imperio de la Orden Imperial. Ni siquiera era capaz de liberar a su propio imperio de los invasores.

Lo que era peor, no obstante, era que podía percibir que se estaba quedando sin tiempo. Su don le provocaba los dolores de cabeza y, si no se le prestaba atención, acabaría por matarlo, pero lo que era todavía peor, lo estaba debilitando, permitiendo que el veneno actuase más deprisa. Cada día que pasaba le resultaba más y más difícil resistir al veneno.

Si podía conseguir que esos hombres estuviesen de acuerdo, en decirle donde habían ocultado el antídoto, entonces tal vez, podría recuperarlo a tiempo.

Si no, entonces su posibilidad de vivir podía considerarse agotada.

11

Los bandakarianos daban vueltas sin rumbo por la cima del paso, algunos absortos en sus propios pensamientos, algunos alzando la vista hacia la estatua de Kaja-Rang, el hombre que había desterrado a su pueblo. Algunos lanzaban miradas fugaces a sus compañeros. Richard se daba cuenta de que ansiaban preguntar a sus amigos qué harían, pero seguían las órdenes de Richard y no hablaban.

Finalmente, cuando Richard fue a colocarse ante ellos, uno de los más jóvenes se adelantó.

Había sido uno de los más ansiosos por oír las palabras de Richard y había dado la impresión de haber escuchado con atención y considerado atentamente las cosas que Richard les había contado. Richard sabía que si aquel hombre rubio decía no, no había ninguna posibilidad de que ninguno de los otros fuera a decir que sí.

Cuando el joven abrió el puño, dos guijarros descansaban en su palma. Richard soltó un suspiro interiormente al ver que al menos uno de ellos había elegido efectivamente hacer lo correcto.

Otro se adelantó y abrió la mano, mostrando dos guijarros en la palma. Richard asintió en señal de aceptación, y dejó que se colocara a un lado. El resto de hombres habían formado una fila. Cada uno se adelantó a su vez y abrió la mano en silencio. Todos le mostraron dos guijarros.

Owen fue el último de la fila. Alzó los ojos hacia Richard, apretó los labios, y luego extendió la mano.

—No nos habéis hecho ningún daño —dijo mientras abría el puño; en la palma había dos guijarros.

—No sé qué nos sucederá ahora —siguió Owen—, pero me doy cuenta de que no debemos causaros daño porque estemos desesperados por obtener vuestra ayuda.

Richard asintió.

—Gracias —La sinceridad de su voz provocó sonrisas en muchos de los rostros—. Todos habéis enseñado dos guijarros. Me alienta ver que todos habéis elegido hacer lo correcto. Ahora tenemos intereses comunes sobre los que trazar un futuro curso de acción.

Los bandakarianos se miraron unos a otros, sorprendidos. Cada uno se aproximó alegremente a sus amigos, conversando entre sí con gran animación sobre cómo habían tomado todos la misma decisión. Parecían jubilosos por estar unidos en su decisión. Richard retrocedió hasta donde se encontraban Kahlan, Cara, Jennsen y Tom.

—¿Satisfechas? —preguntó a Kahlan y a Cara.

Cara cruzó los brazos.

—¿Qué habríais hecho de haber elegido todos ellos mantener en secreto la ubicación del antídoto hasta después de que les hubieseis ayudado?

—No habría estado mejor de lo que estaba, pero tampoco peor —respondió él encogiendo los hombros—. Hubiera tenido que ayudarles, pero al menos sabía que no podía arriesgarme a confiar en ninguno de ellos.

Kahlan seguía sin parecer complacida.

—¿Y si la mayoría hubiese dicho sí, pero algunos se hubiesen mantenido en sus trece y dicho no?

Richard miro fijamente a sus decididos ojos verdes.

—Entonces, después de que los que estuviesen de acuerdo me hubiesen dicho dónde encontrar el antídoto, habría tenido que matar a los que hubiesen dicho no.

Comprendiendo la gravedad de sus palabras, Kahlan asintió. Cara mostró su satisfacción con una sonrisa, Jennsen pareció anonadada.

—Si cualquiera hubiese dicho no —explicó él a Jennsen—, entonces habrían estado eligiendo seguir esclavizándome, mantener una sentencia de muerte sobre mi cabeza para manipular mi vida, para conseguir lo que querían de mí. Jamás podría confiar en ellos. Jamás podría confiar nuestras vidas a tal traición. Pero, ahora, ése es un problema menos del que preocuparnos.

Se volvió hacia los hombres, que aguardaban.

—Cada uno de vosotros ha decidido devolverme la vida.

Los rostros que le observaban se volvieron serios a medida que aguardaban para oír lo que haría el ahora. Richard bajó la mirada hacía la pequeña figura de sí mismo, hacia la arena que caía, hacia la sobrenatural superficie negra que ya había descendido por la parte superior de la estatua, como si el inframundo reclamara lentamente su vida. Sus dedos dejaron manchas de sangre sobre la figura.

Las nubes habían descendido a su alrededor, espesándose de tal modo que la luz de la tarde parecía más la penumbra del atardecer.

Richard bajó la estatua y volvió a alzar la vista hacia los hombres.

—Haremos todo lo que podamos para ayudaros a deshaceros de la Orden.

Un vítor se elevó en el aire enralecido y frío. Los bandakarianos manifestaron con gritos y pitidos su entusiasmo así como su alivio. Él no había visto aún a ninguno de ellos sonreír tan ampliamente antes. Aquellas sonrisas, más que cualquier cosa, revelaban la intensidad de su deseo de verse libres de la Orden. Richard se preguntó cómo se sentirían cuando les contara cuál era su parte.

Sabía que mientras Nicholas el Transponedor fuese capaz de buscarles mediante los ojos de las criaturas voladoras, seguiría siendo una amenaza que los perseguiría a donde fuera que fuesen y pondría en peligro todo su trabajo para conseguir que el Viejo Mundo se alzara y derrotara a la Orden Imperial. Más que eso, Nicholas sería capaz de dirigir a asesinos a buscarles. La idea de que Nicholas viera a Kahlan y supiese dónde encontrarla le producía escalofríos a Richard. Tenía que eliminar a Nicholas. Era posible que haciendo eso, eliminando a su líder, pudiese también ayudar a aquellas gentes a expulsar a la Orden de

sus hogares.

Richard hizo señas para que los bandakarianos se acercaran más.

—Primero, antes de que nos pongamos con la cuestión de liberar a vuestra gente, es necesario que me mostréis dónde habéis escondido el antídoto.

Owen se acuclilló y seleccionó una piedra de las inmediaciones. Con ella, garabateó un óvalo gredoso sobre una zona plana en la roca.

—Digamos que esta línea son las montañas que rodean Bandakar —Colocó la piedra en el extremo del óvalo más próximo a Richard—. Esto es el paso que lleva a nuestra tierra, donde estamos ahora.

Recogió tres guijarros del suelo.

—Esto es nuestra ciudad. Witherton, donde vivíamos —dijo a la vez que depositaba el primer guijarro no lejos de la roca que representaba el paso—. El antídoto está aquí.

—¿Y es ahí donde todos vosotros os ocultabais? preguntó Richard mientras describía un círculo con un dedo alrededor del primer guijarro—. ¿En las colinas que circundaban Witherton?

—Principalmente hacia el sur —respondió Owen, señalando la zona, y colocó el segundo guijarro cerca del centro del óvalo—. Aquí hay otro vial de antídoto, en esta ciudad, aquí, llamada Hawton. —Colocó el tercer guijarro cerca del extremo del óvalo—. Aquí está el tercer vial, en esta ciudad, Northwick.

—Un ese caso —resumió Richard—. Sólo necesito ir a uno de esos tres lugares y recuperar el antídoto. Puesto que vuestra ciudad es la más pequeña, ésa podría ser nuestra mejor posibilidad.

Algunos de los hombres negaron con la cabeza; otros desviaron la mirada.

Owen, con aspecto atribulado, tocó cada uno de los tres guijarros.

—Lo siento, lord Rahl, pero uno de esos viales no es suficiente. Ha transcurrido demasiado tiempo. Incluso dos serían insuficientes en la actualidad. El hombre que preparó el veneno dijo que si transcurría demasiado tiempo, los cuatro serían necesarios para asegurar una cura.

»Dijo que si no tomabais inmediatamente el primer antídoto que yo llevaba, solamente detendría al veneno durante cierto tiempo. Dijo que entonces se necesitarían los otros tres viales. Dijo que en ese supuesto, el veneno posiblemente pasaría por tres estados, Si queréis quedar libre del veneno, debéis beber los tres antídotos restantes. Si no lo hacéis, moriréis.

—¿Tres estados? ¿Qué significa eso?

—El primer estado provoca dolor en el pecho. El segundo estado, una sensación de vértigo que dificulta el permanecer en pie. —Owen apartó la mirada de los ojos de Richard—. En el tercer estado el veneno te deja ciego. —Alzó los ojos y tocó con una mano el brazo de Richard, como para disipar la inquietud de éste—. Pero tomar los tres viales del antídoto os curará, os pondrá bien.

Richard se pasó una cansada mano por la frente. El dolor del pecho le indicaba que se hallaba en el primer estado.

—¿Cuánto tiempo tengo?

Owen bajó los ojos a la vez que se alisaba la manga.

—No estoy seguro, lord Rahl. Ha pasado mucho tiempo desde que tomasteis el primer frasco, Creo que no tenemos tiempo que perder.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Richard en el tono de voz más tranquilo que pudo.

Owen tragó saliva.

—Para ser sincera, lord Rahl, me sorprende que seáis capaz de soportar el dolor del primer estado. Por lo que se me dijo, el dolor aumentaría con el paso del tiempo.

Richard se limitó a asentir. No alzó la mirada hacia Kahlan.

Con soldados de la Orden Imperial ocupando Bandakar, entrar a recuperar el antídoto de un lugar ya era bastante difícil, pero sacarlo de los tres lugares resultaría difícil en extremo.

—Bueno, puesto que no hay mucho tiempo, tengo una idea mejor —dijo Richard—. Preparadme más cantidad del antídoto. Así no tendremos que preocuparnos por obtener lo que habéis escondido y podemos encargarnos de los hombres de la Orden.

Owen frunció un hombro.

—No podemos.

—¿Por qué no? —Richard se inclinó al frente—, lo habéis hecho antes; preparasteis el antídoto que ocultasteis. Hacedlo otra vez.

Owen se echó hacia atrás.

—No podemos.

Richard inspiró pacientemente.

—¿Por qué no?

Owen señaló en dirección a la bolsita que había traído, que ahora descansaba a un lado; la bolsa que contenía los dedos de tres niñas.

—El padre de esas niñas era el hombre que preparó el veneno y el antídoto. Es el único entre nosotros que sabía cómo prepararlo. Nosotros no sabemos hacerlo... ni siquiera sabemos cuántos ingredientes usó.

»Puede haber otras personas en las ciudades que puedan preparar un antídoto, pero no sabemos quiénes son, o si siguen todavía con vida. Con los hombres de la Orden en esos lugares ni siquiera podríamos localizar a esas personas. Incluso si pudiéramos, no sabemos qué se usó para la preparación del veneno, así que ellas no sabrían cómo preparar un antídoto. La única posibilidad que tenéis para vivir es recuperar los tres viales.

A Richard le dolía tanto la cabeza que no sabía si podría soportarlo por más tiempo. Con sólo tres viales existentes, y necesitándose los tres si quería vivir, tenía que llegar hasta ellos cuanto antes. Alguien podría encontrar uno y tirado. Podían moverlos de sitio. Se podían romper. Con cada inhalación, sentía tirantes punzadas de dolor en el pecho. El pánico le roía los bordes de los pensamientos.

Cuando Kahlan le posó la mano sobre el hombro, Richard colocó sus dedos sobre la de su esposa.

—Os ayudaremos a conseguir el antídoto, lord Rahl —dijo uno de los hombres.

Otro asintió.

—Así es. Os ayudaremos a conseguirlo.

Los bandakarianos se dejaron oír, entonces, diciendo que todos ayudarían a obtener el antídoto para que Richard pudiera librarse del veneno.

—La mayoría de nosotros hemos estado en al menos dos de esos lugares —indicó Owen—. Algunos hemos estado en los tres. Yo escondí el antídoto, pero conté a los demás dónde, así que todos sabemos dónde está. Sabemos por dónde tenemos que entrar para recuperarlo. También os lo diremos a vos.

—Entonces eso es lo que haremos. —Richard se acuclilló en el suelo mientras estudiaba el mapa de piedras—. ¿Dónde está Nicholas?

Owen se inclinó al frente y dio un golpecito al guijarro del centro.

—Aquí, en Hawton, está ese Nicholas.

Richard alzó los ojos hacia Owen.

—No me lo digas. Ocultaste el antídoto en el edificio donde viste a Nicholas.

Owen se encogió de hombros, cohibido.

—En aquel momento, pareció una buena idea. Ahora desearía habérmelo pensado mejor.

De pie, detrás de Richard. Cara puso los ojos en blanco con expresión asqueada.

—Me sorprende que no se lo entregaras a Nicholas y le pidieras que te lo guardara.

Pareciendo ansioso por cambiar de tema, Owen señaló el guijarro que representaba a Northwick.

—Es esta ciudad es donde se oculta el Hombre Sabio. Tal vez podamos obtener ayuda de los grandes portavoces. Tal vez el Hombre Sabio nos dará su bendición y entonces la gente nos ayudará en nuestro esfuerzo por librar a nuestro país de la Orden Imperial.

Tras todo lo que había averiguado de las gentes que vivían al otro lado del límite, en Bandakar, Richard no creía que pudiese contar con ninguna ayuda valiosa por parte de ellas: querían quedar libres de las bestias que merodeaban a su alrededor, pero rechazaban su único medio de ser libres. Los hombres que tenía delante al menos habían demostrado cierta determinación. Estos hombres tendrían que trabajar para cambiar las actitudes de sus compatriotas, pero Richard dudaba de que pudiesen cosechar demasiada ayuda inmediata.

—Para conseguir lo que vosotros legítimamente queréis... erradicar a la Orden, o al menos que abandonen vuestros hogares... vais a tener que ayudar. Kahlan, Cara, Jennsen, Tom y yo no vamos a poder hacerlo solos. Si tiene que funcionar, vosotros debéis ayudarnos.

—¿Qué deseáis que hagamos? —Preguntó Owen—. Ya dijimos que os llevaremos a esos lugares en los que está oculto el antídoto. ¿Qué más podemos hacer?

—Vais a tener que ayudarme a matar a los hombres de la Orden.

Inmediatamente estallaron acaloradas protestas. Todos los bandakarianos se pusieron a hablar a la vez, meneando la cabeza, rechazando la idea con las manos. Si bien Richard no consiguió entender todas sus palabras, sus sentimientos eran más que evidentes. Lo que sí oyó eran objeciones, porque no podían matar.

Richard se levantó.

—Sabéis lo que esos hombres eran hecho —dijo con una voz potente que los hizo callar—. Huisteis para que no os mataran. Sabéis como se está tratando a vuestro pueblo. Sabéis lo que se les está haciendo a vuestros seres queridos.

—Pero no podemos hacer daño a otra persona —gimió Owen—. No podemos.

—No es nuestra modo de ser —añadió otro.

—Desterrasteis delincuentes a través del límite —replicó Richard—. ¿Cómo los hacíais cruzar si se negaban?

—Si teníamos que hacerlo —dijo uno de los hombres de más edad—, unos cuantos de nosotros lo sujetábamos, para que no pudiese hacer daño a nadie, le atábamos las manos y lo transportábamos al límite. Decíamos a la persona desterrada que debía marchar de nuestra tierra. Si él se seguía negando, lo llevábamos en andas a un lugar en la roca con una pendiente larga y pronunciada donde lo depositábamos y empujábamos con los pies para que resbalara por la roca y pasara al otro lado. Una vez que hacíamos eso, ellos no podían regresar.

Richard se asombró ante los extremos a los que llegaba aquellas gentes para no lastimar a los peores animales que había entre ellos. Se preguntó cuánto tenían que padecer a manos de tales criminales antes de que los habitantes de Bandakar estuvieran suficientemente motivados para obrar con coherencia.

—Comprendemos mucho de lo que nos habéis contado —dijo Owen—, pero no podemos hacer lo que pedís. Haríamos mal. Se nos ha educado para no hacer daño a otras personas.

Richard agarró la bolsa con los dedos de las niñas, la alzó y la agitó ante los hombres.

—Cada uno de vuestros seres queridos no piensa en otra cosa que en que le salven. ¿Puede alguno de vosotros imaginar su terror? Sé lo que es ser torturado, sentirse impotente y solo, sentir que uno jamás podrá escapar. En tal situación uno sólo desea que eso pare. Uno haría cualquier cosa para que parara.

—Por eso os necesitábamos —dijo un hombre de más edad—. Debéis librarnos de la Orden.

—Os lo dije, no puedo hacerlo solo. —Con el brazo envuelto en el vendaje ensangrentado, Richard efectuó un enérgico ademán—. Entregar vuestra voluntad a hombres de la Orden capaces de hacer cosas como ésta no soluciona nada. Simplemente añadirá más víctimas. Los hombres de la Orden son malvados. Debéis defenderos.

—Pero si quisieseis hablar con esos hombres como nos hablasteis a nosotros, ellos verían que están equivocados. Cambiarían.

—No, no lo harían. La vida no les importa. Han elegido torturar, violar y matar. Nuestra única posibilidad de sobrevivir, nuestra única oportunidad de tener un futuro, es destruirlos.

—No podemos hacer daño a otra persona —replicó uno de los hombres.

—Está mal hacer daño a otra persona —coincidió Owen.

—Siempre es inmoral lastimar, aún más matar, a otra persona —dijo un hombre de mediana edad ante el farfullado acuerdo de sus compañeros—. Aquellos que hacen mal evidentemente sufren y necesitan nuestra compresión, no nuestro odio. El odio sólo invita

al odio. La violencia no hará más que iniciar un ciclo de violencia que nunca resuelve nada.

Richard sintió como si el terreno que había ganado con aquellos hombres se le estuviese escapando. Estuvo a punto de pasarse los dedos por los cabellos cuando advirtió que los tenía cubiertos de sangre. Bajó el brazo y alteró su enfoque.

—Me envenenasteis para hacerme matar a estos hombres. Mediante esa acción, ya habéis demostrado que aceptáis la realidad de que es necesario a veces matar para salvar vidas inocentes; por eso me queríais a mí. No podéis mantener la creencia de que está mal lastimar a otro y al mismo tiempo coaccionarme para que lo haga por vosotros. Eso es matar por poderes.

—Necesitamos nuestra libertad —dijo uno de los hombres—. Pensamos que a lo mejor, debido a vuestra autoridad como gobernante, podríais convencer a esos hombres, mediante el temor a vos, para que nos dejaran en paz.

—Por eso tenéis que ayudarme. Lo acabáis de decir: «mediante el temor hacia mí». Debéis ayudarme en esto de modo que la amenaza, el miedo, sea creíble. Si no creen que la amenaza es real, ¿por qué tendrían que abandonar vuestra tierra?

Uno de los otros cruzó los brazos.

—Pensábamos que podríais librarnos de la Orden sin violencia, sin matar, pero es cosa vuestra llevar a cabo tales muertes si es vuestro modo de actuar. Nosotros no podemos matar. Desde el principio, nuestros antepasados nos han enseñado que matar está mal. Vos debéis hacerlo.

Otro, asintiendo para mostrar su acuerdo, dijo:

—Es vuestro deber ayudar a aquellos que no son capaces de hacer lo que vos podéis hacer.

Deber. El eufemismo de las cadenas de la servidumbre.

Richard se dio la vuelta, cerrando los ojos a la vez que se apretaba las sienes. Había pensado que empezaba a hacerse entender por aquellos hombres. Había pensado que conseguiría hacerles pensar por sí mismos —por su propio bien— en lugar de funcionar según unos dictados aprendidos de memoria.

Apenas podía creer que tras todo lo que les había contado, aquellos hombres prefirieran todavía que sus seres queridos soportaran torturas y asesinatos antes que lastimar a los hombres que cometían esos crímenes. Al rehusar enfrentarse a la naturaleza de la realidad, aquellos hombres entregaban voluntariamente el bien al mal, la vida a la muerte.

Reparó en que era aún más básico que eso. En el sentido más fundamental, elegían obstinadamente rechazar la realidad del mal.

En lo más profundo de su ser, cada respiración producía una punzada de dolor. Tenía que

conseguir el antídoto. Se estaba quedando sin tiempo.

Pero eso solo no resolvería sus problemas; su don lo estaba matando tan indudablemente como lo hacía el veneno. Se sentía tan mareado por el martilleo del dolor de cabeza que pensó que iba a vomitar. Incluso la magia de la espada le estaba fallando.

Richard temía al veneno, pero aún más, temía la insidiosa muerte proveniente de su interior, de su don. El veneno, peligroso como era, tenía una causa claramente definida y una cura. Con el don, se sentía perdido.

Miró atrás, a los preocupados ojos de Kahlan. Podía ver que ésta no tenía ninguna solución que ofrecer. Permanecía en pie en una pose cansada, con el brazo colgando por el peso del faro de advertencia, que parecía decir a Richard únicamente que se moría, pero sin ofrecer respuestas, la única razón de ser de ese objeto era el llamarlo al deber de volver a colocar el límite, como si su vida no le perteneciera, sino que perteneciera a cualquiera que la reclamara como propia encadenándolo con un supuesto deber.

Aquel concepto —deber— no era menos veneno que aquel que los hombres le habían administrado...

Richard tomó la pequeña estatua de la mano de Kahlan y clavó la mirada en ella. El intenso color negro ya había envuelto la mitad de la figura. Su vida se consumía. La arena seguía escurriéndose. Su tiempo se acababa.

La figura de piedra de Kaja-Rang, el mago muerto hacía tantísimo tiempo que lo había convocado con el faro de advertencia y le había encomendado una tarea imposible, se alzaba imponente sobre él como en silencioso reproche.

Detrás de Richard, los hombres se apiñaban, afirmándose unos a otros en sus creencias, sus costumbres, su responsabilidad para con los antiguos ideales. Hablaban del Hombre Sabio y de todos los grandes portavoces que les habían inculcado al camino de la paz y la no violencia. Todos reafirmaban la creencia de que debían seguir la senda que les habían marcado desde el principio los fundadores del país, sus antepasados, que les habían dado sus costumbres, creencias, valores, su estilo de vida.

Intentar elevar a aquellos hombres a la comprensión de lo que era correcto y necesario parecía tan difícil como intentar alzarlos por un delgado hilo. Aquel hilo se había roto.

Richard se sentía arrapado por las ilusas convicciones de aquellas personas, por su veneno, por los dolores de cabeza, por Nicholas persiguiéndolos y por un mago muerto hacía una eternidad que había alargado la mano desde el inframundo para esclavizarlo a un deber desaparecido hacía mucho tiempo.

Con la cólera invadiéndole, Richard enderezó el brazo y arrojó el faro de advertencia hacia la estatua de Kaja-Rang.

Los hombres se agacharon rápidamente cuando la pequeña figura pasó como una

exhalación justo por encima de sus cabezas para hacerse añicos contra la base de la estatua. Fragmentos ambarinos y esquirlas negras volaron en todas direcciones. La arena del interior salpicó la parte frontal del pedestal de granito, dejando una mancha.

Los acobardados bandakarianos se quedaron callados.

En lo alto, jirones que colgaban de las sombrías nubes pasaron siguiendo su camino, casi lo bastante cerca como para alzar los brazos y poder cogerlos. Unos copos helados de nieve flotaron en el aire inmóvil. Por todas partes, una niebla glacial se había instalado para envolver las montañas circundantes, haciendo que la cima del paso, con su centinela de piedra, pareciera aislada y perteneciente a otro mundo, como si aquello diese todo lo que existía. Richard permaneció inmóvil en aquel silencio sepulcral, convertido en el centro de la atención de todos.

Las palabras escritas en d'haraniano culto en la base de la estatua resonaron en la mente de Richard.

"Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado... pues al otro lado está el mal: aquellos que no pueden ver".

Las palabras en d'haraniano culto pasaron raudas por su mente una y otra vez. La traducción de aquellas palabras no daba la sensación de ser correcta.

—Queridos espíritus —musitó Richard comprendiendo de improviso—. Estaba equivocado. No es eso lo que dice.

12

Kahlan sentía como si la dura prueba a la que aquellos hombres estaban sometiendo a Richard le aplastara el corazón. Justo cuando pensaba que él había conseguido hacerles comprender lo que era necesario hacer, los bandakarianos habían vuelto a su obstinada ceguera.

Richard, no obstante, parecía haberse olvidado de ellos. Permanecía inmóvil con la vista fija en el lugar donde el faro de advertencia se había hecho añicos contra la estatua. Kahlan se le acercó y susurró:

—¿Qué quieres decir con que estabas equivocado, y que no es eso lo que dice? ¿De qué estás hablando?

—La traducción —dijo él con el tono de una repensada comprensión, y permaneció inmóvil, de cata a la imponente estatua de Kaja-Rang—. ¿Recuerdas que os dije que era un modo curioso de expresar lo que decía?

Kahlan echó una ojeada a la estatua y luego volvió a mirar a Richard.

—Sí.

—No era curioso, en absoluto. Simplemente lo entendí mal. Intentaba hacerle decir lo que pensaba que diría... que los que están al otro lado no pueden ver la magia..., en lugar de simplemente ver lo que tenía delante, lo que os conté antes no es lo que dice...

Al apagarse su voz, Kahlan alzó la mano y le agarró el brazo para atraer su atención.

—¿Qué quieres decir con que no es lo que dice?

Richard hizo un ademán en dirección a la estatua.

—Veo en dónde me equivoqué, por qué tenía problemas con ella. Os dije que no estaba seguro de la traducción. Tenía razón. No dice: «Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado... pues al otro lado está el mal: aquellos que no pueden ver».

Jennsen se inclinó hacia él, colocándose junto a Kahlan.

—¿Estás seguro?

Richard volvió a mirar a la estatua, la voz distante.

—Lo estoy ahora.

Kahlan le tiró del brazo, obligándole a mirarla.

—¿Entonces qué dice?

Los ojos grises de Richard se encontraron brevemente con los suyos antes de devolver la mirada a la estatua de Kaja-Rang, que contemplaba fijamente los Pilares de la Creación, su última salvaguarda para proteger al mundo de aquellas personas. En lugar de responder, empezó a alejarse.

Los bandakarianos se apartaron cuando Richard avanzó en dirección a la estatua. Kahlan permaneció pegada a sus talones, con Cara siguiéndole. Jennsen cogió la cuerda de *Betty* y la arrastró con ella. Los hombres, que retrocedían ya para dejar paso a Richard, contemplaron con desconfianza a la cabra y a su dueña mientras éstas pasaban. Tom permaneció donde estaba, manteniendo una cuidadosa pero discreta vigilancia sobre todos los bandakarianos.

Al llegar ante la estatua, Richard limpió la fina capa de nieve de la repisa, dejando de nuevo al descubierto las palabras talladas en d'haraniano culto. Kahlan le observó mover los ojos por la línea de palabras, leyéndolas para sí. Mostraba una especie de agitación en sus movimientos que le indicó que corría tras una presa importante.

Por un momento, también pudo advertir que el dolor de cabeza le había abandonado. No comprendía cómo éste menguaba de vez en cuando, pero se sintió aliviada al ver energía en

sus movimientos. Con las manos extendidas sobre la piedra, apoyándose en los brazos, alzó la vista de las palabras. Sin el dolor de cabeza, había una claridad vehemente en sus ojos grises.

—Parte de esta historia ha sido desconcertante —dijo—. Ahora lo comprendo. No dice: «Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado... pues al otro lado está el mal: aquellos que no pueden ver».

La nariz de Jennsen se arrugó.

—¿No lo dice? ¿Te refieres a que no se refería a estas personas desprovistas del don?

—Bueno, se refería a ellos, ya lo creo, pero no en ese sentido. —Richard golpeó con un dedo las palabras talladas—. No dice: «pues al otro lado está el mal: aquellos que no pueden ver», sino algo muy distinto. Dice: «Temed cualquier ruptura de este sello del imperio situado al otro lado... pues al otro lado están aquellos que no pueden ver el mal».

Kahlan arrugó la frente.

—... aquellos que no pueden ver el mal.

Richard alzó el brazo vendado en dirección a la figura que se alzaba sobre ellos.

—Eso es lo que Kaja-Rang temía más; no a aquellos que no podían ver la magia, sino a aquellos que no podían ver el mal. Esa fue su advertencia al mundo. —Apuntó atrás con un pulgar por encima del hombro, indicando a los hombres situados detrás de ellos—. De eso es de lo que se trata.

Kahlan se sintió desconcertada, y un poco perpleja.

—¿Crees que podría tratarse de que, debido a que estas personas no pueden ver la magia, tampoco pueden reconocer la maldad —preguntó ella—, o que debido al modo en que son diferentes, simplemente carecen de la capacidad para concebir el mal?

—Eso podría ser en parte lo que Kaja-Rang pensaba —contestó Richard—. Pero yo no lo pienso.

—¿Tan seguro estás? —preguntó Jennsen.

—Sí.

Antes de que Kahlan hiciera que se explicase, Richard se giró hacia los hombres.

—Aquí, en piedra, Kaja-Rang dejó una advertencia para el mundo. La advertencia de Kaja-Rang es sobre aquellos que no pueden ver el mal. Vuestros antepasados fueron desterrados del Nuevo Mundo porque estaban desprovistos del don. Pero este hombre, este mago poderoso, Kaja-Rang, los temía por algo más: sus ideas. Los temía porque se negaban

a ver el mal. Eso es lo que hizo que vuestros antepasados fuesen tan peligrosos para las gentes del Viejo Mundo.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó un hombre.

—Reunidos todos juntos y desterrados a un lugar desconocido, el Viejo Mundo, vuestros antepasados deben de haberse aferrado desesperadamente unos a otros. Temían tanto al rechazo, al destierro, que evitaban rechazar a uno de los suyos, y ello se desarrolló en forma de un fuerte convencimiento de que sin importar qué, deberían intentar no condenar a nadie. Por este motivo, rechazaron el concepto de maldad, por temor a verse obligados a juzgar a alguien. Considerar a alguien malvado significaba que tendrían que enfrentarse al problema de erradicarlos de su entorno.

»En su huida de la realidad, justificaron sus prácticas optando por la descabellada idea de que nada es real y por lo tanto nadie puede conocer la naturaleza de la realidad. Era mejor negar la existencia del mal que tener que eliminar a un malhechor de entre ellos. Era mejor hacer la vista gorda ante el problema, ignorarlo, y esperar a que desapareciera.

»Si admitían la realidad del mal, entonces eliminar al malhechor era la única acción correcta, así pues, por extensión, puesto que los habían desterrado, pensaron que debían de haberlos desterrado porque eran malvados. Su solución fue simplemente descartar todo el concepto de maldad. Toda su estructura doctrinal se desarrolló alrededor de ese núcleo.

»Es posible que Kaja-Rang pensara que, debido a que carecían del don y no podían ver la magia, tampoco podían ver el mal, pero lo que el temía era que la contaminación de sus creencias se propagara a otros. Pensar requiere un esfuerzo; estas personas ofrecían creencias que no necesitaban del pensamiento, sino simplemente adoptar unas cuantas frases de apariencia noble. Era, de hecho, un arrogante rechazo del poder de la mente humana: una ilusión de sabiduría que desdeñaba el requisito de cualquier esfuerzo auténtico para comprender el mundo que los rodeaba. Soluciones tan simplistas, como rechazar incondicionalmente toda violencia, son especialmente seductoras para las mentes sin desarrollar de los jóvenes, muchos de los cuales habrían adoptado con entusiasmo tal desordenado razonamiento como un talismán.

»Cuando empezaron a propugnar fanáticamente estos principios vacíos de significado, ello probablemente disparó la alarma para Kaja-Rang.

»Con la propagación de tales ideas, con la clase de dominio que tiene sobre algunas personas, como lo tiene sobre vosotros, Kaja-Rang y su gente vieron cómo, si tales creencias corrían libremente, estas acabarían por traer la anarquía y la ruina al consentir que el mal merodeara entre su pueblo, del mismo modo que a vosotros, amigos, os deja indefensos ante la maldad de la Orden Imperial que ahora ha venido a residir entre vosotros.

»Kaja-Rang vio lo que eran tales creencias: abrazar la muerte en lugar de la vida. La regresión desde la auténtica ilustración para sumirse en una ilusión engendraba desorden, lo que se convertía en una amenaza para todo el Viejo Mundo.

Richard dio unos golpecitos con el dedo encima de la repisa.

—Hay otra cosa escrita aquí arriba, alrededor de la base, que sugiere lo mismo, y que se convirtió finalmente en la solución.

»Kaja-Rang hizo que se reuniera a todos aquellos que creían en esas enseñanzas, no tan sólo a todos los desprovistos del don desterrados del Nuevo Mundo, sino también a partidarios furibundos que habían caldo víctimas de su alucinatoria filosofía, y los desterraron a todos ellos.

»El primer destierro, desde el Nuevo Mundo al Viejo Mundo, fue injusto. El segundo destierro, desde el Viejo Mundo a la tierra situada más allá de este lugar, se lo habían ganado.

Jennsen, jugueteando con el extremo deshilachado de la cuerda de *Betty*, se mostró dudosa.

—¿Realmente crees que se desterró a otros junto con aquellos que estaban desprovistos del don? Eso significaría que fue muchísima gente. ¿Cómo pudo Kaja-Rang conseguir que todas estas personas estuviesen de acuerdo? ¿Fue un destierro sangriento?

Los hombres asentían a sus preguntas, al parecer preguntándose lo mismo.

—No creo que el d'haraniano culto fuese una lengua común entre la gente, no aquí abajo, al menos. Sospecho que era un idioma en extinción que únicamente se usaba entre ciertas personas eruditas, como los magos.

—Richard indicó con un ademán el territorio situado más allá—. Kaja-Rang llamó a estas personas *bandakar*: los desterrados. No creo que la gente supiera lo que significaba. A su imperio no lo llamaron los Pilares de la Creación, ni ningún nombre que hiciese referencia a los que carecían del don. Lo escrito aquí sugiere que eso se debió a que no sólo se desterró a los desprovistos del don, sino a todos aquellos que creían lo mismo que ellos. Todos eran *bandakar*: desterrados.

»Ellos se consideraban a sí mismos, a sus creencias, como ilustrados. Kaja-Rang se aprovechó de eso, halagándolos, diciéndoles que este lugar había sido reservado para protegerlos de un mundo que no estaba preparado para aceptados. Les dijo sentir que, en muchos aspectos, se les estaba colocando aquí porque eran mejores que todos los demás. Puesto que no eran propensos al pensamiento razonado, engatusó fácilmente a esas personas de este modo y las embaucó para que cooperaran en su propio destierro. Según lo que se insinúa en lo escrito aquí, alrededor de la base de la estatua, marcharon alegremente a su tierra prometida. Una vez confinados en este lugar, los matrimonios y las generaciones posteriores extendieron la carencia del don por toda la población de *Bandakar*.

—¿Y Kaja-Rang realmente creía que eran una amenaza tan terrible para el resto de los habitantes del Viejo Mundo? —preguntó Jennsen.

Una vez más, los hombres asintieron, aparentemente satisfechos de que ella hubiese hecho la pregunta. Kahlan sospechó que Jennsen podría haber hecho la pregunta en nombre de los bandakarianos.

Richard alzó la mano para indicar la estatua de Kaja-Rang.

—Míralo. ¿Qué hace? Monta guardia, simbólicamente, sobre el límite que colocó aquí. Custodia este paso, velando por un sello que retiene a lo que se encuentra más allá. En su eterna vigilancia empuña una espada, siempre lista, para mostrar la magnitud del peligro.

»Los habitantes del Viejo Mundo sintieron tal gratitud hacia este importante hombre que construyeron este monumento para honrar lo que había hecho por ellos al protegerlos de creencias que sabían que habrían puesto en peligro su sociedad. La amenaza no era ninguna tontería.

»Kaja-Rang custodia este límite incluso en la muerte. Desde el mundo de los muertos me envió un aviso de que el sello había sido roto.

Richard aguardó en tenso silencio hasta que todos los bandakarianos volvieron la mirada hacia él antes de concluir con voz sosegada:

—Kaja-Rang desterró a vuestros antepasados no sólo porque no podían ver la magia, sino, lo que es más importante, porque no podían ver la maldad.

En agitada inquietud, los bandakarianos miraron en derredor a sus compañeros.

—Pero lo que llamáis maldad es sólo un modo de expresar un sufrimiento interior —dijo uno de ellos, más como una súplica que como un argumento.

—Eso es verdad —dijo otro a Richard—. Decir que alguien es malvado es tener prejuicios. En un modo de denigrar a alguien que ya padece por algún motivo. A tales personas hay que abrazarlas y enseñarles a despojarse de sus temores hacia su semejante y entonces no arremeterán violentamente contra nadie.

Richard paseó la iracunda mirada por todos los rostros que le observaban. Indicó arriba, a la estatua.

—Kaja-Rang os temía por que sois peligrosos para todo el mundo: no porque carezcáis del don, sino porque abrazáis el mal con vuestras enseñanzas. Al hacerlo, al intentar ser bondadosos, ser desinteresados, al intentar no emitir juicios, permitís que el mal se vuelva mucho más poderoso de lo que sería. Rehusáis ver el mal, y por lo tanto le dais la bienvenida entre vosotros. Permitís que exista. Le otorgáis poder sobre vosotros. Sois un pueblo que ha acogido a la muerte y rehusado censurarla.

»Sois un imperio indefenso ante él.

Tras un momento de profundo silencio, uno de los hombres de más edad tomó finalmente la

palabra.

—Esa creencia en el mal, como vos la llamáis, es una actitud muy intolerante y un juicio excesivamente simplista. No es otra cosa que una condena injusta del prójimo. Ninguno de nosotros, ni siquiera vos, puede juzgar a otro.

Kahlan sabía que Richard tenía mucha paciencia, pero muy poca tolerancia. Había sido muy paciente con aquellos hombres y se daba cuenta de que había llegado al final de su tolerancia. Casi esperó que desenvainara la espada.

Richard paseó entre los hombres, su mirada de rapaz les hacía retroceder a su paso.

—Vosotros os consideráis ilustrados, por encima de la violencia. No sois personas ilustradas; sois simplemente esclavos aguardando un amo, víctimas de asesinos al acecho. Éstos finalmente han venido a por vosotros.

Agalló la bolsita y se detuvo ante el último hombre que habla hablado.

—Abre la mano.

El hombre miró a los que tenía a los lados. Finalmente, extendió la mano, la palma hacia arriba.

Richard introdujo la mano en la bolsa y luego depositó un dedito, la carne marchita y manchada con sangre seca, en la mano del hombre.

Era evidente que el hombre no quería el dedo descansando en la palma de su mano, pero después de haber alzado los ojos hacia la mirada fulminante de Richard, no dijo nada y no intentó deshacerse del truculento trofeo.

Richard pascó entre los bandakarianos, ordenando a hombres al azar que abrieran las manos. Kahlan reconoció en aquellos que seleccionaba a quienes habían objetado las cosas que él intentaba hacer para ayudarlos. Colocó un dedo en cada mano vuelta hacia arriba hasta que la bolsa quedó vacía.

—Lo que sostenéis en la mano es el resultado del mal —dijo Richard—. Todos vosotros sabéis que es verdad. Todos sabíais que el mal andaba suelto en vuestra tierra. Todos queríais que eso cambiara. Todos queríais deshaceros del mal. Todos queríais vivir. Todos queríais que vuestros seres queridos vivieran.

»Todos habíais esperado hacerlo sin tener que enfrentaros a la verdad.

»He intentado explicaros las cosas de modo que pudierais comprender la auténtica naturaleza de la batalla a la que nos enfrentamos todos.

Richard enderezó el tahalí que llevaba sobre el hombro.

—He acabado con las explicaciones.

»Queríais traerme a vuestra tierra. Habéis conseguido vuestro objetivo. Ahora, vais a decidir si seguiréis adelante, con lo que sabéis que es correcto.

Volvió a plantarse ante ellos, la espalda erguida, la barbilla alzada, la vaina de la espada reluciendo bajo la sombría luz, la túnica negra con el ribete dorado destacando en agudo contraste contra las montañas envueltas en niebla que tenía detrás. Su aspecto era ni más ni menos que el del lord Rahl. Era la figura más imponente que Kahlan había visto nunca.

Después de que Richard y Kahlan empezaran su tarea, hacía ya tanto tiempo, cuando había abandonado aquellos bosques aislados de Richard, éste habla vuelto el mundo del revés. Desde el principio, él había estado siempre en el centro de su lucha, y era en la actualidad el gobernante de un imperio; incluso a pesar de que aquel imperio en peligro era en gran parte un misterio para él, como lo era su don.

Su causa, no obstante, estaba clarísima.

Juntos, Kahlan y Richard estaban en el centro de la tempestad de una guerra que había sumergido su tierra.

Muchas personas veían a Richard como su única salvación y Richard parecía estar constantemente intentando demostrar que se equivocaban. Para muchos otros, no obstante, era el hombre vivo más odiado. A ellos, Richard intentaba darles motivos; decía a las personas que eran dueñas de su propia vida. La Orden Imperial lo quería muerto por eso más que por cualquier otro golpe que les hubiese asestado.

—Así es como van a ser las cosas —dijo Richard finalmente con una voz de tranquila autoridad.

—Entregaréis vuestra tierra y lealtad al Imperio d'haraniano, o seréis los súbditos de la Orden Imperial. Esas son vuestras dos únicas alternativas. No puede haber otras. Os guste o no, debéis elegir. Si rehusáis efectuar una elección, los acontecimientos decidirán por vosotros y probablemente acabaréis en manos de la Orden Imperial. Que no os quepa la menor duda, las suyas son manos malvadas.

»Con la Orden, si no os asesinan, seréis esclavos y tratados como tales. Creo que conocéis muy bien lo que eso entraña. Vuestras vidas carecerán de valor para ellos excepto como esclavos, a los que se pedirá que propaguen su maldad.

»Como parte del Imperio d'haraniano, vuestras vidas os pertenecerán. Esperaré que medréis y las viváis como los individuos que sois, no como una mota de mugre en un pozo de porquería en el que os habéis enterrado vosotros mismos.

»El sello que impedía el acceso a vuestro escondite, al Imperio bandakariano, ya no funciona. No sé cómo repararlo, ni lo haría aunque pudiera. Ya no existe el Imperio de Bandakar.

»No existe modo de permitirlos ser lo que erais y protegerlos. A lo mejor se puede expulsar a la Orden de vuestra tierra, pero no se les puede mantener fuera sin esfuerzo, pues son sus ideas las que han venido a destruirlos.

»Así que elegid. Esclavos u hombres libres. La vida como cualquiera de esas cosas no será fácil. Creo que sabéis cómo será la vida como esclavos. Como hombres libres, tendréis que luchar, trabajar y pensar, pero tendréis las recompensas que eso conlleva, y esas recompensas serán vuestras y de nadie más.

»La libertad debe ganarse, pero luego tiene que ser protegida, no sea que los que son como la Orden regresen para esclavizar a aquellos que deseen que otro piense por ellos.

»Soy el lord Rahl. Tengo intención de ir en busca del antídoto al veneno que me habéis administrado. Si vosotros deseáis ser parte de esta lucha, liberaros a vosotros y a vuestros seres queridos del mal, entonces os ayudaré.

»Si elegís no poneros de nuestro lado, entonces podéis regresar y dejar que la Orden haga con vosotros lo que quieran, o podéis huir. Si huís, podréis sobrevivir durante un tiempo, como habéis estado haciendo pero, debido a que ése no es el modo en que deseáis vivir, moriréis como animales asustados, sin haber vivido lo que la vida tiene que ofrecer.

»Así que elegid, pero si elegís apoyarme contra el mal, entonces tendréis que renunciar a vuestra autoimpuesta ceguera y abrir los ojos para pasear la mirada por la vida. Tendréis que ver la realidad del mundo que os rodea. Hay bondad y hay maldad en el mundo. Tendréis que usar vuestras mentes para juzgar de qué modo podréis buscar el bien y rechazar el mal.

»Si elegís apoyarme, haré todo lo posible por contestar a cualquier pregunta honesta e intentar enseñaros cómo triunfar sobre los hombres de la Orden y aquellos que son como ellos. Pero no toleraré vuestras doctrinas sin sentido, que no son otra cosa que un rechazo calculado de la vida.

»Echad un vistazo a los dedos ensangrentados que vosotros o vuestros amigos sostienen. Mirad lo que hicieron a niños hombres malvados. Deberíais odiar a hombres capaces de hacer eso. Si no lo hacéis, o no podéis, entonces no os corresponde estar con aquellos de nosotros que abrazamos la vida.

»Quiero que cada uno de vosotros piense en esos niños, en su terror, su dolor, su deseo de no ser lastimados. Pensad qué sintieron estando solos en manos de hombres perversos. En justicia deberíais odiar a hombres capaces de hacer tales cosas. Aferraos bien a ese odio legítimo, porque ése es el odio al mal.

»Tengo intención de recuperar el antídoto para poder vivir. Mientras lo hago, también tengo intención de matar a tantos de esos hombres malvados como pueda. Si voy solo, puede que consiga obtener el antídoto, pero solo no conseguiré liberar vuestros hogares de la Orden Imperial.

»Si elegís venir conmigo, ayudarme en esta lucha, puede que tengamos una posibilidad.

»No sé a lo que me enfrento allí, así que no puedo deciros honradamente que tenemos una buena posibilidad de vencer. Sólo puedo deciros que si no me ayudáis, entonces posiblemente no exista la menor posibilidad.

Alzó un dedo.

—Que no os quepa la menor duda. Si elegís uniros a nosotros y acometemos esta lucha, algunos de nosotros probablemente morirán. Si no lo hacemos, todos nosotros moriremos, no necesariamente en cuerpo, pero si en espíritu. Bajo un gobierno como el de la Orden, nadie vive, incluso aunque sus cuerpos pudiesen durante un tiempo soportar el suplicio de la vida como esclavos. Bajo la Orden, toda alma se marchita y muere.

Los bandakarianos permanecieron silenciosos mientras Richard callaba para trabar la mirada en ellos. La mayoría no pudo desviar los ojos, mientras que otros parecieron avergonzados y por lo tanto miraron al suelo.

—Si elegís estar de mi lado en esta lucha —dijo Richard con deliberado cuidado—, se os pedirá que matéis a hombres de la Orden, hombres malvados. Si en una ocasión pensasteis que yo disfrutaba matando, dejad que os asegure que estáis muy equivocados. Lo odio, lo hago para defender la vida. Jamás esperaré que os entusiasme matar. Es una necesidad hacerlo, no se disfruta haciéndolo. Espero que os entusiasme la vida y hacer lo que es necesario para preservarla.

Richard levantó uno de los objetos, que descansaba algo más allá, a un lado, que habían fabricado mientras esperaban a que Tom y Owen trajesen a los hombres al paso. No parecía más que un palo resistente. De hecho estaba construido con ramas de roble. Era redondeado en la parte posterior para encajar en la mano, estrecho en un punto del centro, y puntiagudo en el otro extremo.

—Vosotros no tenéis armas. Mientras aguardábamos vuestra llegada, hemos fabricado unas cuantas. —Agitó los dedos, pidiendo a Tom que se adelantara—. Los hombres de la Orden no reconocerán estas cosas como armas, al principio, al menos. Si os preguntan, debéis decirles que se usan para hacer agujeros en el suelo para plantar hortalizas.

Con la mano izquierda, Richard agarró la camisa de Tom a la altura del hombro, para sujetarlo, y demostró el uso del arma enseñando lentamente cómo debía ser empujada hacia arriba, en dirección a la cintura de un hombre, justo bajo las costillas, para apuñalarlo. Algunos rostros entre los hombres se crisparon con repugnancia.

—Esto se puede hundir con suma facilidad en la parte blanda de un hombre, hacia arriba bajo las costillas —les dijo Richard—. Una vez que la metáis dentro, efectúa una veloz torsión lateral para romperla por el extremo estrecho. De ese modo, el hombre no podrá extraerla. Con una cosa así alojada en las tripas, si es que puede mantenerse en pie, no podrá echar a correr tras vosotros ni forcejear. Os será más fácil escapar.

Uno de los hombres alzó una mano.

—Pero un pedazo de madera como ese estará húmedo y no se romperá. Muchas de las libras de la madera simplemente se doblarán, dejando el extremo del mango en su lugar.

Richard arrojó el arma al hombre. Después de que este la cogiera, explicó:

—Mira la parte central, donde está cortado hasta dejar un trozo muy estrecho. Verás que se ha colocado sobre fuego y secado justo por ese motivo. Fíjate en el extremo afilado, también. Veris que ha sido cortado y partido en cuatro secciones, con las puntas dobladas hacia atrás, de modo que cuando se clava en un enemigo tiene muchas posibilidades de abrirse, con los cuatro lados yendo en direcciones distintas para hacer más daño. Con esa única estocada, será como apuñalarlo cuatro veces.

»Cuando lo partas dentro de él y lo quites, él no podrá pelear contigo porque cada movimiento que haga retorcerá violentamente esas largas astillas de roble a través de sus vulnerables entrañas. Si no lo alcanza algún lugar vital y lo mata inmediatamente, es probable que muera al cabo de un día. Mientras muere, aullará de dolor y miedo. Quiero que esos hombres malvados sepan que el dolor y la muerte que infligen a otros irán a por ellos. Ese miedo hará que empiecen a pensar en huir. Les impedirá dormir, los desgastará, de modo que cuando lleguemos hasta ellos serán más fáciles de matar.

Richard recogió otro objeto.

—Esto es una ballesta pequeña. —La sostuvo bien alta para que los hombres la vieran mientras señalaba sus características—. Como podéis ver, la cuerda del arco está inmovilizada hacia atrás con esta tuerca. Una saeta resistente se coloca en este surco, aquí. Tirar de esta palanca hace girar la tuerca, liberando la cuerda y disparando la saeta. No es nada elaborado, y vosotros no tenéis experiencia usando tales armas, pero de cerca no necesitáis ser tan buenos tiradores.

»He empezado a hacer una cantidad de ballestas y tengo todo un montón de bases y partes fabricadas. Con los objetos que vosotros habéis traído aquí, podemos acabar de construirlas. Son bastante toscas, y, como dije, no servirán de mucho a cierta distancia, pero son pequeñas y se pueden ocultar bajo una capa. No importa lo grande y fuerte que sea el enemigo, el más pequeño de vosotros puede matarlo. Ni siquiera su cota de malla lo protegerá contra un arma disparada a bocajarro. Puedo prometeros que serán muy mortíferas.

Richard mostró a los hombres garrotes de madera dura que tachonarían de clavos. Tales armas también podían ocultarse. Les enseñó una simple cuerda con una pequeña asa de madera en cada extremo que se utilizaba para estrangulara un hombre por detrás cuando el sigilo era primordial.

—A medida que eliminemos a esos hombres, podremos obtener otras armas: cuchillos, hachas, mazos, espadas.

—Pero, lord Rahl —dijo Owen, que parecía fuera de sí de inquietud—, incluso aunque estuviésemos de acuerdo en unirnos a vos en esto, no somos luchadores. Estos hombres de la Orden son animales que tienen experiencia en tales cosas. No tendríamos la menor posibilidad contra ellos.

Los demás expresaron su preocupado acuerdo. Richard negó con la cabeza mientras alzaba las manos para que callaran.

—Mirad esos dedos que sostenéis. Preguntaos qué posibilidad tuvieron esas niñas contra tales hombres. Preguntaos qué posibilidad tienen vuestras madres, hermanas, esposas, hijas. Sois la única esperanza para esas personas. Sois la única esperanza para vosotros mismos.

»Lo más probable es que tampoco vosotros tuvieseis la menor posibilidad contra tales hombres. Pero no tengo intención de pelear contra ellos como vosotros pensáis. Ése un buen modo de que te maten. —Richard señaló a uno de los hombres más jóvenes—. ¿Qué es lo que queremos? ¿La razón por la que vinisteis en mi busca?

El hombre pareció turbado.

—¿Para libramos de los hombres de la Orden?

—Sí —dijo Richard—; eso es. Queréis libraros de asesinos. Lo último que queréis es pelear contra ellos.

El hombre indicó con una seña las armas que Richard les había mostrado.

—Pero esas cosas...

—Esos hombres son asesinos. Nuestra tarca es ejecutarlos. Queremos evitar peleas. Si peleamos con ellos, nos arriesgamos a resultar heridos o muertos. No estoy diciendo que no tengamos que pelear con ellos, pero ése no es nuestro objetivo. Habrá momentos en que puede haber un número limitado de ellos y podamos estar seguros de que, mediante la sorpresa, podemos eliminarlos antes de que estalle un combate. Tened en cuenta que esos hombres están acostumbrados a que ninguno de los vuestros oponga la menor resistencia. Esperamos matarlos antes de que se les ocurra sacar un arma.

»Pero si no tenemos que enfrentarnos a ellos, mucho mejor. Nuestro objetivo es matarlos. Matar a todos los que podamos. Matarlos cuando duerman, cuando estén mirando en otra dirección, cuando estén comiendo, cuando estén charlando, cuando estén bebiendo, cuando salgan a dar un paseo.

»Son malvados, Debemos matarlos, no pelear con ellos.

Owen alzó las manos.

—Pero, lord Rahl, si empezásemos a matarlos, ellos se vengarían en todas las personas que

tienen.

Richard observó a los hombres, aguardando hasta estar seguro de que todo el mundo prestaba atención.

—Acabáis de reconocer la realidad de que son malvados. Tenéis razón; probablemente empezaran a matar prisioneros como un modo de convenceros de que os rindáis. Pero ya los están matando ahora. Con el tiempo, si se les deja hacer lo que quieran, las matanzas que cometan serán a gran escala. Cuanto más deprisa los matemos, antes terminará y antes se detendrán los asesinatos. Algunas personas perderán la vida debido a lo que hacemos, pero al hacerlo, liberaremos al resto. Si no hacemos nada, entonces condenamos a esas personas inocentes a la clemencia del mal, y el mal no concede clemencia. Como he dicho antes, no se puede negociar con el mal. Uno debe destruirlo.

Un hombre carraspeó y dijo:

—Lord Rahl, algunos de los nuestros se han puesto del lado de los hombres de la Orden. Creyeron en sus palabras. No querrán que hagamos daño a los miembros de la Orden.

Richard soltó un profundo suspiro. Se dio la vuelta un instante, mirando a lo lejos, en la penumbra, antes de volver su atención otra vez a los hombres.

—He tenido que matar a hombres que conocí toda la vida porque se pusieron del lado de la Orden. Llegaron a creer en la Orden Imperial, y debido a que yo me oponía a la Orden, intentaron matarme. Es algo terrible tener que matar a alguien así, a alguien que conoces. Creo que la alternativa es peor.

—¿La alternativa? —preguntó el hombre.

—Sí, dejarles que te asesinen. Esa es la alternativa: perder la vida y perder la causa por la que peleas: las vidas de los seres queridos. —la expresión de Richard se había tornado grave—. Si algunos de los vuestros se han unido a la Orden, o trabajan para protegerla, entonces puede ser que acabéis enfrentándoos a ellos. Será su vida, o la vuestra. Podría incluso significar las vidas del resto de nosotros. Si se ponen del lado del mal, entonces no debemos permitirles que nos impidan eliminar el mal.

»Esto es parte de lo que debéis sopesar en vuestra decisión de uniros a nosotros o no. Si aceptáis esta lucha, debéis aceptar que podéis tener que matar a gente que conocéis. Debéis sopesar esto en la elección que haréis.

Los hombres ya no parecían escandalizados por sus palabras. Se mostraban solemnes mientras escuchaban.

Kahlan vio unos pájaros que pasaban con un revoloteo, buscando dónde posarse para pasar la noche. El cielo, la niebla helada, se oscurecía cada vez más. Escudriñó el cielo, siempre vigilante por si veía a criaturas de puntas negras. Al ser el clima en el paso tan espantoso, dudaba que anduviesen por allí. La niebla, al menos, resultaba reconfortante por ese

motivo.

Richard parecía exhausto. Ella sabía lo mucho que a ella le costaba respirar en el enrarecido aire de las alturas, así que debía de ser muchísimo peor para él: temía que, debido al veneno, el aire enrarecido le arrebatará a Richard las fuerzas. Necesitaban bajar y abandonar el elevado paso montañoso.

—Os he contado la verdad y todo lo que puedo hacer por ahora —indicó Richard a los hombres—. Vuestro futuro depende ahora de cada uno de vosotros.

Pidió en voz queda a Cara, Jennsen y Tom que recogieran sus cosas. Poso una mano tierna sobre la espalda de Kahlan mientras giraba hacia los hombres y señalaba colina abajo.

—Vamos a descender de vuelta a nuestro campamento en esos bosques. Vosotros decidid lo que haréis. Si estáis con nosotros, entonces bajad ahí, a la protección de los árboles, donde las criaturas voladoras no podrán divisaros cuando el tiempo despeje. Necesitaremos acabar de fabricar las armas que llevaréis.

»Si alguno de vosotros elige no unirse a nosotros, entonces estáis solos. No planeo estar aquí, en este campamento, mucho tiempo. Si la Orden os captura es muy probable que os torture y no quiero estar en las cercanías cuando chilléis a todo pulmón mientras reveláis dónde estaba nuestro campamento.

Los desolados hombres se mantenían apiñados.

—Lord Rahl —preguntó Owen—, ¿estáis diciendo que debemos elegir ahora?

—Os he contado todo lo que puedo. ¿Cuánto tiempo más pueden esperaros aquellos que están siendo torturados, violados y asesinados? Si deseáis uniros a nosotros y ser parte de la vida, entonces bajad a nuestro campamento. Si elegís no estar de nuestro lado, entonces os deseo suerte.

Pero por favor no intentéis seguirnos o tendré que mataros. En el pasado fui un buen guía de bosque. Sabré si cualquiera de vosotros nos sigue.

Uno de los hombres, el que habla sido el primero en mostrar a Richard dos guijarros para indicar que revelaría la ubicación del antídoto, se adelantó, alejándose del resto de hombres.

—Lord Rahl, me llamo Anson —las lágrimas llenaban sus ojos azules—. Quería que supieseis eso, que supieseis quién soy. Soy Anson.

—Muy bien. Anson —respondió Richard, asintiendo.

—Gracias por abrirme los ojos. Siempre he tenido algunos de los pensamientos que explicasteis. Ahora comprendo por qué, y comprendo la oscuridad que se mantuvo sobre mis ojos. No quiero seguir viviendo de ese modo. No quiero vivir según palabras que no significan nada y no quiero que los hombres de la Orden controlen mi vida.

»Mis padres fueron asesinados. Vi el cuerpo de mi padre colgando de un poste. Él jamás hizo daño a nadie. No hizo nada para merecer tal asesinato. A mi hermana se la llevaron. Sé lo que esos hombres le están haciendo. No puedo dormir por la noche pensando en ello, pensando en su terror.

»Quiero devolver golpe por golpe. Quiero matar a esos hombres malvados. Se han ganado la muerte. Quiero triturarlos, como dijisteis.

»Elijo unirme a vos y pelear para obtener mi libertad. Quiero vivir libre. Quiero que aquellos a los que amo vivan libres.

Kahlan se quedó atónita al escuchar a uno de ellos decir tales cosas, en especial sin consultar primero al resto. Había observado con atención los ojos de los demás mientras Anson hablaba. Todos escucharon con suma atención lo que Anson decía.

Richard sonrió a la vez que posaba una mano sobre el hombro del joven.

—Bienvenido a D'Hara, Anson. Bienvenido a casa. Nos irá bien tu ayuda. —Señaló más allá a Cara y a Tom, que recogían las armas que habían traído para mostrarlas a los hombres—. ¿Por qué no los ayudas a llevar esas cosas de vuelta a nuestro campamento?

Anson dio su conformidad con una sonrisa. El joven de voz queda tenía unas amplias espaldas y un cuello con gruesos músculos. Era afable, pero tenía un aspecto decidido. De pertenecer a la Orden Imperial, Kahlan no habría querido ver a un hombre tan fornido yendo tras ella.

Anson intentó con vehemencia tomar la carga que Cara llevaba en los brazos, pero ella se negó a cedérsela, así que él recogió el resto de las cosas y siguió a Tom colina abajo. Jennsen marchó también con ellos, arrastrando a *Betty* tras ella de la cuerda, tirando durante los primeros pasos porque la cabra quería que se quedaran con Richard y Kahlan.

Los otros hombres observaron mientras Anson iniciaba el descenso por la colina con Cara. Tom y Jennsen. Luego se apartaron a un lado, lejos de la estatua, mientras cuchicheaban entre ellos, decidiendo que harían.

Richard echó una ojeada a la figura de Kaja-Rang antes de iniciar el descenso por la colina. Algo pareció atraer su atención.

—¿Qué sucede? —preguntó Kahlan.

—Eso escrito ahí —dijo Richard, señalando—. En la cara del pedestal, debajo de los pies.

Kahlan sabía que no había habido nada escrito en aquel punto antes, y estaba aún demasiado lejos para estar realmente segura de que podía ver algo escrito en el jaspeado granito. Echó un vistazo atrás para mirar a los demás, que marchaban colina abajo; pero en su lugar siguió a Richard cuando éste se dirigió hacia la estatua. Los hombres seguían

apartados a un lado, muy ocupados en su discusión.

Kahlan pudo ver el lugar sobre la cara del pedestal donde se había hecho pedazos el faro de advertencia. La arena del interior de la estatua que representaba a Richard todavía salpicaba el frente del pedestal.

Cuando estuvieron más cerca, ella apenas pudo creer lo que empezaba a ver. Parecía como si la arena hubiese erosionado la piedra para revelar caracteres. Las palabras no habían estado allí antes.

Kahlan conocía varios idiomas, pero no aquél. No obstante, lo reconoció. Era d'haraniano culto.

Se abrazó a sí misma bajo el viento helado que se había levantado. Las sombrías nubes se revolviéron inquietas. Atisbó al otro lado a las imponentes montañas, muchas ocultas por un oscuro velo de niebla. Arremolinadas cortinas de nieve oscurecían otras laderas a lo lejos. A través de una pequeña y breve brecha en el horrible tiempo, el valle que podía ver más allá a través del paso ofrecía la promesa de vegetación y calor.

Y de la Orden Imperial.

Kahlan, muy pegada a Richard, deseó que éste la rodeara con un cálido brazo. Observó mientras él miraba fijamente las tenues letras de la piedra. Si mostraba demasiado callado para estar tranquila.

—Richard —musitó, inclinándose hacia él—, ¿qué dice?

Paralizado, él pasó los dedos sobre las letras despacio y con suavidad, los labios pronunciando en silencio las palabras en d'haraniano culto.

—La Octava Regla de un mago —murmuró él a modo de traducción—. “*Talga Vassternich*.»

13

Andando detrás del mensajero. Verna se hizo a un lado cuando un grupo de caballos pasó corriendo por su lado. Tenían los vientres recubiertos de barro, sus ollares resoplaban. Los ojos de los soldados de caballería inclinados sobre la cruz de los animales mostraban una lúgubre determinación. Con el nivel de actividad de las recientes semanas, tenía que mantenerse cuidadosamente alerta siempre que salía de una tienda, no fuera a verse arrollada por una cosa u otra. Si no era un caballo cargarlo a través del campamento, eran hombres a la carterá.

—Justo más adelante —dijo el mensajero.

Verna dedicó un asentimiento a su rostro joven cuando el echó una rápida mirada atrás. Era

un joven educado, los rizados cabellos rubios y su actitud cortés le recordaban a Warren. Se sintió indefensa ante la oleada de dolor que la atravesó al recordar que Warren ya no estaba, ante la vacuidad de cada día.

No conseguía recordar el nombre del mensajero. Había tantos hombres jóvenes; era difícil recordar todos los nombres. A pesar de que hacía todo lo posible, no podía acordarse de todos ellos. Al menos durante un tiempo ya no habían estado muriendo a una velocidad aterradora. Duros como eran los inviernos allí arriba, en D'Hara, tal clima había significado al menos un respiro a las batallas del verano anterior, al constante combatir y morir. Con el verano de nuevo a las puertas, no creía que la relativa tranquilidad fuese a durar mucho más.

Por el momento los pasos habían resistido a la Orden Imperial. En lugares tan angostos la superioridad numérica del enemigo no era tan importante. Si únicamente un hombre podía pasar por un estrecho corredor de piedra significaba muy poco que hubiese cientos aguardando detrás de él para pasar, o un millar. Defenderse de un hombre, por así decirlo, no era la tarea imposible que si era combatir el ataque de todo el ejército de Jagang.

Cuando oyó el lejano trueno, sintió cómo retumbaba por el suelo, y echó una veloz mirada al cielo. El sol no había hecho acto de presencia en dos días y no le gustaba el aspecto de las nubes sobre las laderas de las montañas. Parecía como si les fuera a caer encima una buena tormenta.

El sonido podría no haber sido un trueno. Era posible que fuese magia con la que el enemigo martilleaba los escudos que cerraban los pasos. Tales golpes no les servirían de nada, pero dificultaban el sueño; así que, aunque sólo fuera por ese motivo, seguían haciéndolo.

Algunos de los hombres y oficiales que pasaban en dirección contraria la saludaron con un movimiento de cabeza, una sonrisa o un leve movimiento de la mano. Verna no vio a ninguna de las Hermanas de la Luz. Muchas estarían en los pasos, ocupándose de los escudos, asegurándose de que ninguno de los soldados de la Orden Imperial pudiese atravesarlos. Zedd les había enseñado a tener en cuenta todas las posibilidades, sin importar lo descabelladas que fuesen, y a protegerse de ellas. Día y noche, Verna repasaba cada uno de aquellos lugares mentalmente, intentando pensar si había algo que hubiesen pasado por alto, cualquier cosa que no hubiesen visto, que pudiera permitir a los ejércitos enemigos caer en tromba sobre ellos.

Si eso sucedía, si conseguían abrirse paso, entonces no había nada que pudiese detener su avance al interior de D'Hara, salvo el ejército defensor, y el ejército defensor no era rival para la cantidad de hombres que había al otro lado de aquellas montañas. No se le ocurría ningún resquicio en su coraza, pero le preocupaba constantemente que pudiera existir uno.

Parecía como si la batalla final pudiera tener lugar en cualquier momento. ¿Y dónde estaba Richard?

La profecía decía que él era vital en la batalla para decidir el rumbo futuro de la humanidad.

Puesto que daba la impresión de que muy bien podrían hallarse a sólo una batalla del fin de todo ello, de la última chispa de la libertad, el lord Rahl coma un riesgo muy real de perderse el momento en que era más necesario. Apenas podía creer que durante siglos la profecía predijera la existencia de aquél que los lideraría, y que, cuando el momento llegaba por fin, él estuviera lejos en otra parte. Pues sí que les estaba sirviendo de mucho la profecía.

Verna conocía el corazón de Richard. Conocía el corazón de Kahlan. No era correcto dudar de ninguno de ellos, pero era Verna quien miraba a los ojos a las hordas de Jagang y a Richard no se lo encontraba por ninguna parte.

Por la poca información que Verna había extraído de los mensajes de Ann en el libro de viaje, se acercaban problemas. Verna podía detectar en los escritos de Ann que la mujer estaba muy inquieta por algo. Cualquiera que fuese la causa, Ann y Nathan corrían al sur, descendiendo de nuevo a través del Viejo Mundo. Ann evitaba dar explicaciones, posiblemente no deseando agobiarlos con nada más, así que Verna no insistía. Ya tenía bastantes problemas para concebir por qué Ann se habría unido al profeta en lugar de ponerle el collar. Ann se limitaba a decir que un libro de viaje no era un buen lugar para explicar tales cosas.

A pesar del buen trabajo que aquel hombre realizaba a veces, Verna consideraba a Nathan sumamente peligroso. Una tormenta eléctrica traía lluvia vivificadora, pero si tú eras el que resultaba alcanzado por su rayo, a ti eso no te servía de gran cosa. Que Ann y Nathan hicieran causa común, por así decirlo, debía de ser un indicio de las dificultades en que se encontraban todos ellos.

Venia tuvo que recordarse que no todo estaba en contra de ellos, no todo era desesperado y deprimente. Al fin y al cabo, el ejército de Jagang había padecido un aplastante golpe a manos de Zedd y Adie, perdiendo una asombrosa cantidad de soldados en un instante. A causa de ello, la Orden Imperial se habla alejado de Aydindril, dejando indemne el Alcázar del Hechicero. A pesar de las manos codiciosas del Caminante de los Sueños, el Alcázar permaneció fuera de su alcance.

Zedd y Adie tenían la defensa del Alcázar bajo control, así que no todo eran problemas y dificultades; existían activos valiosos del lado del Imperio d'haraniano. El Alcázar aún podría demostrarse decisivo para detener a la Orden Imperial. Verna echaba de menos al anciano mago, su consejo, su sabiduría, aunque jamás lo admitiría en voz alta. En aquel anciano podía ver dónde había obtenido Richard muchas de sus mejores cualidades.

Venia se detuvo al ver a Rikka, que pasaba a grandes zancadas por delante de ella, y agarró a la mord-sith del brazo.

—¿Qué sucede Prelada? —preguntó Rikka.

—¿Te has enterado de qué va esto?

Rikka le dirigió una mirada de perplejidad.

—¿De qué va qué?

El mensajero se detuvo al otro lado de la intersección de improvisadas carreteras. Pasaron caballos trotando en ambas direcciones, uno tirando de una carreta de toneles de agua. Hombres totalmente armados se cruzaron en el camino lateral. El campamento, uno de varios, rodeado por una berma defensiva, había evolucionado hasta ser una especie de ciudad, con sendas especiales a través de ella para hombres, caballos y carros.

—Algo sucede —dijo Verna.

—Lo siento, no he oído nada.

—¿Estás ocupada?

—Nada urgente.

Verna sujetó con energía el brazo de Rikka.

—El general Meiffert me envió a buscar. Tal vez será mejor que vengas conmigo. De ese modo si te quiere a ti, no tendrá que enviar a nadie a buscarte.

—Por mí no hay problema. —Rikka se encogió de hombros, pero su expresión se tornó suspicaz—. ¿Tienes alguna idea de lo que sucede?

Sin perder de vista al mensajero que iba por delante de ella abriéndose camino en zigzag por entre hombres, tiendas, carros, caballos y puestos de reparaciones. Verna echó una veloz mirada a Rikka.

—Nada de lo que esté informada. —La expresión de Verna se contrajo un poco mientras intentaba poner en palabras su intranquilo estado de ánimo—. ¿No te has despertado nunca y simplemente sentido que algo iba mal, pero no podías explicar por qué razón parecía que iba a ser un mal día?

—Si va a ser un mal día, me ocupo de que lo sea para otra persona, y que yo sea la causa de ello.

Verna sonrió para sí.

—Es una lástima que no tengas el don. Serías una buena Hermana de la Luz.

—Prefiero ser mord-sith y poder proteger a lord Rahl.

El mensajero se detuvo.

—Allí atrás. Prelada. El general Meiffert dijo que os condujera a esa tienda junto a los árboles.

Verna dio las gracias al joven y marchó a través del blando suelo, con Rikka a su lado. La tienda estaba alejada de la actividad principal del campamento, en una zona más tranquila, donde los oficiales a menudo se reunían con exploradores recién llegados de sus patrullas. En la mente de Verna se agolparon las ideas, intentando imaginar con qué noticias podrían haber regresado los exploradores. No había alarma, de modo que los pasos seguían resistiendo. De haber problemas existiría un gran trajín en el campamento, pero éste parecía igual que cualquier otro día.

Unos guardias vieron acercarse a Verna y se introdujeron en la tienda para anunciar su llegada. Casi al instante, el general salió de la tienda y corrió a su encuentro. Los ojos azules del hombre reflejaban una férrea determinación. Su rostro, no obstante, estaba lívido.

—Vi a Rikka —explicó Verna mientras el general Meiffert inclinaba la cabeza en un apresurado saludo—. Pensé que debería traerla por si también la necesitabas.

El alto y rubio d'haraniano dirigió un breve vistazo a Rikka.

—Sí, magnífico. Entrad, por favor, las dos.

Verna lo agarró de la manga.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué sucede? ¿Pasa alguna cosa?

Los ojos del general se dirigieron hacia Rikka y luego de nuevo regresaron a Verna.

—Hemos recibido un mensaje de Jagang.

Rikka se inclinó hacia él, su voz adquiriendo un tono amenazador:

—¿Cómo consiguió un mensajero de Jagang cruzar sin que nadie lo matara?

Era práctica habitual que nadie cruzase por ningún motivo. No querían que ni una razón consiguiese pasar. No se podía saber si no sería una estratagema.

—Era un carro pequeño, tirado por un único caballo. —El general ladeó la cabeza hacia Verna—. Los hombres pensaron que el vagón estaba vacío. Recordando tus instrucciones, lo dejaron pasar.

Verna se sintió un tanto sorprendida de que la advertencia de Ann de dejar pasar un carro vacío hubiese resultado tan cierta.

—¿Un carro llegó por sí solo? ¿Un carro vacío se condujo a sí mismo hasta aquí?

—No exactamente, los hombres que lo vieron pensaron que estaba vacío. El caballo parece ser una bestia de carga que está acostumbrada a recorrer calzadas, así que avanzó lentamente por el camino tal y como le habían enseñado —El general Meiffert apretó los

labios ante el desconcierto que veía en el rostro de Verna y luego dio la espalda a la tienda—. Venid, y os lo mostraré.

Las condujo a la tercera tienda de la fila y sostuvo el faldón a un lado. Verna se agachó para pasar al interior, seguida por Rikka y el general. En un banco del interior había sentada una joven novicia, Holly, con un brazo alrededor de una niña de aspecto muy asustado que no tenía más de diez años.

—Pedí a Holly que se quedara con ella —musitó el general Meiffert—. Pensé que la haría sentir menos nerviosa que si las vigilaba un soldado.

—Desde luego —dijo Verna—. Muy sensato por tu parte. ¿Es ella quien trajo el mensaje, entonces?

El joven general asintió.

—Iba sentada en la parte posterior del carro, de modo que los hombres que lo vieron acercarse al principio pensaron que estaba vacío.

Verna comprendió entonces por qué un mensajero así conseguiría pasar. No era demasiado probable que los soldados fueran a matar a una criatura, y las Hermanas podían examinarla para asegurarse de que no era una amenaza. Verna se preguntó si Zedd habría tenido algo que decir sobre eso; la amenaza a menudo aparece en envoltorios sorprendentes. La Prelada se aproximó a la pareja sentada en el banco, sonriendo mientras se inclinaba.

—Me llamo Verna. ¿Estás bien, jovencita? —La niña asintió—. ¿Te gustaría comer algo?

Temblando ligeramente mientras sus enormes ojos castaños asimilaban a las personas que la miraban, la niña volvió a asentir.

—Prelada —dijo Holly—, Valery ya ha ido a buscarle algo.

—Ya veo —repuso Verna, manteniendo la sonrisa.

Se arrodilló y palmeó con suavidad las manos que la niña tenía en el regazo para tranquilizarla.

—¿Vives por aquí?

Los enormes ojos castaños de la niña pestañearon, intentando evaluar el peligro que significaba el adulto que tenía delante. Se tranquilizó un poquitín ante la sonrisa de Verna y su amable caricia.

—Viajando un poco más al norte, señora.

—¿Y alguien te envió a vernos?

Los enormes ojos castaños se llenaron de lágrimas, pero ella no lloró.

—Mis padres están ahí atrás, abajo al otro lado del paso. Los soldados que hay allí los tienen. Como invitados, dijeron. Vinieron hombres y nos llevaron a su ejército. Nos hemos tenido que quedar allí durante las últimas semanas. Hoy me dijeron que llevaría una carta al otro lado del paso a las personas que hay aquí. Dijeron que si hacía lo que me decían, dejarían que mis padres y yo nos marchásemos a casa.

Verna volvió a dar palmaditas a las manos de la niña.

—Entiendo. Bueno, eres muy buena al ayudar a tus padres.

—Sólo quiero ir a casa.

—Y lo harás, pequeña. —Verna se enderezó—. Te traeremos un poco de comida, querida, para que tengas el estómago lleno antes de regresar con tus padres.

La niña se puso en pie y efectuó una reverencia.

—Gracias por vuestra amabilidad. ¿Puedo regresar después de comer, entonces?

—Por supuesto —contestó Verna—. Iré a leer la carta que trajiste mientras tú tomas una buena comida, y luego puedes regresar con tus padres.

Mientras volvía a sentarse en el banco, removiendo las posaderas para volver a instalarse junto a Holly, la niña no pudo evitar contemplar a la mord-sith con desconfianza.

Intentando no demostrar aprensión. Verna se despidió de la pequeña con una sonrisa antes de conducir a los demás fuera de la tienda. No podía ni imaginar qué tramaba Jagang.

—¿Qué dice la carta? —preguntó mientras marchaban apresuradamente a la tienda de mando.

El general Meiffert se detuvo fuera de la tienda, sacando brillo con el pulgar al botón de latón de su abrigo a la vez que trababa la mirada con Verna.

—Preferirla que la leyeras por ti misma, Prelada. Parle de ella está muy clara. Parte de ella, bueno, parte de ella espero que me lo puedas explicar tú.

Al entrar en la tienda. Verna vio al capitán Zimmer aguardando a un lado. El oficial de mandíbula cuadrada no lucía la acostumbrada sonrisa contagiosa en su rostro. El capitán estaba al mando de las fuerzas especiales d'haranianas, un grupo de hombres cuyo trabajo era salir y pasar sus días y noches infiltrándose en territorio enemigo para matar a tantos enemigos como fuese posible. Parecía haber una provisión infinita de ellos y el capitán estaba decidido a agotarla.

Los hombres del cuerpo del capitán Zimmer eran muy buenos en lo que hacían. Coleccionaban rstras de orejas que arrebataban a los enemigos que mataban. Kahlan tenía por costumbre pedirles siempre que le mostrasen su colección cada vez que regresaban. El capitán y sus hombres la echaban terriblemente de menos.

Todos alzaron rápidamente la mirada al brillar un relámpago, la tormenta se acercaba. Tras un instante de silencio, el suelo tembló con el retumbar del trueno.

El general Meiffert recogió un pequeño papel doblado de la mesa y se lo entregó a Verna.

—Esto es lo que trajo la niña.

Echando una breve ojeada a las expresiones sombrías de los dos hombres, Verna desdobló el papel y leyó la pulcra escritura.

Tengo al mago Zorander y a una hechicera llamada Adie. En estos momentos soy dueño del Alcázar del Hechicero y todo lo que contiene. Mi Transponedor me entregará muy pronto a lord Rahl y a la Madre Confesora.

Vuestra causa está perdida. Si os rendís ahora y abrís los pasos, perdonaré la vida a vuestros hombres. Si no lo hacéis, los mataré a todos.

Jagang el Justo

El brazo que sostenía el papel en sus dedos temblorosos descendió.

—Querido Creador... —musitó Verna, sintiéndose mareada.

Rikka le arrebató el papel de la mano y le volvió la espalda mientras lo leía. Maldijo en voz baja.

—Tenemos que ir en su busca —dijo Rikka—. Tenemos que quitarle a Zedd y a Adie.

El capitán Zimmer negó con la cabeza.

—No existe modo de que pudiésemos lograr tal cosa.

El rostro de Rikka enrojeció de cólera.

—¡Me ha salvado la vida en el pasado! ¡La tuya, también! ¡Tenemos que sacarlo de allí!

En contraposición a la ira de Rikka, Verna habló suavemente.

—Todos sentimos lo mismo. Zedd probablemente nos ha salvado la vida a todos más de una vez. Jagang le hará todo lo peor por eso.

Rikka agitó el mensaje ante sus rostros.

—¿Así que sencillamente le dejaremos morir allí? ¿Dejaremos que Jagang lo mate? ¡Entraremos por la noche, o algo así!

El capitán Zimmer posó la parte inferior de la palma de la mano sobre un largo cuchillo que llevaba al cinto.

—Ama Rikka, si os contara que tengo a un hombre escondido en alguna parte en este campamento, en una de los cientos de miles de tiendas, ¿cuánto tiempo creéis que necesitaríais para encontrarlo?

—Pero no estarán simplemente en cualquier tienda —replicó ella—. Fíjate en nosotros, aquí. Este mensaje llegó. ¿Fue simplemente a cualquier tienda elegida al azar en todo el campamento? No, fue a un lugar donde se ocupan de tales cosas.

—He estado en el campamento de la Orden Imperial demasiadas veces para contarlas —dijo el capitán Zimmer a la vez, que extendía el brazo en dirección al enemigo situado al otro lado de las montañas al oeste—. No podéis ni imaginar lo grande que es su campamento. Hay millones de hombres allí.

»Su campamento es un cenagal de asesinos. Es un lugar caótico. Ese desorden nos permite deslizarnos en su interior, matar a algunos de ellos y salir a toda prisa. Es mejor que uno no permanezca allí demasiado tiempo. Reconocen a los forasteros, en especial a forasteros rubios.

»Además, existen diferentes clases de hombres. La mayoría de los soldados son poco más que una banda de matones que Jagang suelta de vez en cuando. A ninguno de ellos se le permite ir más allá de cierto punto dentro del campamento. Los hombres que custodian las zonas de mayor seguridad no son ni con mucho tan estúpidos y holgazanes como los soldados corrientes.

»Los hombres de esas zonas protegidas no son tan numerosos como los soldados corrientes, pero son profesionales bien adiestrados. Están alerta, vigilantes, y son letales. Si consiguierais traspasar ese mar de inadaptados para alcanzar la parte central, donde están las tiendas de tortura y de mando, esos soldados profesionales os tendrían en el extremo de una pica en un instante.

»Ni siquiera son todos ellos iguales. El círculo exterior de esa parte central, además de tener a estos profesionales custodiándolo, es el lugar donde están las Hermanas. Éstas viven allí y a la vez usan la magia para vigilar la proximidad de intrusos. Más allá de ellos hay más círculos, empezando por los guardias de élite, y luego, finalmente, los guardias personales del emperador. Estos son hombres que han estado combatiendo con Jagang durante años. Matan a cualquiera, incluso a los oficiales de la guardia de élite, si les despiertan la menor sospecha. Si les llega siquiera la información de que alguien dice cosas despectivas sobre el emperador, localizan a estas personas y las torturan. Tras ser torturadas, si sobreviven a ello, las matan a continuación.

»No digo que mis hombres y yo no estemos dispuestos a arriesgar nuestras vidas intentando sacar a Zedd de allí; lo que digo es que daríamos nuestras vidas por nada.

La atmósfera en la tienda no podía haber sido de mayor desesperanza.

El general gesticuló con el papel cuando Rikka se lo devolvió.

—¿Alguna idea de lo que es un Transponedor, Prelada?

Vertía sostuvo la mirada de sus ojos azules.

—Un ladrón de almas.

El general frunció el entrecejo.

—¿Un qué?

—En la gran guerra, hace tres mil años, los magos de esa época crearon armas a partir de personas. Los Caminantes de los Sueños, como Jagang, eran una de tales armas. El mejor modo en que puedo explicártelo es que un Transponedor es en ciertos aspectos parecido a un Caminante de los Sueños. Un Caminante de los Sueños puede entrar en la mente de una persona y hacerse con el control. Un Transponedor, creo, es algo así, sólo que él se apodera de tu espíritu, de tu alma.

Rikka hizo una mueca.

—¿Por qué?

Venia alzó una mano en un gesto de contrariedad.

—No lo sé realmente. Para controlar a su víctima, quizás.

»Alterar a personas con el don era una antigua práctica. En ocasiones cambiaban a personas con el don mediante la magia para que sirvieran a un propósito concreto. Con Magia de Resta extraían características que no deseaban, y luego usaban Magia de Suma para añadir o aumentar una característica que sí querían. Lo que creaban eran monstruos.

»En realidad no estoy muy versada en el tema. Cuando me convertí en Prelada tuve acceso a libros que no había visto nunca antes. Ahí es donde vi la alusión a los Transponedores. Los usaban para deslizarse al interior de otra persona y robarle la esencia de quien era... su espíritu, su alma.

»Modificar personas de un modo tal que permita crear a esos Transponedores es un arte desaparecido hace mucho tiempo. Me temo que no sé gran cosa sobre el tema. Lo que sí recuerdo es leer que los llamados Transponedores eran sumamente peligrosos.

—Un arte desaparecido hace mucho tiempo —rezongó el general, y dio la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo para contenerse—. Esos magos de esa época crearon armas como los Transponedores, pero ¿cómo puede haberlo hecho Jagang? No es un mago. ¿Podría ser que esté mintiendo?

Verna reflexionó sobre la pregunta un instante.

—Tiene a personas con el don bajo su control directo. Algunas son capaces de usar magia del inframundo. Como he dicho, no sé gran cosa sobre ello, pero supongo que es posible que sea capaz de hacerlo.

—¿Cómo? —exigió el general—. ¿Cómo podría Jagang hacer tales cosas? Ni siquiera es un mago.

Verna entrelazó las manos ante sí.

—Tiene a Hermanas de la Luz y de las Tinieblas. En teoría, supongo que tiene lo que necesita. Es un hombre que estudia la Historia. Sé por experiencia propia que valora en mucho sus libros. Posee una colección amplia y valiosa. Nathan, el profeta, estaba muy preocupado precisamente por eso, y destruyó varios volúmenes importantes antes de que pudiesen caer en poder de Jagang.

»Con todo, el emperador posee muchos libros; de hecho, posee una vasta colección. Ahora que ha capturado el Alcázar, tiene acceso a bibliotecas importantes. Esos libros son peligrosos, o no habrían estado encerrados en el Alcázar del Hechicero.

—Y ahora Jagang posee el control sobre ellos.

El general Meiffert se pasó los dedos por los cabellos. Sujetó con fuerza el respaldo de la silla colocada ante la pequeña mesa y apoyó el peso del cuerpo en los brazos.

—¿Crees que realmente tiene a Zedd y a Adie?

La pregunta era una súplica. Verna tragó saliva mientras consideraba con cuidado la pregunta. Respondió honestamente, no deseando dar pie a una falsa esperanza. Desde que había leído el mensaje de Jagang, ella misma había estado buscando ese mismo hilillo de esperanza.

—No creo que sea un hombre que encuentre satisfacción en jactarse de algo que en realidad no ha conseguido. Creo que debe estarnos diciendo la verdad y quiere refocilarse con su logro.

El general soltó la silla y se dio la vuelta mientras reflexionaba sobre las palabras de Verna. Finalmente, hizo una pregunta aún peor.

—¿Crees que nos dice la verdad sobre que ese Transponedor tiene a lord Rahl y a la Madre Confesora? ¿Crees que esta horrenda creación, ese Transponedor, se los entregará pronto a

Jagang?

Verna se preguntó si era ésa la razón del precipitado viaje de Aun y Nathan al Viejo Mundo. Verna sabía que Richard y Kahlan estaban allí abajo, en alguna parte. No podía existir un motivo más apremiante para que Ann y Nathan marcharan corriendo al sur. ¿Era posible que aquel Transponedor ya los hubiese capturado, o capturado sus almas? A Verna se le cayó el alma a los pies. Se preguntó si Ann sabía ya que el Transponedor tenía a Richard, y por eso no decía gran cosa sobre su misión.

—No lo sé —respondió finalmente Verna.

—Creo que Jagang acaba de cometer un error —dijo el capitán Zimmer.

Verna enarcó una ceja.

—¿Cómo cuál?

—Acaba de revelarnos el gran número de problemas que está teniendo con los pasos. Nos acaba de decir que nuestras defensas funcionan y lo desesperado que está. Si no cruza durante esta estación, todo su ejército tendrá que aguardar otro invierno. Quiere que lo dejemos pasar.

»Los inviernos d'haranianos son duros, en especial para hombres como los suyos, hombres que no están acostumbrados a estas condiciones climáticas. Vi con mis propios ojos buenas indicaciones de cuántos hombres perdió el pasado invierno. Cientos de miles de hombres murieron a causa de enfermedades.

—Tiene gran cantidad de hombres —dijo el general Meiffert—. Puede permitirse bajas. Tiene un suministro constante de tropas nuevas para reemplazar a los que murieron por fiebres o enfermedad el pasado invierno.

—¿Así que piensas que el capitán se equivoca? —preguntó Verna.

—No, estoy de acuerdo en que a Jagang le encantaría acabar con esto; simplemente no creo que le preocupe cuántos de sus hombres mueren. Creo que está ansioso por gobernar el mundo. Paciente como acostumbra a ser, ve el final próximo, el objetivo al alcance de la mano. Somos lo único que se interpone en su camino, lo que impide que obtenga su trofeo. También sus hombres están impacientes por conseguir el botín.

»Su decisión de dividir el Nuevo Mundo, primero subiendo hacia Aydindril, le ha dejado cerca de su objetivo, pero en ciertos aspectos, aún más lejos de él. Si no consigue atravesar los pasos montañosos, puede que decida iniciar una larga marcha de vuelta al sur, al valle del río Kern, donde puede pasar al otro lado y subir al interior de D'Hara. Una vez que su ejército llegue a campo abierto allá, en el sur, no habrá forma de que podamos detenerlo.

»Si no puede abrirse paso a través de los puertos de montaña ahora, eso significará una larga marcha y un gran retraso, pero acabará cogiéndonos al final. Preferiría tenernos ahora

y está dispuesto a ofrecer las vidas de nuestros hombres para cerrar el trato.

Verna miró al vacío.

—Es un gran error intentar apaciguar al mal.

—Estoy de acuerdo —dijo el general Meiffert—. Una vez que abriésemos los pasos, asesinaría hasta el último hombre.

La atmósfera en el interior de la tienda era tan sombría como el ciclo en el exterior.

—Creo que deberíamos enviarle una carta de respuesta —sugirió Rikka—. Creo que deberíamos decirle que no creemos que tenga a Zedd y a Adie. Si espera que lo creamos, debería demostrarlo; debería enviarnos sus cabezas.

El capitán Zimmer sonrió ante la sugerencia.

El general tamborileó con un dedo sobre la mesa mientras lo consideraba.

—Si es como dices, Prelada, y Jagang realmente los tiene, entonces no hay nada que podamos hacer. Los matará. Después de lo que Zedd le hizo al ejército de Jagang allá en Aydindril, por no decir nada de todos los estragos que provocó a la Orden Imperial el verano pasado cuando la Madre Confesora estaba con nosotros, sé que no será una muerte fácil, pero acabará matándolos.

—Entonces estás de acuerdo en que no puede hacerse nada más —dijo Verna.

El general Meiffert se pasó una mano por el rostro.

—Odio admitirlo, pero me temo que están perdidos. No creo que debamos dar a Jagang la satisfacción de saber lo que sentimos realmente.

A Verna le dio vueltas la cabeza al imaginarse a Zedd y Adie torturados a manos de Jagang y sus Hermanas de las Tinieblas. Le amedrentaba pensar que las fuerzas d'haranianas perdieran a Zedd. Sencillamente no había nadie con su experiencia y conocimientos. No había nadie que pudiese reemplazado.

—Escribiremos una carta a Jagang —dijo—, y le diremos que no creemos que tenga a Zedd y a Adie.

—Lo único que podemos hacer —repuso Rikka— es negarle a Jagang lo que más quiere. Lo que quiere es que nos rindamos.

El general Meiffert apartó la silla de la mesa, invitando a Verna a sentarse y escribir la carta.

—Si a Jagang le enfurece una carta así, podría enviarnos sus cabezas. Si lo hiciese, eso les

ahorraría un suplicio terrible. Es la única cosa que podemos hacer por ellos; lo mejor que podemos hacer por ellos.

Verna evaluó los rostros lúgubres y no vio más que determinación sobre lo que debía hacerse. Se sentó en la silla que el general le ofrecía, extrajo el tapón del tintero, y a continuación tomó una hoja de papel de un pequeño montón que había en una caja a un lado.

Mojó la pluma y contempló fijamente el papel durante un momento, intentando decidir cómo redactar la carta. Intentó imaginar lo que Kahlan escribiría. Citándose le ocurrió, se inclinó sobre la mesa y empezó a escribir.

No creo que seas lo bastante competente para capturar al mago Zorander. Si lo fueses, nos enviarías su cabeza para probarlo. No me molestes más con tus lloriqueos para que te abra los pasos porque eres demasiado inepto para hacerlo tú mismo.

Leyendo por encima del hombro de Venia, Rikka declaró:

—Me gusta.

Venia alzó los ojos hacia los demás.

—¿Cómo debería firmarlo?

—¿Qué haría que Jagang se sintiera más furioso... o preocupado? —preguntó el capitán Zimmer.

Verna se dio golpearos en la barbilla con el extremo posterior de la pluma mientras pensaba. Entonces se le ocurrió. Empezó a escribir:

La Madre Confesora.

14

Richard escrutó el emplazamiento situado a lo lejos, en el amplio valle verde, buscando cualquier señal de tropas. Miró en dirección a Owen.

—¿Eso es Witherton?

Con las manos presionadas contra el fértil suelo del bosque de un cerro bajo, Owen se izó más cerca del borde. Estiró el cuello para ver por encima de la elevación y finalmente asintió antes de retroceder.

Richard había pensado que sería un lugar mayor.

—No veo ningún soldado.

En la sombreada protección que ofrecían los helechos y matorrales bajos. Owen se alzó y se sacudió los húmedos restos de hojas de la camisa y los pantalones.

—Los hombres de la Orden permanecen principalmente dentro de la ciudad. No tienen ningún interés en ayudar a hacer el trabajo. Se comen nuestra comida y apuestan con las cosas que le han cogido a nuestra gente. Cuando hacen eso les interesan pocas otras cosas. —Su rostro se acaloró hasta enrojecer—. Por la noche, acostumbran a reunir a algunas de nuestras mujeres. —Puesto que el motivo era más que evidente, Owen no lo expresó en palabras—. Durante el día a veces salen para comprobar lo que hace nuestra gente que trabaja en los campos, u observar para asegurarse de que regresan al atardecer.

Si los soldados habían acampado en el pasado fuera de los muros de la ciudad, ya no lo hacían. Al parecer, preferían los alojamientos más confortables que había dentro de la población. Habían averiguado que aquellas personas no ofrecerían resistencia; se les podía intimidar y controlar únicamente con palabras, los hombres de la Orden Imperial estaban seguros durmiendo entre ellos.

El muro que rodeaba Witherton le impedía a Richard ver gran parte de la ciudad. Salvo lo que ofrecían los portones abiertos, no se veía gran cosa. El muro estaba construido con postes verticales no mucho más altos que un hombre. Los postes, de un grosor no mayor de un palmo, estaban fuertemente atados entre sí, en la parte superior y en la inferior. El ondulado muro serpenteaba alrededor de la ciudad, inclinado hacia dentro o hacia fuera en algunos lugares. No había baluarte, ni siquiera una zanja delante del muro. Aparte de mantener fuera a los ciervos que pastaban por allí o tal vez a algún oso vagabundo, los muros ciertamente no parecían lo bastante fuertes para resistir un ataque de los soldados de la Orden Imperial.

Los soldados sin duda habían usado las puertas para entrar en la ciudad por motivos que no eran precisamente la fortaleza del muro. Abrir las puertas a los soldados de la Orden Imperial había sido una señal simbólica de sumisión.

En amplias franjas del valle crecían campos de cereales junto a huertos comunales. Ramas de árboles entrelazadas para formar vallas encerraban vacas. Las gallinas deambulaban a sus anchas cerca de los gallineros. Unas cuantas ovejas pastaban en la áspera hierba.

Una ligera brisa transportaba los aromas a tierra fértil, flores silvestres y pastos al bosque donde Richard observaba. Era un gran alivio haber descendido por fin del paso. Había empezado a resultar difícil respirar en el aire enrarecido de las elevadas laderas. También el clima era considerablemente más cálido abajo, fuera del majestuoso puerto de montaña, aunque él seguía sintiendo frío.

Richard comprobó la extensión de valle una última vez, y luego Owen y él marcharon hacia donde aguardaban los demás. Los árboles eran, en su mayoría, arces y robles, junto con grupos de abedules, pero también había bosquecillos de altísimos árboles de hoja perenne. Los pájaros piaban desde el espeso follaje. Una ardilla encaramada en la rama de un pino les parloteó cuando pasaron. La intensa sombra bajo las espesas copas de los árboles se veía

interrumpida sólo ocasionalmente por la moteada luz solar.

Algunos de los hombres, asestando manotazos a insectos, se pusieron en pie precipitadamente cuando Richard apareció en el claro.

Daba la impresión de que la zona despejada en el espeso bosque se había creado al ser alcanzado un enorme arce viejo por un rayo. El arce se partió y cayó en dos direcciones, derribando a otros árboles con él. Kahlan brincó de su asiento en el tronco del caído monarca. *Betty* su cola agitándose como un molinete, saludó a Richard, buscando ansiosamente que le prestara atención, o una golosina. Richard le rascó detrás de las orejas, el tipo de atención que más gustaba a la cabra.

Más hombres salieron a la zona despejada. Un grupito de piceas, ninguna de las cuales llegaba más arriba del pecho, había brotado en la zona soleada creada al morir el viejo arce de un modo tan repentino y violento. Desperdigados entre Kahlan, Cara, Jennsen y Tom estaba el resto de su ejército.

Cuando estaban arriba, en el paso, las palabras de Anson al decir que quería ayudar a librar a su gente de los soldados de la Orden Imperial parecían haber electrizado a los demás, y la balanza se había inclinado finalmente. Una vez que lo hizo, toda una vida de Oscuridad y duda dio paso a un ansia de vivir a la luz de la verdad. Los bandakarianos declararon todos, en un grandioso momento de determinación, que querían unirse a Richard para ser parte del Imperio d'haraniano y combatir a los soldados de la Orden Imperial para obtener la libertad.

Todos habían decidido que los hombres de la Orden eran malvados y merecían la muerte, incluso aunque ellos mismos tuvieran que matarlos.

Cuando Tom echó una ojeada al suelo para contemplar cómo *Betty* reanudaba su comida, Richard advirtió que la frente de éste estaba perlada de sudor. La misma Cara se abanicaba con un puñado de hojas grandes procedentes de un arce, Richard estaba a punto de preguntar cómo podían estar sudando cuando en un día tan fresco cuando comprendió que era el veneno lo que le hacía sentir frío. Con helado temor, recordó que la última vez que había tenido frío, el veneno casi lo había matado.

Anson y otro hombre, John, se quitaron las mochilas. Eran los que planeaban introducirse secretamente mezclados con los trabajadores de los campos que regresaban al pueblo al atardecer. Una vez que se hubiesen introducido en la población, los dos hombres tenían intención de recuperar el antídoto.

—Creo que sería mejor que fuese contigo —dijo Richard a Anson—. John, ¿por qué no aguardas aquí con los demás?

John pareció sorprendido.

—Si lo deseáis, lord Rahl, pero no hay necesidad de que vayáis.

No se suponía que fuese a ser una incursión que fuera a acarrear violencia, únicamente se

trataba de recuperar el antídoto. El ataque a los soldados de la Orden Imperial tendría lugar después de que el antídoto hubiese sido recuperado y hubiesen evaluado la situación.

—John tiene razón —dijo Cara—. Ellos pueden hacerlo.

Richard tenía dificultades para respirar. Tuvo que hacer un esfuerzo para no toser.

—Lo sé. Sólo creo que sería mejor que echase yo mismo un vistazo.

Cara y Kahlan intercambiaron miradas de soslayo.

—Pero si entras ahí con Anson —dijo Jennsen—, no puedes llevar tu espada.

—No voy a empezar una guerra. Sólo quiero echar una buena mirada al lugar.

Kahlan se acercó más.

—Ellos dos pueden explorar la ciudad y darte un informe. Puedes descansar. Ellos sólo estarán fuera unas pocas horas.

—Lo sé, pero no creo que quiera esperar tanto tiempo.

Por el modo en que ella estudió sus ojos, Richard pensó que debía de poder ver el terrible dolor que lo atenazaba. Kahlan no discutió más sobre el asunto, y asintió para mostrar su acuerdo.

Richard se quitó el tahalí y el cinto de la espada, y lo deslizó todo por encima de la cabeza de Kahlan.

—Toma. Te declaro Buscadora de la Verdad.

Ella aceptó la espada y el honor poniendo los brazos en jarras.

—Ahora haz el favor de no empezar nada mientras estáis ahí dentro. Ése no es el plan. Tú y Anson estaréis solos. Aguarda hasta que estemos todos juntos.

—Lo sé. Sólo necesito conseguir el antídoto, y luego regresaremos en un santiamén.

Además de conseguir el antídoto, Richard quería ver las fuerzas enemigas, cómo estaban colocadas y la distribución de la ciudad. Hacer que los hombres dibujaran un mapa en la tierra era una cosa, verlo por sí mismo otra. Aquellos hombres no sabían cómo evaluar las potenciales amenazas.

Uno de los bandakarianos se quitó su fino abrigo, y se lo tendió a Richard.

—Tomad, lord Rahl, poneos esto. Hará que os parezcáis más a uno de nosotros.

Asintiendo para dar las gracias, Richard se puso el abrigo. Había cambiado sus vestiduras de mago guerrero por ropas de viaje, de modo que no pensaba que fuera a desentonar con el aspecto que tenían los hombres de la ciudad de Witherton. El bandakariano era casi de la estatura de Richard, así que el abrigo le sentaba bastante bien. También ocultaba el cuchillo que llevaba al cinto.

Jennsen sacudió la cabeza.

—No sé, Richard. Sencillamente no pareces uno de ellos. Sigues pareciendo lord Rahl.

—¿De qué hablas? —Richard extendió los brazos, bajando la vista para mirarse—. ¿Qué tiene de malo mi aspecto?

—No te mantengas tan derecho —dijo ella.

—Encorva los hombros e inclina la cabeza un poco —indicó Kahlan.

Richard se tomó el consejo de ambas muy en serio. No había pensado en ello, pero los bandakarianos sí que tendían a encorvarse una barbaridad. El no quería destacar. Tenía que fundirse con ellos si no quería provocar las sospechas de los soldados. Se inclinó un poco.

—¿Qué tal?

Jennsen frunció los labios.

—No hay mucha diferencia.

—Pero me estoy inclinando.

—Lord Rahl —dijo Cara en voz queda a la vez que le dirigía una mirada significativa—, ¿recordáis cómo era andar detrás de Denna, cuando ella sujetaba la cadena del collar que llevabais al cuello? Actuad de ese modo.

Richard la miró con un pestañeo. La imagen mental de la época pasada como un cautivo de una mord-sith lo golpeó igual que un manotazo. Apretó los labios, sin decir nada, y le dio la razón con un único movimiento de cabeza. El recuerdo de aquellos días desdichados era lo bastante deprimente como para que no le costase representar su papel.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Anson—. Ahora que el sol empieza a descender tras las montañas, oscurece deprisa. —Vaciló, luego volvió a hablar—: Lord Rahl, los hombres de la Orden no os conocerán; quiero decir que probablemente no se den cuenta de que no sois de nuestra ciudad. Pero nuestra gente no lleva armas, si ven ese cuchillo, sabrán que no sois de nuestra ciudad y darán la alarma.

Richard se abrió el abrigo, mirando el cuchillo.

—Tienes razón.

Soltó el cinturón y miró la funda que sujetaba el cuchillo. Se lo entregó a Cara para que lo pusiera a buen recaudo.

Richard acercó una mano a un lado de la cara de Kahlan a modo de despedida. Ella la agarró entre las suyas y depositó un veloz beso sobre el dorso de sus dedos. Las manos de la mujer parecían tan pequeñas y delicadas sujetando la de él... A menudo él le tomaba el pelo diciendo que no entendía cómo podía conseguir hacer nada con unas manos tan pequeñas. La respuesta que ella le daba era que sus manos eran de tamaño normal y perfectamente adecuadas, y que las de él simplemente eran enormes.

Todos los bandakarianos advirtieron el gesto de afecto de Kahlan. A Richard no le dio apuro que lo hiciesen. Quería que supiesen que otras personas eran igual que ellos en actitudes humanas importantes. Por eso luchaban: por la oportunidad de ser humanos, de amar y valorar a los seres amados, para vivir sus vidas como querían.

La luz se desvaneció rápidamente mientras Richard y Anson se abrían paso por los bosques que discurrían junto a campos de pastos. Richard quería ir a parar al lugar donde el bosque se acercaba más a los hombres que estaban fuera quitando las malas hierbas de los huertos y ocupándose de los animales. Al ser las cercanas montañas situadas al oeste tan altas, el sol desaparecía tras ellas antes de lo que sería normal, dejando el cielo convenido en una extensión de intenso verde azulado y el valle sumido en una curiosa penumbra dorada.

Cuando por fin Anson y él alcanzaron el lugar donde abandonarían el bosque, el sol era todavía un poco excesivo, así que aguardaron un poco hasta que Richard consideró que la luz lóbrega de los campos era lo bastante débil para ocultarlos. La ciudad se bailaba a cierta distancia y, puesto que Richard no consiguió distinguir a ningún hombre fuera de las puertas, razonó que si había soldados observando, entonces ellos tampoco podían serlo.

Mientras recorrían rápidamente el campo de pastos, permaneciendo agachados y fuera de la vista. Anson señaló con el dedo.

—Allí, esos hombres que regresan a la ciudad, deberíamos seguirlos.

Richard le respondió en voz baja:

—De acuerdo, pero no lo olvides, no queremos alcanzarlos o podrían reconocerle y armar un alboroto. Dejemos que permanezcan a una buena distancia por delante de nosotros.

Cuando alcanzaron los muros de la ciudad, Richard vio que las puertas no eran más que dos secciones del muro de estacas. Se habían atado oblicuamente un par de postes no mis grandes que la muñeca de Richard para hacer más rígidas esas dos secciones y convertirlas en puertas. Las sogas que ataban entre sí los postes actuaban de bisagras. Las secciones simplemente se alzaban y giraban a un lado para abrirlas o cerrarlas. No era ni con mocho una fortificación segura.

A la mortecina luz del crepúsculo, los dos guardias que daban vueltas justo en el interior de

la entrada y vigilaban el regreso de los trabajadores en realidad no podían ver gran cosa. Para los guardias, Richard y Anson parecerían dos labriegos más. La Orden comprendía el valor de los trabajadores; necesitaban esclavos para hacer el trabajo y que los soldados pudieran comer.

Richard encorvó los hombros e inclinó la cabeza mientras andaba. Recordó aquella época terrible como prisionero cuando, llevando un collar, andaba detrás de Denna, carente de toda esperanza de volver a ser libre. Pensando en aquel tiempo inhumano, cruzó las puertas arrastrando los pies. Los guardias no le prestaron la menor atención.

Justo cuando ya casi hablan dejado atrás a los guardias, el que estaba más cerca alargó el brazo y agarró a Anson de la manga, haciéndole girar hacia atrás.

—Quiero huevos —dijo el joven soldado—. Dame algunos de los huevos que has recogido.

Anson se quedó inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, sin saber qué hacer. Parecía absurdo que a aquellos dos jóvenes se les permitiera servir a su causa actuando como matones. Richard fue a colocarse junto a Anson y habló rápidamente, recordando cómo inclinar la cabeza de modo que su cuerpo no se alzara amenazador por encima del hombre.

—No tenemos huevos, señor. Estábamos quitando las malas hierbas de los campos de judías. Os traeremos huevos mañana, si queréis.

Richard alzó la mirada justo cuando el guardia le asestaba un revés, derribándolo de espaldas, cuan largo era, contra el suelo. Inmediatamente controló su cólera. Limpiándose la sangre de la boca, decidió permanecer donde estaba.

—Él tiene razón —dijo Anson, atrayendo la atención del guardia—. Estábamos quitando las malas hierbas a las judías. Si lo deseáis, os traeremos huevos mañana... tantos como queráis.

El guardia les soltó un taco y marchó con paso arrogante, llevándose a su compañero con él. Se dirigieron a una construcción cercana, larga y baja con una antorcha atada a un poste en el exterior de una puerta baja. Bajo la oscilante luz de aquella antorcha, Richard no pudo distinguir qué era el lugar, pero parecía ser un edificio enterrado en parte en el suelo, de modo que el alero se hallaba a la altura de los ojos. Una vez que los dos soldados estuvieron a una distancia segura, Anson ofreció una mano a Richard para ayudarlo a incorporarse. Richard no creía que lo hubiesen golpeado tan fuerte, pero la cabeza le daba vueltas.

Cuando se pusieron en marcha, desde el interior de las entradas y al otro lado de las oscuras esquinas se asomaron rostros para observarlos. Cuando Richard miró en su dirección, la gente se apresuró a esconderse otra vez.

—Saben que no eres de aquí —susurró Ancón.

Richard no se fió de que alguna de aquellas personas no fuera a avisar a los guardias.

—Démonos prisa y cojamos lo que vinimos a buscar.

Anson asintió y condujo a toda prisa a Richard por una calle estrecha con lo que no parecían más que chozas apiñadas a ambos lados. La única antorcha que ardía fuera del largo edificio al que habían ido los soldados proporcionaba poca luz calle adelante. La ciudad, al menos lo que Richard podía ver de ella en la oscuridad, era un lugar de aspecto más bien zarrapastroso. De hecho, él la habría llamado aldea. Muchas de las construcciones parecían ser alojamientos para animales, no personas. Únicamente en raras ocasiones salía alguna luz de cualquiera de los achaparrados edificios, y parecía proceder de velas.

Al final de la calle, Richard siguió a Anson a través de una pequeña puerta lateral que daba al interior de un edificio más grande. Las vacas del interior mugieron ante la intrusión, las ovejas se removieron en sus corrales. Unas cuantas cabras en otros corrales balaron. Richard y Anson se detuvieron para dejar que los animales se tranquilizaran antes de atravesar el establo en dirección a una escala de mano situada a un lado. Richard siguió a Anson cuando éste trepó rápidamente a un pequeño pajar.

Al final del pajar, Anson alargó la mano por encima de una viga baja, en el punto donde se unía a la pared.

—Aquí está —dijo mientras hacia una mueca, estirando el brazo arriba al interior del escondite.

Salió con un botellín cuadrado y se lo entregó a Richard.

—Esto es el antídoto. Daos prisa y bebedlo. Luego nos marcharemos de aquí.

La enorme puerta se abrió con un portazo. Incluso a pesar de estar oscuro en el exterior, la antorcha del final de la calle proporcionaba justo la luz suficiente para perfilar la amplia figura de un hombre de pie en la entrada. Por su porte, tenía que ser un soldado.

Richard quitó el tapón del botellín. El antídoto tenía un leve aroma a canela. Se lo bebió rápidamente, sin apenas advenir su sabor dulce y a especias. No apartó ni un momento los ojos del hombre de la entrada.

—¿Quién anda ahí? —rugió el recién llegado.

—Señor —gritó abajo Richard—, sólo estoy cogiendo un poco de heno para los animales.

—¿En la oscuridad? ¿Qué tramas? Baja aquí ahora mismo.

Richard apretó una mano contra el pecho de Anson y lo empujó atrás a la oscuridad.

—Sí, señor. Ya bajo —gritó Richard al soldado mientras descendía a toda prisa por la escala.

Al pie de la escalera, se dio la vuelta y vio al hombre que iba hacia él. Richard introdujo la mano bajo el abrigo que llevaba en busca del cuchillo, y entonces recordó que no tenía su cuchillo. El soldado seguía recortado contra la puerta abierta del establo. Richard estaba en la oscuridad y el hombre probablemente no podía verlo. Se apartó sin hacer ruido de la escalera de mano.

Cuando el soldado pasó cerca de él. Richard fue a colocarse detrás y alargó la mano hacia el costado del hombre, yendo a por el cuchillo envainado tras el hacha que le colgaba del cinto. Richard sacó el cuchillo con delicadeza justo cuando el hombre se detenía y miraba escalera arriba al pajar.

Mientras el miraba arriba, Richard le agarró un puñado de cabellos con una mano y pasó la otra por delante, rebanándole la garganta antes de que este adviniera lo que sucedía. Richard sujetó al hombre mientras el soldado forcejeaba, un húmedo borboteo era el único sonido que surgía de él. El hombre alargó el brazo hacia atrás, intentando agarrar a Richard por un instante antes de que sus movimientos perdieran fuerza y se quedara inerte.

—Anson —susurró Richard escalera arriba mientras dejaba que el soldado resbalara al suelo—, vamos. Marchémonos.

Anson descendió a toda prisa por la escalera de mano. Se detuvo cuando llegó abajo y, al girar, vio la forma oscura del hombre muerto despatarrada en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

Richard alzó los ojos mientras seguía desabrochando el cinto con las almas del soldado.

—Lo he matado.

—Ah.

Richard entregó el cuchillo, dentro de su funda, a Anson.

—Aquí tienes. Ahora posees un arma de verdad... un cuchillo largo.

Richard hizo rodar a un lado el cuerpo del soldado muerto para acabar de extraer el cinturón de debajo del hombre. Mientras lo soltaba de un tirón, oyó un ruido y se volvió justo a tiempo de ver a otro soldado que corría hacia ellos.

Anson hundió el largo cuchillo hasta la empuñadura en el pecho del hombre. El soldado se tambaleó hacia atrás. Richard se incorporó de un salto, llevando el cinto de las armas con él. El soldado dio boqueadas mientras aferraba el mango del cuchillo. Cayó pesadamente de rodillas, arañando el aire sobre su cabeza con una mano mientras se balanceaba. Con un último jadeo, cayó de lado.

Anson se quedó contemplando fijamente al hombre caído, hecho un ovillo, al cuchillo que le sobresalía del pecho. Se inclinó, entonces, y extrajo su nuevo cuchillo.

—¿Te encuentras bien? —susurró Richard cuando Anson se irguió.

Anson asintió.

—Reconozco a este hombre. Lo llamábamos la Comadreja. Merecía morir.

Richard dio una suave palmadita a su compañero detrás del hombro.

—Lo has hecho muy bien. Ahora, salgamos de aquí.

Mientras volvían a recorrer la calle en sentido contrario, Richard pidió a Anson que aguardara mientras él comprobaba callejones y zonas entre edificios bajos, buscando soldados. Cuando era guía, Richard a menudo había explorado de noche. En la oscuridad se hallaba en su elemento.

La ciudad era mucho más pequeña de lo que había esperado. También estaba mucho menos organizada de lo que pensaba. Las calles que recorrían la arbitraria ciudad, si es que se les podía llamar calles, eran en la mayoría de los casos poco más que senderos entre grupos de edificios pequeños de una sola estancia. Sólo había una calzada que cruzaba la ciudad, que conducía de vuelta al establo donde habían recuperado el antídoto y tropezado con los dos soldados, que fuese lo bastante ancha para dejar pasar un carro. Su búsqueda no reveló patrullas de soldados.

—¿Sabes si todos los hombres de la Orden se alojan juntos? —preguntó Richard cuando regresó junto a Anson, que aguardaba en las sombras.

—Por la noche duermen donde dormíamos nosotros, junto al lugar por donde entramos.

—¿Te refieres a aquel edificio bajo donde entraron los primeros dos soldados?

—Así es. Ahí es donde la mayoría de las personas acostumbraba a reunirse por la noche, pero ahora los hombres de la Orden lo usan para ellos.

Richard miró al hombre con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres decir que todos vosotros dormíais juntos?

Anson sonó levemente sorprendido por la pregunta.

—Sí, permanecíamos juntos siempre que era posible. Muchas personas tenían una casa donde podían trabajar, comer y guardar pertenencias, pero raras veces dormían en ellas. Por lo general dormíamos todos en las casas dormitorio, donde nos reuníamos para charlar sobre las cosas del día. Todas las personas querían estar juntas. En ocasiones la gente dormía en otro lugar, pero la mayoría de las veces dormíamos allí juntos, de modo que todos nos pudiésemos sentir a salvo.

—¿Y todos simplemente... se acostaban juntos?

Anson desvió la mirada.

—Las parejas a menudo dormían aparte de los demás, bajo una única manta, pero seguían estando junto a nuestra gente. En la oscuridad, no obstante, nadie podía verlos... allí juntos, bajo una manta.

A Richard le costó imaginar tal modo de vida.

—¿toda la ciudad cabía en ese edificio dormitorio? ¿Había espacio suficiente?

—No, éramos demasiados para dormir todos en una casa dormitorio.

Hay dos. —Anson señaló con el dedo—. Hay otra en el extremo opuesto de la que viste.

—Vayamos a echar un vistazo.

Avanzaron deprisa de vuelta hacia las puertas de la ciudad, por así llamarlas, y en dirección a las casas dormitorio. La oscura calle estaba vacía. Richard no vio a nadie en los senderos entre edificios. Aquellas personas que quedaban en la población al parecerse habían ido a dormir o temían salir a la oscuridad.

Una puerta en una de las casas pequeñas se abrió un resquicio, como si alguien atisbara fuera. La puerta se abrió más y una figura delgada corrió como una exhalación hacia ellos.

—¡Anson! —dijo una voz en un susurro.

Era un muchacho, apenas un adolescente. Cayó de rodillas y aferró el brazo de Anson, besándole la mano lleno de alegría al verle.

—¡Anson, me alegro tanto de que estés en casa! Te hemos echado tanto en falta. Temíamos por ti..., temíamos que te hubiesen asesinado.

Anson agarró al muchacho por la camisa y tiró de él para ponerle en pie.

—Bernie, estoy bien y me alegro de verte bien, pero debes volver a entrar. Los soldados te verán. Si te pillan fuera...

—Por favor, Anson, ven a dormir a nuestra casa. Estamos tan solos y asustados...

—¿Quiénes sois?

—Sólo yo y mi abuelo, ahora. Por favor entra y quédate con nosotros.

—No puedo. Tal vez, en otra ocasión.

El muchacho alzó los ojos hacia Richard, entonces, y al ver que no lo reconocía se encogió asustado.

—Éste es un amigo mío, Bernie... de otra ciudad. —Anson se acuclilló junto al muchacho—. Por favor, Bernie, regresaré, pero debes regresar dentro y quedarte ahí esta noche. No salgas. Tememos que pudiera haber problemas. Quédate dentro. Cuenta a tu abuelo lo que te he dicho, ¿lo harás?

Bernie accedió por fin y corrió de vuelta al interior de la oscura entrada. Richard estaba ansioso por abandonar la ciudad antes de que nadie más saliera a presentar sus respetos. Si Anson y él no tenían cuidado, acabarían por llamar la atención de los soldados.

Avanzaron deprisa el resto del camino, valiéndose de los edificios para no ser vistos. Apretándose contra el costado de uno en el inicio de la calle, Richard atisbó por la esquina para observar la achaparrada casa dormitorio de adobe y cañas. La puerta estaba abierta, dejando que una luz tenue se derramara fuera.

—¿Ahí dentro? —susurró Richard—. ¿Todos dormíais ahí dentro?

—Sí, ésa es una de las casas dormitorio, y al otro lado está la otra.

Richard meditó un instante.

—¿Sobre qué dormíais?

—Heno. Por lo general colocábamos mantas encima. Cambiábamos el heno a menudo para mantenerlo fresco, pero estos hombres no se molestan en hacerlo. Duermen como animales sobre heno polvoriento.

Richard miró al exterior a través de los portones abiertos, en dirección a los campos. Miró atrás, a la casa dormitorio.

—¿Y ahora los soldados duermen todos ahí dentro?

—Sí. Nos quitaron la casa dormitorio. Dijeron que sería su cuartel. Ahora nuestra gente... los que siguen vivos... deben dormir donde puedan.

Richard hizo que Anson se quedara allí quieto mientras él se escabullía entre las sombras, fuera de la luz de la antorcha, para inspeccionar la zona situada más allá del primer edificio. La segunda construcción larga también tenía soldados dentro que reían y charlaban. Había más hombres de los se necesitaban para custodiar un lugar tan pequeño, pero Witherton era la puerta de acceso a Bandakar... y la puerta de salida.

—Vamos —dijo Richard cuando regresó junto a Anson—, regresemos con los demás. Tengo una idea.

Mientras se encaminaban a las puertas, Richard alzó los ojos, como hacía a menudo, para

comprobar el cielo estrellado en busca de alguna señal de criaturas de puntas negras. Vio en su lugar que los postes situados a cada lado de las puertas sostenían sendos colgados de los tobillos. Cuando Anson los vio, se detuvo, paralizado por el horror de aquella visión.

Richard le posó una mano sobre el hombro y se inclinó hacia él.

—¿Te encuentras bien?

Anson negó con la cabeza.

—No, pero estaré mejor cuando los hombres que vienen a nosotros y hacen tales cosas estén muertos.

15

Richard no sabía si el antídoto debía hacerle sentir mejor pero, sí así era, no había hecho su efecto aún. Mientras atravesaban sigilosamente los campos negros como la boca del lobo, el pecho le dolía con cada bocanada de aire que tomaba. Se detuvo y cerró los ojos brevemente para superar la jaqueca que le producía el don. Nada deseaba más que tumbarse, pero no había tiempo para eso. Todo el mundo volvió a ponerse en marcha cuando él lo hizo, avanzando silenciosamente por los campos situados fuera de Witherton.

Al menos, le producía una sensación agradable haber recuperado la espada. Incluso aunque lo asustara la idea de tener que desenvainarla, por miedo a descubrir que la magia del arma ya no estaba allí. Una vez que recuperaran las otras dos botellas de antídoto y se hubiese librado del veneno, entonces tal vez conseguirían regresar junto a Nicci para que ella pudiese ayudado a ocuparse de su don.

Intentó no preocuparse por si una hechicera podía ayudar a un mago una vez que el don de éste se había descontrolado, como había sucedido con el suyo. Nicci tenía una vasta experiencia. En cuanto llegara junto a ella, podría ayudarlo. Incluso aunque ella no pudiese, se sentía seguro de que al menos sabría, qué tenía que hacer el para obtener la ayuda que necesitaba. Al fin y al cabo, en el pasado fue una Hermana de la Luz; la finalidad de las Hermanas de la Luz había sido ayudar a aquellos que tenían el don a controlarlo.

—Creo que veo el muro exterior —dijo Kahlan en voz queda.

—Sí, ése es el lugar. —Richard señaló con un dedo—. Ahí está la puerta. ¿la ves?

—Eso creo —respondió ella con un susurro.

Era una noche oscura, sin luna. En tanto que los demás tuvieron dificultades para ver gran cosa mientras se abrían paso a través de la oscuridad, a Richard le complacía que la noche fuese así. La luz de las estrellas le bastaba para ver, pero no creía que fuese suficiente para proporcionar a los soldados la menor ayuda para que los vieran.

A medida que se arrastraban más cerca, la casa dormitorio quedó visible a través de las puertas abiertas. La antorcha todavía ardía frente a la puerta del edificio donde dormían los soldados. Richard hizo señas a todo el mundo para que se reunieran a su alrededor. Todas se agacharon mucho. Agarró el hombro de la camisa de Anson y tiró para acercarlo más a él, luego hizo lo mismo con Owen.

Ambos empuñaban ahora hachas de guerra. Anson también llevaba el cuchillo que se había ganado. El resto de los hombres llevaba las armas que habían ayudado a terminar de fabricar.

Cuando Richard y Anson habían regresado al claro del bosque, Anson había contado a sus amigos todo lo sucedido. Cuando dijo que había matado al hombre apodado la Comadreja, Richard contuvo el aliento, sin saber exactamente cómo reaccionarían los demás al escuchar que uno de los suyos había matado a un hombre. Hubo un breve momento de atónito silencio, y luego un júbilo espontáneo ante la hazaña.

Todos los bandakarianos quisieran estrechar la mano de Anson para felicitarlo, para decirle lo orgullosos que estaban. En aquel momento, cualquier duda que Richard albergara aún se desvaneció. Permitió que lo celebraran brevemente mientras él aguantaba a que la noche fuera más oscura.

Aquella noche Witherton obtuvo su libertad.

Richard paseó la mirada por todas las oscuras figuras.

—Muy bien, ahora, recordad todas las cosas que os hemos dicho. Debéis permanecer en silencio y sostener las puertas mientras Anson y Owen cortan la soga por donde hace de bisagra. Tened cuidado de no dejar caer las puertas una vez que las cuerdas estén cortadas.

Bajo la débil luz de las estrellas Richard distinguió apenas a los hombres asintiendo. Comprobó el cielo, buscando cualquier señal de las criaturas de puntas negras. No vio ninguna. No habían visto a las criaturas desde hacía mucho tiempo.

Parecía que el truco de ir por los bosques justo antes de que cambiaran su esperada ruta y haber permanecido ocultos había funcionado. Era posible que hubiesen conseguido escabullirse de la vigilancia de Nicholas el Transponedor.

Richard apretó la mano de Kahlan y luego marchó en dirección a la abertura en el muro de la ciudad. Cara se agazapó pegada a su otro lado.

Tom cerraba la marcha, junto con Jennsen, para asegurarse de que no aparecían sorpresas por la retaguardia.

Habían dejado a *Betty* no tan sólo atada, sino confinada en un improvisado corral para que no fuera tras ellos y los delatara en el momento menos oportuno. El animal se había mostrado inusitadamente consternado al ver que lo dejaban atrás, pero con vidas en juego no podían arriesgarse a que la cabra de Jennsen causara problemas. Ya se sentiría más que

feliz cuando regresaran.

Una vez que alcanzaron los campos cercanos a las puertas de la ciudad. Richard hizo una seña a todo el mundo para que se tumbara sobre el suelo y permaneciera donde estaba. Junto con Tom, Richard se acercó a las puertas, manteniéndose a cubierto, a la sombra de la pared. Había un soldado, paseando lentamente en su solitaria guardia nocturna. No estaba siendo muy cuidadoso, o no estaría llevando a cabo tal guardia a la luz de la antorcha.

Cuando el soldado giró para alejarse de ellos, Tom se deslizó detrás del hombre y lo silenció con rapidez. Mientras Tom arrastraba el cadáver a través de las puertas para ocultarlo en la oscuridad del exterior del muro. Richard cruzó las puertas, permaneciendo en las sombras y lejos de la antorcha que ardía fuera de la casa dormitorio, la puerta de la construcción permanecía abierta, pero de su interior no salía ninguna luz ni ningún sonido. Tan entrada la noche, los soldados tenían que estar dormidos.

Dejó atrás el primer edificio para pasar al segundo, y allí tropezó con el segundo guardia. Rápidamente, sin hacer ruido, Richard agarró al hombre y lo degolló, sujetándolo con fuerza mientras forcejeaba. Cuando finalmente se quedó inerte, Richard lo depositó en la oscuridad, al pie de la segunda casa dormitorio, tras una esquina a la que no llegaba la luz de la antorcha.

A lo lejos, los bandakairanos ya habían salido corriendo hacia las puertas, sosteniéndolas en pie mientras Anson y Owen se ocupaban con rapidez de cortar las cuerdas que actuaban como bisagras. En unos instantes, ambas secciones de la puerta quedaron libres. Richard oyó los quedos gruñidos esforzados mientras los dos equipos movían a pulso las pesadas puertas.

Jennsen entregó a Richard el arco, la cuerda colocada ya, y luego le entregó una de las flechas especiales, manteniendo el resto listas para él. Kahlan se deslizó sigilosamente hasta la antorcha del poste situado en el exterior del primer edificio y encendió varias antorchas pequeñas, entregando cada una a los hombres. Se guardó una para ella.

Richard encajó la flecha y luego miró a su alrededor, a los rostros que parecían flotar ante él en la vacilante luz de las antorchas. En respuesta a la pregunta no formulada, todos asintieron. Comprobó cómo les iba a los hombres que mantenían en equilibrio las puertas y vio que asentían. Con el arco en una mano, y el puño sujetando la flecha, Richard hizo señales a sus hombres, para que se pusieran en movimiento.

Lo que había sido una aproximación lenta y cuidadosa desde el bosque hasta el interior de la ciudad se transformó de improvisa en una carga a toda velocidad.

Richard sostuvo la punta de la flecha encajada en el arco en la llama de la antorcha que Kahlan sostenía para él. En cuanto ardió, corrió a la puerta abierta de la casa dormitorio, se inclinó al interior de la oscuridad y disparó la flecha.

Mientras recorría toda la longitud del edificio, la llameante flecha iluminó una hilera tras otra de hombres durmiendo sobre el lecho de paja. La flecha aterrizó en el otro extremo,

prendiendo llamas por la paja. Unas pocas cabezas se alzaron ante el confuso espectáculo. Jennsen entregó otra a Richard. Este tensó inmediatamente la cuerda contra la mejilla y la flecha salió disparada hacia la parte central del interior.

Mientras Richard se apartaba del umbral, dos bandakarianos con antorchas que rezumaban llameantes gotas de brea, lanzaron éstas dentro. Las antorchas sisearon al volar por el aire, aterrizando en medio de los soldados dormidos, para rebotar y rodar por la paja, encendiendo una cortina de llamas.

En cuestión de segundos, la primera casa dormitorio estaba en llamas de un extremo al otro. El fuego más importante, de un modo deliberado, era el provocado por las antorchas cargadas de brea, en el extremo del edificio más próximo a la puerta. Del interior surgieron gritos de confusión, ahogados por las gruesas paredes. Los soldados que dormían se incorporaron a toda prisa.

Richard comprobó que los hombres que sujetaban las pesadas puertas iban hacia allí; entonces rodeó la casa dormitorio en dirección al segundo edificio. Jennsen, que lo seguía justo detrás, le entregó una flecha, las llamas que rodeaban la punta envuelta en tela empapada en petróleo emitían un sonido zumbante.

Uno de sus hombres sacó la antorcha del soporte del exterior del edificio donde el guardia eliminado por Richard había estado patrullando. Richard se inclinó al interior de la entrada encontrándose con un hombretón que se abalanzaba sobre él. Richard asestó una patada en pleno pecho al hombre, empujándolo hacia atrás.

Richard tensó la cuerda del arco y disparó la llameante flecha. Al iluminar el interior en su vuelo por el edificio, Richard pudo ver que algunos de los hombres se habían despertado y se levantaban. Al girarse para tomar la segunda flecha llameante de las manos de Jennsen, vio que brotaba humo del primer edificio. En cuanto se acercó la cuerda a la mejilla y soltó la segunda flecha, se inclinó hacia atrás y sus hombres arrojaron las antorchas dentro.

Una antorcha volvió a salir por la puerta. Había rebotado en el pecho de un soldado que corría hacia la entrada para averiguar qué sucedía. La brea de la antorcha prendió en su barba grasienta y el hombre profirió un alarido espelúzname. Richard volvió a lanzarlo dentro de una patada. En un instante, docenas de soldados corrían hacia la puerta, no sólo para escapar del edificio incendiado sino para responder al ataque. Richard vio un centelleo de armas al ser desenvainadas.

Se aparcó de un salto de la entrada mientras los bandakarianos que transportaban la pesada sección de puerta llegaban corriendo. Giraron la puerta de costado y la incrustaron bajo el alero, pero antes de que pudieran bajar el extremo inferior para encajarlo contra el suelo, el peso de los soldados que rugían dentro se estrelló contra el trozo de puerta y lo empujó hacia atrás. Los hombres que lo transportaban retrocedieron. El peso de la puerta los derribó al suelo.

De improvviso, por la puerta empezaron a salir soldados en tropel. Los hombres de Richard estaban preparados y cayeron sobre ellos, hundiendo las armas de madera en los blandos

vientres y partiendo los mangos a medida que un hombre tras otro surgía por la puerta. De pie a un lado de la entrada, otros usaban sus mazas para partir los cráneos de los soldados que salían. Cuando un soldado salió con la espada alzada, el bandakariano situado a un lado le asestó un garrotazo en el brazo en tanto que otro le hundía una estaca de madera bajo las costillas. Cuantos más soldados caían en la entrada, más lentos iban los que querían salir y con más facilidad se les podía eliminar.

Los soldados se quedaban tan atónitos al ver pelear a aquellas personas que en algunos casos se defendían sólo fútilmente. Cuando un soldado brincó por encima de los cuerpos de la entrada y alzó una espada, un hombre le saltó a la espalda y le sujetó el brazo mientras otro lo apuñalaba. Otro, quitando órdenes, se abalanzó sobre Jennsen y acabó con una saeta clavada en el rostro. Unos pocos soldados escaparon del edificio en llamas y consiguieron pasar junto a Richard, pero se dieron de bruces con el agiel de Cara. Sus alaridos, peores que los gritos de los hombres que se quemaban, atraieron brevemente las miradas de todos los componentes de ambos bandos de la batalla.

Cuchillos y espadas caídos fueron recogidos por los hombres de la ciudad y vueltos en contra de los soldados de la Orden Imperial. Richard disparó una flecha al centro del pecho de uno que salía del humo que surgía por la puerta. Mientras éste caía, una segunda flecha derribó al que iba detrás de él. A medida que más soldados se precipitaban fuera, estos caían sobre los cuerpos apilados alrededor de la entrada y eran eliminados a hachazos con las hachas, o apuñalados. Puesto que sólo podían salir de uno en uno, los soldados no podían organizar un ataque coordinado, pero los que aguardaban fuera sí.

Mientras los hombres de Richard rechazaban a aquellos que forcejeaban para salir del edificio en llamas, otros hombres corrieron a ayudar a alzar la puerta de modo que los que estaban debajo pudieran levantarse y hacerse con el control de ésta. Una vez alzada la puerta, los hombres le dieron la vuelta y, con un grito de esfuerzo conjunto, corrieron con ella hacia el edificio. Empujaron la parte superior hacia arriba bajo el alero, primero, pero cuando bajaron el borde inferior, los cuerpos apilados en la entrada les impidieron colocar la parte baja en el suelo de modo que pudieran encajarla para que no se moviese.

Richard gritó órdenes. Algunos de los bandakarianos se acercaron corriendo y agarraron un brazo o una pierna de un muerto y arrastraron el cuerpo a un lado de modo que los demás pudiesen por fin depositar la parte baja de la puerta contra el edificio para cerrar la abertura.

Un hombre del interior se abrió paso justo antes de que tuvieran el portón en su lugar, pero el peso de la puerta lo inmovilizó contra el edificio. Owen se inclinó al frente y con una espada que había recogido le asestó una decisiva estocada en la garganta.

Mientras los del interior aporreaban la puerta que tapaba la entrada y arrojaban su peso contra ella, los del exterior se amontonaron a su alrededor para empujarla hacia abajo y mantenerla en su lugar. Otros se arrodillaron y hundieron estacas en el suelo para bloquear la puerta.

Detrás, cintas de fuego se filtraban por debajo del alero del primer edificio y saltaban al

cielo nocturno. El tejado del edificio se encendió todo él de golpe, sumergiendo toda la casa dormitorio en un mar de chispas y llamas. Los alaridos de los soldados que se quemaban vivos hendieron la noche.

Las oleadas de calor procedentes de la enorme hoguera a medida que el primer edificio era consumido por las llamas empezaron a transportar el fuerte aroma a carne asada. Ello recordó a Richard que, por las muertes que llevaba a cabo, su don exigía el contrapeso de no comer carne. Tras todas las muertes de esa noche, puesto que su don ya se estaba descontrolando, tendría que cenar aún más cuidado para evitar comer cualquier clase de carne.

La cabeza le dolía ya tanto que tenía problemas para enfocar la vista; no podía permitirte hacer nada que desequilibrara más su don. Si no tenía cuidado, el veneno no sería lo primero en matarle.

Un espeso humo negro se alzaba en el exterior desde los bordes de la puerta que tapaba la entrada a la segunda casa dormitorio. Alaridos y súplicas salían del interior. Los hombres de la ciudad retrocedieron, observando, mientras el humo empezaba a ascender ondulante desde debajo del alerón. La batalla parecía haber finalizado tan rápido como había empezado.

Nadie habló mientras permanecían inmóviles bajo el fuerte resplandor de los colosales fuegos, las llamas devoraron el segundo edificio. Con un potente rugido, el fuego lo envolvió por completo.

El calor hizo retroceder a todo el mundo lejos de las dos casas dormitorio. Mientras se apartaban de los edificios en llamas, se encontraron con el resto de los habitantes de la ciudad, todos congregados en las sombras, observando en anonadado silencio.

Uno de los de más edad dio un paso al frente.

—Portavoz Owen, ¿qué es esto? ¿Habéis cometido violencia?

Owen se apartó de los suyos para ir a colocarse delante de las gentes de su ciudad. Alargó un brazo hacia atrás, señalando en dirección a Richard.

—Éste es lord Rahl, del Imperio d'haraniano. Fui en su busca para que nos ayudara a ser libres. Tenemos mucho que contaros, pero por ahora debéis saber que esta noche, por primera vez en muchas estaciones, nuestra ciudad es libre.

»Sí, hemos ayudado a lord Rahl a matar a los hombres malvados que nos han aterrorizado. Hemos vengado las muertes de nuestros seres queridos. Ya no volveremos a ser víctimas. ¡Seremos libres!

De pie en silencio, la gente sólo parecía capaz de mirarlo fijamente. Muchos parecían confundidos. Algunos se mostraban discretamente alborozados, pero la mayoría simplemente parecían aturdidos.

El muchacho, Bernie, se acercó corriendo a Anson, levantando la vista para mirarlo con atención, asombrado.

—Anson, ¿tú y los demás nos habéis liberado? ¿De veras?

—Sí. —Posó una mano sobre el hombro de Bernie—. Nuestra ciudad es ahora libre.

—Gracias. —Una amplia sonrisa apareció en su rostro mientras se volvía hacia los habitantes de la ciudad—. ¡Estamos libres de los asesinos!

Una aclamación repentina y espontánea se elevó en la noche, ahogando el sonido de las chisporroteantes llamas. La gente se apelotonó alrededor de aquellos hombres que no habían visto en meses, tocándolos, abrazándolos, haciéndoles preguntas.

Richard tomó la mano de Kahlan mientras retrocedía, para reunirse con Cara, Jennsen y Tom. Aquellas personas que estaban tan en contra de la violencia, que vivían evitando la verdad de lo que provocaban sus creencias, disfrutaban en aquellos momentos de la llorosa dicha de lo que realmente significaba verse libre del terror y la violencia.

La gente poco a poco abandonó a sus camaradas para acercarse y mirar a Richard y a aquellos que estaban a su lado. Kahlan y él sonrieron ante la evidente dicha de aquellas gentes. Éstas se congregaron ante él, sonriendo, mirando con asombro, como si Richard y los que lo acompañaban fueran criaturas extrañas.

Bernie se había asido al brazo de Anson. Otros tenían al resto de los hombres firmemente abrazados. Uno a uno, no obstante, los hombres empezaron a desasirse de modo que pudieran colocarse detrás de Richard y Kahlan.

—Nos sentimos tan felices de que estéis en casa, ahora —decían aquellas personas a los hombres—. Os tenemos de vuelta, por fin.

—Ahora volvemos a estar todos juntos —dijo Bernie.

—No nos podemos quedar —le contestó Anson.

Todo el mundo se quedó en silencio.

Bernie, como muchos de los otros, pareció desconsolado.

—¿Qué?

El zumbido de cuchicheos preocupados se esparció por la multitud. Todo el mundo se sentía conmovido por la noticia de que no iban a quedarse.

Owen alzó una mano para que lo escucharan, Cuando callaron, explicó:

—El pueblo de Bandakar sigue estando bajo el cruel poder de los hombres de la Orden. Del mismo modo en que vosotros habéis quedado libres esta noche, también debe el resto del pueblo de Bandakar quedar libre.

»Lord Rahl y su esposa, la Madre Confesora, así como su amiga y protectora Cara, su hermana Jennsen y Tom, otro amigo y protector, han accedido, todos ellos, a ayudarnos. No pueden hacerlo solos. Debemos ser parte de ello, puesto que ésta es nuestra tierra, pero lo que es más importante, nuestra gente, nuestros seres queridos.

—Owen, no debes cometer violencia —dijo un hombre de más edad.

A la vista de la repentina libertad que habían obtenido, no fue una declaración categórica. Pareció ser una objeción más por obligación que por otro motivo.

—Has iniciado un ciclo de violencia. Eso está mal.

—Hablaemos con vosotros antes de partir, para que podáis llegar a comprender, como lo hemos hecho nosotros, porque debemos hacer esto para ser verdaderamente libres de la violencia y la brutalidad. Lord Rahl nos ha mostrado que un ciclo de violencia no es el resultado de devolver golpe por golpe para defender la propia vida, sino el resultado de rehuir hacer lo que es necesario para aplastar a aquellos que querrían matarte. Si uno hace lo que debe como es su deber para consigo mismo y sus seres queridos, entonces uno erradicará al enemigo tan completamente que éste ya no podrá hacerle ningún daño. Entonces, no existe un ciclo de violencia, sino un final de la violencia. Entonces, y sólo entonces, arraigarán la paz y la libertad auténticas.

—Tales acciones nunca pueden conseguir otra cosa que iniciar violencia —objetó un anciano.

—Mira a tu alrededor —dijo Anson—. La violencia no ha empezado esta noche, sino que ha terminado. La violencia ha sido aplastada, como debería ser, aplastando a los hombres malvados que la descargaron sobre nosotros.

La gente hizo asentimientos de cabeza, el embriagador alivio de verse liberados de las garras del terror de la Orden Imperial vencía sus objeciones. El júbilo había ocupado el lugar del miedo. La realidad de recobrar sus vidas les había abierto los ojos.

—Pero debéis comprender, como nosotros hemos llegado a comprender —indicó Owen—, que nada puede volver a ser jamás tal y como era. Aquellas costumbres son cosa del pasado.

Richard advirtió que los bandakarianos ya no se encorvaban asustados. Se erguían con las cabezas bien altas.

—Nosotros hemos elegido vivir —explicó Owen a su gente—. Al hacerlo, hemos encontrado la auténtica libertad.

—Creo que todos lo hemos hecho —dijo el anciano que había hablado antes.

16

Zedd frunció el entrecejo por el esfuerzo de concentrarse para ver qué había depositado la hermana Tahirah sobre la mesa ante él. Alzó los ojos hacia la mujer, para ver que su mueca de desagrado se crispaba alrededor de su nariz ganchuda.

—¿Bien?-inquirió ella.

Zedd bajó la vista, mirando con ojos entrecerrados el objeto que tenía delante. Parecía una pelota recubierta de cuero pintada con descoloridas líneas azules y rosas que zigzagueaban a su alrededor.

¿Qué había en ella que resultaba tan familiar, pero a la vez tan distante?

Parpadeó, intentando enfocar mejor los ojos. El cuello le dolía una barbaridad. Un padre, al oír a su pequeño en la tienda contigua chillando por el atroz suplicio, había agarrado a Zedd por los cabellos y lo habla atrancado lejos de los otros padres que, tirando de él y manoseándolo, efectuaban sus propias desesperadas peticiones. Debido a los músculos desgarrados del cuello, le resultaba doloroso mantener la cabeza erguida. Comparado con la tortura que había oído, no obstante, aquello no era nada.

El sombrío interior de la tienda, iluminada por varios faroles que colgaban de postes, parecía como si estuviese despegado del suelo y se arremolinara a su alrededor. El inmundos lugar apeataba. El calor y la humedad no hacían más que empeorar el olor y la sensación de rotación. Zedd se sentía como si fuese a desmayarse.

Hacía tanto tiempo que no había dormido que ni siquiera podía recordar la última vez que realmente se había acostado. El único reposo que conseguía era cuando se quedaba dormido en la silla mientras la hermana Tahirah se ocupaba de que descargasen otro objeto de los carros, cuando ella se iba a dormir y la siguiente Hermana aún no habla llegado para ocuparse del turno siguiente en la laboriosa catalogación de los artículos traídos del Alcázar. Las cabezaditas que conseguía raras veces duraban más de unos minutos. Los guardias tenían órdenes de no permitirles ni a él ni a Adie tumbarse a dormir.

Al menos los chillidos de los niños habían terminado. Al menos, mientras el cooperase, aquellos gritos de dolor habían cesado. Al menos, mientras él cooperaba, los padres tenían esperanza.

Un violento estallido de dolor le martilleó de improviso un lado de la cabeza, derribándolo hacia atrás. La silla se vino abajo, arrojándolo al suelo. Con los brazos atados a la espalda, no pudo hacer nada para frenar la caída y recibió un buen golpe. Los oídos le zumbaron, no sólo por la caída, sino con la secuela del golpe que la Hermana le había atestado a través del collar que llevaba al cuello.

Odiaba aquel perverso instrumento de control. A las Hermanas no les causaba ningún reparo ejercer aquel control. Debido a que el collar le aislaba de su propio don, no podía utilizar sus habilidades para defenderse. En su lugar, ellas usaban el poder de Zedd contra él.

No era necesaria demasiada provocación, por no decir ninguna, para poner furiosa a una de las Hermanas. Muchas de aquellas mujeres habían sido en el pasado gente amable que consagraba sus días a ayudar a los demás. Jagang las había esclavizado a una causa distinta. Ahora ellas hacían lo que ordenaba. Aunque podrían haber sido amables en el pasado, en aquellos momentos, Zedd lo sabía, intentaban mantenerse un paso por delante de los castigos disciplinarios que Jagang les imponía. Tales castigos podían ser atroces. Se esperaba de las Hermanas que obtuviesen resultados, Jagang no aceptaría la excusa de que Zedd se montaba obstinado.

Zedd vio que también Adie había caído al suelo. Cualquier castigo que él recibía, ella también lo padecía. Sufría más por ella que por sí mismo.

Unos soldados se adelantaron para colocar bien la silla y volver a sentar a Zedd en ella. Con los brazos atados a la espalda, él no podía levantarse por sí mismo. Lo sentaron con suficiente violencia como para arrancar un gruñido a sus pulmones.

—¿Bien? —inquirió la hermana Tahirah—. ¿Qué es?

Zedd volvió a inclinarse al frente, clavando la vista en el objeto redondo que descansaba en el centro de la mesa. Las tenues líneas azules y rosas que zigzagueaban a su alrededor despertaban profundos sentimientos. Pensó que debería conocer aquella cosa.

—Es... es...

—¡Es qué!

La hermana Tahirah estrelló el libro contra el borde de la mesa, provocando que el pequeño objeto brincara y rodara unos centímetros antes de irse a detener más cerca de Zedd. La mujer introdujo el libro bajo un brazo mientras se apoyaba con el otro sobre la mesa. Se inclinó al frente hacia él.

—¿Qué es? ¿Qué hace?

—No... no lo recuerdo.

—¿Te gustaría que hiciese entrar a algunos niños —dijo la Hermana con el suave y dulce tono de una amenaza implacable— y que le mostrara sus caritas antes de que los lleven a la tienda de al lado para ser torturados?

—Estoy muy cansado —replicó él—. Intento recordar, pero estoy muy cansado.

—A lo mejor mientras los niños chillan le gustaría explicar a sus padres que estás cansado

y que no logras recordar.

Niños. Padres.

Zedd recordó de improviso qué era el objeto. Afloraron recuerdos dolorosos y sintió que una lagrima le corría por la mejilla.

—Queridos espíritus —musitó—. ¿Dónde encontraste esto?

—¿Qué es?

—¿Dónde lo encontraste? —repitió Zedd.

Con un resoplido de impaciencia, la Hermana se irguió. Abrió el libro y con gran alarde, empezó a pasar páginas en actitud indignada, finalmente, se detuvo y dio golpecitos con un dedo en el libro abierto.

—Aquí dice que se encontró escondido en una cavidad al descubierto en la parte posterior de una cómoda negra de seis cajones. Había un tapiz de tres caballos blancos haciendo cabriolas colgado sobre la cómoda.

Bajó el libro.

—Bien, ¿qué es?

Zedd tragó saliva.

—Una pelota.

La Hermana le dirigió una mirada feroz.

—Ya sé que es una pelota, viejo estúpido. ¿Para qué sirve? ¿Qué hace? ¿Cuál es su propósito?

Con la mirada fija en la pelota que no era mayor que su puño, Zedd recordó.

—Es una pelota para que jueguen niños con ella. Su propósito es proporcionarles placer.

Recordaba aquella pelota, de vivos colores por entonces, brincando con frecuencia por los pasillos del Alcázar del Hechicero, con su hija riendo y persiguiéndola. Se la había regalado por haberle ido bien en sus estudios. En ocasiones ella la hacía rodar por los pasillos, instándola a moverse con una vara, como si llevara de paseo a una mascota. Su distracción favorita era hacerla rebotar contra el suelo de modo que al saltar pegara contra una pared, tras lo cual rebotaba hasta otra pared. De ese modo hacía que doblase una esquina. Observaba entonces por cuál de los pasillos marchaba, a la izquierda o a la derecha, y salía en su persecución.

Un día la niña se presentó ante él llorando y él le pidió que le contara sus problemas. Ella se encaramó a su regazo y le contó que su pelota hábil ido a alguna parte y que se había perdido. Quería que él la encontrara. Zedd le dijo que si buscaba, probablemente la encontraría. La niña se pasó días deambulando con desánimo por los pasillos del Alcázar, buscándola. No consiguió hallarla.

Finalmente, una mañana, al amanecer, Zedd recorrió el largo camino que descendía hasta la ciudad de Aydindril, para ir al mercado de la calle Stentor. Era allí donde había tropezado la primera vez con un puesto en el que vendían tales juguetes y encontrado la pelota con las líneas en zig zag. Allí le compró otra; una con estrellas rosas y verdes. Eligió deliberadamente una pelota diferente a la que ella había perdido porque no quería que pensara que los deseos podían cumplirse milagrosamente, aunque sí quería que supiese que existían soluciones que podían resolver problemas.

Recordó a su hija abrazándole las piernas, dándole las gracias por la pelota nueva, diciéndole que era el mejor padre de todo el mundo y que tendría muchísimo más cuidado con la nueva pelota y que jamás la perdería. Él había sonreído mientras contemplaba como se llevaba la manila al corazón y recitaba un juramento de niña pequeña que se acaba de inventar allí mismo.

La niña guardó como un tesoro la pelota con las estrellas rosas y verdes. Puesto que era pequeña, fue una de las pocas cosas que había podido llevarse con ella, de mayor, cuando Zedd y ella huyeron a la Tierra Occidental, después de que Rahl el Oscuro la hubiese violado.

Cuando Richard había sido pequeño, había jugado con aquella pelota. Zedd recordaba la sonrisa del rostro de su hija mientras contemplaba a su propio hijo jugar con aquella valiosísima pelota. Zedd podía ver en sus hermosos ojos los recuerdos de su propia infancia mientras observaba jugar a Richard. Había conservado aquella pelota toda su vida, la conservó hasta su muerte.

La pelota que tenía delante era la misma pelota que su hija había perdido. Debió de haber rebotado detrás de la cómoda, donde había permanecido todos aquellos largos años.

Zedd se inclinó hacia delante, apoyando la frente en la polvorienta pelota rodeada de descoloridas líneas azules y rosas en zig zag, la pelota que los deditos de su hija habían sostenido en una ocasión, y lloró.

La hermana Tahirah agarró un puñado de sus cabellos y tiró de él hacia arriba.

—No creo que me estés diciendo la verdad. Es un objeto mágico. Quiero saber qué es y qué hace. —Sosteniéndole la cabeza hacia atrás, lo miró enfurecida a los ojos—. Sabes que no vacilaré en hacer lo que sea necesario para hacer que cooperes. Su Excelencia no acepta excusas para el fracaso.

Zedd alzó los ojos para mirarla fijamente, pestañeando para eliminar las lágrimas.

—Es una pelota, un juguete. Eso es todo lo que es.

Con una mueca de desprecio, ella lo soltó.

—El gran y poderoso mago Zorander. —Sacudió la cabeza—. Pensar que en un tiempo te temimos. Eres un viejo patético, al que el mero llanto de un niño lo deja sin coraje.

—Suspiró—. Debo decir que tu reputación excede con mucho la realidad de tu temple.

La Hermana recogió la pelota, dándole vueltas en los dedos mientras la inspeccionaba. Resoplo asqueada y la atrojó a un lado, como si careciese de valor. Zedd contempló cómo la pelota rebotaba y rodaba por el suelo. yendo a detenerse en un lado de la tienda, contra el banco en el que se sentaba Adie. Alzó la mirada hacia los ojos completamente blancos de la mujer y vio que lo observaba. Zedd desvió el rostro, aguardando mientras la Hermana hacía anotaciones en su libro.

—De acuerdo dijo ésta por fin—, vayamos a echar una mirada a lo que han descargado en la tienda contigua.

Los soldados lo alzaron de la silla antes de que él tuviera una oportunidad de intentar hacerlo por sí mismo. Le dolían los hombros debido a que tenía las muñecas atadas a la espalda y a que lo levantaron por los brazos. También a Adie la pusieron en pie. El libro se cerró con un chasquido. Los ásperos cabellos canosos de la hermana Tahirah giraron violentamente cuando se dio la vuelta y los condujo fuera de la tienda.

Como las Hermanas sabían lo peligrosos que podían ser los objetos mágicos procedentes del Alcázar del Hechicero, en especial si se permitía accidentalmente que la combinación incorrecta de magia se mezclase con ellos o los tocara, éstas mostraban mucha cautela, sacando los objetos de uno en uno de cada cajón de embalaje. Zedd sabía que había cosas en el Alcázar que, por sí mismas, no eran peligrosas, pero que se convertían en peligrosas en presencia de otras que, por sí mismas, tampoco eran peligrosas. En ocasiones era únicamente la combinación de objetos específicos lo que creaba el resultado deseado.

Las Hermanas tenían amplia experiencia en las cosas mágicas más esotéricas y por lo tanto al menos entendían los principios involucrados. Trataban el cargamento con el cuidado debido a tales mercancías. Una vez que se sacaba cada objeto de la caja, lo colocaban, aislado, en una tienda donde aguardaría a ser examinado. Conducían a Zedd y a Adie de tienda en tienda, de modo que Zedd pudiera identificar cada tesoro, decirles qué era, explicar cómo funcionaba.

Llevaban días luciéndolo; cuántos, Zedd no lo recordaba. A pesar de todos sus esfuerzos, los interminables días y noches habían empezado a mezclarse en su mente.

Zedd hacía todo lo posible para dar largas al asunto, pero sólo lo conseguía hasta cierto punto. Aquellas mujeres conocían la magia. No se las podía engañar fácilmente con cualquier explicación inventada. Habían dejado muy claras las consecuencias de cualquier engaño.

Y Zedd no sabía cuánto sabían ellas. En ocasiones fingían ignorancia sobre algo que en realidad comprendían muy bien, sólo para ver si les decía la verdad.

Por suerte, hasta el momento, no habían sacado a la luz nada que fuese desmesuradamente peligroso. La mayoría de las piezas eran objetos de aspecto sencillo, pues en realidad se usaban para propósitos muy limitados: una pértiga que podía calcular a distancia la profundidad del agua en un pozo, un adorno de hierro en forma de un abanico de hojas que impedía que las palabras se oyesen más allá de la puerta abierta en la que se colocaba, un espejo enorme que mostraba cuando una persona entraba en otra habitación. Aunque posiblemente útiles para el emperador Jagang, tales piezas no iban a ayudarlo a conquistar y gobernar el mundo.

Aquellas cosas peligrosas que las Hermanas habían sacado de cajas y le habían mostrado no eran en realidad nada que una Hermana no pudiera fabricar fácilmente con un hechizo. El objeto más peligroso había sido un hechizo construido contenido en el interior de un ornamentado jarrón que, en determinadas condiciones, tales como cuando se llenaba de agua, producía una llamarada. Zedd no traicionaba a su causa ni ponía vida inocentes en peligro al revelar cómo funcionaba el hechizo; cualquier Hermana digna de ese nombre podía reproducir el mismo efecto. El propósito del hechizo era protector; de haber tocado otros objetos robados, éste habría empezado a arder y destruido aquellos objetos, evitando que cayeran en manos codiciosas.

Ninguna de las cosas descubiertas hasta el momento iba a serle de auténtica utilidad a Jagang. No obstante, habla cosas en el Alcázar que podían hacerle daño. Había hechizos allí, como el hechizo del jarrón, que reconocían la naturaleza de la persona que invocaba su magia. Si las abría la persona indicada, como Zedd, aquellas cosas no harían nada pero, abiertas por un ladrón, provocarían un desastre.

El Alcázar tenía miles de habitaciones. Su saqueo había proporcionado a la Orden Imperial una caravana de carros de carga, pero incluso esa cantidad apenas había arañado la superficie de lo que contenía el Alcázar.

Hasta el momento, Zedd no había visto nada de verdadero valor.

No sabía si viviría para verlo. El viaje tras la captura había sido brutal, y todavía no se había recuperado de las heridas recibidas tras encontrarse con Jagang. Los guardias dejaron que los padres hiciesen lo que quisiesen para convencer a Zedd y a Adie de que cedieran, pero no permitieron que se dejaran llevar hasta el punto de matar a prisioneros tan valiosos. Los padres habían sabido que no debían matarlos, pero en el acaloramiento de pasiones tan intensas, Zedd sabía que tales órdenes se olvidaban con facilidad. Zedd ansió que lo mataran y pusieran fin a aquello. El emperador, no obstante, los necesitaba vivos, de modo que los guardias mantuvieron una cuidadosa vigilancia.

Tras las primeras pocas horas de oír cómo los niños eran sometidos a atroces torturas, de permanecer entre sus padres, que comprensiblemente exigían que cooperara y dijese al emperador lo que este quería saber, Zedd había cedido; no tanto por los padres como para que aquellos hombres brutales dejaran hacerles aquello a los niños.

Había imaginado que no tenía nada que perder, en realidad, si cedía. Detuvo la tortura de los niños por el momento. El Alcázar era inmenso; las cosas que traían eran únicamente una diminuta parte de ellas. Zedd razonó que la caravana de carros probablemente no contenía nada de auténtico valor para Jagang. y que se necesitaría bastante tiempo para catalogarlo todo; podrían transcurrir semanas antes de que llegaran al último objeto. No servía de nada permitir que los niños padecieran tortura cuando podría no haber nada útil que Zedd pudiera revelar a Jagang.

En una ocasión, cuando estaban a solas mientras la Hermana había ido a comprobar los preparativos en la tienda siguiente, Adie habla preguntado qué haría si le presentaban algo que realmente fuese a ayudar a Jagang a vencer. Zedd no había tenido oportunidad de responder; los soldados habían entrado en aquel momento y se los habían llevado a los dos a ver a la Hermana que había en la tienda contigua.

Él esperaba alargar el proceso todo lo posible. No había contado con que seguirían con él día y noche.

A veces a las Hermanas les llevaba un buen rato sacar el siguiente tesoro y tenerlo listo. Se mostraban comprensiblemente cautelosas y no corrían riesgos. Aquellos extraños hombres sin el menor rastro del don que las ayudaban podrían no resultar lastimados si algún caprichoso objeto mágico era puesto en marcha por accidente, pero todos los demás ciertamente eran vulnerables. Cuidadosas como eran, había suficientes personas trabajando en los preparativos como para que a Zedd y Adie se les permitiera dormir mucho tiempo antes de que se los llevaran para que les desentrañaran el siguiente rompecabezas.

Mientras a Adie y a él los arrastraban por el oscuro campamento hasta la siguiente tienda, a Zedd las piernas apenas lo sostenían. Ver la pelota largo tiempo perdida de su hija le había minado gran parte de las energías que le quedaban. Jamás se había sentido tan viejo, tan débil. Temía que su voluntad para seguir adelante flaqueara.

No sabía cuánto tiempo más conservarla la cordura.

No estaba en absoluto seguro de que todavía la poseyera. El mundo parecía haberse transformado en un lugar de locos. En ocasiones, casi todo ello parecía irreal. Lo que sabía y lo que no sabía a veces parecía haberse entremezclado en un nudo de confusión.

Mientras avanzaba por el oscuro campamento, a través del húmedo calor, empezó a imaginar que veía cosas —en su mayoría personas— de su pasado. Empezó a dudar de que realmente hubiese visto aquella pelota. Se preguntó si, como algunas de las otras cosas que veía, se lo había imaginado también. ¿Podría ser que hubiese sido una simple pelota, y que él únicamente hubiese creído que era la que su hija había perdido? ¿Había imaginado los colores en zigzag a su alrededor? Empezaba a dudar de si mismo sobre cualquier cosa.

Mirando a poca distancia a todas las personas del atestado campamento, le pareció ver a Erilyn, su esposa muerta hacía tanto tiempo, en los rostros de las mujeres retenidas bajo custodia. Eran madres, con sus peores pesadillas listas para convertirse en realidad si Zedd

no cooperaba. Paseó la mirada por los niños aferrados a las faldas de sus madres o a las piernas de sus padres. Estos lo observaban, miraban su ondulado cabello blanco desaliñado, probablemente pensando que era algún loco. Quizá sí lo era.

Las antorchas iluminaban el enorme campamento con una especie de luz oscilante que hacía que todo pareciera imaginario. Las fogatas, desperdigadas hasta donde podía ver, producían la impresión de un campo de estrellas extendido sobre el suelo, como si el mundo hubiese girado cabeza abajo.

—Aguardad —dijo la Hermana a los guardias.

Detuvieron a Zedd con un violento tirón mientras la mujer se introducía en la tienda. Adie lanzó un grito cuando el hombre que la sujetaba le retorció el brazo.

Zedd se balanceó sobre los pies, preguntándose si iría a desmayarse. Todo el campamento se bamboleó ante sus ojos.

Al contemplar a una de las niñas que retenían prisioneras al otro lado del camino, abrió los ojos de par en par, atónito, creyendo reconocerla. Zedd alzó los ojos hacia el lejano guardia de élite que sujetaba a la criatura. Zedd hizo parpadear su borrosa visión. El guardia, con una coraza de cuero y cota de malla, con un cinturón lleno de arnas, se parecía a un hombre que Zedd había conocido. Zedd desvió la mirada ante el recuerdo, encontrándose entonces con una Hermana, que avanzaba por entre las tiendas situadas a poca distancia, que también se parecía a otra persona que conocía. Paseó la mirada por los soldados ocupados en sus tareas. Los soldados de elite que custodiaban el recinto del emperador tenían el aspecto de hombres que creía recordar.

Zedd se sintió realmente aterrado. Estaba seguro de que se había vuelto loco. No era posible que estuviese viendo a las personas que creía ver.

Su mente era todo lo que tenía. No quería ser un anciano balbuceante sentado junto a una carretera pidiendo limosna.

Sabía que algunas personas en ocasiones se tornaban irracionales —se volvían locas— cuando envejecían o se las presionaba más allá de lo que podían soportar. Había conocido a personas que habían estallado, que habían perdido la razón, y veían cosas que en realidad no estaban allí. Eso era lo que él estaba haciendo. Estaba teniendo visiones de personas de su pasado que no estaban realmente allí. Aquello era una señal segura de demencia: ver cómo tu pasado vuelve a la vida, pensar que estás con seres queridos muertos hace mucho tiempo.

Su mente era lo más importante que tenía.

Ahora también estaba perdiendo eso.

Estaba perdiendo la cordura.

Nicholas oyó un molesto sonido allá, en otro lugar.

Un alboroto, allá donde su cuerpo aguardaba.

Hizo caso omiso, observando las calles, observando cómo pasaban los edificios. El sol acababa de ponerse. Personas, personas recelosas, pasaban ante él. Color. Sonido. Actividad.

Era un lugar deprimente, con los edificios apelotonados. «Observa, observa.» Los callejones oscuros y estrechos. Desconocidos mirando con fijeza. La calle apestaba. Ninguno de los edificios tenía más de dos pisos. La mayoría ni siquiera eso.

De nuevo, oyó el ruido allá donde su cuerpo aguardaba. Era enérgico, pidiendo su atención.

Hizo caso omiso de los constantes porrazos allá, en otro lugar, mientras observaba, intentando ver adónde se dirigían. «¿Qué es esto? Observa, observa, observa.» Le pareció saberlo, pero no estaba seguro del todo. «Mira, mira.» Quería estar seguro. Quería observar.

Disfrutaba tanto observando.

Más ruido. Ruido ofensivo, exigente, estruendoso.

Nicholas sintió su propio cuerpo a su alrededor mientras regresaba violentamente a donde éste aguardaba, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de madera. Abrió los ojos, pestañeando, intentando ver en la oscura habitación. Las esquirlas del crepúsculo que se filtraban por los bordes de los postigos cerrados proporcionaban sólo una luz sombría a la habitación.

Se incorporó, tambaleándose sobre los pies por un momento, no habituado aún a la extraña sensación de estar de vuelta en el propio cuerpo. Empezó a cruzar la habitación, mirando al fuego, vigilando a medida que alzaba cada pie al frente, cambiando el peso de lugar con cada paso. Había estado fuera tanto tiempo últimamente, día y noche, que no estaba acostumbrado a tener que hacer tales cosas por sí mismo. Había estado tan a menudo en otro lugar, en otro cuerpo, que tenía dificultades para adaptarse al propio.

Alguien aporreaba la puerta, diciéndole a gritos que la abriera. Nicholas se sentía furioso ante aquel visitante no invitado, ante una intrusión tan grosera.

Con andares oscilantes, se encaminó hacia la puerta. Producía tal sensación de estar encerrado el hallarse de vuelta en el propio cuerpo... Éste se movía de un modo tan curioso. Moviò los hombros adelante y atrás, resistiendo el impulso de doblarse al frente. Estiró el cuello a un lado y luego al otro.

Resultaba fastidioso tener que moverse uno mismo, usar los propios músculos, sentirse a el

mismo respirar, ver, oír, oler, percibir con los propios sentidos.

La puerta estaba atrancada para impedir que visitantes inoportunos entraran mientras él estaba en otros lugares. No sería nada conveniente que alguien empezara a enredar con su cuerpo cuando él no estaba allí. No sería nada conveniente.

Alguien que aporreaba la puerta desde el otro lado rugió su nombre y exigió que le dejaran entrar. Nicholas levanto la tranca de la puerta y la empujó a un lado. Abrió de par en par. Había un soldado joven justo delante, en el pasillo. Un soldado corriente y mugriento. Un don nadie.

Nicholas se quedó mirando con atónita furia al humilde hombre capaz de subir las escaleras que conducían a la habitación que todo el mundo sabía que tenía el acceso prohibido y golpear en la puerta vedada. ¿Dónde estaba la nariz aplastada y torcida de Najari cuando se le necesitaba? ¿Por qué no había alguien custodiando la puerta?

Un hueso roto sobresalía de la parte posterior del puño ensangrentado que el hombre había estado estrellando contra la puerta.

Nicholas alargó el cuello, mirando con atención más allá del soldado, al pasillo mal iluminado, y vio los cuerpos de los guardias despatarrados sobre charcos de sangre.

Nicholas se pasó las uñas por el pelo, estremeciéndose de placer ante la suave sensación sedosa de los aceites deslizándose sobre la palma de su mano. Movi6 los hombros por el placer de la sensación.

Abriendo los ojos, clavó la mirada en el soldado corriente de ojos desorbitados que estaba a punto de matar. El hombre iba vestido como muchos de los soldados de la Orden Imperial, al menos como los mejor equipados, con coraza de cuero, una malla protectora en el brazo derecho, y una variedad de correas y cinturones de cuero que sujetaban una diversidad de armas, desde una espada corta a una maza con una cabeza con púas, pasando por cuchillos. A pesar de lo mortífero que parecía todo su equipo, la expresión de su rostro era de sobresaltado terror.

Nicholas se preguntó, perplejo por un momento, qué podría tener que decirle un hombre tan insignificante que valiera su vida.

—¿Qué es esto, estúpido?

El hombre alzó un brazo, luego la mano, luego un único dedo, de un modo que recordó profundamente a Nicholas a una marioneta a la que tiran de los hilos. El dedo se inclinó a un lado, luego al otro, luego volvió al otro lado, del modo en que alguien agitaría un dedo a modo de amonestación.

—Ah, ah, ah. —El dedo volvió a agitarse de lado a lado—. Sé amable. Sé terriblemente amable.

El soldado, con los ojos como platos, pareció sorprendido ante sus propias palabras altaneras. La voz, sonaba demasiado profunda —demasiado madura— para pertenecer a aquel joven.

La voz, de hecho, sonaba sumamente peligrosa.

—¿Qué es esto? —Nicholas miró al soldado con el entrecejo fruncido—. ¿Qué sucede?

El hombre empezó a entrar en la habitación, las piernas moviéndose de un modo forzado, de lo más peculiar. En ciertos aspectos le recordó a Nicholas lo que debía de parecer cuando él usaba sus propias piernas tras no estar en el propio cuerpo durante un largo período de tiempo. Se hizo a un lado mientras el hombre iba con paso rígido hasta el centro de la poco iluminada habitación y se daba la vuelta. Goteaba sangre de la mano que había golpeado la puerta, pero el hombre, los ojos todavía desorbitados de miedo, parecía no advertir esa lesión.

La voz, no obstante, era cualquier cosa menos asustada.

—¿Dónde están, Nicholas?

Nicholas se aproximó al hombre y ladeó la cabeza.

—¿Están?

—Me los prometiste, Nicholas. No me gusta cuando la gente no mantiene su palabra. ¿Dónde están?

Nicholas frunció el entrecejo aún más, se inclinó aún más al frente.

—¿Quiénes?

—¡Richard Rahl y la Madre Confesora! —gritó a voz en cuello el soldado con desenfadada cólera.

Nicholas retrocedió unos pocos pasos. Ahora comprendía. Había oído historias, oído que aquel hombre podía hacer tales cosas., En aquellos momentos lo estaba viendo por sí mismo.

Se trataba del emperador Jagang, del Caminante de los Sueños en persona.

—Extraordinario —dijo Nicholas, arrastrando las sílabas.

Se acercó al soldado que no era un soldado y golpeó con un dedo un lado de la cabeza del hombre.

—¿Estáis ahí dentro, Excelencia? —Volvió a dar golpecitos en la sien del hombre—. ¿Sois vos., no es cierto., Excelencia?

—¿Dónde están, Nicholas?

A Nicholas jamás le habían hecho una pregunta que implicara tanta amenaza.

—Os dije que los tendríais y los tendréis.

—Creo que me estás mintiendo, Nicholas —masculló la voz—. No creo que los tengas, como prometiste que así sería.

Nicholas agitó una mano con gesto displicente mientras se alejaba unos pasos.

—Ah, tonterías. Los tengo bailando al extremo de una cuerda.

—Yo pienso lo contrario. Tengo motivos para creer que ni siquiera están aquí abajo. Tengo motivos para creer que la Madre Confesora está lejos, en el norte... con su ejército.

Nicholas frunció el entrecejo mientras se aproximaba al hombre, inclinándose cerca para atisbar dentro de los ojos.

—¿Es qué perdéis totalmente los cabales cuando retozáis en el interior de la mente de otro de ese modo?

—¿Me estás diciendo que no es así?

A Nicholas se le agotaba la paciencia.

—Precisamente los estaba vigilando cuando irrumpisteis aquí para importunarme. Ambos están aquí: lord Rahl y la Madre Confesora.

—¿Estás seguro? —dijo la profunda voz áspera que surgía de la boca del joven soldado.

Nicholas se puso en jarras.

—¿Dudáis de mí? ¡Cómo os atrevéis! Soy Nicholas el Transponedor. ¡No permitiré que nadie dude de mí!

El soldado dio un agresivo paso al frente.

Nicholas se mantuvo firme y alzó un dedo a modo de advertencia.

—Si los queréis, será mejor que tengáis muchísimo cuidado.

El soldado observaba con ojos como platos, pero Nicholas podía ver más en aquellos ojos: amenaza.

—Habla, entonces, antes de que pierda la paciencia.

Nicholas apretó los labios, contrariado.

—Quienquiera que os contase que están en el norte, que la Madre Confesora está con su ejército, o no sabe de que está hablando u os está mintiendo. Los he vigilado con sumo cuidado.

—Pero ¿los has visto últimamente?

La habitación estaba cada vez más oscura. Nicholas alargó una mano hacia la mesa, enviando una pequeña chispa de su don a tres velas que había allí y encendiendo las mechas.

—Os lo he dicho, precisamente los estaba observando. Están en una ciudad no lejos de aquí. Pronto, vendrán aquí, a mí, y entonces los tendré. No tenéis que esperar mucho.

—¿Qué te hace pensar que vienen hacia ti?

—Sé todo lo que hacen. —Nicholas mantuvo los brazos en alto, la negra túnica por los codos, y empezó a gesticular a la vez que andaba alrededor del hombre, hablando de lo que sólo él sabía—. Los vigilo. Los he visto yacer juntos por la noche, con la Madre Confesora abrazando con dulzura a su esposo, sosteniéndole la cabeza contra el hombro, confortando su terrible dolor. Es de lo más conmovedor, la verdad.

—¿Su dolor?

—Sí, su dolor. Están en Northwick justo ahora, una ciudad no muy lejos al norte de aquí. Cuando hayan terminado allí, si viven para finalizar su visita, entonces vendrán aquí, a mí.

Jagang, desde dentro del soldado, miró a su alrededor, advirtiendo la presencia de cadáveres recientes recostados contra la pared. Su atención regresó a Nicholas.

—¿Qué te hace pensar eso?

Nicholas miró por encima del hombro y enarcó una ceja en dirección al emperador.

—Bueno, veréis, estas gentes estúpidas de aquí... los Pilares de la Creación que tanto os fascinan... han envenenado al pobre lord Rahl. Lo hicieron para intentar asegurarse su ayuda para deshacerse de nosotros.

—¿Lo envenenaron? ¿Estás seguro?

Nicholas sonrió ante la nota de interés que detectó en la voz del emperador.

Ah, sí, muy seguro. El pobre sufre terriblemente. Necesita un antídoto.

—En ese caso hará lo que deba para conseguir tal antídoto. Richard Rahl es un hombre

sorprendentemente ingenioso.

Nicholas apoyó el trasero en la mesa y cruzó los brazos.

—Puede que sea ingenioso, pero se encuentra ahora en un gran apuro. Veréis, necesita dos dosis más del antídoto. Una de ellas está en Northwick. Por eso fue allí.

—Te sorprendería lo que ese hombre es capaz de lograr. —Habría sido imposible pasar por alto la enconada ira en la voz del emperador—. Serías un estúpido si lo subestimases, Nicholas.

—Pero yo nunca subestimo a nadie. Excelencia. —Nicholas sonrió significativamente al emperador, que lo observaba a través de los ojos de otro hombre—. Veréis, estoy razonablemente seguro de que Richard Rahl recuperará el antídoto de Northwick. De hecho, confío en ello. Ya lo veremos. Lo estaba observando cuando entrasteis, observando lo que iba a suceder. Vos lo estropeasteis.

»Pero incluso si obtiene el antídoto de Northwick, todavía necesitará la última dosis. El antídoto de Northwick por sí solo no le salvará la vida.

—¿Dónde está esa otra dosis de su antídoto?

Nicholas introdujo la mano en un bolsillo y mostró al emperador un botellín cuadrado, junto con una sonrisa satisfecha.

—Yo la tengo.

El soldado poseído por el emperador sonrió.

—Puede que venga a quitártelo, Nicholas. Pero, lo que es más probable, hará que alguien le prepare más antídoto, de modo que no tenga que molestarse siquiera en venir aquí.

—Pues yo no lo creo. Veréis, Excelencia, soy muy meticuloso en mi trabajo. El veneno que lord Rahl tomó es complejo, pero ni con mucho tan complejo como el antídoto. Lo sé, porque hice torturar al único hombre que puede prepararlo hasta que me contó qué era, hasta que me lo contó todo sobre el antídoto, todos sus secretos. Contiene toda una lista de cosas que ni siquiera podría empezar a recordar.

»Hice matar al hombre, por supuesto. Luego hice que al verdugo que le sacó la confesión, que le sacó la lista de ingredientes del antídoto, también lo mataran. No estaría nada bien que nuestro ingenioso Richard Raid encontrara a cualquiera de esos dos y descubriera por ellos lo que contiene el remedio.

»Así pues, como veis, Excelencia, no hay nadie que pueda hacerle a lord Rahl más antídoto. —Sostuvo el botellín por el cuello y lo meneó ante el hombre—. Ésta es la última dosis. La última oportunidad de vivir de lord Rahl.

A través de los ojos de un joven soldado, Jagang observó el botellín que Nicholas balanceaba ante él. Cualquier rastro de humor había desaparecido.

—Entonces Richard Rahl vendrá aquí y lo cogerá.

Nicholas sacó el corcho. Olfateó dentro. El líquido del interior tenía un leve aroma de la canela.

—¿Eso creáis, Excelencia?

Haciendo un gran alarde, Nicholas vertió el líquido en el suelo.

Mientras el emperador observaba, Nicholas sacudió el botellín, asegurándose de que caía bota la última gota.

—Así pues, como veis, Excelencia, lo tengo todo bien controlado. Richard Rahl no será un problema. No tardará en morir debido al veneno... si es que mis hombres no consiguen atraparlo antes de eso. En cualquier caso, Richard Rahl es hombre muerto... tal y como pedisteis.

Nicholas hizo una reverencia, como si se tratase de la conclusión de un espectáculo magnífico representado ante un público que lo sabía apreciar.

El hombre volvió a sonreír, una sonrisa de crispada paciencia.

—Y ¿qué hay de la Madre Confesora? —preguntó el emperador.

Nicholas reparó en el claro trasfondo de ira contenida. Le disgustó no ser abiertamente admirado por su gran logro. Al fin y al cabo, el tal emperador Jagang no había conseguido capturar el trofeo que tan ansiosamente buscaba. Nicholas sonrió con indulgencia.

—Bien, tal y como yo lo veo, Excelencia, ahora que os he contado que lord Rahl no tardará en unirse a las filas del rebaño del Custodio en el inframundo, no tengo ninguna garantía de que cumpliréis vuestra parte del trato. Me gustaría un compromiso por vuestra parte, antes de que os entregue a la Madre Confesora.

—¿Qué te hace pensar que puedes capturarla?

—Bueno, tengo eso bajo control. Su propia naturaleza la pondrá en mis manos.

—¿Su propia naturaleza?

—Dejad que yo me preocupe de eso, Excelencia. Todo lo que necesitáis saber es que os entregaré a la Madre Confesora, con vida, como prometí. Podríais decir que lord Rahl fue gratis... un regalo por mi parte... pero tendréis que pagar el precio si queréis tener la presa que codiciáis: la Madre Confesora.

—¿Y cuál sería tu precio?

Nicholas paseó alrededor del hombre de pie en el centro de la habitación. Indicó con la botella de antídoto vacía a su entorno.

—No es mi idea de un modo adecuado de vivir.

—Así pues, querrías tener riquezas como recompensa por hacer lo que es tu deber para con el Creador, para con la Orden Imperial y para con tu emperador.

Tal y como lo veía Nicholas, él habla cumplido con más que su deber aquella noche en el bosque con las Hermanas. En lugar de decirlo, se encogió de hombros.

—Bueno, dejaré que os quedéis el resto del mundo que tan duramente habéis peleado por conseguir. Únicamente quiero D'Hara. Un imperio de valía para mí.

—¿Deseas gobernar D'Hara?

Nicholas realizó una exagerada reverencia.

—Bajo vuestro mandato, desde luego. Excelencia. —Se irguió—. Gobernaré como lo hacéis vos, a través del miedo y el terror, todo en el nombre del sacrificio para el perfeccionamiento del género humano.

El Caminante de los Sueños observó atentamente a través del aterrado soldado. El destello de aquellos ojos volvía a tener un aspecto peligroso.

—Juegas a un juego arriesgado. Transponedor, planteando tales exigencias. Tu vida debe significar muy poco para ti.

Nicholas mostró al emperador una sonrisa que indicaba que se estaba cansando de frivolidades.

—Odio vivir, vivo para odiar.

Finalmente, la sonrisa del emperador regresó a los labios del hombre.

—¿D'Hara es lo que deseas? Hecho. Lord Rahl muerto, y la Madre Confesora entregada a mí, con vida... y, tendrás D'Hara para hacer lo que desees... siempre y cuando acates el gobierno de la Orden Imperial.

Nicholas concedió a Jagang una sonrisa más educada a la vez que inclinaba la cabeza.

—Pues claro.

—Entonces, cuando Richard Rahl esté muerto y yo tenga a la Madre Confesora, serás nombrado emperador Nicholas del territorio de D'Hara.

—Sois un emperador sabio.

Aquél era el hombre que había prescrito el futuro de Nicholas. Aquél era el hombre que había enviado a aquellas Hermanas a practicar su repugnante arte, a hacerle sufrir la terrible agonía de destruir lo que había sido, a concebirlo en una angustiosa segunda Creación.

Ellos habían decretado que él se sacrificase por su causa. Nicholas no había tenido voz ni voto en ello. Ahora, al menos, por la nimia tarea de ocuparse de los insignificantes enemigos de la Orden, obtendría su recompensa. Tendría riquezas y poder como jamás habría osado imaginar antes de su renacimiento.

Ellos lo habían destruido, pero lo habían vuelto a crear más poderoso de lo que había sido nunca.

En aquellos momentos se encontraba a sólo un paso de ser el emperador Nicholas.

Había sido un amargo camino.

Empujado por una furiosa necesidad, Nicholas lanzó la mano a la vez que lanzaba la mente, como una daga al rojo vivo, al interior de la mente de aquel hombre que tenía delante, al interior de los espacios entre sus pensamientos, al interior de lo más íntimo de su alma.

Ansiaba sentir el resbaladizo calor de aquel otro espíritu transponiéndose al interior del suyo, la ardiente sensación tumultuosa de hacerse con él mientras Jagang seguía estando dentro de la mente del hombre.

Pero no había nada allí.

En aquella pizca de tiempo, Jagang ya se había escabullido.

El hombre chocó contra el suelo, muerto.

Nicholas —el emperador Nicholas— sonrió ante el juego que no había hecho más que iniciarse. Empezaba a preguntarse si no había puesto un precio demasiado bajo.

18

Mientras ascendían por la calle, Kahlan echaba ojeadas a las pequeñas ventanas de los edificios circundantes. En la creciente oscuridad, dudaba de que los rostros que veía atisbando por las ventanas pudieran decir gran cosa sobre las personas que caminaban en la calle, pero se echó la capucha de la capa al frente de todos modos.

Por las historias que le habían contado, no era seguro ser una mujer en Bandakar, así que Kahlan, Jennsen y Cara ocultaban su identidad para atraer la atención lo menos posible. Kahlan sabía que la gente que temía por su propia vida a veces intentaba desviar la atención

de ella ofreciendo otra presa a los lobos, lo que era aún peor, también sabía que existían personas amargadas consagradas al malsano ideal del apaciguamiento, que definían como «paz».

Richard aminoró el paso y comprobó el callejón al pasar. Con una mano sujetaba la parte delantera de la sencilla capa negra de modo que, si era necesario, pudiese abrirla y desenvainar la espada.

Tenía a los hombres desperdigados para no dar la impresión de ser una banda que atravesaba Northwick. Cualquier reunión de personas, excepto en los mercados, sería denunciada sin duda y atraería rápidamente la atención de los soldados de la Orden Imperial. Habían hecho coincidir su entrada en la ciudad con la llegada del anochecer para que ello los camuflara mejor, pero no tan tarde como para que su presencia en las calles resultara sospechosa.

—Ahí —dijo Owen cuando llegaron a la esquina, inclinando la cabeza a la derecha—. Bajando por ahí.

Richard miró atrás para asegurarse de que todo el mundo seguía con él, luego penetró en la estrecha calle. Los edificios de la ciudad eran en su mayoría de un solo piso, pero estaban penetrando en un distrito donde algunos tenían un segundo piso. Kahlan no vio nada más alto que esos achaparrados edificios de dos pisos.

La zona por la que habían girado apestaba a las aguas residuales de una zanja poco profunda situada a un lado. Las polvorientas calles de Northwick la hacían toser sin parar. Imaginó que, cuando llovía, el lugar se convertía en un lodazal que apestaba aún peor. Vio que Richard hacía un gran esfuerzo para no toser. No siempre era posible. Al menos, cuando lo hacía no tosía sangre.

Mientras se mantenían en las zonas en sombra que había bajo los salientes y aleros. Kahlan se acercó más a él. Jennsen la siguió justo detrás. Anson, que iba por delante, exploraba la ruta, dando toda la impresión de que estaba totalmente solo.

Richard volvió a escudriñar el cielo. Estaba vacío. No habían visto ninguna criatura de puntas negras desde que habían iniciado el ascenso del paso que conducía a Bandakar. Kahlan y Cara se alegraban de no ver a las enormes aves negras. Richard, sin embargo, parecía tan preocupado al no verlas como en el pasado lo había estado cuando las veía.

Cara se mantenía un poco atrás, junto con media docena de hombres. Tom y algunos otros iban por una calle paralela. Otros hombres más, que sabían adonde se dirigían, marchaban por la ciudad siguiendo una ruta distinta. Incluso a pesar de que su número no llegaba a los cincuenta, tal cantidad de personas juntas podían atraer la atención, y problemas.

Por el momento, no necesitaban más problemas. Necesitaban el antídoto.

—¿Dónde está el centro de la ciudad? —preguntó Kahlan a Owen cuando se le acercó lo suficiente para poder hablar en voz baja.

Owen movió el brazo, indicando la calle en la que se encontraban.

—Éste es el lugar. Estas tiendas son donde se encuentra el comercio principal, adonde viene la gente. En las plazas al aire libre la gente a veces instala mercados.

Kahlan vio una tienda de artículos de cuero, una panadería, un lugar que vendía telas, pero nada más elaborado.

—¿Esto es el centro de vuestra gran ciudad? ¿Estas casas de madera con viviendas sobre las tiendas? ¿Éste es vuestro principal centro de actividad comercial?

—Sí —respondió Owen, entre perplejo y orgulloso.

Kahlan soltó un suspiro, pero no hizo comentarios, Richard sí.

—¿Este es el resultado de vuestra avanzada cultura? —Indicó a su alrededor, a los desvencijados edificios de adobe y cañas—. ¿En casi tres mil años es esto lo que vuestra gran cultura ha conseguido? ¿Esto es lo que habéis sido capaces de construir?

Owen sonrió.

—Sí. Es magnífico, ¿verdad?

En lugar de responder a la pregunta. Richard dijo:

—Pensaba que estuviste en Altur'Rang.

—Estuve.

—Bueno, pues incluso ese lugar deprimente estaba mucho más avanzado que esta ciudad de Northwick.

—¿Lo estaba? Lo siento, lord Rahl, pero no vi gran cosa de Altur'Rang. Temía adentrarme en un lugar como aquél, y no me quedé mucho tiempo. —Owen volvió a mirar a Kahlan—. ¿Lo que queréis decir es que la ciudad de la que provenís es más espléndida que ésta?

Kahlan miró al hombre y pestañeó. ¿Cómo podía ella explicar Aydindril, el Alcázar del Hechicero, el Palacio de las Confesoras, los palacios del Bulevar de los Reyes, el Palacio del Pueblo, las construcciones en mármol y granito, la imponentes columnas, las majestuosas obras de arte, o cualquiera de los otros cientos de lugares y panoramas a un hombre que pensaba que edificios de paja y estiércol eran un ejemplo de cultura avanzada? Al final decidió que aquél no era el momento de intentarlo.

—Owen, espero que cuando estemos todos libres de la opresión de la Orden Imperial, Richard y yo podamos mostrarte a ti y a tu gente algunos otros lugares del mundo que hay fuera de Bandakar; mostraros algunos otros centros importantes de comercio y arte, algo de

lo que la humanidad ha logrado en otros lugares.

Owen sonrió.

—Me gustaría. Madre Confesora. Me gustaría mucho. —Se detuvo de improvviso—. Aquí está el lugar, siguiendo por ahí.

Un portón de madera, que les llegaba hasta la altura de la cabeza, al que las inclemencias del tiempo habían dado una pátina de un gris amarronado impedía ver el callejón situado al otro lado. Richard comprobó la calle en ambas direcciones. La calle estaba vacía de cualquier persona que no fuesen sus hombres. Mientras no perdía de vista la calle, empujó el portón lo suficiente para permitir que Owen se introdujera al otro lado.

Owen volvió a asomar la cabeza.

—Venid, está despejado.

Richard hizo una seña con la mano a los hombres de la esquina. Rodeó la cintura de Kahlan con el brazo, apretándola contra él mientras se introducía con ella a través del portón.

Las paredes de los edificios a ambos lados del polvoriento callejón no tenían ventanas. Algunas de las construcciones apiñadas que no estaban colocadas tan atrás tenían espacio para pequeños patios traseros. Mientras avanzaban cautelosamente por el callejón, más hombres de los suyos penetraron a través del portón del extremo opuesto. Las gallinas encerradas en uno de los patios agitaron las alas, asustadas de la gente que se movía por las inmediaciones.

Jennsen conducía a *Betty* de la cuerda, manteniendo a la cabra cerca para que no pudiese causar problemas. *Betty* permanecía callada, se la veía nerviosa en el extraño entorno de una ciudad. Ni siquiera meneaba la cola cuando alzó la vista hacia Richard, Kahlan y Jennsen en busca de consuelo mientras se adentraban en el interior del revoltijo de edificios.

Tom apareció en el otro extremo del callejón, trayendo a otro grupo de hombres. Richard les hizo una seña para que se desplegaran y aguardaran en aquel extremo del callejón.

Cara se acercó por detrás, con la capucha de la capa subida igual que las de Kahlan y Jennsen.

—No me gusta.

—Bien —susurró Richard en respuesta.

—¿Bien? —preguntó Cara—. ¿Creéis que está bien que no me guste este lugar?

—Sí —dijo Richard—. Si alguna vez te mostrases feliz y despreocupada, me preocuparía.

Cara torció la boca, con una respuesta que decidió guardarse.

—Aquí —indicó Owen, agarrando el brazo de Richard para detenerlo.

Richard miró adonde Owen había señalado y luego contempló fijamente al hombre.

—¿Esto es un palacio?

Owen asintió.

—Uno de ellos. Tenemos varios palacios. Ya os dije que somos una cultura avanzada.

Richard dedicó a Kahlan una mirada de soslayo, pero no dijo nada.

Por lo que Kahlan podía ver en la débil luz, el patio trasero era de tierra seca con montones de hierba creciendo aquí y allá. Una escalera de madera en la parte trasera del edificio ascendía hasta una pequeña terraza con una puerta que daba al segundo piso. Mientras cruzaban una corta verja para entrar en el patio, Kahlan vio que bajo las escaleras había un hueco de escalera que descendía.

Owen miró a su alrededor, luego se inclinó hacia ellos.

—Están abajo. Es aquí donde están escondiendo al Hombre Sabio.

Richard escudriñó el callejón y los edificios circundantes. Se pasó las yemas de los dedos por la frente.

—¿Y el antídoto está aquí dentro?

Owen asintió.

—¿Queréis esperar mientras entro a buscarlo?

Richard negó con la cabeza.

—Entraremos contigo.

Kahlan lo cogió del brazo, deseando poder hacer más para proporcionar alivio a su dolor. Lo mejor, no obstante, era conseguir el antídoto. Cuanto antes lo libaran del veneno, antes podría ocuparse del problema de los dolores de cabeza provocados por el don.

Algunos de sus hombres aguardaban a poca distancia. La Madre Confesora vio en sus ojos el temor que les producía estar de vuelta en una ciudad que los soldados de la Orden Imperial controlaban. No sabía qué podían hacer Richard y ella para ayudarlos a liberar a su pueblo, pero tenía intención de pensar en algo. De no haber sido por su desesperada acción, sin importar que fuese algo involuntario, aquellas personas no estarían padeciendo y muriendo a manos de la Orden.

El último resplandor gris del crepúsculo hizo que los ojos de Richard parecieran de acero. Éste atrajo a Jennsen hacia sí.

—¿Por qué Tom y tú no os quedáis aquí fuera, con *Betty*, y montáis guardia? Permaneced en el escondrijo que proporcionan las escaletas y la terraza. Si veis algún soldado, venid a avisarnos.

Jennsen asintió.

—Dejare que *Betty* paste en la hierba. Resultará más natural si pasa alguna patrulla.

—Limitaos a permanecer ocultas —replicó él—. Si unos soldados ven a una joven como tú no dudarán en hacerse contigo.

—La mantendré fuera de la vista —dijo Tom mientras entraba en el patio, y apuntó con un pulgar por encima del hombro—. Tengo a los hombres desplegados de modo que no sean tan visibles.

Kahlan y Cara siguieron a Richard y a Owen a la parte posterior del edificio. Al llegar al hueco de escalera que descendía, Owen se detuvo cuando Richard fue a la puerta que daba acceso al edificio.

—Por aquí, lord Rahl.

—Lo sé. Espera mientras compruebo el vestíbulo del interior, me aseguro de que no hay nadie.

—Son sólo habitaciones vacías donde la gente descansa a veces.

—Quiero comprobarlo de todos modos. Cara, aguarda aquí con Kahlan.

Kahlan siguió a Richard a la puerta situada bajo la terraza.

—Voy contigo.

Cara se colocó inmediatamente detrás de Kahlan.

—Si queréis comprobar el vestíbulo —dijo a Richard—, podéis venir con nosotras.

Tras una veloz ojeada a los ojos de Kahlan, Richard no discutió con ella. Mirando a Cara, dijo:

—A veces...

Cara le dedicó una sonrisa desafiante.

—No sabríais qué hacer sin mí.

Kahlan advirtió que, mientras giraba hacia la puerta, él no podía evitar sonreír. Su corazón se animó al ver sonreír a Richard, y luego sintió una repentina punzada de pesar por Cara, sabiendo cómo debía echar en falta al general Meiffert, que estaba con el ejército muy al norte en D'Hara. No se daba a menudo que a una mord-sith llegara a importarle alguien del modo en que Kahlan sabía que a Cara le importaba Benjamín. Cara no estaba dispuesta a admitirlo, sin embargo, y había antepuesto su deseo de proteger a Richard y a Kahlan.

Cuando Cara y ella habían regresado junto al ejército, Kahlan había ascendido al entonces capitán a general tras una batalla en la que habían perdido a varios oficiales. El capitán Meiffert había estado a la altura de las circunstancias. Desde entonces, había mantenido al ejército unido. Si bien ella tenía una fe absoluta en él, también temía por su bienestar, como Cara. Kahlan se preguntó si volverían a ver alguna vez al joven general.

Richard abrió la puerta un resquicio y atisbó al interior del oscuro vestíbulo del otro lado. Estaba vacío. Cara, agiel en mano, se abrió paso y entró por delante de ellos, queriendo asegurarse de que era seguro. Kahlan siguió a Richard al interior. Había dos puertas a cada lado. En el extremo opuesto del vestíbulo había una puerta con una ventanita.

—¿Qué hay ahí fuera? —musitó Kahlan mientras Richard miraba por la ventana.

—La calle. Veo a algunos de los nuestros.

En el camino de vuelta, Richard comprobó las habitaciones de un lado mientras Cara comprobaba las del otro. Estaban todas vacías, tal y como Owen había dicho.

—Éste podría ser un buen lugar para esconder a nuestros hombres —dijo Cara.

Richard asintió.

—Eso es lo que estaba pensando. Podríamos efectuar ataques desde aquí, estando en medio de ellos, en lugar de arriesgarnos a que nos descubran entrando desde el campo para atacar.

Antes de que llegaran a la puerta trasera, Richard dio un traspié de improviso, golpeándose un hombro contra la pared antes de caer al suelo sobre una rodilla. Kahlan y Cara alargaron las manos para cogerlo, impidiendo que cayera de bruces.

—¿Qué sucede? —musitó Cara.

Él permaneció inmóvil por un momento, al parecer aguardando a que un ataque de dolor desapareciera. Sus dedos apretaron con tanta fuerza el brazo de Kahlan que las lágrimas afloraron a los ojos de ésta, aunque se obligó a permanecer callada.

—Sólo... sólo me he mareado —jadeó, intentando recuperar el aliento—. La oscuridad del vestíbulo, supongo. —Sus dedos aflojaron su tenaza sobre el brazo de Kahlan.

—El segundo estado. Así es como Owen lo llamó. Dijo que el segundo estado del veneno era la sensación de mareo.

Richard alzó los ojos hacia ella en la oscuridad.

—Estoy bien. Vayamos en busca del antídoto.

Owen, que aguardaba en las sombras en el hueco de la escalera, inició el descenso cuando llegaron junto a él. Al final de la escalera empujó una puerta y miró dentro.

—Todavía están aquí —dijo, aliviado—. Los portavoces siguen estando aquí; reconozco algunas de sus voces. El Hombre Sabio tiene que estar aquí con ellos. No se han trasladado a otro escondite como temí que hiciesen.

Owen tenía la esperanza de que los grandes portavoces aceptaran ayudar a librar a su gente de la Orden Imperial. Después de que se hubiesen negado en el pasado, Kahlan no pensaba que fuesen a acceder, pero después de todo, Owen y sus hombres tampoco habían accedido a pelear en un principio. Owen creía que con el compromiso de los hombres que tenían, y con lo sucedido en su ciudad, la asamblea de portavoces se daría cuenta de que existía una posibilidad de volver a ser libres y estaría más receptiva a escuchar lo que debía hacerse. Muchos de sus compañeros compartían la seguridad de Owen de que la ayuda estaba próxima.

Más importante que hablar a los portavoces, en opinión de Kahlan, era que en aquel lugar era donde estaba escondida la segunda botella de antídoto. Aquello estaba por encima de todo lo demás. Tenían que hacerse con el antídoto. Cada vez que pensaba en la posibilidad de que Richard muriese, las rodillas le temblaban.

Justo en el interior del pequeño vestíbulo, Owen dio unos golpecitos a la puerta.

Una tenue luz de velas surgió del interior cuando la puerta se abrió un resquicio. Un hombre atisbo fuera por un instante; a continuación sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Owen?

Kahlan no creyó que el hombre tuviese intención de abrir la puerta. Antes de que éste tuviera tiempo de pensárselo, Richard la abrió de un empujón y penetró en la habitación. El hombre retrocedió apresuradamente.

Richard tiró de Cara para acercarla a él.

—Vigila la puerta. Ninguna de estas personas saldrá de aquí a menos que yo lo diga.

Cara asintió y se apostó fuera de la puerta.

—¿Qué significa esto? —exigió el hombre del interior a Owen mientras contemplaba boquiabierto de miedo a Richard y a Kahlan.

—Gran portavoz, es vital que hablemos con todos vosotros.

El lugar estaba muy iluminado. Una docena y media de hombres, sentados alrededor de la habitación sobre alfombras, bebiendo te o recostados en almohadones callaron bruscamente.

Las paredes de piedra eran los cimientos exteriores del edificio. Pilares de piedra descendían en dos hileras por el centro de la enorme habitación, sosteniendo gruesas vigas de madera muy por encima de la cabeza de Richard. No había adornos. No parecía otra cosa que un sótano al que se habían añadido alfombras y almohadones para hacerlo más cómodo. Sencillas mesas de madera contra las paredes en un extremo sostenían las velas.

Algunos de los hombres se pusieron en pie.

—Owen —dijo uno de ellos con tono de reprimenda—, se te ha desterrado. ¿Qué haces aquí?

—Honorable portavoz, todas esas nimiedades de los destierros ya no importan. —Owen alzó una mano a modo de presentación—. Estos son amigos míos, procedentes de fuera de nuestra tierra.

Kahlan agarró la camisa de Owen por el hombro y acercó su oreja a ella mientras le decía con los dientes apretados:

—El antídoto.

Owen asintió, disculpándose. Los hombres, todos ellos de más edad, contemplaron con indignación cómo Owen se dirigía a la esquina situada en el extremo derecho opuesto. Sujetó una piedra situada casi a la altura del pecho, y la retorció de un lado a otro. Richard alargó la mano y ayudó a Owen a aflojar la piedra. Cuando finalmente extrajo el pesado bloque lo bastante fuera como para girarlo a un lado. Owen introdujo la mano y la sacó sujetando un botellín. No perdió tiempo en entregársela a Richard.

Cuando Richard extrajo el corcho. Kahlan detectó el leve aroma a canela. Richard vació el contenido de un trago.

—Debéis marcharos —gruñó uno de los hombres—. No sois bien recibidos aquí.

Owen no se echó atrás.

—Debemos ver al Hombre Sabio.

—¿Qué?

—Los hombres de la Orden han invadido nuestra tierra. Torturan y asesinan a nuestra gente. A otros se los han llevado.

—No se puede hacer nada al respecto —dijo el portavoz con el rostro enrojecido por la ira—. Hacemos lo que debemos para que nuestro pueblo pueda seguir con su vida. Hacemos lo que debemos para evitar la violencia.

—Nosotros hemos puesto fin a la violencia —dijo Owen—. Al menos en nuestra ciudad. Matamos a todos los soldados de la Orden que nos tenían dominados mediante el terror, que violaban, torturaban y asesinaban a nuestra gente. Nuestra gente está ahora libre de la Orden. Debemos defendernos y liberar al resto de nuestro pueblo. Es vuestro deber como portavoces hacer lo que es conveniente para nuestro pueblo y no acomodarnos a la esclavización de la Orden.

Los grandes portavoces parecían al borde de la apoplejía.

—¡No queremos saber nada de todo eso!

—Hablaremos sobre ello con el Hombre Sabio y veremos qué tiene él que decir.

—¡No! ¡El Hombre Sabio no os recibirá! ¡Estáis todos repudiados! ¡Debéis marcharos todos!

19

Uno de los hombres se adelantó y agarró enfurecido a Richard por la camisa, intentando empujarle fuera.

—¡Tú eres la causa de esto! ¡Eres un extranjero! ¡Un salvaje! ¡Uno de los ignorantes! ¡Tú has sembrado ideas blasfemas entre nuestra gente! —Hizo todo lo que pudo para zarandear a Richard—. ¡Tú has seducido a nuestra gente para que use la violencia!

Richard agarró la muñeca del portavoz y le retorció el brazo a la espalda, luciéndole caer de rodillas. El hombre lanzó un grito de dolor. Sin aflojar la presión, Richard se inclinó hacia él.

—Hemos arriesgado nuestras vidas ayudando a tu gente. Tu gente no es gente ilustrada, sino gente igual que cualquier otra. Vosotros vais a escucharnos. Esta noche, vuestro futuro y el de vuestro pueblo tomarán forma.

Richard lo soltó con un empujón, luego fue a la puerta y sacó la cabeza.

—Cara, ve a pedir a Tom que te ayude a hacer que el resto de los hombres baje aquí. Creo que será mejor que todos formen parte de esto.

Mientras Cara corría a comunicar que Richard quería que todos se reunieran en el sótano del «palacio», éste ordenó a los portavoces que retrocedieran contra la pared.

—No tienes derecho a hacer estoy —protestó uno.

—Sois los representantes del pueblo de Bandakar. Sois sus líderes —les dijo Richard—. Ha llegado el momento de que líderes.

A su espalda, empezaron a entrar hombres de uno en uno en la habitación iluminada por la luz de las velas. No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran todos reunidos. El sótano era tan grande que los hombres de Owen ocuparon sólo una parte del espacio disponible. Kahlan vio a otras personas, que no le eran conocidas, que también entraban poco a poco.

Conociendo el modo de ser de los bandakarianos, y puesto que Cara les permitía entrar, Kahlan no creyó que representaran una amenaza.

Richard indicó con la mano a la callada concurrencia que observaba a los portavoces.

—Estos hombres procedentes de Witherton se han enfrentado a la verdad de lo que le está sucediendo a su pueblo. Ya no piensan tolerar tal brutalidad. No volverán a ser víctimas. Desean ser libres.

Uno de los portavoces, con una barbilla estrecha y puntiaguda, resopló:

—La libertad jamás puede funcionar. Sólo da a las personas licencia para ser egoístas. Una persona considerada, consagrada al bienestar de una humanidad ilustrada, debe rechazar el concepto inmoral de «libertad» por lo que es... egoísmo.

—Eso es cierto —coincidió otro—. Creencias tan simplistas sólo pueden provocar un ciclo de violencia. Esta idea estúpida de «libertad» conduce a ver las cosas blancas o negras. Tal moralidad está obsoleta. Los individuos no tienen derecho a juzgar a otros... en especial en términos tan autoritarios. Lo que se necesita es una avenencia entre todas las partes si se quiere que haya paz.

—¿Avenencia? —preguntó Richard—. Un ciclo de violencia sólo puede existir si concedéis a todo el mundo, incluidos aquellos que son malvados, equivalencia moral; si decís que todo el mundo, incluidos aquellos que deciden hacer daño a otros, tiene el mismo derecho a existir. Esto es lo que hacéis cuando rehusáis aplastar el mal: dais categoría moral y poder a aquellos que asesinan.

»Buscar un compromiso en tales campos es una idea enfermiza que dice que debéis cortar un dedo, y luego una pierna, y luego un brazo para alimentar al monstruo que habita entre vosotros. El mal se alimenta del bien. Si matáis al monstruo, la violencia finaliza.

»Tenéis dos opciones ante vosotros. Elegir vivir bajo un temor servil, de rodillas, disculpándoos incesantemente por desear que se os permita vivir mientras os esforzáis por aplacar a un mal siempre en expansión, o eliminar a aquellos que querrían haceros daño y liberaros para vivir vuestras propias vidas; lo que significa que debéis permanecer vigilantes, siempre listos para protegeros.

Uno de los portavoces, abriendo mucho los ojos, alzó un brazo para señalar a Richard.

—Ahora sé quién eres. Eres aquel que menciona la profecía. ¡Eres el que la profecía dice que nos destruirá!

Una serie de cuchicheos transportaron la acusación entre toda la concurrencia.

Richard volvió los ojos atrás, a sus hombres reunidos allí, luego dirigió una mirada iracunda a los portavoces.

—Soy Richard Rahl. Tenéis razón; soy aquel que menciona la profecía que se entregó a vuestra gente hace tanto tiempo. “Vuestro destructor vendrá y os redimirá.»

»Tenéis razón; esa profecía se refiere a mí. Pero si yo no hubiese aparecido, habría acabado siendo otro quien habría cumplido esas palabras, bien dentro de otro año, o dentro de otros mil años, porque estas palabras se refieren en realidad al honorable compromiso del hombre con la vida.

»A vuestro pueblo lo desterraron porque se negó a ver la verdad del mundo. Eligieron cerrar sus mentes a la realidad. Yo he puesto fin a esa ceguera.

Volvió a señalar a los hombres que tenía detrás.

—Cuando se colocó la verdad ante los ojos de estos hombres, ellos eligieron por fin abrir los ojos y verla. Ahora, el resto de vuestro pueblo debe enfrentarse al mismo desafío y elegir cómo vivirán su futuro.

»“*Vuestro destructor vendrá y os redimirá*” son las palabras que indican las posibilidades de un futuro mejor. Significan que vuestro modo de vida, de impedir a la gente hacerlo lo mejor que pueden, de limitarles la posibilidad de ser todo lo que pueden ser, de imponer esas costumbres ciegas y destructivas que aplastan el espíritu de cada individuo y que con el paso del tiempo han provocado que muchos de los mejores de los vuestros os abandonaran y marcharan a lo desconocido más allá del límite... se han acabado.

»Los hombres de la Orden pueden haber invadido vuestra tierra, pero, espiritualmente, no cambian nada en vosotros. Su violencia es tan sólo más evidente que vuestra lenta asfixia del potencial humano. Ellos ofrecen las mismas vidas ciegas que ya vivís, simplemente con una forma más manifiesta de brutalidad.

»He traído la luz de la verdad a algunos de los vuestros, y al hacerlo he puesto fin a su oscura existencia. El resto de vuestra gente debe decidir si continuarán acurrucados en la oscuridad o saldrán a la luz que he traído entre vosotros.

»Al traer esa luz a vuestra gente, la he redimido.

»Les he mostrado que pueden volar con sus propias alas, aspirar a alcanzar lo que quieran para sí mismos. Los he ayudado a recuperar sus propias vidas.

»Sí, he destruido el pretexto que conforma las cadenas de su represión, pero al hacerlo he liberado la nobleza de sus espíritus.

»Ese es el significado de la profecía. Está en manos de cada uno de vosotros aceptar el reto y triunfar, o esconderos en vuestra autoimpuesta oscuridad sin intentarlo. No existen garantías de que si lo intentáis tendréis éxito. Pero sin intentarlo, aseguraréis el fracaso y una existencia de temor para vosotros y vuestros hijos. La única diferencia será que, si elegís vivir igual a como lo hacéis ahora, si continuáis aplacando el mal, ahora ya sabéis que el precio es vuestra alma.

Richard dio la espalda a los portavoces. Antes de que cerrase los ojos para frotarlos con las yemas de los dedos, Kahlan vio en ellos el terrible suplicio que padecía. Nada deseaba más ella que conseguir el último antídoto y luego hacer lo que debieran hacer para liberarlo del dolor provocado por su don. Sabía que lo estaba perdiendo poco a poco. Le parecía como si Richard estuviese en algún lugar totalmente solo, colgando del borde de un precipicio, aferrándose a él, y esos dedos estuvieran resbalando lentamente.

Owen dio un paso al frente.

—Honorables portavoces, ha llegado el momento de oír lo que dice el Hombre Sabio. Si no creéis que esta crisis que afecta a nuestro pueblo no lo justifica, entonces nada lo hace. Es nuestro futuro, nuestras vidas, lo que está en juego.

»Haced venir al Hombre Sabio. Escucharemos sus palabras, si realmente es sabio y digno de nuestra lealtad.

Tras repararen los murmullos de asentimiento que recorrían la habitación, los portavoces juntaron las cabezas cuchichearon entre sí para hallar un consenso que les dijera qué hacer, finalmente, casi la mitad de ellos se fue al interior de una habitación trasera.

Uno de los portavoces que quedaron inclinó la calva cabeza.

—Veremos qué tiene que decir el Hombre Sabio.

Kahlan había visto tales sonrisas despectivas muy a menudo. Alzando la puntiaguda barbilla, el hombre cruzó las manos ante él.

—Ante todas estas personas, plantearemos vuestras palabras blasfemas al Hombre Sabio y escucharemos su sabiduría de modo que se pueda zanjar esta cuestión.

Salieron unos hombres de la habitación trasera llevando postes envueltos en tela roja, tablones con muescas y tablas. Ante la puerta que conducía a una habitación trasera, empezaron a montar una sencilla plataforma con postes en cada esquina y las gruesas colgaduras rojas diseñadas para circundarla. Cuando la estructura quedó finalmente montada, colocaron un gran almohadón sobre la plataforma y luego corrieron las colgaduras. Otros hombres transportaron hasta allí dos mesas, sobre las que había varias

velas, y colocaron una a cada lado del ceremonial asiento de la sabiduría recubierto con los cortinajes. En un momento, los portavoces habían creado un decorado sencillo pero reverencial.

Kahlan conocía a una serie de pueblos en la Tierra Central que poseían magia. Por lo general también tenían a personas, parecidas a esos portavoces. También sabía que era mejor no subestimar a tan simples chamanes y su vínculo con el mundo de los espíritus. Había quienes tenían conexiones muy reales y un gran poder sobre su gente.

Lo que no podía imaginar era cómo un pueblo sin ninguna magia podía poseer a tal agente de los espíritus. Si era cierto que lo tenían, y tal persona iba en contra de ellos, entonces todo su trabajo habría sido en vano.

Los Portavoces se alinearon a ambos lados y luego recorrieron la cortina de la parte delantera lo suficiente para ver en el débilmente iluminado interior.

Allí, sentado con las piernas cruzadas sobre el almohadón, había lo que parecía ser un niño vestido con una túnica blanca, las manos descansando en actitud piadosa sobre el regazo. No parecía muy mayor, unos ocho o diez años como máximo. Llevaba un pañuelo negro atado alrededor de la cabeza para cubrirle los ojos.

—No es más que un niño —dijo Richard.

Ante la interrupción, uno de los portavoces lanzó a Richard una mirada asesina.

—Únicamente un niño está lo bastante lo bastante libre de la contaminación de la vida para poder estar en contacto con la auténtica sabiduría. A medida que envejecemos depositamos una capa tras otra de experiencias sobre lo que en el pasado fue un discernimiento perfecto, pero recordamos esas conexiones no adulteradas del pasado y por lo tanto nos damos cuenta de que sólo en un niño puede ser la más pura sabiduría.

Por toda la habitación se agitaron cabezas en señal de qué así era.

Richard miró de reojo a Kahlan.

Uno de los portavoces se arrodilló ante la plataforma e inclinó la calva cabeza.

—Hombre Sabio, debemos pedirte tu sagaz orientación. Algunos de nuestros hombres desean iniciar una guerra.

—La guerra no resuelve nada —repuso el Hombre Sabio con voz piadosa.

—Tal vez querrías escuchar sus razones.

—No existen razones válidas para pelear. La guerra no es nunca la solución. La guerra es una admisión de fracaso.

Las personas de la habitación se echaron hacia atrás, mostrándose incómodas al ver que se presentaban preguntas tan groseras ante el Hombre Sabio, preguntas que él no tenía problemas en dilucidar con aquella sencilla sabiduría que dejaba al descubierto una inmoralidad evidente.

—Muy sabio. Nos has mostrado la sabiduría en su auténtica y simple perfección. Todos los hombres harían bien es hacer caso de tal verdad. —El hombre volvió a inclinar la cabeza—. Hemos intentado decir...

—¿Por qué llevas una venda? —preguntó Richard, interrumpiendo al portavoz arrodillado ante la plataforma.

—Oigo cólera en tu voz —dijo el Hombre Sabio—. Nada se puede conseguir hasta que te despojes de tu odio. Si buscas en mi corazón, puedes encontrar la bondad en todo el mundo.

Richard colocó una mano en la espalda de Owen, instándolo a adelantarse. Alargó la mano hacia atrás, entre el gran grupo de hombres, y agarró de la camisa a Anson, tirando de él también. Los tres hombres se acercaron a la plataforma del Hombre Sabio. Únicamente Richard se mantenía erguido en toda su estatura. Con el pie, obligó al portavoz arrodillado a hacerse a un lado.

—He preguntado por qué llevas una venda —dijo Richard.

—Hay que decir no al conocimiento para poder dejar espacio a la fe. Únicamente a través de la fe se puede alcanzar la auténtica verdad —repuso el Hombre Sabio—. Tienes que creer antes de poder ver.

—Si crees, sin ver la verdad de lo que es —dijo Richard—, entonces te estás mostrando voluntariamente ciego, no sabio. Debes ver, primero, para poder aprender y comprender.

Los hombres que rodeaban a Kahlan parecieron incómodos al ver que Richard hablaba de aquel modo a su Hombre Sabio.

—Detén el odio, o cosecharás sólo odio.

—Hablábamos sobre conocimiento. No te he preguntado sobre el odio.

El Hombre Sabio juntó las manos en actitud de plegaria ante él, inclinando la cabeza ligeramente.

—La sabiduría nos rodea por todas partes, pero nuestros ojos nos ciegan, nuestro oído nos ensordece, nuestras mentes piensan y de ese modo nos hacen ignorantes. Nuestros sentidos únicamente nos engañan; el mundo no puede decirnos nada de la naturaleza de la realidad. Para fundirse con la más noble esencia del auténtico significado de la vida, primero debes fijar la vista ciegamente en tu interior para descubrir la verdad.

Richard cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tengo ojos, de modo que no puedo ver. Tengo oídos, de modo que no puedo oír. Tengo una mente, de modo que no puedo saber nada.

—El primer paso a la sabiduría es aceptar que somos incompetentes para conocer la naturaleza de la realidad, y así saber que nada de lo que pensamos que sabemos puede ser real.

—Debemos comer para vivir. ¿Cómo se puede rastrear un ciervo en los bosques para poder comer? ¿Se venda uno los ojos? ¿Se introduce uno cera en las orejas? ¿Se hace mientras uno duerme de modo que la mente no contribuya con ninguna clase de pensamiento a la tarea que se tiene entre manos?

—Nosotros no comemos carne. Esta mal hacer daño a animales sólo para que podamos comer. No tenemos más derecho a vivir que un animal.

—Así que coméis únicamente plantas, huevos, queso... cosas así.

—Por supuesto.

—¿Cómo haces queso?

En el violento silencio, alguien en el fondo de la habitación tosió.

—Soy el Hombre Sabio. No se me pide que realice esta tarea. Otros hacen queso para que comamos.

—Ya veo; no sabes cómo hacer queso para tu cena porque nadie te ha enseñado jamás. Eso es perfecto. Aquí estás, pues, con una venda sobre los ojos y unas ideas claras en absoluto obstruidas por un conocimiento molesto sobre el tema. Así que, ¿cómo haces queso? ¿Viene a ti? ¿El método para hacer queso te es enviado a través de la divina introspección que proporcionan tus ojos vendados?

—La realidad no se puede analizar...

—Dime cómo, si llevases una venda de modo que no pudieses ver, te pusieran cera en los oídos para no oír, y te colocaras unos gruesos guantes para no poder palpar nada, cómo harías algo tan simple como coger un rábano para comértelo. Más fácil. Simplemente deja esa venda puesta y muéstrame cómo puedes coger un rábano de modo que tengas algo que comer. Incluso te ayudaré a encontrar la puerta, primero; luego estarás tú sólo. Vamos, pues. En marcha.

El Hombre Sabio se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, yo...

—Si te niegas a ti mismo la vista, el oído, el tacto... ¿cómo plantarás comida para

sustentarte, o cómo puedes siquiera buscar bayas y frutos secos? Si nada es real, entonces ¿cuánto tiempo pasará antes de que te mueras de hambre mientras esperas a que alguna voz interna de «verdad» te alimente?

Uno de los portavoces se abalanzó al frente, intentando hacer retroceder a Richard. Richard le asestó tal empujón que lo dejó sentado en el suelo. Los portavoces retrocedieron asustados unos pocos pasos. Richard colocó una bota sobre la plataforma, apoyó el brazo sobre la rodilla y se inclinó muy cerca del Hombre Sabio.

—Responde a mi pregunta, «Hombre Sabio». Dime qué te ha revelado hasta el momento sobre la elaboración del queso. Vamos, oigámoslo.

—Pero... eso no es una pregunta justa.

—¿No? ¿Una pregunta referente a la búsqueda de un valor no es justa? La vida requiere que todos los seres vivos persigan valores si quieren vivir. Un pájaro muere si no consigue capturar un gusano. Es básico. Las personas no son diferentes.

—Detén el odio.

—Ya llevas puesta una venda. ¿Por qué no te tapas los oídos y tarareas una melodía para ti mismo de modo que no puedas pensar en nada...? —Richard se inclinó más y bajó la voz peligrosamente—. Y en tu estado de sabiduría infinita, Hombre Sabio, te limitas a intentar adivinar que estoy a punto de hacerte.

El niño chilló atemorizado y retrocedió a toda prisa.

Kahlan se abrió paso entre Richard y Anson y se sentó hacia atrás en la plataforma. Rodeó al aterrado chiquillo con un brazo y lo acercó a ella para consolarlo. Él se apretó contra la protección que la mujer le brindaba.

—Richard, estás asustando al pobre niño. Míralo. Tiembla como una hoja.

Richard retiró la venda de la cabeza del niño. Con aturrido desaliento, éste contempló lloroso a Richard.

—¿Por qué acudiste a ella? —preguntó Richard con dulzura.

—Porque estabas a punto de hacerme daño.

—¿Quieres decir, entonces, que esperabas que ella te protegería?

—Desde luego... eres más grande que yo.

Richard sonrió.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Estabas asustado y esperabas que te protegieran del

peligro. Eso no estaba mal, ¿verdad? ¿Querer estar a salvo? ¿Temer a la agresión? ¿Buscar la ayuda de alguien que pensabas que podría ser lo bastante grande como para detener la amenaza?

El niño parecía confundido.

—Imagino que no.

—¿Y qué pasaría si te apuntase con un cuchillo? ¿No querrías tener a alguien que impidiese que te hiriera? ¿No querrías vivir?

—Sí —respondió el niño, asintiendo.

—Ése es el valor del que estamos hablando, aquí.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, frunciendo el entrecejo.

—La vida —dijo Richard—. Tú quieres vivir. Eso es noble. No quieres que otra persona te quite tu vida. Eso es justo.

»Todas las criaturas quieren vivir. Un conejo correrá si se ve amenazado; por eso tiene patas fuertes. No necesita patas fuertes ni orejas grandes para encontrar y comer brotes tiernos. Tiene las orejas grandes para percibir amenazas, y las patas fuertes para escapar.

Un antílope resoplará a modo de advertencia si se ve amenazado. Una serpiente puede agitar su cascabel para rechazar amenazas. Un lobo gruñe una advertencia. Pero si el peligro sigue acudiendo y no pueden escapar, un antílope puede patearlo, la serpiente puede picar y el lobo puede atacar. Ninguno de ellos irá buscando pelea, pero se protegerán.

»El hombre es la única criatura que voluntariamente se somete a los colmillos de un depredador. Únicamente el hombre, a través de un adoctrinamiento continuado como el que se te ha dado, rechazará los valores que sustentan la vida. Con todo, tú instintivamente hiciste lo correcto al acudir a mi esposa.

—¿Lo hice?

—Sí. Vuestras costumbres no podían protegerle, así que actuaste con la esperanza de que ella pudiese. Si yo realmente fuese alguien que tuviese la intención de hacerte daño, ella habría peleado para detenerme.

El niño alzó los ojos hacia la sonrisa de Kahlan.

—¿Lo habrías hecho?

—Sí, lo habría hecho. También yo creo en la nobleza de la vida.

Él la miró maravillado.

Kahlan meneó la cabeza despacio.

—Pero tu acto instintivo de buscar protección no te habría servido de nada si en su lugar hubieses buscado la protección de personas que viven según las enseñanzas equivocadas que repites. Esas enseñanzas condenan el instinto de conservación como una forma de odio. A tu pueblo lo están masacrando con la ayuda de sus propias creencias.

Él se mostró acongojado.

—Pero, yo no quiero eso.

—Tampoco lo queremos nosotros —repuso Kahlan, sonriendo—. Por eso vinimos, y por eso Richard tuvo que mostrarte que puedes conocer la verdad de la realidad y hacer lo que ayudará a sobrevivir.

—Gracias —le dijo a Richard.

Richard sonrió y acarició con ternura los cabellos rubios del niño.

—Siento haber tenido que asustarte para demostrarte que lo que decías en realidad no tenía ningún sentido. Necesitaba mostrarte que las palabras que te han enseñado no pueden serte de utilidad; no puedes vivir según ellas porque están desprovistas de realidad y de razón. A mí me das la impresión de ser un chico al que le importa vivir. Yo era así cuando tenía tu edad, y todavía lo soy. La vida es maravillosa; disfruta de ella, mira a tu alrededor con los ojos que tienes, y contéplala en toda su gloria.

—Nadie me ha hablado jamás sobre la vida de este modo. No veo gran cosa, tengo que estar dentro todo el tiempo.

—¿Sabes qué? A lo mejor, antes de que me vaya, te llevaré a dar un paseo por los bosques y te mostraré algunas de las maravillas del mundo que te rodea... los árboles y las plantas, los pájaros, a lo mejor incluso conseguiremos ver un zorro... y hablaremos más sobre las maravillas y la alegría de vivir. ¿Te gustaría eso?

El rostro del niño se iluminó con una amplia sonrisa.

—¿Harías eso por mí?

Richard sonrió con una de aquellas sonrisas que derretían el corazón de Kahlan y le pellizcó juguetonamente la nariz al niño.

—Claro.

Owen se adelantó y pasó los dedos con gesto afectuoso por los cabellos del niño.

—En una ocasión fui como tú... un Hombre Sabio... hasta que fui un poco más mayor de lo

que eres.

El muchacho alzó los ojos hacia él frunciendo el entrecejo.

—¿De veras?

Owen asintió.

—Por entonces pensaba que había sido elegido porque era especial y de algún modo sólo yo era capaz, de estar en íntima comunión con algún glorioso dominio de otro mundo. Creía que de mí manaba a borbotones gran sabiduría. Al mirar atrás, me avergüenza ver lo estúpido que fue todo ello. Me obligaron a escuchar lecciones. Jamás se me permitió ser un niño. Los grandes portavoces me alababan por repetir a otros las cosas que había oído, y cuando se las decía con gran desdén a la gente, ellos me decían lo sabio que era.

—También a mí —repuso el niño.

Richard se volvió hacia los hombres.

—A esto es a lo que vuestro pueblo se ha visto reducido como títere de sabiduría: a escuchar a un niño repitiendo expresiones sin sentido. Poseéis mentes para poder pensar y comprender el mundo que os rodea. Esta ceguera autoimpuesta es una siniestra traición a vosotros mismos.

Los hombres situados al frente, que Kahlan podía ver desde donde estaba sentada abrazando al muchacho, bajaron todas las cabezas, avergonzados.

—Lord Rahl tiene razón —dijo Anson—. Hasta hoy, jamás lo había puesto verdaderamente en duda ni pensado en lo estúpido que es en realidad.

Uno de los portavoz agitó el puño.

—¡No es estúpido!

Otro, el que tenía la barbilla afilada, se inclinó al frente y le arrebató a Anson el cuchillo de la funda que llevaba al cinto.

Kahlan apenas podía creer lo que acababa de ver. Pareció como si contemplara cómo una pesadilla se desarrollaba de improviso, una pesadilla que no era capaz de detener ni hacer que fuera más despacio. Pareció como si supiese lo que iba a suceder antes de verlo.

Con un grito enfurecido, el portavoz atacó de repente, apuñalando a Anson antes de que éste pudiese reaccionar. Kahlan oyó cómo la hoja golpeaba hueso. Impulsado por una cólera ciega, el portavoz echó con rapidez atrás el puño que sujetaba el ahora ensangrentado cuchillo para volver a apuñalar a Anson. El rostro de Anson se contorsionó por la sorpresa a la vez que éste se desplomaba.

Puntitos de luz, de velas reflejándose en la bruñida longitud de acero afilado como una cuchilla se desdibujaron en forma de listas cuando la espada de Richard centelleó por delante de Kahlan. Ya mientras la espada giraba en redondo, el excepcional tañido del metal en el momento de ser desenvainado acompañó al aterrador arco que describía. Impulsada por la formidable fuerza de Richard, la punta de la espada silbó en el aire. Mientras el brazo del portavoz alcanzaba la cúspide de su balanceo, y volvía a iniciar su mortífero viaje descendente, el arma de Richard se estrelló contra el costado del cuello del hombre y sin que pareciera perder velocidad desgarró carne y hueso, llevándose por delante la cabeza del hombre y un hombro junto con el brazo que sostenía en alto el cuchillo. El fulminante tajo arrojó chorros de sangre contra la pared de piedra de los cimientos del palacio.

Mientras la cabeza y el hombro con el brazo pegado a él del portavoz daban vueltas por los aires en una extraña y bamboleante espiral, el cuerpo cayó hecho un ovillo. La cabeza chocó contra el suelo con un escalofriante golpe sordo y rebotó sobre las alfombras, dejando un rastro de sangre mientras rodaba.

Richard hizo girar el arma a toda velocidad, dirigiéndola hacia la amenaza potencial de los otros portavoces. Kahlan apretó el rostro del niño contra su hombro, cubriéndole los ojos.

Algunos de los hombres se dejaron caer junto a Anson. Kahlan no sabía lo malherido que estaba... o si seguía vivo.

No muy lejos, la cabeza y el brazo ensangrentados del portavoz, muerto yacían ante una mesa cubierta de velas. El puño todavía sujetaba el cuchillo en el rigor de la muerte. La repentina carnicería que yacía ante todos ellos, la sangre que se extendía por el suelo, resultaba horripilante. Todo el mundo miraba fijamente en un silencio anonadado.

—La primera sangre derramada por vosotros grandes portavoces —dijo Richard con voz sosegada al grupito de encogidos portavoces—, no lo es contra aquellos que vienen a asesinar a vuestra gente, sino contra un hombre que no cometió ninguna violencia contra vosotros... uno de los vuestros que simplemente se alzó y os dijo que quería ser libre de la opresión del terror, libre para pensar por sí mismo.

Kahlan se puso en pie, y vio entonces que había mucha más gente en la habitación de la que había habido antes. Cuando Cara se abrió paso a través de la silenciosa multitud hasta llegar junto a Kahlan, Kahlan la tomó del brazo y se inclinó hacia ella.

—¿Quiénes son todas esas personas?

—Gente de la ciudad. Unos mensajeros les llevaron la noticia de que la ciudad de Witherton había sido liberada. Se enteraron de que nuestros hombres estaban aquí para ver al Hombre Sabio y quisieron presenciar lo que fuera a suceder. Las escaleras y pasillos que hay arriba están llenos de ellos, las palabras que se han pronunciado aquí abajo se han transmitido hacia arriba, a toda la multitud.

A Cara le preocupaba evidentemente estar lo bastante cerca como para proteger a Richard y

a Kahlan. Ésta sabía que a muchas de las personas las había influenciado lo que Richard había estado diciendo, pero en aquellos momentos no sabía lo que harían.

Los portavoces parecían haber perdido su convicción. No querían que se les asociase con el agresor. Uno de ellos finalmente abandonó a sus camaradas y fue hasta el niño que estaba de pie junto a la plataforma engalanada con cortinajes, y bajo el brazo protector de Kahlan.

—Lo siento —dijo al niño con voz sincera, y se volvió hacia la gente que observaba—. Lo siento. Ya no quiero seguir siendo portavoz. La profecía se ha cumplido; nuestra redención está cercana. Creo que haríamos bien en escuchar lo que estos hombres tienen que decir. Creo que me gustaría vivir sin el temor de que los hombres de la Orden vayan a asesinarnos a todos.

No se oyeron aclamaciones, ni una ovación desenfrenada, sino, más bien, un silencioso acuerdo, pues Kahlan vio que todos asentían con lo que parecía la esperanza de que su deseo secreto de verse libres de la brutalidad de la Orden Imperial no fuese un pensamiento secreto y pecaminoso después de todo, sino lo más correcto.

Richard se arrodilló junto a Owen mientras un par de hombres se ataban una tira de tela alrededor del brazo superior de Anson. Éste estaba sentado en el suelo. Tenía todo el brazo empapado en sangre, pero parecía que el vendaje reducía la hemorragia. Kahlan suspiró aliviada al ver que Anson estaba vivo y que la herida no era grave.

—Parece que habrá que coserla —dijo Richard.

Algunos de los hombres asintieron. Un anciano se abrió paso entre la multitud y se adelantó.

»Yo hago tales cosas. También tengo hierbas con las que preparar un emplasto.

—Gracias —dijo Anson mientras sus amigos lo ayudaban a levantarse.

Parecía mareado y los hombres tuvieron que sostenerlo. Una vez seguro de poderse mantener en pie, el herido se volvió hacia Richard.

—Gracias. lord Rahl, por responder a la llamada de la oración que pronuncié: «Amo Rahl, protégenos».

»Jamás pensé que sería el primero en sangrar por lo que hemos decidido a hacer, o que la sangre la derramaría uno de los nuestros.

Richard palmeó con suavidad a Anson en la parte posterior del hombro bueno, mostrando su agradecimiento.

Owen paseó la mirada por la multitud.

—Creo que todos hemos decidido volver a ser libres. —Cuando el gentío asintió para

confirmarlo, Owen volvió la cabeza hacia Richard—. ¿Cómo nos desharemos de los soldados de Northwick?

Richard limpió la hoja de la espada en el pantalón del portavoz muerto. Alzó la mirada hacia la multitud.

—¿Alguna idea de cuántos soldados hay aquí, en Northwick?

No había ira en la voz. Kahlan había visto, desde el momento en que él había desenvainado la espada, que en sus ojos había estado ausente la magia que acompañaba a la *Espada de la Verdad*. No había ninguna chispa de la cólera de la espada en los ojos del Buscador, ninguna magia danzaba peligrosamente en ellos, no había furia en su porte. Simplemente había hecho lo que era necesario para detener la amenaza. Si bien era un alivio que hubiese tenido éxito al instante, era de lo más preocupante que la magia de la espada no hubiese surgido.

Lo que siempre había estado allí para ayudarlo al parecer le había fallado. Aquella ausencia de la magia de la espada dejó a Kahlan sumida en una gélida aprensión.

Las personas de la multitud se miraron entre sí y luego hablaron de cientos de hombres de la Orden que habían visto. Uno dijo que había varios miles.

Una mujer de más edad alzó la mano.

—No tanto, pero se acerca a eso.

Owen se volvió hacia Richard.

—Eso son muchos soldados para que nos enfrentemos a ellos.

Puesto que no había estado nunca en una auténtica batalla, no tenía ni idea de cómo era. Richard no pareció oír a Owen. Deslizó la espada de vuelta en el interior de la vaina oculta bajo la capa negra.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a la mujer.

—Soy una de las personas que ayuda a preparar sus comidas.

—¿Te refieres a que vosotros cocináis para los soldados?

—Sí —dijo la anciana—, no desean hacerlo por sí mismos.

—¿Cuándo tenéis que volver a cocinar?

—Tenemos grandes marmitas que estamos empezando a tener listas para la comida de mañana. Nos lleva toda la noche preparar el estofado de su cena. Además de eso, también tenemos que trabajar toda la noche preparando panecillos, huevos y gachas para su comida

de la mañana.

Kahlan imaginó que los soldados estarían probablemente satisfechos de tener a su disposición tal provisión de esclavas dóciles. Richard efectuó un corto paseo entre ella y Owen. Se pellizcó el labio inferior mientras consideraba el problema. Con una fuerza propia tan reducida, casi dos mil hombres armados eran muchos para enfrentarse a ellos, en especial teniendo en cuenta lo inexpertos que eran los bandakarianos. Kahlan pudo darse cuenta de que Richard tramaba algo.

Este agarró el brazo del hombre de más edad que apretaba el vendaje alrededor de la herida de Anson.

—Dijiste que tenías hierbas. ¿Entiendes de tales cosas?

El hombre se encogió de hombros.

—No gran cosa, justo lo suficiente para preparar remedios sencillos.

Kahlan se desanimó. Había pensado que quizás aquel hombre podría saber algo sobre cómo preparar más antídoto.

—¿Tienes muguete, adelfa, tejo, acónito, cicuta?

El hombre pestañeó sorprendido.

—Son bastante comunes, imagino, en especial al norte, en las zonas de bosques.

Richard se giró hacia sus hombres.

—Debemos eliminar a los hombres de la Orden. Cuanto menos tengamos que combatir mucho mejor.

»Ahora que aún está oscuro, saldremos de la ciudad y reuniremos las cosas que nos hacen falta. —Alzó una mano en dirección a la mujer que había comentado que cocinaba para los soldados—. Muéstranos dónde vais a cocinar toda la comida de mañana. Os traeremos unos cuantos ingredientes extra.

»Con lo que pongamos en el estofado, los soldados se pondrán terriblemente enfermos en unas horas. Pondremos cosas distintas en marmitas distintas, así los síntomas serán diferentes, para ayudar a crear confusión y pánico. Si conseguimos poner suficiente veneno en el estofado, la mayoría morirá en cuestión de horas, padeciendo de todo, desde debilidad y parálisis a convulsiones.

»Entrada la noche, entraremos y acabaremos con cualquiera que aún no esté muerto, o que pueda no haber comido. Si nos preparamos con cuidado, Northwick quedará libre de la Orden sin que tengamos que pelear contra ellos. Finalizará rápidamente, sin que ninguno de nosotros salga herido.

La habitación permaneció en silencio por un instante; entonces Kahlan vio aparecer sonrisas entre la gente. Un rayo de luz había penetrado en sus vidas.

Con la embriagadora idea de una libertad inmediata, algunos empezaron a llorar a la vez que de improviso sentían la necesidad de ofrecer breves relatos sobre aquellos que amaban que habían sido violados, torturados, llevados a otra parte o asesinados.

Ahora que a aquellas personas se les había dado una oportunidad de vivir, ninguna quería volver atrás. Veían la salvación, y estaban dispuestas a hacer lo que tuviera que hacerse para obtenerla.

—Esto destruirá nuestro modo de vida —dijo alguien, no con amargura, sino con voz maravillada.

—La redención está cercana —añadió otra persona de la multitud.

20

De pie, bajo polvorientos haces de luz del atardecer, Zedd osciló sobre sus pies mientras aguardaba no lejos de la tienda en la que la hermana Tahirah acababa de introducir una pequeña caja. Mientras ella estaba dentro sacando el contenido con cuidado y preparando el objeto mágico para ser inspeccionado, los guardias permanecían a poca distancia, charlando entre ellos sobre sus posibilidades de obtener cerveza aquella noche. No se podía decir que les preocupase que un anciano flacucho con un rada'han alrededor del cuello y los brazos encadenados a la espalda pudiera provocarles algún problema o salir huyendo.

Zedd aprovechó la oportunidad para recostarse contra la rueda trasera del carro. Sólo quería que le permitiesen acostarse en el suelo y dormir. Con disimulo, miró por encima del hombro a Adie, la mujer le dedicó una breve sonrisa valerosa.

El carro en el que se apoyaba estaba repleto de objetos saqueados del Alcázar que todavía había que identificar. Por todo lo que Zedd sabía, podía estar recostado en un carromato repleto de magia sencilla pensada para entretener y enseñar a niños, o algo tan poderoso que le entregaría la victoria a Jagang en un instante.

Algunos de los objetos traídos del Alcázar le eran desconocidos a Zedd. Habían estado encerrados tras barreras que él nunca había podido franquear. Incluso cuando él era niño los ancianos magos del Alcázar habían sido incapaces de llegar a lo que se ocultaba detrás de muchas de las barreras.

Pero a los hombres que habían asaltado y tomado el Alcázar del Hechicero no les afectaba la magia y al parecer no tenían problemas para atravesar las barreras que habían estado allí durante miles de años. Todo lo que Zedd sabía había sido puesto patas arriba. En algunos aspectos, parecía que aquello era no tan sólo el fin del Alcázar del Hechicero tal y como había sido pensado y concebido, sino el final de un modo de vida, y la muerte de una era.

Los objetos traídos del Alcázar que Zedd había identificado hasta el momento no eran de gran valor para Jagang en lo referente a ganar la guerra. Había unas pocas cosas, ya de vuelta en cajones protectores, que eran un misterio para Zedd; por lo que él sabía, podían ser sumamente peligrosas. Deseó que todas ellas pudiesen ser destruidos antes de que una de las Hermanas de las Tinieblas descubriera cómo usarlas para causar estragos.

Alzó la vista al ver que uno de los soldados de élite protegidos con cuero y cota de malla se detenía no muy lejos, la atención puesta en algo. En la oreja derecha tenía una gran muesca en forma de «V» que recordaba el modo en que algunos granjeros marcaban a sus cerdos. Aunque llevaba el mismo equipo que el resto de los soldados de élite, las notas no eran iguales. Zedd vio, cuando el hombre miró a su alrededor, que su ojo izquierdo no se abría tanto como el derecho, pero entonces el hombre se marchó para unirse a los grupos de soldados que patrullaban.

Mientras observaba las continuas idas y venidas de la multitud de soldados, Hermanas y otras personas que pasaban por su lado, Zedd siguió teniendo las desconcertantes visiones de gente de su pasado. Resultaba desalentador padecer tales ilusiones... alucinaciones generadas por una mente que por falla de sueño, y tal vez por la constante tensión. Los rostros de algunos de los guardias de élite resultaban inquietantemente familiares. Imaginó que había estado viendo a los hombres durante días y ya le empezaban a resultar conocidos.

A lo lejos vio pasar a una Hermana que se parecía a alguien que conocía. Probablemente se había encontrado con ella recientemente, eso era todo. Había conocido a diversas Hermanas, y jamás fue agradable. Zedd se amonestó diciéndose que debía intentar no perder la cabeza.

Una de las niñas que estaba no muy lejos, a la que mantenía prisionera un enorme guardia que la vigilaba de cerca, observaba a Zedd con atención y cuando éste alzó la mirada hacia ella, le sonrió. A él le pareció la cosa más extraña que una criatura asustada —en medio de tal caos de soldados, prisioneros y actividad militar— podía hacer. Supuso que una criatura así no era posible que pudiese comprender que estaba allí para ser torturada, si era necesario, para asegurarse de que Zedd contaba todo lo que sabía. Apartó la mirada de la larga melena rubia que le descendía por los hombros, del hermoso y curiosamente familiar rostro. Aquello era demencial... en más de un sentido.

La Hermana de nariz ganchuda salió de la tienda.

—Traedlos dentro —ordenó con brusquedad.

Los cuatro guardias se pusieron en acción al instante, dos agarrando a Adié, los otros dos a Zedd. Los hombres tenían suficiente corpulencia como para que el peso de Zedd fuese algo trivial para ellos. El modo en que lo sostuvieron en alto por los brazos impidió que la mitad de sus pasos tocaran el suelo. Tiraron de él al interior de la tienda, le hicieron ir hasta la mesa, le dieron la vuelta y lo soltaron sobre la silla con tal fuerza que se quedó sin aire en los pulmones.

Zedd cerró los ojos a la vez que hacía una mueca de dolor. Deseó que se limitasen a matarlo y así no tuviera que volver a abrir los ojos nunca más. Pero cuando lo matasen, enviarían su cabeza a Richard. Zedd detestaba pensar en la angustia que ello le causaría.

—¿Bien?-inquirió la hermana Tahirah.

Zedd abrió los ojos e inspeccionó el objeto colocado ante él en el centro de la mesa.

Contuvo el aliento.

Pestañeó ante lo que veía, demasiado atónito para soltar el aire.

Era magia construida, un hechizo de crepúsculo.

Zedd tragó saliva. Indudablemente, ninguna de las Hermanas lo había abierto. No, no podían haberlo abierto. Él no estaría sentado allí si lo hubiesen hecho.

Ante él, sobre la mesa, descansaba una caja pequeña, del tamaño de la mitad de su palma. La caja tenía la forma de la mitad superior de un sol estilizado; la mitad de un disco con seis afilados rayos saliendo de él, pensado para representar al sol poniéndose en el horizonte. La caja estaba barnizada de un amarillo brillante. Los rayos también eran amarillos, pero con líneas de color naranja, verde y azul a lo largo de los bordes.

—¿Bien? —repitió la hermana Tahirah.

—Ahh...

La mujer miraba su libro, no la pequeña caja amarilla.

—¿Qué es?

—No... no estoy seguro de recordarlo —dijo él, dando largas.

La Hermana no estaba de humor.

—¿Quieres qué...?

—Ah, sí —dijo él, intentando parecer indiferente—, ahora lo recuerdo. Es una caja con un hechizo que emite una musiquita.

Esa parte era cierta. La Hermana seguía leyendo su libro, Zedd echó una ojeada atrás a Adie sentada en el banco. Pudo ver en los ojos de la anciana que ésta sabía por su comportamiento que algo sucedía. Esperó que la Hermana no pudiera detectar lo mismo.

—Es una caja de música, entonces —murmuró la hermana Tahirah, más interesada en su catálogo de magia.

—Sí, eso es. Una caja que contiene un hechizo que reproduce música. Cuando retiras la tapa, suena una melodía.

El sudor le goteaba por el cuello, descendiendo entre los omóplatos. Zedd tragó saliva e intentó impedir que su temblor se refléjara en la voz.

—Saca la tapa... y lo verás.

Ella atisbó con suspicacia por encima de la parte superior del libro.

—Saca tú la tapa.

—Bueno... no puedo. Tengo las manos encadenadas a la espalda.

—Usa los dientes.

—¿Los dientes?

La Hermana usó el extremo posterior de su pluma para empujar la caja amarilla en forma de medio sol más cerca de él.

—Sí, usa los dientes.

El ya había contado con su suspicacia, pero no se atrevió a exagerar. Movié la lengua en la boca, intentando con desesperación obtener algo de saliva. La sangre sería mejor, pero sabía que si se mordía el interior del labio la Hermana sospecharía. La sangre era un catalizador demasiado corriente.

Antes de que la Hermana se mostrara recelosa. Zedd se inclinó al frente e intentó estirar los labios alrededor de la caja. Se esforzó por colocar los dientes inferiores en la parte inferior del sol y los dientes superiores enganchados a un afilado rayo. La caja era un pelín demasiado grande. Con una mano en la parte posterior de la cabeza de Zedd, la hermana Tahirah lo empujó hacia abajo. Eso era todo lo que necesitaba y capturó la tapa con los dientes.

Alzó la tapa, pero toda la caja se levantó de la mesa. Sacudió la cabeza y, por fin, la parte superior se soltó. Depositó la tapa a un lado.

Un conjuro de crepúsculo tenía que ser activado por un mago que el Hechizo reconociera. Rápidamente, antes de que ella viese lo que hacía, dejó caer un poco de saliva dentro de la caja para activar el hechizo.

Zedd sintió una sensación de vértigo al iniciarse la música. Todavía era viable. Echó una ojeada a través de la estrecha rendija del faldón de la tienda. El sol se pondría pronto.

Deseó incorporarse de un salto y danzar al compás de la alegre melodía. Deseó lanzar un hurra. Incluso a pesar de que no le quedaba mucho tiempo de vida, se sentía igualmente

jubiloso. La terrible experiencia casi había finalizado. Dentro de poco, todos los objetos mágicos robados serían destruidos, y él estaría muerto. Jamás le sacarían nada. No traicionaría a su causa.

Le dolía que las familias capturadas que estaban usando para ayudar a obtener su cooperación también murieran, pero al menos ya no tendrían que padecer más..Sintió una repentina punzada de tristeza al pensar que Adie moriría, también. Odiaba esa idea casi tanto como el pensar en que la mujer pudiera sufrir.

La Hermana alargó la mano y volvió a colocar la tapa en su lugar.

—Muy bonito.

La música se detuvo. No importaba, sin embargo. El hechizo había sido activado. La música era simplemente la confirmación... y una advertencia para que uno se pusiese fuera de su alcance.

No importaba.

La hermana Tahirah recogió la caja amarilla de la mesa.

—Voy a poner esto de vuelta en su caja. —Se inclinó en dirección a Zedd—. Mientras estoy fuera, haré que los guardias traigan a la siguiente niña y te dejen echarle un buen vistazo, para que puedas pensar en lo que esos hombres de la tienda contigo le van a hacer... sin una vacilación... si das largas y nos haces perder el tiempo de este modo otra vez.

—Pero yo...

Sus palabras se interrumpieron cuando ella usó el rada'han que le rodeaba el cuello para enviar una descarga de dolor punzante desde la base del cráneo a las caderas. Archeó la espalda mientras lanzaba un grito, perdiendo casi la consciencia. Se desplomó de vuelta en el asiento, con la cabeza colgando hacia atrás, incapaz de alzarla por el momento.

—Venid conmigo —dijo la hermana Tahirah a los guardias—. Necesito algo de ayuda. El guardia que traiga a la siguiente criatura puede vigilarlos unos minutos.

Jadeando por el persistente dolor, con los ojos llenándosele de lágrimas, Zedd clavó la mirada en el techo de la tienda. Vio luz al abrirse el faldón. Unas sombras pasaron ante la lona cuando la Hermana y los cuatro hombres marcharon y ella hizo entrar al guardia con la criatura. Zedd mantuvo la vista en el techo, no queriendo contemplar el rostro de otro niño.

Finalmente, recuperado del ataque de dolor, se sentó erguido.

Uno de los enormes guardias de élite, ataviado con las acostumbradas protecciones de cuero, cota de malla y un amplio cinto que sujetaba varias armas, se colocó a un lado con una niña rubia sujeta ante él. Era la niña que le había sonreído. Zedd cenó los ojos por un

momento con la zozobra de lo que le harían a aquella pobre criatura que le recordaba tanto a alguien que conocía.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella volvió a sonreír. Luego guiñó un ojo.

Zedd pestañeó. Ella alzó el vestido floreado que llevaba justo lo suficiente para que Zedd viera dos cuchillos atados a cada uno de los muslos. Pestañeó otra vez ante lo que vela. Alzó los ojos hacia el rostro sonriente de la niña.

—¿Rachel...? —musitó.

La sonrisa de la pequeña se ensanchó en una sonrisa radiante.

Zedd alzó la mirada hacia el rostro del hombretón que montaba guardo detrás de ella.

—Queridos espíritus... —musitó.

Era el guardián del límite.

—He oído que te has metido en un pequeño lio —dijo Chase.

Por un instante, Zedd pensó que era seguro que veía cosas imaginarias. Entonces comprendió por qué Rachel le resultaba tan familiar, y sin embargo distinta; tenía más de dos años y medio más que la última vez que la había visto. Los cabellos rubios, en el pasado muy cortos, eran ahora largos. Tenía que ser casi treinta centímetros más alta.

Chase introdujo los pulgares tras el amplio cinturón de cuero.

—Adié, sensata como eres, imagino que tuvo que ser Zedd quien te metiera en este aprieto.

Zedd miró por encima del hombro. Adie mostraba una hermosa y llorosa sonrisa. No podía recordar la última vez que la había visto sonreír.

—Él no hace más que causar problemas —dijo la mujer al guardián del límite.

Habían transcurrido dos años y medio desde la última vez que había visto a Chase. El guardián del límite era un viejo amigo. Era uno de los que los habían llevado a conocer a Adie por aquel entonces de modo que ella pudiese mostrar a Richard el camino para cruzar el límite antes de que Rahl el Oscuro lo hubiese echado abajo. Chase era mayor que Richard, pero uno de sus amigos más queridos y de confianza.

—Un guardián del límite más anciano. Friedrich, vino en mi busca —explicó Chase—. Dijo que «lord Rahl» lo habla enviado al Alcázar para advertirte de algún problema. Dijo que Richard le había hablado de mí, y puesto que tú no estabas y el Alcázar había sido capturado, vino a la Tierra Occidental a buscarme. Los guardianes del límite siempre pueden tomar unos con otros.

»Rachel y yo decidimos venir para sacar tu escuálido pellejo del fuego.

Zedd echó una ojeada a la luz del sol que penetraba por la estrecha abertura de la tienda.

—Tenéis que salir de aquí. Antes de que se ponga el sol... o moriréis. Deprisa, salid de aquí mientras podéis.

Chase enarcó una ceja.

—He recorrido todo este trecho hasta aquí y no pienso marcharme sin ti.

—Pero no lo comprendes...

Un cuchillo asomó a través de un costado de la tienda y abrió una rendija en la lona. Uno de los guardias de élite se abrió paso por la abertura. Zedd se lo quedó mirando atónito. El hombre resultaba familiar, pero había algo en él que no era como debía.

—¡No! —gritó Zedd a Chase cuando el hombretón fue a coger el hacha que llevaba colgada a la cadera.

—Quédate dónde estás —dijo a Chase el hombre que habla entrado por la hendidura abierta en el lateral de la tienda—. Hay un soldado justo fuera que te atravesará con una espada si te mueves.

—¿Capitán Zimmer? —dijo Zedd, quedándose boquiabierto.

—Desde luego. He venido a sacarte de aquí.

—Pero, pero, tienes el cabello negro.

El capitán le lanzó una de sus contagiosas sonrisas.

—Hollín. No es una buena idea tener los cabellos rubios en medio del campamento de Jagang. He venido a rescataros.

Zedd se sentía incrédulo.

—Pero todos vosotros tenéis que salir de aquí. Deprisa, antes de que el sol se ponga. ¡Marchaos!

—¿Tienes más hombres? —preguntó Chase al capitán.

—Un puñado. ¿Quién eres tú?

—Un viejo amigo —le dijo Zedd—. Ahora, escuchad...

En ese momento, gritos y exclamaciones llegaron del exterior. El capitán Zimmer corrió a

la abertura de la tienda. Un hombre asomó la cabeza al interior.

—No somos nosotros —dijo en respuesta a la pregunta no formulada del capitán.

A lo lejos, Zedd pudo oír gritos de «¡Asesino!»

El capitán Zimmer corrió a colocarse detrás de Zedd e hizo girar una llave en las esposas. Estas se abrieron y los brazos de Zedd quedaron repentinamente libres. El capitán corrió a liberar los de Adié mientras ésta se ponía ya en pie y giraba de espaldas a él.

—Parece que es nuestra oportunidad —dijo Rachel—. Usemos la conmoción para sacarte de aquí.

—El cerebro del grupo —dijo Chase con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo primero que Zedd hizo cuando sus brazos quedaron libres fue caer de rodillas y abrazar a la niña. Las palabras no le salían, pero no eran necesarias. Sentir los brazos larguiruchos de ésta alrededor del cuello era mejor que cualquier palabra.

—Te he echado de menos, Zedd —le susurró ella al oído.

Fuera de la tienda, reinaba el caos. Se gritaban órdenes, los hombres corrían, y a lo lejos resonaba el entorchocar del metal.

La Hermana irrumpió de nuevo en la tienda. Vio a Zedd libre e inmediatamente lanzó un rayo de poder a través del collar. La sacudida lo tumbó en el suelo.

Justo entonces, una segunda Hermana joven y rubia con un vestido de lana de un deslucido color marrón entró a la carga por detrás de la hermana Tahirah. La hermana Tahirah giró en redondo. La segunda Hermana le asestó un puñetazo con tal fuerza que casi derribó a la mujer, pero ésta, sin perder un instante, liberó un rayo de poder que iluminó el interior de la tienda con un cegador relámpago. En lugar de hacer saltar por los aires a la segunda Hermana, de vuelta al exterior por la entrada de la tienda, como Zedd había esperado, la hermana Tahirah lanzó un grito y cayó al suelo hecha un ovillo.

—¡Te atrape! —gruñó la segunda Hermana a la vez que plantaba una bota sobre el cuello de la hermana Tahirah, manteniendo a esta contra el suelo.

Zedd pestañeó atónito.

—¿Rikka?

Rikka giraba ya, empuñando el agiel. Lo sostuvo en dirección a Chase.

—¿Rikka?

Preguntó el capitán Zimmer desde el otro extremo de la tienda, con voz sobresaltada, no tan

sólo al ver de quien se trataba, sino tal vez al ver a una mord-sith con la trenza deshecha y los rubios cabellos ondeando sueltos.

—¿Zimmer? —Contempló sus cabellos negros con el entrecejo fruncido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Qué haces tú aquí! —Señaló el vestido de la mord-sith—. ¿Qué llevas puesto?

Rikka le dedicó aquella sonrisa perversa suya.

—El vestido de una Hermana.

—¿Hermana? —preguntó Zedd—. ¿Qué Hermana?

Rikka se encogió de hombros.

—Una que no quería renunciar a su vestido. Todo el asunto le hizo perder la cabeza —Con el índice y el pulgar Rikka estiró hacia fuera el labio inferior—. ¿Veis? También le cogí prestado el aro. Ensanché la abertura y lo colgué aquí, para poder parecer una Hermana auténtica.

Rikka levantó a la hermana Tahirah por los cabellos y la empujó hacia Adie.

—Quítale esa cosa del cuello.

—No haré tal...

Rikka apretó el agiel bajo la barbilla de la Hermana. Brotó sangre del labio inferior. La Hermana empezó a ahogarse mientras jadeaba presa de terrible dolor.

—He dicho que le quitases esa cosa a Adie del cuello. Y no vuelvas a ponerme objeciones jamás.

La hermana Tahirah avanzó apresuradamente hacia Adie para hacer lo que la mord-sith había ordenado.

Chase se puso en jarras mientras dirigía una mirada fulminante a Zedd, que seguía en el suelo.

—¿Y qué es lo que debemos hacer ahora... sacar pajitos para ver quién debe rescatarte?

—¡Córcholis! ¿Es que nadie escucha? ¡Todos vosotros tenéis que salir de aquí!

Rachel agitó un dedo ante Zedd.

—Vamos, Zedd, sabes que se supone que no debes decir palabrotas delante de niños.

Farfullando contrariado, Zedd se quedó mirando a Chase boquiabierto.

—Lo sé —dijo el guardián del límite con un suspiro—. También ha sido toda una prueba para mí.

—¡El sol está a punto de ponerse! —rugió Zedd.

—Sería mejor si pudiésemos demorarnos hasta que lo hiciese —dijo el capitán Zimmer—. Sería más fácil salir del campamento en la oscuridad.

Un zumbido inundó la tienda, haciendo vibrar el aire, y a continuación se oyó un repentino chasquido metálico, Adié lanzó una exclamación de alivio cuando el collar se desprendió.

—¿Es que nadie escucha? —Zedd se incorporó apresuradamente y agitó los puños—. ¡He puesto en marcha un hechizo de crepúsculo!

—¿Un qué?—preguntó Chase.

—Un hechizo de crepúsculo. Es un dispositivo de protección procedente del Alcázar. Es una especie de escudo. Cuando reconoce que se están violando otros escudos y se están cogiendo objetos protegidos, se infiltra entre los objetos protegidos. Cuando un ladrón lo abre para ver qué es, activa el hechizo. Con la primera puesta de sol el hechizo se pone en marcha y destruye todo lo que ha sido expoliado.

La hermana Tahirah agitó un puño en su dirección.

—¡Idiota!

Rikka agarró a Zedd del brazo.

—Entonces pongámonos en marcha.

Chase agarró el otro brazo de Zedd y tiro hacia atrás del mago.

—Espera un momento.

Zedd desasíó violentamente ambos brazos y señaló fuera, por la raja en el costado de la tienda, el sol que se ponía.

—Disponemos apenas de unos instantes antes de que este lugar sea una bola de fuego.

—¿Una bola de fuego de qué tamaño? —preguntó el capitán Zimmer.

Zedd alzó las manos al cielo.

—Matará a miles. No destruirá el campamento ni mucho menos, pero toda esta zona va a

quedar arrasada.

Todo el mundo empezó a hablar, pero Chase les hizo callar a todos con una furiosa orden.

—Ahora escuchadme. Si damos la impresión de estar huyendo, nos cogerán. Capitán, tú y tus hombres venid conmigo. Fingiremos que Zedd y Adié son nuestros prisioneros. Rachel, también..., así es como entré aquí; descubrí que tenían prisioneros a niños. —Hizo un ademán en dirección a Rikka y la hermana Tahirah—. Ellas parecerán Hermanas a cargo de los prisioneros, junto con nosotros haciendo de guardias.

—¿Quieres que te quiten eso del cuello primero? —preguntó Rikka a Zedd.

—No hay tiempo para eso ahora. Marchémonos.

Adié agarró el brazo de Zedd.

—No.

—¡Que!

—Escúchame, anciano. Hay muchas familias y niños en las tiendas que tenemos alrededor. Morirán. Márchate tú. Ve al Alcázar. Yo sacaré a la gente inocente de aquí.

A Zedd no le gustó la idea, pero discutir con Adié era perder el tiempo, y además, no disponían de él.

—Nos dividimos, entonces —dijo el capitán Zimmer—. Mis hombres y yo haremos de guardias y sacaremos a los hombres, mujeres y niños de aquí, de vuelta a nuestras líneas, junto con Adié.

Rikka asintió.

—Di a Verna que me soy con Zedd para recuperar el Alcázar. Necesitará a una mord-sith que impida que se meta en líos.

Todo el mundo miró a su alrededor para ver si habría alguna discusión. Nadie dijo nada. De improviso parecía decidido.

—Hecho —dijo Zedd.

Rodeó con sus brazos a Adié y la besó en la mejilla.

—Ten cuidado. Di a Verna que voy a recuperar el Alcázar. Ayúdala a defender los pasos.

Adié asintió.

—Ten cuidado. Escucha a Chase... es una buena persona, ha venido de muy lejos a por ti.

Zedd sonrió y luego lanzó una exclamación ahogada cuando Chase le agarró de la túnica y tiró de él fuera de la tienda.

—El sol se pone... salgamos de aquí. Recuerda, eres nuestro prisionero.

—Conozco el papel —rezongó él mientras era arrastrado fuera de la tienda como un saco de grano.

Sonrió cuando Adié, alejándose ya a toda prisa, miró por encima del hombro una última vez. Ella le devolvió la sonrisa, y luego desapareció.

—¡Aguarda! —exclamó Zedd.

Introdujo a toda prisa un brazo en uno de los carros y sacó algo que no quería que fuese destruido. Lo deslizó dentro de un bolsillo.

—De acuerdo, vámonos.

Fuera de la tienda, el campamento era un caos. Guardias de élite, en un estado de alerta máxima y con las armas en la mano, pasaban corriendo en dirección a las tiendas de mando. Otros hombres corrían al círculo de barricadas. Trompetas hacían sonar alarmas y enviaban mensajes cifrados que dirigían a los hombres a tareas concretas. Zedd temió que alguien detuviera a su pequeño grupo y lo retuviera para interrogarlos.

En lugar de esperar a que eso sucediera, Chase alargó la mano y agarró a un soldado que pasaba corriendo.

—¿Que sucede? ¡Proporcionadme algo de protección para estos prisioneros hasta que pueda llevarlos a un lugar seguro! ¡El emperador querrá nuestras cabezas si permitimos que vuelvan a recuperarlos!

El soldado se apresuró a reunir a una docena de hombres y rodearon a Rikka, la hermana Tahirah, Chase, Rachel y Zedd. Rachel resultaba muy convincente con sus chillidos asustados. Para dar más énfasis. Chase de cuando en cuando la zarandeaba y le chillaba que callase.

Zedd echó un vistazo a sus espaldas, viendo que el sol tocaba el horizonte. Gruñó a Rikka, que iba por delante, que apretara el paso.

Al llegar a las barricadas, guardias malhumorados les echaron una cuidadosa mirada mientras se acercaban y luego abrieron las filas. Impedían que nadie entrara, y se sintieron momentáneamente confusos ante tal compañía de sus propios hombres con prisioneros dirigiéndose al exterior. Uno de los soldados decidió salirles al paso e interrogarles.

Chase lo detuvo alargando el brazo.

—¡Idiota! ¡Fuera del paso! ¡Órdenes del emperador!

El hombre frunció el entrecejo mientras contemplaba fijamente a la procesión que pasaba como una exhalación por su lado. Mientras consideraba qué hacer, ellos ya habían pasado y desaparecido, engullidos por el campamento.

En unos instantes, estuvieron fueran del núcleo central del campamento. Al poco, soldados regulares, al ver a Rikka encabezando la marcha, avanzaron para cerrarles el paso. Para una mujer hermosa, andar por allí, entre soldados regulares, significaba buscarse un buen lío, y con la confusión que los hombres veían en la zona de mando, creyeron que tenían una oportunidad mientras los que mandaban andaban ocupados. Rikka y Chase mantuvieron al pequeño grupo moviéndose a paso rápido. Los sonrientes soldados cerraron filas, impidiendo el paso. Uno de los hombres, al que le faltaban dos dientes, dio un paso por delante de sus hombres. Con un pulgar introducido tras el cinto, alzó la otra mano.

—Un momento. Creo que a las señoras les gustarla quedarse de visita.

Sin detenerse, Rachel alargó la mano bajo el dobladillo del vestido y sacó un cuchillo. No aminoró el paso ni miró atrás mientras lanzaba el cuchillo rápidamente por encima del hombro. Con un grácil movimiento, sin perder el paso. Chase atrapó el cuchillo por la punta y lo arrojó contra el hombre desdentado. Con un golpe sordo, el cuchillo se clavó hasta la empuñadura en la frente del soldado.

Mientras él caía, Rachel pasó un segundo cuchillo por encima del hombro. Chase lo cogió y lo lanzó. Mientras el segundo hombre se retorció cayendo al suelo, muerto, el resto retrocedió para dejar que el pequeño grupo, que seguía adelante, pasara entre ellos. Las peleas mortales dentro del campamento de la Orden Imperial no eran una rareza.

Guardias de élite o no, los soldados se sentían seguros es su superioridad numérica y, con una mujer hermosa entre ellos, seguros de lo que quedan. Los hombres que tenían alrededor se aproximaron.

Zedd echó una veloz mirada atrás.

—¡Ahora! ¡Al suelo!

Rikka, Chase, Rachel y Zedd se dejaron caer a tierra.

Por un momento, todos los que estaban de pie junto a ellos se quedaron paralizados, mirándolos sorprendidos. Los soldados que los acompañaban, con las armas desenvainadas ya para la pelea que esperaban, también se detuvieron y permanecieron inmóviles, llenos de perplejidad.

La hermana Tahirah vio su oportunidad y chilló:

—¡Socorro! Estas personas están...

El mundo se encendió con una brillante luz blanca.

Un instante después una explosión atronadora estremeció el suelo. Una barrera de escombros le siguió, empujada por un estampido sonoro.

Los hombres salieron despedidos por los aires. Algunos fueron abatidos por los restos que volaban por todas partes. Los guardias de élite que los hablan escoltado rodaron por los aires, por encima de Zedd.

La hermana Tahirah estaba de cara al fogonazo. Una rueda de carro salió disparada hacia ellos a una velocidad vertiginosa, alcanzando a la mujer a la altura del pecho y partiéndola en dos. La ensangrentada rueda siguió adelante, por los aires, sin que su velocidad se viese mermada. Los restos destrozados de la Hermana salieron despedidos por todo el terreno junto con los cuerpos de innumerables hombres.

Mientras la explosión a su espalda seguía retumbando, los alaridos de hombres muy malheridos se alzaron en medio de aquellas luces de luz del atardecer que aún persistían.

Zedd deseó de todo corazón que Adie hubiese podido escapar.

Chase agarró la túnica de Zedd por un hombro y lo izó en pie a la vez que recogía a Rachel con el otro brazo. Rikka sujetó la túnica de Zedd por el otro hombro y tiró de él hacia delante. Juntos, los dos salvadores de Zedd marcharon a la carrera con él al interior de la carnicería.

Rachel ocultó el rostro en el hombro de Chase.

Zedd estaba a punto de preguntar a Chase por qué demonios quería enseñar a una niña a lanzar cuchillos cuando recordó que él mismo había sido quien en una ocasión había ordenado a Chase la tarea de enseñarle todo lo que el guardián del límite sabía.

Rachel era una persona especial. Zedd había querido que estuviese preparada para lo que la vida pudiera reservar.

—Deberías haberme dejado que hiciese que la Hermana te quitase ese collar cuando tuvimos la oportunidad —dijo Rikka mientras corrían.

—Si hubiésemos dedicado ese tiempo a hacerlo —respondió Zedd—, habríamos estado ahí atrás y nos habría atrapado la bola de fuego.

—Supongo que sí —repuso ella.

Mientras aminoraban el paso un poco para recuperar el aliento, pasaron hombres corriendo en todas direcciones. En la confusión y el desorden, nadie advirtió que los cuatro estaban consiguiendo escapar. Mientras se abrían paso a toda velocidad por el inmenso campamento de la Orden Imperial. Zedd rodeó los hombros de Rikka con un brazo y la acercó a él.

—Gracias por venir a salvarme la vida.

Ella le dedicó una sonrisa maliciosa.

—No iba dejarte con esos cerdos,..., después de todo lo que has hecho por nosotros. Además, lord Rahl tiene a Cara protegiéndolo; seguro que querría que una mord-sith protegiera a su abuelo también.

Zedd había estado en lo cierto. El mundo estaba patas arriba.

—Tenemos caballos y provisiones ocultos —dijo Chase—. Pero, será mejor que cojamos un caballo para Rikka.

Rachel miró atrás, por encima del hombro de Chase, los brazos alrededor del cuello de éste, frunciendo el entrecejo con expresión severa, susurró a Zedd:

—Chase se siente desdichado porque tuvo que dejar todas sus armas atrás y venir tan poco armado.

Zedd echó un vistazo al hacha de guerra en una cadera, la espada en la otra cadera de Chase y los cuchillos en la parte baja de la espalda.

—Sí, me doy cuenta de que hallarse tan indefenso hace que uno pueda estar de malhumor.

—No me gusta este lugar —susurró Rachel al oído de Chase.

Él le palmeó la espalda mientras ella apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—Estaremos de vuelta en los bosques dentro de nada, pequeña. En medio de los alaridos y la muerte, fue la visión más tierna que Zedd pudiese imaginar.

21

Verna se detuvo cuando el centinela se abalanzó sobre ella en la oscuridad. Tiró de las riendas, para impedir que el caballo se espantara.

—Prelada... creo que podría haber alguna clase de ataque —dijo el soldado, jadeando.

Ella miró al hombre con cara de pocos amigos.

—¿Que podría ser un ataque? ¿Qué sucede?

—Algo asciende por la carretera. —Indicó atrás, en dirección al paso Dobbin—. Un carro, creo.

El enemigo se pasaba el tiempo enviándoles cosas: hombres infiltrándose en la oscuridad, caballos revestidos de hechizos diseñados para abrir una brecha en sus escudos, carros de aspecto inocente con arqueros ocultos en su interior, potentes vientos impulsados por conjuros mágicos de toda clase.

—Puesto que ha oscurecido, el comandante cree que es sospechoso y que no deberíamos correr riesgos.

—Suenasensato —dijo Verna.

Tenía que regresar al campamento. Había efectuado la ronda ella misma para echar una buena mirada a las defensas, observar a los hombres de los puestos avanzados, antes de su reunión de todas las noches en el campamento para revisar los informes del día.

—El comandante quiere destruir el carro antes de que llegue demasiado cerca. Lo he comprobado. Prelada..., no hay otras Hermanas por las intermediaciones. Si no queréis ocuparos de esto, podemos hacer que los hombres que hay arriba dejen caer una avalancha de rocas sobre el carro para aplastarlo.

Verna tenía que regresar para reunirse con los oficiales.

—Será mejor que digas a vuestro comandante que se ocupe de ello del modo que crea oportuno.

El soldado saludó con un golpe del puño contra el corazón.

Verna hizo girar el caballo y colocó un pie en el estribo. ¿Por qué creería la Orden Imperial que podían conseguir hacer pasar un carro, en especial de noche? Desde luego, no eran tan estúpidos como para pensar que no sería visto en la oscuridad. Se detuvo y miró al soldado que se alejaba a toda prisa.

—Aguarda. —El se detuvo y giró—. He cambiado de idea. Iré contigo.

Era estúpido usar las rocas que tenían preparadas en lo alto; podrían necesitarlas en un ataque a gran escala por aquel paso. Era tonto malgastar una defensa así.

Siguió al hombre sendero arriba, hasta el puesto de observación en el que aguardaba la compañía. Todos los hombres observaban entre los árboles. La calzada que se extendía al frente y debajo de ellos aparecía plateada a la luz de la luna, que empezaba a alzarse.

Verna inhaló el perfume de las balsaminas mientras observaba cómo el carro ascendía por la plateada calzada, tirado por un único caballo que avanzaba lentamente. Los arqueros, en tensión, aguardaban listos para actuar. Tenían un farol cubierto a poca distancia para encender flechas incendiarias con las que quemar el carro.

Verna no vio a nadie en el carro. Un carro vacío parecía de lo más sospechoso. Recordó el extraño mensaje de Ann, adviniéndola de que dejase pasar un carro vacío.

Pero ellos ya habían hecho eso. Verna recordó que la niña con el mensaje de Jagang había llegado por aquella ruta y método. El corazón de la mujer martilleó inquieto al pensar en qué nuevo mensaje podría estar enviando Jagang ahora.

A lo mejor eran las cabezas de Zedd y Adié.

—No disparéis —indicó a los arqueros—. Dejadlo pasar, pero estad preparados por si es un truco.

Verna descendió por el estrecho sendero entre los árboles. Se colocó tras un cortina de piceas, observando. Cuando el carro estuvo lo bastante cerca, abrió una pequeña abertura en el tejido del enorme escudo que las Hermanas y ella habían tejido a través del paso. El diseño mágico estaba punteado de todas las clases de magia desagradable que pudieron conjurar. Aquel puerto de montaña era lo bastante pequeño para que los escudos por si solos pudiesen defenderlo, y si el enemigo venía, era demasiado pequeño para que un gran número pudiera llegar a la vez. Incluso sin el formidable escudo, el paso era relativamente fácil de defender.

Cuando el carro atravesó el escudo. Verna cerró el agujero. Una vez que el vehículo llegó lo bastante cerca, uno de los hombres salió corriendo de los árboles y se hizo cargo del caballo. Un cuanto el carro se detuvo, docenas de arqueros detrás del hombre y en el otro lado, detrás de Verna, prepararon sus armas. Verna había tejido una telaraña de magia y estaba lista para lanzada a la menor provocación.

La lona alquitranada de la plataforma del carro se movió hacia atrás y una niña pequeña se incorporó. Era la niña que había traído el mensaje la última vez. Su rostro se iluminó al ver a Verna, a alguien que reconocía.

A Verna el corazón le dio un brinco al pensar en cuál sería el mensaje en esta ocasión.

—He traído a unos amigos —anunció la niña.

Unas personas tumbadas en la parte posterior del carro apartaron la lona a un lado y empezaron a sentarse. Parecían padres con sus aterrorizados hijos.

Verna parpadeó sobresaltada cuando vio que algunas de esas personas ayudaban a Adié a levantarse. La hechicera parecía agotada. Sus cabellos canos ya no estaban pulcramente peinados a los lados, sino que se hallaban tan desaliñados como acostumbraban a estarlo los de Zedd.

Verna corrió hacia ella, inclinándose para ayudar a la anciana.

—¡Adié! ¡Ah, Adié, cómo me alegro de verte!

La anciana hechicera sonrió.

—Yo me siento inmensamente feliz de verte, también, Verna.

La mirada de Verna se paseó por las personas del carro, el corazón martilleando aún con aprensión.

—¿Dónde está Zedd?

—También escapó.

Verna cerró los ojos con una silenciosa plegaria de agradecimiento.

Abrió los ojos bruscamente.

—Si escapó, ¿entonces dónde está?

—Va de regreso al Alcázar, a Aydindril —respondió Adié—. El enemigo lo ha capturado.

—Lo oímos.

—El viejo tiene intención de recuperar su Alcázar.

—Conociendo a Zedd, siento lástima por cualquiera que se cruce en su camino.

—Rikka va con él.

—¡Rikka! ¿Qué hacía ella allí? ¿Le ordené que no hiciese eso! —Verna reparó en cómo habrían sonado sus palabras—. Pensábamos que no conducirla a nada, que no tendría la menor posibilidad y que la perderíamos en vano.

—Rikka es una mord-sith. Ella piensa por su cuenta.

Verna sacudió la cabeza.

—Bueno, incluso aunque no se suponía que debiera hacer eso, ahora que te vuelvo a ver y sé que Zedd también ha escapado, me alegro de que esa obstinada no me escuchara.

—El capitán Zimmer también viene de regreso.

—¡El capitán Zimmer!

—Sí, él y algunos de sus hombres decidieron venir a rescatarnos también. Regresan del modo en que viajan, sin ser vistos en medio de la noche. —Adié indicó los árboles circundantes—. Están ahí arriba, a nuestro alrededor, protegiendo el carro en nuestro camino hasta aquí. El capitán temía que el enemigo pudiese detener el carro y volvernos a capturar. Quiso asegurarse de que estaríamos a salvo.

El capitán y sus hombres tenían señales especiales que les permitían moverse a través del

paso sin ser atacados por sus propios hombres, o las Hermanas, por equivocación. El capitán Zimmer y sus hombres no estaban sujetos a la cadena de mando regular. Kahlan lo había organizado de modo que pudiesen actuar según su propia iniciativa. Si bien en ocasiones podía resultar enervante, aquellos hombres conseguían más de lo que nadie había esperado nunca.

—Zedd quiso que ayudase a estas personas a escapar. —Adié dirigió a Verna una mirada significativa—. Hubo otros a los que no pudimos ayudar.

Verna echó un vistazo a las personas acurrucadas unas contra otras en la trasera del carro.

—Sólo puedo imaginar lo que Jagang ha estado haciéndoles.

—No —repuso Adié—. Dudo que puedas.

Verna cambió a un tema aún más aterrador.

—¿Ha conseguido Jagang encontrar algo procedente del Alcázar, hasta el momento, que vaya a usar contra nosotros?

—Afortunadamente, no. Zedd colocó un hechizo que destruyó las cosas robadas del Alcázar. Hubo una explosión tremenda en medio de su campamento.

—¿Cómo aquella en Aydindril que mató a tantos de ellos?

—No, pero con todo causó mucha destrucción y mató a algunas personas importantes; incluso a algunas de las Hermanas de Jagang, creo.

Verna jamás creyó que vería el día en que se alegraría de oír que habían muerto Hermanas de la Luz. Aquellas mujeres estaban controladas por el Caminante de los Sueños, e incluso cuando se les habla ofrecido la libertad, habían sentido demasiado miedo para creer en aquellos que intentaban rescatarlas. Habían elegido seguir siendo esclavas de Jagang.

Con una repentina idea, Venia agarró a Adié del vestido.

—¿El hechizo que Zedd puso en marcha podría haber acabado con Jagang?

Con sus ojos completamente blancos, Adie miró atrás hacia el paso Dobbin, en dirección al campamento de la Orden Imperial.

—Ojalá tuviese mejores noticias. Prelada, pero el capitán Zimmer, mientras salíamos, me contó que justo cuando estábamos a punto de ser rescatados, un asesino consiguió adentrarse profundamente en el campamento interior.

—¿Un asesino? ¿Quién era? ¿De dónde procedía?

—Ninguno de nosotros lo sabe. Se parecía mucho a otras personas del Viejo Mundo. Al

intruso le movía el único propósito de llegar hasta Jagang y matarlo. Consiguió penetrar en las defensas interiores, mató a algunas personas y adoptó el uniforme de los guardias de élite, los soldados de Jagang se dieron cuenta de que no era uno de los suyos e hicieron pedazos al hombre antes de que pudiera acercarse al emperador.

»Jagang abandonó el campamento hasta que sus hombres pudiesen comprobar las defensas y asegurarse de que no había más asesinos por allí. Muchas de las Hermanas marcharon con él, para mantener sus salvaguardas sobre él. Eso fue cuando Zedd puso en marcha el hechizo de crepúsculo. No sabíamos que Jagang había abandonado la zona, pero no habría cambiado nada. Zedd tenía que usar el hechizo cuando se lo pusieron delante. El hechizo lo disparaba la puesta de sol.

Verna asintió. Por un momento, había tenido la esperanza...

—Con todo, tú y Zedd escapasteis, y eso es lo que importa por ahora. Demos gracias al Creador.

—Una cantidad sorprendente de personas aparecieron todas a la vez para rescatarnos.

—Adie enarcó tina ceja—. No recuerdo ver al Creador entre ellas.

La cálida brisa alborotó los cabellos ensortijados de Verna.

—Supongo que no, pero ya sabes a lo que me refiero.

Los grillos del bosque continuaron con su chirriar. La vida parecía ser un poco más agradable, la situación un poco menos desesperada.

Verna soltó un suspiro.

—Espero que el Creador ayude al menos a Zedd y a Rikka a recuperar el Alcázar.

—Zedd no necesitará la ayuda del Creador —repuso Adié—. Otro hombre apareció para ayudarnos. Chase es un viejo amigo de Zedd, mío, y de Richard. Chase hará que aquellos que han tomado el Alcázar recen pidiendo la protección del Creador.

—Entonces podemos esperar el día en que el Alcázar vuelva a estar en nuestras manos y a Jagang se le prive de ayuda para abrirse paso a través de los pasos que conducen a D'Hara.

Verna agitó el brazo, haciendo señas, y las cuatro parejas de pie, en la parte trasera del carro, avanzaron con paso lento acompañadas por sus hijos.

—Bienvenidos a D'Hara —les dijo Verna—. Aquí estaréis a salvo.

—Gracias por ayudarnos a huir —dijo un hombre inclinando la cabeza en dirección a Adié—. Me siento avergonzado, ahora, de las cosas terribles que había estado pensando de vosotros.

Adié sonrió para sí mientras le apretaba el hombro con los delgados dedos.

—Cierto. Pero no es tu culpa.

La niña que había traído el mensaje la última vez tiró a Verna del vestido.

—Éstos son mi madre y mi padre. Les conté lo amable que fuisteis conmigo la otra vez.

Verna se agachó y abrazó a la niña.

—Bienvenida de vuelta, criatura. Bienvenida de vuelta.

22

Cada vez que un soplo de viento susurraba entre las ramas de lo alto, plateados haces de luz de luna que caían en cascada a través del dosel del bosque se deslizaban por la oscuridad, igual que fantasmas al acecho. Kahlan miró a su alrededor, apenas capaz de distinguir la formas más oscuras de los altísimos árboles mientras intentaba ver si había algo fuera de lugar. No oía el chirriar de los insectos, ni a animales pequeños correteando por entre las hojas secas, ni sinsontes cantando a lo largo de toda la noche como antes. Avanzando con cuidado por el suelo cubierto de musgo, hacia todo lo posible por ver en la penumbra para no meter el pie en agujeros y grietas o en charcos de aguas estancadas.

Por delante de ella. Richard se deslizaba por el bosque como una sombra. A veces parecía desaparecer, haciéndole temer que pudiera ya no estar con ellos. Había ordenado a todos los que lo seguían que no hablaran y que anduviesen tan en silencio como fuese posible, pero ninguno de ellos podía moverse por el bosque tan silenciosamente como él.

Por algún motivo, Richard estaba tan tenso como la cuerda de su arco. Percibía que algo no iba bien, pero no sabía qué. Si bien parecía ser una hermosa noche bajo la luz de la luna en el bosque, el modo en que Richard actuaba, añadido al perturbador silencio, había hecho caer un manto de aprensión sobre todo el mundo.

Kahlan se sentía al menos contenta de que el cielo se hubiese despejado, las lluvia de días recientes había hecho que el viajar no tan sólo fuese difícil, sino deprimente. Si bien no había hecho frío en realidad, la humedad había hecho que lo pareciese. No podían ponerse a cubierto. Hasta que tuviesen la dosis final del antídoto, no tenían otra opción que seguir adelante.

El antídoto de Northwick había mejorado un poco el estado de Richard, además de detener el avance de los síntomas del envenenamiento, pero la temporal mejora se desvanecía. Kahlan estaba tan preocupada por él que no tenía apetito.

En aquellos momentos tenían más del doble de hombres con ellos, y muchos más que se encaminaban hacia la ciudad de Hawton por distintas rutas. Aquellos otros grupos planeaban eliminar a los destacamentos menos importantes de soldados de la Orden

Imperial estacionados en los pueblos a lo largo del camino. Richard, Kahlan y su grupo, más pequeño, avanzaban en dirección a Hawton con toda la rapidez, posible, evitando deliberadamente el contacto con el enemigo para llegar allí antes de que Nicholas y sus hombres supiesen que iban en camino. El sigilo podía proporcionarles la mejor oportunidad de recuperar la dosis final del antídoto.

Una vez que tuviesen el antídoto, podrían reunir al resto de los hombres para el ataque. Kahlan sabía que si podían eliminar primero a Nicholas sería mucho más fácil, y menos arriesgado, derrotar al resto de las tropas de la Orden Imperial. Si ella podía encontrar una forma de acercarse mucho a Nicholas, podía tocarlo con su poder, aunque sabía bien que no debía sugerir tal idea a Richard; él jamás la aceptaría.

Hasta cierto punto, Kahlan se sentía responsable por lo que aquellas gentes habían padecido bajo la Orden Imperial. Al fin y al cabo, de no haber liberado ella los repiques, el límite que protegía Bandakar seguiría en su sitio. Con todo, si aquellas personas podían deshacerse de la Orden Imperial, los cambios que habían acontecido también significaban la auténtica libertad de la que jamás habían disfrutado y, con ella, la oportunidad de que tuvieran una vida mejor.

El cambio en los habitantes de Northwick había sido alentador. Aquella noche, los hombres que Richard y Kahlan habían traído habían pasado la mayor parte de la noche hablando con las gentes de allí, explicando las cosas que Richard y Kahlan les habían explicado a ellos. La mañana siguiente a la aniquilación de los soldados que habían tomado la ciudad y los habían mantenido presa del pánico, la gente lo había festejado con cantos y bailes en las calles. Aquellas personas habían aprendido no tan sólo lo preciosa que era la libertad realmente, sino también que sus antiguas costumbres no proporcionaban los medios para mejorar la calidad de sus vidas.

Una vez que Richard hubo desvanecido la antigua ilusión de la sabiduría del Hombre Sabio y los principios sin sentido con los que los portavoces sustituían el conocimiento, y una vez, eliminados los soldados enemigos, los hombres de Northwick no habían temido ofrecerse para ayudar a erradicar de su tierra a la Orden Imperial. Liberados de su ceguera, muchos ansiaban ahora un futuro forjado por ellos mismos.

Inesperadamente, Kahlan topó con el brazo extendido de Richard. Se llevó una mano al pecho, sobre el desbocado corazón, luego inmediatamente volvió la cabeza y pasó la señal de detenerse, a los que los seguían. Todavía no se oía ningún sonido en el oscuro bosque; ni siquiera el zumbido de un mosquito.

Richard se quitó la mochila de la espalda, la depositó sobre una roca baja y empezó a rebuscar en ella en silencio.

Kahlan se inclinó junto a él para susurrar:

—¿Qué haces?

—Fuego. Necesitamos luz. Pásalo hacia atrás para que algunos de los hombres saquen

antorchas.

Mientras Richard sacaba acero y pedernal, Kahlan susurró instrucciones a Cara, quien las transmitió atrás. Enseguida, varios hombres se aproximaron de puntillas con antorchas.

Los hombres se concentraron allí, acucillándose junto a un revoltijo de rocas, al lado de Richard. Este cogió un palo del suelo y lo sumergió en un pequeño recipiente. A continuación restregó el palo sobre la parte superior de un punto elevado en la roca.

—Estoy colocando un poco de resina de pino en esta roca —indicó—. Sostened vuestras antorchas sobre ella, de modo que cuando haga saltar una chispa y la resina llamee, esta encienda las antorchas.

La resina de pino, concienzudamente recogida de árboles en putrefacción, era valiosa para encender fuego bajo la lluvia. Una chispa la encendería incluso estando húmeda, y ardía con la fuerza suficiente.

Richard siempre había parecido cómodo en la oscuridad. Kahlan jamás le había visto necesitar tener luz de ese modo. Miró con atención al interior de la noche, preguntándose qué pensaba que podría haber allí que ellos no podían ver.

—Cara —musitó Richard—, pasa la información atrás. Quiero que todo el mundo saque un arma. Ahora.

Sin una vacilación, Cara se giró para transmitir las órdenes. Tras un lapso de tiempo que pareció interminable, roto únicamente por el quedo susurro del metal al deslizarse en el cuero, llegó recado de vuelta y ella se inclinó hacia Richard.

—Hecho.

Richard alzó los ojos hacia Kahlan y Jennsen.

—Vosotras dos, también.

Kahlan desenvainó su espada, Jennsen la daga con empuñadura de plata con la ornamentada letra “R».

Richard hizo saltar la chispa. La brea de pino llameó con un furioso siseo: las antorchas prendieron; la luz hizo su aparición en el corazón del oscuro bosque.

Bajo el repentino y crudo resplandor, todo el mundo miró a su alrededor para ver qué podría estarse ocultando en la oscuridad que les rodeaba.

Los hombres lanzaron gritos ahogados.

En los árboles que los rodeaban, posadas en ramas por todas partes, había criaturas de puntas negras. Cientos de ellas. Ojos redondos y brillantes los contemplaban.

En aquel momento de repentina luz brillante, todo, excepto la oscilante llanta, permaneció silencioso y quieta.

Con un estallido de gritos salvajes, las aves iniciaron su ataque.

Desde todas partes, todas a la vez, las criaturas cayeron sobre ellos. La noche se llenó de imprevisto de una profusión de lustrosas plumas negras, el movimiento incesante de alas enormes, picos curvos y zarpas en movimiento. Tras tan largo silencio, el sonido de chillidos cortantes y batir de alas era ensordecedor.

Los hombres rechazaron el ataque con feroz, determinación. Algunos fueron derribados al suelo, o tropezaron y cayeron. Otros chillaron mientras intentaban protegerse con un brazo mientras ahuyentaban el ataque con el otro. Algunos asestaban machetazos a las criaturas que había encima de sus amigos y se daban la vuelta para rechazar a otras bestias chirriantes que volaban hacia ellos.

Kahlan vio que el pecho a listas rojas de una criatura aparecía de repente justo ante su rostro. Blandió la espada, cercenando un ala, y giró en redondo, alzando la espada para golpear a otro pájaro que se acercaba por el otro lado. Acuchilló a una criatura caída en el suelo cuando esta alargó el pico, como un buitre, para desgarrarle carne de la pierna.

La espada de Richard era una borrosa mancha plateada que acuchillaba a los alados atacantes. Una nube de plumas negras lo rodeaba. Las aves atacaban a todo el mundo, pero parecían centrarse alrededor de Richard. Casi se diría que las criaturas estaban intentando apartar a Richard, de modo que más aves tuviesen acceso a él.

Jennsen acuchillaba frenéticamente las aves que iban a por él. Kahlan asestaba mandobles, derribándolas al suelo, heridas o muertas. Con rítmica eficiencia, Cara las cogía en el aire y les retorció el pescuezo.

Por todas partes, los hombres acuchillaban, cortaban y asestaban machetazos ante el ataque de las feroces rapaces. Algunos usaban sus antorchas como armas. La noche se llenó con los chillidos de los pájaros, con el batir de alas, con el sordo golpear de armas que daban en el blanco. Los pájaros daban volteretas y caían a medida que eran alcanzados, pero más descendían en picado para ocupar su lugar. Los árboles circundantes no dejaban de arrojar monstruosas aves sobre ellos. Pájaros heridos y moribundos forcejeando en el suelo convertían el suelo del bosque en un revuelto mar de plumas negras.

La ferocidad del ataque era aterradora.

Y entonces, finalizó.

Unos pocos de los pájaros del suelo, con las alas desplegadas, intentaron alzarse, las plumas emitiendo un sonido chirriante al restregarse contra las plumas de las aves muertas. Aquí y allí los hombres acuchillaban o asestaban machetazos a pájaros todavía con vida en el suelo. No pasó mucho tiempo antes de que todas las criaturas quedaran finalmente

inmóviles. No surgieron más criaturas del ciclo.

Las criaturas muertas se amontonaban contra Richard como nieve acumulada en una tormenta.

Los hombres jadearon mientras sostenían las antorchas en alto. Atisbaron en la oscuridad situada más allá de la luz, buscando cualquier señal de más problemas procedentes de las alturas. Aparte del siseo de las antorchas, la noche estaba en silencio. Las ramas de los árboles circundantes parecían estar vacías.

Kahlan pudo ver arañazos y cortes en los brazos y manos de Richard, y rodeó el mar de aves muertas para coger la mochila de éste, que descansaba en una roca cercana. El suelo del bosque alrededor de él estaba cubierto de criaturas muertas casi hasta la altura de la rodilla. Kahlan tuvo que apartar de un manotazo un pájaro muerto caído sobre la mochila de Richard. Meciendo la mano dentro de la mochila, buscó a tientas hasta que los dedos encontraron un papel encerado doblado que contenía un ungüento.

Cara se precipitó hacia Richard al ver que tenía problemas para mantenerse en pie. Le agarró el brazo, proporcionándole sostén.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Jennsen, jadeante, intentando aún recuperar el aliento mientras se apartaba mechones de rojos rizos de sudoroso rostro.

—Creo que finalmente decidieron intentar acabar con nosotros —dijo Owen.

Jennsen palmeó la cabeza de Bctty cuando la cabra pasó ilesa entre los cuerpos de las criaturas para acercarse más a sus amigos.

—Una cosa es segura, finalmente volvieron a encontrarnos.

—Había una gran diferencia esta vez —dijo Richard—. No nos estaban siguiendo. Estaban aquí, esperándonos.

Todo el mundo lo miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —Kahlan se interrumpió en la tarea de aplicar ungüento a las heridas de su esposo—. Ya nos han seguido antes. Deben de habernos visto.

Betty se acercó más, apoyándose en la pierna de Kahlan para alzarse y observarla a ella y a Richard hablando. Kahlan no estaba de humor para rascarle las orejas a la cabra, así que la apartó.

Richard posó una mano en el hombro de Cara para no caer. Kahlan advirtió que se balanceaba. A veces tenía dificultades para mantenerse en pie.

—No, no nos han estado siguiendo. Los cielos han estado vacíos. —Richard indicó con un ademán los pájaros muertos a su alrededor—. Estas criaturas no nos seguían. Nos

esperaban. Sabían que veníamos aquí. Estaban al acecho.

Aquella era una idea escalofriante... si era cierta.

Kahlan se irguió, sosteniendo el papel encerado en una mano; un dedo de la otra mano, cargado de ungüento, aguardando.

—¿Cómo es posible que supieran adonde íbamos?

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo Richard.

Nicholas se deslizó de vuelca a su cuerpo, la boca todavía abierta de par en par en un bostezo que no era un bostezo. Estiró el cuello a un lado y luego al otro. Sonrió ante el goce que le proporcionaba el juego. Había sido deslumbrante. Había sido delicioso. La sonrisa cada vez más amplía dejó al descubierto sus dientes.

Se incorporó tambaleante, oscilando un tanto inseguro por un momento. Le recordó el modo en que Richard Rahl se había balanceado, marcado por los efectos del veneno que llevaba a cabo inexorablemente su letal función.

El pobre Richard Rahl necesitaba su última dosis del antídoto.

Nicholas volvió a abrir la boca en un bostezo que no era un bostezo, retorciendo la cabeza, ansioso por partir, ansioso por averiguar más. Regresaría muy pronto. Los observaría. Los observaría mientras ellos se preocupaban, mientras luchaban en vano por comprender lo que sucedía, los observaría mientras se aproximaban. Llegarían hasta él en cuestión de unas horas.

La diversión estaba a punto de empezar realmente.

Nicholas serpenteó a través de la habitación, pasando entre los cuerpos desparramados por todas partes. Todos habían muerto repentinamente cuando las criaturas fueron abatidas. Aquí y allí los muertos estaban amontonados unos encima de otros, del modo en que las criaturas de aquellos oscuros bosques habían quedado apiladas alrededor de Richard Rahl.

Unas muertes muy violentas. Sus espíritus se habían sentido horrorizados a medida que eran asesinados, pero no había nada que ellos pudiesen hacer para detener aquello.

Nicholas había controlado sus almas, sus destinos. Ahora se hallaban fuera de su control; ahora pertenecían al Custodio de los Muertos.

Se pasó las uñas por los cabellos, estremeciéndose de placer al sentir cómo los resbaladizos aceites se deslizaban a través de sus dedos y su palma.

Tuvo que arrastrar tres cuerpos a un lado antes de poder acceder a la puerta. Descorrió la pesada tranca y abrió la gruesa puerta.

—¡Najari!

El hombre estaba de pie no muy lejos, recostado contra la pared, aguardando. La musculosa figura se irguió.

—¿Qué sucede?

Nicholas desplegó el brazo hacia atrás en elegante indicación, los dedos finalizados en unas uñas negras.

—Aquí dentro está todo hecho un desastre y hay que limpiarlo. Coge unos hombres y haz que se lleven estos cuerpos.

Najari fue hacia la puerta y alargó el cuello para echar un vistazo dentro de la habitación.

—¿Todo el grupo que trajimos?

—Sí —le espetó Nicholas—; los necesitaba a todos, y a algunos más que hice que los soldados me trajesen. Ya he acabado con ellos, ahora. Deshazte de sus cuerpos.

Cuando las criaturas habían atacado, cada una había sido accionada por el alma de una de aquellas personas sin el don, y cada una de aquellas almas la había impulsado Nicholas. Había sido un logro formidable; el dominio simultáneo de tantos con tal precisión y coordinación. Cuando habían muerto las criaturas, no obstante, también lo habían hecho los cuerpos que había en la habitación con Nicholas.

Suponía que un día realmente debería aprender a volver a llamar a tales espíritus cuando los receptores morían. Le ahorraría tener que conseguir otros nuevos cada vez. Pero la gente abundaba. Además, si encontrase un modo de hacerles volver, entonces tendría que preocuparse por las personas una vez que sus espíritus regresaran, después de que ellas hubiesen averiguado el uso que hacía de ellas.

De todos modos, resultó un fastidio cuando Richard mató a todos aquellos que Nicholas usaba.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Najari.

Nicholas sonrió, sabiendo sobre qué sentía curiosidad el hombre.

—Pronto. Muy pronto. Tienes que sacar a estas personas de aquí antes de que lleguen. Luego, mantén a nuestros hombres alejados. Deja que hagan lo que quieran.

Najari mostró una sonrisa astuta.

—Como desees, Nicholas.

Nicholas enarcó una ceja.

—Emperador Nicholas.

Najari rió entre dientes mientras se alejaba a buscar a sus hombres.

—Emperador Nicholas.

—Sabes, Najari, he estado pensando.

Najari se dio la vuelta.

—¿Sobre qué?

—Sobre Jagang. Hemos trabajado muy duro. ¿Qué motivo existe para que me incline ante él? Una legión de mi ejército silencioso podría abatirse sobre él y ahí acabaría todo. Ni siquiera necesitaría un ejército. Él podría montar en su caballo un día, y yo podría estar allí en el animal, aguardando para descabalarlo y patearlo hasta acabar con él.

Najari se frotó la barbilla sin afeitarse.

—Muy cierto.

—¿Qué utilidad tiene Jagang en realidad? Yo podría, con la misma facilidad, gobernar la Orden Imperial. De hecho, estoy mejor preparado para ello.

Najari ladeó la cabeza.

—Entonces, ¿qué hay de los planes que ya hemos hecho?

Nicholas se encogió de hombros.

—¿Por qué cambiarlos? Pero ¿por qué debería entregar a la Madre Confesora a Jagang? ¿Y por qué dejarle tener el mundo? Quizá la retendré conmigo para mi propio entretenimiento... y tendré el mundo también.

23

Richard apretó la espalda contra la pared de listones de madera. Tenía que parar un momento, aguardar a que el mundo dejara de dar vueltas. Tenía tanto frío que se sentía entumecido.

Pero era más que la oscuridad.

Sabía que la visión le estaba empezando a fallar.

Por la noche era peor. Él siempre había sido capaz de ver mejor de noche que la mayoría de

las personas. Ahora, no era capaz, de ver de noche mejor de lo que veía Kahlan. No era una gran diferencia, pero sabía que era significativo.

El tercer estado del veneno había empezado.

Por suerte, estaban cerca de obtener la dosis final.

—Aquí está el callejón —susurró Owen.

Richard miró a un lado y a otro de la calle. No vio ningún movimiento. La ciudad de Hawton dormía. Deseó que él también pudiera hacerlo. Estaba tan agotado y mareado que apenas podía colocar un pie delante del otro. Tenía que respirar de modo somero para evitar toser. La tos provocaba el peor dolor. Al menos no tosía sangre.

No obstante, toser en aquellos momentos podía ser fatal, así que tragó saliva, intentando sofocar las ganas. Si hacían cualquier ruido, podrían alertar a los soldados.

Cuando Owen se introdujo en el callejón, Richard, Kahlan, Cara, Jennsen, Tom, Anson y un puñado de sus hombres lo siguieron en fila india. No había habido luces encendidas en las ventanas que daban a la calle. Mientras el pequeño grupo recorría el callejón pegado a las paredes, Richard no vio ventanas. Unas cuantas de las paredes sí tenían puertas.

En un espacio angosto entre edificios, Owen se metió por él, siguiendo la senda de ladrillos que apenas era más ancha que los hombros de Richard.

Richard agarró a Owen del brazo.

—¿Es éste el único modo de entrar?

—No. ¿Veis ahí? El pasaje cruza hasta la calle situada en frente, y hay otra puerta dentro que da al otro lado del edificio.

Una vez seguro de que existían rutas alternativas de huida. Richard dedicó un asentimiento de cabeza a Owen. Descendieron por el oscuro hueco de escalera hasta una habitación situada debajo del edificio. Tom golpeó pedernal contra acero unas cuantas veces hasta que consiguió encender una vela.

Una vez encendida la vela, Richard pascó la mirada largamente por la pequeña habitación vacía y sin ventanas.

—¿Qué es este lugar?

—El sótano del palacio —dijo Owen.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —quiso saber Richard, mirando al hombre con el entrecejo fruncido.

Owen vaciló y dirigió una veloz mirada a Kahlan.

Kahlan vio la mirada. Empujó a Richard hacia abajo hasta que éste se sentó y se recostó contra la pared. Una *Betty* de patas doloridas se abrió paso entre ellos y se tumbó junto a Richard, contenta de poder hacer un descanso. Jennsen se acucilló cerca, al otro lado de *Betty*. Cara lo rodeó desde el otro lado.

Kahlan se arrodilló frente a él y luego se sentó sobre los talones.

—Richard, pedí a Owen que nos trajera aquí... a un lugar donde estuviésemos a salvo. No podemos entrar todos en ese edificio para obtener el antídoto.

—Supongo que no. Ésa es una buena idea. Owen y yo iremos. El resto podéis quedaros aquí, donde nadie os descubrirá.

Empezó a levantarse, pero Kahlan volvió a empujado al suelo.

—Richard, tú tienes que aguardar aquí. No puedes ir. Estás mareado. Necesitas ahorrar energías.

Richard la miró largamente a los verdes ojos, que siempre lo cautivaban, que siempre hacían que todo lo demás, excepto ella, pareciera carecer de importancia. Deseó que pudiesen estar a solas en algún lugar tranquilo, como el hogar que había construido para ella allá en las montañas, adonde la había llevado para que se recuperase tras haber sitio herida... cuando había perdido al hijo de ambos tras haber sido golpeada casi hasta la muerte por aquellos animales.

Ella era lo más valioso. Ella lo era iodo. Deseaba tantísimo que estuviese a salvo...

—Tengo fuerzas suficientes —dijo—. Estaré perfectamente.

—Si empiezas a toser dentro de ese lugar donde están los soldados, te cogerán y no saldrás jamás... y aún menos recuperarás el antídoto. Os atraparían tanto a Owen como a ti. No podemos saber cuántos soldados hay ahí dentro. ¿Qué nos sucedería si te cogen? ¿Qué sucedería si...? —Su voz se apagó; sujetó un mechón rebelde de pelo tras una oreja—. Mira, Richard. Owen entró ahí antes; puede volver a entrar.

Richard vio desesperación en sus ojos. Le aterraba perderlo. Odió ser la causa de que estuviera asustada.

—Así es, lord Rahl —le aseguró Owen—. Conseguiré el antídoto y os lo traeré.

—Mientras esperamos, puedes descansar un poco —dijo Kahlan—. Un poco de sueño te hará más bien que cualquier otra cosa.

Richard no podía discutir lo cansado que estaba. Con todo no le gustaba la idea de no ir él mismo.

—Tom podría ir con él —sugirió Cara.

Richard alzó la mirada hacia los ojos azules de la mord-sith. Alzó la mirada hacia los de Kahlan. Sabía que ya había perdido la discusión.

—¿A qué distancia está ese lugar? —preguntó Richard a Owen.

—A una buena distancia. Aquí, estamos justo en el borde de la ciudad. Quería traeros a un lugar donde fuese menos probable que encontrásemos soldados. El antídoto se encuentra como mucho a una hora de distancia. Pensé que sería mejor que no estuviésemos muy en el interior de la ciudad si teníamos que volver a salir, pero estamos lo bastante cerca para que no tengáis que aguardar demasiado para tener el antídoto.

Richard asintió.

—De acuerdo. Os esperaremos aquí a ti y a Tom.

Kahlan paseaba por el pequeño sótano mientras los demás permanecían sentados contra la pared, aguardando en silencio. No podía soportar la tensión. Aquello se parecía demasiado a un velatorio.

Estaban tan cerca que hacía que pareciese imposiblemente lejano. Habían aguardado tanto tiempo que aquel pequeño lapso de tiempo parecía una eternidad que no finalizaría jamás. Kahlan se dijo que debía calmarse. Dentro de poco, Richard tendría el antídoto. Estaría mejor. Estaría curado del veneno.

Pero ¿y si no funcionaba? ¿Qué pasaría si ya había aguantado demasiado tiempo y estaba más allá de cualquier remedio? No, el hombre que había preparado el veneno y el antídoto había contado a Owen que la última dosis curaría a Richard del veneno definitivamente. Debido a las creencias que tenían, aquellas personas se asegurarían de que el veneno fuese reversible. Jamás lo habrían usado de haber creído que pondría en peligro una vida.

Pero ¿y si lo que creían era equivocado?

Kahlan se frotó los hombros mientras daba vueltas, y se reprendió diciéndose que tenía que dejar de inventar problemas de los que preocuparse. Ya tenían suficientes problemas reales. Obtendrían el antídoto y luego se ocuparían del problema con el don de Richard. Después de eso, tenían que dedicar su atención a asuntos más importantes relacionados con Jagang y su ejército.

Cuando Kahlan echó una ojeada y vio que Richard se había quedado profundamente dormido, decidió salir fuera y esperar el regreso de Owen y Tom. Cara, apoyada contra la pared junto a Richard, protegiéndolo mientras dormía, asintió cuando Kahlan habló con ella en susurros, diciéndole adónde iba. Jennsen, al ver que Kahlan marchaba hacia la puerta, la siguió fuera sin hacer ruido, *Betty* se había quedado dormida junto a Richard, así que Jennsen la dejó allí.

La noche había refrescado. Kahlan pensó que debería sentir sueño, pero estaba totalmente despierta. Siguió el sendero de ladrillos que discurría entre los edificios en dirección al callejón.

—Owen estará de regreso pronto —dijo Jennsen—. Intenta no preocuparte. Pronto acabará esto.

Kahlan le dirigió una mirada en la oscuridad.

—Incluso una vez que tenga el antídoto, todavía nos queda lo de su don. Zedd está demasiado lejos. Vamos a tener que llegar hasta Nicci inmediatamente. Es la única que está lo bastante cerca para saber qué hacer para ayudarle.

—¿Crees que el problema con su don está empeorando?

A Kahlan le obsesionaba el dolor que tan a menudo veía en los ojos de Richard. Pero había más que eso.

—Cuando usó la espada las últimas dos veces pude advertir que la magia de la espada le estaba fallando. Tiene más problemas con su don de lo que admitirá.

Jennsen se mordisqueó el labio mientras contemplaba cómo Kahlan paseaba.

—Esta noche tendremos el antídoto —dijo finalmente con queda seguridad—. Pronto, podremos estar de camino y reunirnos con Nicci.

Kahlan giró al creer oír un ruido a lo lejos. Había sonado como el crujido de una pisada. Dos figuras oscuras aparecieron a lo lejos, al final del callejón. Por el modo en que una de ellas se alzaba más alta que la otra, Kahlan estuvo muy segura de que se trataba de Tom y Owen. Quiso correr a su encuentro, pero sabía lo letales que podían ser las tretas, así que empujó a Jennsen atrás, con ella, al otro lado de la esquina del edificio, a la zona más oscura de las sombras. No era momento para ser descuidado.

Cuando los dos hombres alcanzaron el estrecho pasaje y empezaron a girar al interior, Kahlan surgió ante ellos, preparada para liberar su poder si era necesario.

—Madre Confesora... soy yo, Tom, y Owen —susurró Tom. Jennsen soltó un suspiro.

—No sabéis lo que nos alegra veros de vuelta.

Owen miró en ambas direcciones a lo largo del callejón. Cuando giró para efectuar la comprobación, Kahlan vio que la luz, de la luna se reflejaba sobre lágrimas que le corrían por el rostro.

—Madre Confesora, tenemos problemas —dijo Tom.

Owen extendió las manos.

—Madre Confesora, yo, yo...

Kahlan lo agarró de la camisa con ambos puños.

—¿Qué sucede? El antídoto estaba allí, ¿verdad? Lo tienes, ¿verdad?

—No. —Owen se tragó las lágrimas y extrajo un trozo doblado de papel—. En lugar de la botella de antídoto, encontré esto en su escondite.

Kahlan se lo arrebató de las manos. Con dedos temblorosos, desdobló el papel. Giró mientras lo acercaba para poderlo leer a la luz de la luna.

Tengo el antídoto. También tengo pendientes de un hilo las vidas de los habitantes de Bandakar. Puedo poner fin a las vidas de todos ellos con la misma facilidad con que puedo poner fin a la vida de Richard Rahl.

Entregaré el antídoto y las vidas de todas las personas de este imperio a cambio de la Madre Confesora.

Traed a la Madre Confesora al puente que hay sobre el río un kilómetro al este de dónde estáis. Dentro de una hora, si no tengo a la Madre Confesora, verteré el antídoto en el río y luego me encargaré de que toda la gente de esta ciudad muera.

Emperador Nicholas

Kahlan, con el corazón latiendo descontroladamente, empezó a dirigirse hacia el este.

Tom la agarró del brazo y la retuvo.

—Madre Confesora, sé lo que pone.

Las manos de Kahlan se negaban a dejar de temblar.

—Entonces sabes por qué no tengo elección.

Jennsen se colocó frente a Kahlan para impedir que volviera a ponerse en marcha.

—¿Qué dice la carta?

—Nicholas me quiere a mí a cambio del antídoto.

Jennsen apretó las manos contra los hombros de Kahlan para detenerla.

—¿Qué?

—Eso es lo que dice la carta. Nicholas me quiere a mí a cambio de las vidas de todas las demás personas de este imperio y el antídoto para salvar la vida de Richard.

—Las vidas de todas las demás personas..., pero ¿cómo podría llevar a cabo tal amenaza?

—Nicholas es un mago. Existen muchas acciones letales que un hombre así tiene a su disposición. Aunque sólo fuera eso, podría usar fuego de mago y hacer arder toda la ciudad.

—Pero su magia no lastimará a las gentes de aquí; están desprovistos del don, igual que yo.

—Si usa fuego de mago para incendiar un edificio, como hicimos con aquellos soldados que dormían allá, en la ciudad de Owen, a la gente que haya dentro tanto le dará cómo se inició el fuego. Una vez que el edificio este en llamas, será un fuego normal... un fuego que matará a todo el mundo. Si no es eso, Nicholas tiene soldados aquí. Podría empezar a ejecutar personas inmediatamente. Podría tener a miles de ellas decapitadas en apenas un instante. Ni se me ocurre qué más podría hacer, pero colocó esta carta en el lugar donde estaba escondido el antídoto, así que sé que no se está marcando un farol.

Kahlan rodeó a Jennsen y volvió a iniciar la marcha. No podía dejar de temblar. Intentó que su corazón no latiera tan deprisa, pero eso tampoco funcionó. Richard, tenía que conseguir el antídoto. Eso era lo que importaba. Concentró la atención al frente, mientras marchaba veloz por la oscura calle.

Tom avanzó junto a ella, en el lado opuesto al que ocupaba Jennsen.

—Madre Confesora, aguardad. Tenemos que considerar cuidadosamente esto.

—Yo ya lo he hecho.

—Podríamos llevar a un grupo de hombres al punto de encuentro... arrebatarse el antídoto por la fuerza.

Kahlan siguió avanzando.

—¿A un mago? No lo creo. Además, si Nicholas viese a tal grupo de hombres acercándose probablemente vertería el antídoto en el río. Entonces ¿qué? Tenemos que hacer lo que exige. Tenemos que ponerle las manos encima al antídoto, ponerlo a buen recaudo.

—¿Que os hace pensar que una vez que Nicholas os tenga no lo verterá en el río?

—preguntó Tom.

—Tendremos que efectuar el intercambio de un modo que asegure que obtenemos el antídoto. No vamos a confiar en su buena voluntad y honestidad. Owen y Jennsen están desprovistos del don. No los lastimará su magia. Pueden ayudar a asegurar que consigamos el antídoto.

Jennsen se apartó los cabellos del rostro a la vez que se inclinaba hacia ella.

—Kahlan, no puedes hacer esto. No puedes. Por favor. Richard se volverá loco... todos lo haremos. Por favor, por él, no hagas esto.

—Al menos estará vivo para poder enloquecer.

—Pero ¡esto es un suicidio! —Las lágrimas corrían a raudales por el rostro de Jennsen.

Kahlan observó los edificios, las calles, asegurándose de que no había tropas que pudiesen rodearlos.

—Esperemos que Nicholas también lo piense.

—Madre Confesora —suplicó Owen—, no podéis hacer esto. Esto es lo que lord Rahl nos ha mostrado que está mal. No podéis negociar con un hombre como Nicholas. No podéis intentar aplacar el mal.

—No tengo intención de aplacar a Nicholas.

Jennsen se limpió lágrimas de la mejilla.

—¿Qué quieres decir?

Kahlan fortaleció su determinación.

—¿Cuál es nuestra mejor posibilidad para liberar esta ciudad de la Orden Imperial... y a todo Bandakar? Eliminar a Nicholas. ¿Qué mejor modo que acercarse a él para hacerle creer que ha vencido?

Jennsen pestañeó sorprendida.

—Tienes intención de tocarlo con tu poder. Eso es lo que estás pensando. ¿verdad? Crees que tendrás una posibilidad de tocarlo con tu poder de Confesora.

—Si consigo tenerlo a la vista, está muerto.

—Richard no estaría de acuerdo con esto —indicó Jennsen.

—No se lo estoy preguntando. Esto es decisión mía.

Tom fue a colocarse frente a ella, cerrándole el paso.

—Madre Confesora, he jurado proteger al lord Rahl, y comprendo que arriesguéis vuestra vida para protegerle; pero esto es diferente. Puede que estéis intentando salvarle la vida, pero ¿a qué coste? Perderíamos demasiado. No podéis hacer esto.

Owen se colocó también ante ella.

—Estoy de acuerdo. Lord Rahl estará más que furioso si os cambiáis por el antídoto.

Jennsen asintió dándole la razón.

—Nos matará a todos. Nos cortará las cabezas por permitirte hacer esto.

Kahlan sonrió ante sus expresiones tensas. Posó una mano en la mejilla de Jennsen.

—¿Recuerdas, que te dije que hay ocasiones en las que no había otra opción que actuar?

Jennsen asintió, y sus lágrimas regresaron.

—Ésta es una de esas ocasiones. Richard está peor cada día que pasa. Se está muriendo. Si no consigue el antídoto, no tiene ninguna posibilidad y no tardará en estar muerto. Esa es la verdad.

»¿Cómo podemos dejar escapar esta oportunidad? No habrá más oportunidades después de ésta. Nuestras posibilidades de salvarlo se habrán perdido para siempre. Será el final. No quiero vivir sin él. No quiero que el resto de la gente viva sin él.

»Si hago esto, Richard vivirá. Si Richard vive, todavía existirá una posibilidad para mí, también. Puedo tocar a Nicholas con mi poder, o Richard y el resto de vosotros podéis pensar en algo que hacer para salvarme.

»Pero si Richard muere, entonces nuestras posibilidades se han acabado.

—Pero, Madre Confesora —sollozó Jennsen—, si haces esto, te perderemos...

Kahlan miró a cada rostro, su enojo aumentando.

—Si alguno de vosotros tiene una idea mejor, expresadla. De lo contrario, os arriesgáis a que yo pierda la única posibilidad que queda.

Nadie tenía nada que decir. Kahlan era la única con un plan de acción realista. El resto de ellos sólo tenía deseos. Desearlo no salvaría a Richard.

Kahlan se puso en marcha al instante, apresurando el paso para llegar a tiempo.

24

Kahlan hizo una pausa en la silenciosa oscuridad, no lejos del puente. Podía distinguir lo que parecía ser un hombre fornido al otro lado. Estaba completamente solo. No podía verle el rostro, ni saber qué aspecto tenía. Escudriñó la orilla opuesta del río, junto con los árboles y edificios que podía atisbar a la luz de la luna, buscando soldados, o a alguien más.

Jennsen la agarró el brazo.

—Kahlan..., por favor. —Tenía la voz anegada en lágrimas.

Kahlan se sentía curiosamente tranquila. No tenía opciones que sopesar, así que no padecía una torturante indecisión; sólo había una opción. Richard vivía o moría. Era así de simple. La elección estaba clara.

Había tomado una decisión, y ésta iba acompañada de claridad y determinación. Podía concentrarse en lo que iba a hacer.

El río que cruzaba la ciudad era más grande de lo que Kahlan había esperado. Las empinadas orillas a cada lado, en aquella zona, por lo menos, tenían unos cuantos metros de altura y estaban bordeadas de bloques de piedra. El puente mismo, lo bastante amplio para permitir el paso de carros en ambas direcciones a la vez, tenía dos arcos para cubrir la distancia y barandillas con sencillos topes de piedra. Las aguas bajo el eran oscuras y veloces. No era un río en el que quisiera tener que nadar.

Kahlan se acercó hasta el inicio del puente y se detuvo. El hombre del otro lado la observó.

—¿Tienes el antídoto? —le gritó ella.

El alzó lo que parecía un botellín bien en alto, por encima de la cabeza. Bajó el brazo y señaló el puente. Quería que ella lo cruzase.

—Madre Confesora —suplicó Owen—, ¿no queréis reconsiderarlo?

Ella contempló los ojos húmedos del hombre.

—Reconsiderar ¿qué? ¿Si quiero permitir que Richard viva en lugar de dejarle sucumbir al veneno? ¿Si intentaré matar a Nicholas para poder hacer posible que se les derrote y vuestra gente pueda liberarse? ¿Cómo podría vivir conmigo misma si Richard muriese sin el antídoto y yo supiese que había algo que podría haber hecho que lo habría salvado y también me habría dado a mí una oportunidad de acercarme lo suficiente a Nicholas para eliminarlo?

»No podría vivir conmigo misma si no hiciera esto.

»Llevamos a cabo esta guerra para detener a personas como ésta, a personas que nos traen la muerte, personas que nos quieren ver muertos porque no pueden soportar que vivamos nuestras vidas como deseamos, que tengamos éxito y seamos felices. Esas personas odian la vida; veneran la muerte. Exigen que hagamos lo mismo y nos unamos a ellos en su desdicha.

»Como Madre Confesora, decreto venganza inmisericorde contra la Orden Imperial. Cambiar nuestro curso de acción es un suicidio. No lo reconsideraré.

—¿Qué queréis que le digamos a lord Rahl? —preguntó Tom.

—Que le amo, pero él ya lo sabe —respondió ella con una sonrisa.

Kahlan se desabrochó el cinturón de la espada y se lo entregó a Jennsen.

—Owen, ven conmigo.

Kahlan empezó a avanzar, pero Jennsen la rodeó con los brazos y estrechó fuertemente entre sus brazos.

—No te preocupes —musitó—. Le llevaremos el antídoto a Richard, y luego regresaremos a por ti.

Kahlan abrazó brevemente a la muchacha, le dio las gracias en un susurro y luego entró en el puente. Owen caminó a su lado, sin decir nada.

El hombre del otro extremo observó, pero permaneció donde estaba.

En el centro del puente, Kahlan se detuvo.

—Trae el *botellín* —gritó al otro lado.

—Ven hasta aquí y lo tendrás.

—Si me quieres, vendrás al centro del puente y le darás el botellín a este hombre para que se lo lleve, como Nicholas ofreció.

El hombre permaneció inmóvil por un momento, como reflexionando. Parecía un soldado. No encajaba con la descripción de Nicholas que Owen le había dado. Finalmente, el hombre empezó a andar por el arco del puente. Owen susurró que parecía el comandante que había visto con Nicholas. Kahlan aguardó, observando cómo el hombre andaba bajo la luz de la luna. Llevaba un cuchillo en un costado y una espada sobre la otra cadera.

Cuando casi había llegado hasta ella, se detuvo y aguardó.

Kahlan extendió la mano.

—La nota decía que teníamos que hacer un intercambio. Yo por lo que Nicholas tiene.

El hombre, con la nariz torcida aplastada a un lado, sonrió.

—Así es.

—Soy la Madre Confesora. O bien me das el botellín o mueres aquí, ahora.

El sacó el botellín del bolsillo y se lo colocó en la mano. Kahlan vio que estaba llena de

líquido transparente. Sacó el corcho y lo olió. Tenía un leve aroma a canela, como lo habían tenido los otros botellines del antídoto.

—Él va a regresar con esto —dijo Kahlan al hombre de aspecto lúgubre a la vez que entregaba la botella a Owen.

—Y tú vienes conmigo —dijo el hombre mientras la agarraba de la muñeca—. O morimos todos en este puente. Él puede marchar, como se acordó, pero si intentas huir morirás.

Kahlan dirigió una veloz mirada a Owen.

—Vete —gruñó.

Owen echó una mirada al hombre de pelo negro, luego la miró a ella. Pareció como si tuviese mucho que decir, pero asintió y luego corrió de vuelta por el puente hasta donde Tom y Jennsen permanecían de pie aguardando, observando.

Cuando Owen alcanzó a los otros dos, el hombre dijo:

—Vámonos, a menos que quieras morir aquí.

Kahlan desasíó su brazo de un tirón. Cuando él se giró y empezó a alejarse, ella fue detrás de él mientras cruzaban el resto del puente. Escudriñó las sombras entre los árboles del otro extremo del río, los miles de escondites entre los edificios del otro lado, las calles situadas a lo lejos. No vio a nadie, pero eso no la hizo sentirse mejor.

Nicholas estaba allí, en alguna parte, ocultándose en la oscuridad, aguardando para hacerse con ella.

De improviso, la noche se iluminó desde atrás. Kahlan giró en redondo y vio el puente envuelto en una hirviente bola de fuego. El fuego se tornó negro a medida que ascendía arremolinándose. Saltaron piedras por los aires, por encima de aquel infierno. A medida que la nube luminosa se elevaba, pudo ver que el puente situado bajo la rugiente bola de fuego se desmoronaba. Los arcos se desplomaron sobre sí mismos y toda la estructura empezó a caer al río.

Con gélido terror, Kahlan se preguntó si había más puentes que cruzasen el río. ¿Cómo regresaría junto a Richard si tenía éxito? ¿Cómo le llegaría ayuda si no lo hacía?

En el extremo opuesto, Kahlan vio a Tom, Jennsen y Owen corriendo de vuelta en dirección a donde Richard dormía. No estaban dispuestos a malgastar tiempo observando cómo destruían un puente. Al pensar en Richard, Kahlan casi profirió un sollozo.

Inesperadamente, el hombre le dio un empujón.

—Muévete.

Ella le dirigió una mirada de odio, a él, a su sonrisa complacida, a la petulante seguridad en sí mismo que veía en sus ojos.

Mientras andaba por delante del hombre y éste le daba algún que otro empujón, el genio de Kahlan empezó a entraren lenta ebullición. Sentía el impulso de usar su poder y acabar con aquel animal despreciable, pero tenía que concentrarse en la tarca que la esperaba: Nicholas.

Ascendiendo la calle que se alejaba del río, pudo distinguir algunos soldados que se mantenían en las sombras de las calles, cerrando cualquier ruta de escape. No importaba. En aquel momento, no estaba interesada en escapar, sino en su objetivo. El hombre que iba detrás de ella, a pesar de su arrogancia, también se mostraba desconfiado y la trataba con cauteloso desprecio.

Cuando más penetraba en el interior de la ciudad situada al otro lado del río, más apretados entre sí estaban los grupos de pequeños edificios. Calles de estrechos laberintos sinuosos discurrían entre construcciones destartaladas. Los árboles crecían apelotonados, pegados a la calle. Sus ramas se extendían sobre ella igual que brazos alzados para agarrarla en sus zarpas. Kahlan intentó no pensar en lo muy al interior que estaba yendo, y en cuántos hombres la estaban rodeando.

La última vez, que se había visto atrapada y rodeada por hombres tan salvajes la habían golpeado y había estado peligrosamente cerca de morir. Su niño había muerto antes de nacer. Su hijo. El hijo de Richard.

También había perdido una especie de inocencia aquel día, un sentido simplista de su invencibilidad. Su lugar lo había ocupado la comprensión de lo frágil que era la vida, lo frágil que era su propia vida, y con cuanta facilidad podía perderse. Sabía lo mucho que había afectado a Richard el temor de que podría perderla. Recordó la terrible agonía en sus ojos cada vez que la había mirado. Era totalmente distinta del dolor que veía en sus ojos provocado por el don. Había sido un sufrimiento impotente, por ella. Detestó pensar en que aquel dolor regresara para perseguirlo.

De las sombras de la derecha, un hombre salió de detrás de un edificio. Llevaba una túnica negra, cubierta por capas de lo que parecían tiras de tela, casi como si estuviese recubierto de plumas negras. Las tiras se alzaban en la brisa que creaban sus propias zancadas, proporcionándole una perturbadora fluidez flotante a medida que se movía.

Sus cabellos estaban peinados hacia atrás con aceites que brillaban a la luz de la luna. Unos ojos juntos, pequeños y negros, ribeteados de rojo, la contemplaron con atención desde un rostro totalmente malsano. Mantenía las muñecas sobre el pecho, como si tuviera zarpas negras rematadas por uñas negras.

Kahlan no necesitó ninguna presentación para saber que se trataba de Nicholas el Transponedor. Había recibido confesiones de hombres que no parecían ser otra cosa que jóvenes educados, padres trabajadores o amables abuelos pero que en realidad eran hombres que habían llevado a cabo actos de despiadada crueldad. Al contemplarlos detrás

de los bancos de trabajo donde confeccionaban zapatos, tras un mostrador donde vendían pan o en un campo cuidando de sus animales, habría resultado difícil creerles capaces de sus viles crímenes. Pero al contemplar a Nicholas, Kahlan vio una corrupción tan completa que esta lo contaminaba todo en el hombre, hasta llegar al mismo bizqueo indecente de sus ojos.

—El trofeo de trofeos —siseó Nicholas, y alargó el brazo, cerrando la mano—. Y yo la tengo.

Kahlan apenas le oyó. Estaba ya sumida en el compromiso de usar su poder. Aquél era el hombre que tenía como rehén las vidas de personas inocentes. Aquél era el hombre que traía el sufrimiento y la muerte. Aquél era el hombre que la mataría a ella y a Richard si se le ofrecía la oportunidad.

La sujetó la muñeca.

Él no parecía más que una estatua ante ella.

La noche, salpicada con una bóveda de estrellas, parecía fría y distante. Rajo la mano con la que la sujetaba, Kahlan pudo percibir cómo Nicholas se ponía tenso, como si fuese a retirar el brazo. Pero era demasiado tarde.

No tenía la menor posibilidad. Le pertenecía.

El tiempo era suyo.

Los hombres que los rodeaban, que habían empezado a correr hacia allí, estaban demasiado lejos. Jamás podrían alcanzarla a tiempo de salvar a Nicholas. Ni siquiera el hombre que la había traído desde el puente, que en aquel momento permanecía a no más de unos pasos de distancia, estaba lo bastante cerca.

El tiempo era suyo.

Nicholas era suyo.

Ni pensó en lo que aquellos hombres le harían. Justo en aquel momento, no importaba. Justo en aquel momento, nada excepto su habilidad para hacer lo que era necesario hacer importaba. Aquel hombre tenía que ser eliminado.

Era el enemigo.

Era el hombre que había invadido una tierra para torturar, violar y asesinar a inocentes en el nombre de la Orden Imperial. Era un hombre al que habían mutado mediante la magia para convertirlo en un monstruo diseñado para destruirlos. Aquel hombre era una herramienta de conquista, un ser hecho de maldad.

Era el hombre que tenía la vida de Richard pendiendo de un hilo.

El poder de su interior rugió pidiendo ser liberado.

Todas las emociones de Kahlan se evaporaron ante el calor de aquel poder. Ya no sentía miedo, odio, cólera, honor. Las emociones que había tras sus motivos habían desaparecido. En la devastadora carrera de tiempo suspendido ante la violenta embestida de su poder, sintió únicamente una resuelta determinación. El poder se había convertido en un instrumento de razón pura.

Todas sus barreras cayeron ante él.

Durante una chispa infinitesimal de tiempo, mientras observaba aquellos ojillos redondos que la miraban fijamente, el poder de Kahlan se convirtió en todo.

Tal y como había hecho innumerables veces antes. Kahlan dejó de reprimirlo, y se dejó llevar por el flujo de violencia concentrado en un propósito único.

Donde debería haber sentido la exquisita liberación de una fuerza despiadada, sintió en su lugar un vacío aterrador. Donde debería haber habido el feroz serpenteo de su poder a través de la mente del hombre, había... nada.

Los ojos de Kahlan se abrieron de par en par a la vez que lanzaba un grito ahogado.

A la vez que sentía cómo un dolor abrasador la acuchillaba.

A la vez que sentía el tirón de algo ajeno y terrible más allá de nada que pudiese haber imaginado.

Un dolor abrasador se abrió paso por su conciencia hasta llegar a su misma alma.

Parecía como si le estuviesen desgarrando las entrañas.

Intentó chillar pero no pudo.

La noche se tornó aún más oscura.

Kahlan oyó unas carcajadas resonando a través de su alma.

25

Los ojos de Richard se abrieron de golpe. Se sintió repentina, total y aterradoramente despierto.

Los cabellos del cogote se le erizaron. Parecía como si todos sus cabellos quisieran erizarse, El corazón le latía casi sin control.

Se levantó de un salto. Cara, justo a su lado, lo agarró del brazo, sorprendida de verlo alzarse de repente. Como temía que pudiese caer, lo miró frunciendo el entrecejo con preocupación.

—Lord Rahl, ¿qué sucede? ¿Estáis bien?

La habitación estaba en silencio. Rostros sobresaltados a su alrededor lo miraron fijamente.

—¡Salid! —chilló—. ¡Coged vuestras cosas! ¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora!

Richard agarró su mochila. No vio a Kahlan, pero vio su mochila y la cogió también. Se preguntó si todavía estaría soñando. Pero jamás recordaba sus sueños. Se preguntó si la sensación podría ser algún temor residual de un sueño. No. Era real.

En un principio, confusos e indecisos ante las repentinas órdenes de Richard, cuando los hombres le vieron recoger a toda prisa su equipo, todos hicieron acopio de sus cosas y se levantaron a toda prisa. Por todas partes, agarraban cualquier cosa que vieran tirada por allí, sin importar de quién era.

—¡Moveos! —chilló Richard a la vez que los empujaba hacia la puerta—. Salid. Moveos, moveos, moveos.

Parecía como si algo lo rozara, una caricia resbaladiza en su piel, algo cálido y perverso. Sintió que los brazos se le ponían de carne de gallina.

—¡Deprisa!

Los hombres ascendieron atropelladamente por las oscuras escaleras. *Betty*, llevada por la atmósfera de huida aterrorizada, salió disparada entre sus piernas y ascendió a la carreta los peldaños. Cara se quedó con Richard.

Con los cabellos del cogote erizados como si estuviese a punto de caer un rayo, Richard escudriñó la oscura habitación vacía.

—¿Dónde están Kahlan y Jennsen?

—Salieron hace un poco —dijo Cara.

—Estupendo. ¡Salgamos!

Justo cuando Richard alcanzaba lo alto de las escaleras, una llameante explosión procedente del fondo de la habitación lo derribó de bruces. Clara le cayó sobre las piernas. El hueco de la escalera se iluminó con un fogonazo de luz amarilla y naranja a la vez que todo el sótano se llenaba de llamas. Lenguas de fuego subieron por el hueco de la escalera.

Richard agarró el brazo de Cara y se lanzó con ella a través de la entrada abierta. Mientras irrumpían en la noche, el edificio tras ellos estalló en medio de un atronador rugir de

llamas. Partes del edificio se desprendieron, alzándose en medio de las arremolinadas llamaradas. Richard y Cara se agacharon cuando tablas en llamas cayeron por todas partes a su alrededor, rebotando y saltando a través del suelo iluminado por el resplandor.

Finalmente lejos del edificio incendiado, Richard efectuó una veloz e valuación del callejón, en busca de soldados listos para saltar sobre ellos. Al no ver a nadie que no reconociera, hizo que los hombres empezaran a avanzar por el callejón para poner algo de distancia entre ellos y el edificio en llamas.

—Tenemos que alejarnos de aquí —dijo Richard a Anson—. Nicholas sabía que estábamos aquí. El fuego atraerá atención y tropas. No tenemos mucho tiempo.

Mirando a su alrededor, siguió sin ver a Kahlan por ninguna parte. Con inquietud creciente, distinguió a Jennsen, Tom y Owen que venían corriendo por el callejón hacia él. Por las expresiones de sus rostros, supo de inmediato que algo no iba bien.

Agarró el brazo de Jennsen cuando está llegó cerca.

—¿Dónde está Kahlan?

Jennsen tragó aire.

—Richard... ella, ella...

Jennsen se echó a llorar. Owen agitó un botellín y un trozo de papel, mientras, también él, lloraba de modo incontrolable.

Richard miró a Tom, esperando una respuesta, y deprisa.

—¿Qué está sucediendo?

—Nicholas encontró el antídoto. Lo ofreció a cambio... de la Madre Confesora. Intentamos detenerla, lord Rahl. Juro que lo hicimos. No quiso escuchar a ninguno de nosotros. Insistió en que iba a buscar el antídoto y luego a detener a Nicholas. Después de que toméis el antídoto, si ella no consigue detener a Nicholas y regresar, quiere que vayáis en su busca.

Las llamas iluminaron los rostros lúgubres que lo rodeaban.

—Una vez que ella toma una decisión —añadió Tom—, no hay manera de hacerla desistir. Tiene un modo de obligarte a hacer lo que ella dice...

Richard sabía que eso era cierto, En medio del rugir y crepitar del fuego, el edificio gimió y chasqueó. El tejado empezó a hundirse, enviando surtidores de chispas hacia el cielo.

Owen entregó con urgencia el botellín a Richard.

—Lord Rahl, consiguió el antídoto. Quería que lo tuvieseis para que pudierais ponerlos

bien. Dijo que eso es lo primero... antes de que sea demasiado tarde.

Richard extrajo el corcho del botellín. Tenía el leve aroma de la canela. Tomó el primer trago, esperando un sabor espeso, dulce y especiado. No tenía en absoluto ese sabor.

Miró los rostros de Jennsen y Owen.

—Esto es agua.

—¿Qué? —dijo Jennsen abriendo unos ojos como platos.

—Agua. Agua con un poco de canela. —Richard lo vertió en el suelo—. No es el antídoto. Se ofreció a Nicholas a cambio de nada.

Jennsen, Owen y Tom se quedaron allí parados, en muda conmoción.

Richard sintió una especie de calma. Se había acabado. Era el fin de todo. Ahora le quedaba una cantidad limitada de tiempo para hacer lo que tenía que hacer... y luego todo acabaría para él.

—Déjame ver esa nota —dijo a Owen.

Owen se la entregó. Richard no tuvo problemas para leer a la luz del incendio. Mientras Cara, Tom, Jennsen y Owen observaban, él la relejó tres veces.

Finalmente, su brazo descendió. Cara le arrebató la nota y la leyó por sí misma.

Richard miró al edificio en llamas, intentando entenderlo.

—¿Cómo supo Nicholas que alguien venía en busca del antídoto? Dijo que teníamos una hora. ¿Cómo sabía que estábamos aquí, tan cerca, y que veníamos a buscarlo, para poder escribir en la nota que nos daba una hora?

—A lo mejor no lo sabía —dijo Cara—. A lo mejor escribió la nota hace días. A lo mejor simplemente escribió eso para hacer que nos precipitásemos.

—A lo mejor —indicó Richard detrás de él—. Pero ¿cómo sabía que estábamos aquí?

—¿Magia? —sugirió Jennsen.

A Richard no le gustaba la idea de que Nicholas aparentemente supiera tantas cosas y fuese siempre un paso por delante de ellos.

—¿Cómo supisteis que Nicholas estaba a punto de incendiar este lugar? —le preguntó Cara.

—Deserté de improviso —respondió Richard—. El dolor de cabeza había desaparecido y

simplemente supe que teníamos que salir inmediatamente.

—¿Así que vuestro don funcionó?

—Eso supongo. Hace eso..., funciona a veces para advertirme.

Deseó hacer que fuese más de fiar. Al menos en esa ocasión lo había sido, o estarían todos muertos.

—Así que, ¿creéis que Nicholas está cerca?-dijo Tom—. ¿Que sabía dónde estábamos e incendió el lugar?

—No. Creo que quiere que pensemos que está cerca. Es un mago. Podría haber enviado fuego de mago desde una gran distancia. No soy experto en magia; podría haber usado algún otro medio para encender el fuego desde lejos.

Richard se volvió hacia Owen.

—Llévame a ese edificio donde escondiste el antídoto, donde estaba Nicholas cuando lo viste la primera vez.

Sin vacilar, Owen se puso en marcha. El resto del pequeño grujió lo siguió.

—¿Crees que ella estará allí? —preguntó Jennsen.

—Sólo existe un modo de averiguarlo.

Cuando por fin llegaron al río estaban sin aliento. Richard se enfureció al descubrir que el puente no estaba, con bloques de piedra procedentes de él esparcidos por las orillas, más abajo; el resto de la construcción aparentemente desaparecida bajo las oscuras aguas. Owen y algunos de los otros dijeron que había otro puente más al norte, así que marcharon en esa dirección, siguiendo el río.

Antes de que llegaran al puente, un destacamento de soldados salió como una exhalación de una calle lateral con las armas alzadas y chillando gritos de guerra.

El característico sonido de la espada de Richard al ser desenvainada repicó en la noche. Si bien la hoja había salido de su vaina, su magia no lo había hecho. Con aquella vibrante amenaza, no importaba. A Richard le sobraba furia y se enfrentó al enemigo con su propio grito.

El primer soldado atacó. El golpe de Richard fue tan violento que hendió al formido hombretón a través de la coraza de cuero. Mientras giraba sin hacer ni una pausa en dirección a otro que iba hacia él por detrás, Richard blandió la espada en redondo a tal velocidad que el hombre quedó decapitado antes de que doblara el brazo que empuñaba la espada. Richard echó el codo atrás, aplastando la cara de un hombre que se abalanzaba sobre él para acuchillarlo por la espalda. Una estocada veloz, abatió a otro antes de que

Richard pudiera girar para acabar con el soldado que tenía detrás, que había caído de rodillas y se cubría el rostro ensangrentado con las manos. Un veloz movimiento iluminado por la luna de la espada de Richard acabó tranquilamente con él.

Tom se abrió paso a cuchilladas entre los soldados al tiempo que el agiel de Cara abatía a otros. Gritos de sorprendido dolor hacían añicos la quietud de la noche. Entre tanto, Richard se movía entre el enemigo igual que una sombra transportada por el viento.

En unos instantes, la noche volvió a quedar silenciosa. Richard. Tom y Cara habían eliminado al destacamento enemigo antes de que ninguno de sus integrantes pudiese reaccionar realmente. Apenas habían recuperado el aliento cuando Richard marchaba ya como una exhalación al frente, en dirección al puente.

Cuando llegaron a él, encontraron dos soldados repantigados de la Orden Imperial que montaban guardia, con las picas apoyadas en posición vertical. Los guardias parecieron sorprendidos al ver a gente que corría hacia ellos en plena noche. Probablemente porque los habitantes de Bandakar jamás se habían atrevido a causarles ningún problema, los dos hombres se quedaron contemplando cómo Richard se acercaba hasta que éste sacó la espada y acabó con ellos con una rápida estocada al primer hombre y un poderoso tajo que cortó al segundo en dos, junto con la pica que tenía al lado.

El pequeño grupo corrió sin oposición por el puente y hacia la oscuridad que reinaba entre los apelotonados edificios. Owen indicaba el camino a Richard cada vez que doblaban por una calle mientras marchaban en dirección al lugar donde Owen había escondido el antídoto y donde había encontrado, la nota exigiendo a Kahlan a cambio de la vida de Richard, a cambio de las vidas de un imperio indefenso.

En el lóbrego corazón de la ciudad hecho de pequeños edificios achaparrados, en su mayoría de un solo piso. Owen tiró de Richard para detenerlo.

—Lord Rahl, por aquí, en la esquina, giraremos a la derecha. Un poco más allá hay una plaza donde la gente se reúne a menudo. En el extremo opuesto de la plaza hay un edificio más alto que los de alrededor. Ése es el lugar. Yendo por una callejuela a un lado, hay un callejón que pasa por detrás del edificio. Es por ahí por donde yo entré.

Richard asintió.

—Vamos.

Sin aguardar a ver si sus cansados hombres lo acompañaban, se puso en marcha, manteniéndose cerca de los edificios, en las sombras. Richard rodeó el edificio de la esquina. Colgado encima de un pequeño escaparate había un letrero que mostraba unas hogazas de pan, pero era aún demasiado temprano para que el panadero estuviese trabajando.

Richard alzó los ojos y se quedó paralizado. Allí, ante él, había una plaza con árboles y bancos. El edificio situado al otro lado de la plaza descubierta estaba en ruinas. Únicamente

quedaban maderos humeantes. Una pequeña multitud se había congregado a su alrededor, contemplando lo que horas antes evidentemente había sido un gran incendio.

—Queridos espíritus —musitó Jennsen, horrorizada.

Se tapó la boca, temiendo expresar en voz alta la preocupación presente en la mente de todos.

—Ella no estaría ahí dentro —dijo Richard en respuesta al miedo no expresado—. Nicholas no la traería de vuelta aquí simplemente para matarla.

—Entonces ¿por qué ha hecho eso? —preguntó Anson—. ¿Por qué ha quemado el edificio hasta los cimientos?

Richard contempló las volutas de humo que ascendían lentamente en espiral en el frío aire nocturno: eran sus esperanzas, que desaparecían.

—Para enviarme un mensaje de que la tiene y no la encontraré.

—Lord Rahl —dijo Cara por lo bajo—, creo que sería mejor marcharnos de aquí.

En la oscuridad que rodeaba el edificio que se había quemado, Richard pudo empezar a distinguir figuras de soldados a cientos, que sin duda aguardaban para capturarlos.

—Ya me temí algo así —dijo Owen—. Por eso hice que viniésemos por una ruta tan larga. ¿Veis esa calle de allí, donde están todos los soldados? Es la que discurre desde el puente que cruzamos.

—¿Cómo saben siempre dónde estamos, o dónde estaremos? —musitó Jennsen enojada—. ¿Y cuándo?

Cara agarró la camisa de Richard y empezó a tirar de él hacia atrás.

—Son demasiados. No sabemos cuántos más hay a nuestro alrededor. Tenemos que salir de aquí.

Richard se resistía a admitirlo, pero ella tenía razón.

—Tenemos hombres esperándonos —le recordó Tom—. Y muchos más en camino.

La mente de Richard trabajaba a toda velocidad. ¿Dónde estaba ella?

Finalmente, asintió. En cuanto lo hizo, Cara lo cogió del brazo y salieron a toda prisa, perdiéndose en la oscuridad.

Bajo la bóveda de estrellas, Richard se obligó a permanecer muy tieso y en toda su estatura ante los hombres reunidos bajo las desplegadas ramas de los robles del linde del bosque. Unas cuantas velas ardían para que todos pudiesen ver. Para cuando cargaran al interior de la ciudad de Hawton para efectuar su ataque, ya habría luz.

Nada deseaba más Richard que penetrar en la ciudad y encontrar a Kahlan, pero tenía que usar todo lo que tenía a mano, o podría malgastar esa oportunidad. Tenía que hacer esto, primero.

La mayoría de los hombres jamás había peleado. Los compañeros de Owen y Anson procedentes de la ciudad de Witherton habían estado en el primer ataque a las casas dormitorio y tomado parte en las escaramuzas que tuvieron lugar allí. El resto procedían de Northwick, a donde Richard había ido para ver al Hombre Sabio. Habían estado en los enfrentamientos con los soldados que no habían resultado envenenados. No había habido muchos soldados a los que enfrentarse pero los hombres habían hecho lo que debía hacerse. En cualquier caso, aquellos enfrentamientos menores pero sangrientos habían servido para fortalecer su determinación, mostrándoles que podían ganarse la libertad ellos mismos, que tenían el control del destino de su propia ciudad.

Esto, no obstante, era diferente. Esto iba a ser una batalla a una escala que no conocían. Lo que era peor, se libraría en una ciudad que se había, en su mayor parte, unido voluntariamente a la causa de la Orden. No era muy probable que la población ofreciese mucha ayuda.

De tener más tiempo, a Richard se le podría haber ocurrido un plan mejor que habría minado los efectivos del enemigo, primero, pero no había tiempo. Tenía que ser ahora.

Richard se plantó ante los hombres, esperando darles algo que los ayudara a vencer ese día. Le costaba pensar en otra cosa que no fuese Kahlan. Para poder disponer de la mejor posibilidad de salvarla, la apartó de su mente y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

—Había esperado que no tendríamos que hacerlo de esta manera —dijo—. Había esperado que pudiéramos hacerlo de algún otro modo, tal y como hemos hecho antes, con el fuego, o el envenenamiento, de manera que ninguno de vosotros resultara herido. No tenemos esa opción. Nicholas sabe que estamos aquí. Si huimos, sus hombres irán tras nosotros. Algunos de nosotros podríamos escapar... durante un tiempo.

—Ya no vamos a seguir huyendo —dijo Anson.

—Así es —coincidió Owen—. Hemos aprendido que huir y ocultarse sólo acarrea un sufrimiento mayor.

Richard asintió.

—Estoy de acuerdo. Pero debéis comprender que algunos de nosotros probablemente

moriremos hoy. Quizá la mayoría. Quizá todos. Si alguno de vosotros elige no pelear, debemos saberlo ahora. Una vez, que entremos, todos dependeremos unos de otros.

Cruzó las manos a la espalda y paseó despacio ante ellos. Resultaba difícil distinguirles los rostros en la débil luz. Richard sabía, también, que su propio tiempo se acababa. Su visión no haría más que empeorar. La sensación de mareo no haría más que agudizarse.

Sabía que jamás iba a ponerse bien.

Si quería tener una oportunidad de liberar a Kahlan de los hombres de la Orden, tenía que hacerlo inmediatamente, con aquellos hombres o sin ellos.

Cuando ninguno dijo que quería marcharse, Richard prosiguió:

—Tenemos que llegar hasta sus oficiales por dos razones: averiguar dónde tienen a la Madre Confesora, y para eliminarlos de modo que no puedan dirigir a sus soldados contra nosotros.

»Todos tenéis armas ahora, y, en el poco tiempo del que hemos dispuesto, hemos hecho todo lo posible por enseñaros a usarlas. Hay otra cosa que debéis saber. Sentiréis miedo. Yo también lo sentiré.

»Para superar ese miedo, debéis usar vuestra cólera.

—¿Cólera? —preguntó uno de los hombres—. ¿Cómo podemos tener cólera si sentimos miedo?

—Estos hombres han violado a vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras madres, hijas, tías, primas y vecinas —dijo Richard mientras paseaba—. Pensad en ello, cuando miréis al enemigo a los ojos, cuando éste venga a por vosotros. Ellos se han llevado a la mayoría de vuestras mujeres.

Todos sabéis por qué. Han torturado a niños para hacer que cedieseis. Pensad en el terror de vuestros niños mientras chillaban de miedo y dolor, muriendo ensangrentados y solos tras haber sido mutilados por esos hombres.

El ardor de la cólera de Richard se filtró en sus palabras.

—Pensad en eso cuando veáis sus burlonas sonrisas confiadas cuando caigan sobre vosotros. Esos hombres han torturado a personas que amabais, personas que jamás hicieron nada contra ellos. Pensad en eso cuando esos hombres os ataquen con sus manos manchadas de sangre.

»Esos hombres han enviado a muchos de los vuestros lejos para utilizarlos como esclavos. Muchos más de los vuestros han sido asesinados por esos hombres. Pensad en eso, cuando vengan a asesinaros también a vosotros.

»Esto no tiene que ver con una diferencia de opinión, ni con un desacuerdo. No puede existir debate ni indecisión sobre esto entre hombres con principios morales. Esto tiene que ver con la violación, la tortura y el asesinato.

Richard se enfrentó a sus hombres.

—Pensad en eso cuando os enfrentéis a estas bestias. —Se golpeó el pecho con un puño a la vez que apretaba los dientes—. Y cuando os enfrentéis a esos hombres, que os han hecho todas estas cosas a vosotros y vuestros seres queridos, enfrentaos a ellos con odio en los corazones. Combatidlos con odio en vuestros corazones. Matadlos con odio en vuestros corazones. No merecen otra cosa.

El bosque quedó en silencio mientras los hombres asimilaban sus escalofriantes palabras. Richard sabía que él tenía cólera suficiente, y odio suficiente, para estar ansioso por enfrentarse a los hombres de la Orden Imperial.

No sabía dónde estaba Kahlan, pero tenía intención de descubrirlo y rescatarla. Ella habla hecho lo que había hecho para obtener el antídoto y salvarle la vida. Comprendía lo que había hecho, y no podía culparla; ésa era la clase de mujer que era. Le amaba con tanta ferocidad como él la amaba a ella. Había hecho lo que tenía que hacer.

Pero él no iba a fallarle. Ella dependía de él.

La temible ironía era que todo había sido en vano. El antídoto por cuya obtención había efectuado tal sacrificio no era un antídoto.

Richard contempló los rostros de todos los hombres, tan concentrados en lo que él tenía que decirles en la víspera de una batalla tan trascendental, y recordó, entonces, las palabras de la estatua situada a la entrada de aquella tierra, las palabras de la Octava Regla del Mago: *“Talga Vasssternich»*.

—Sólo tengo una última cosa que deciros —dijo—. La más importante de todas.

Richard se colocó ante ellos como el líder del Imperio d'haraniano, un imperio que luchaba por sobrevivir, por ser libre, y les dijo aquellas dos palabras traducidas a su idioma.

—¡Mereced la victoria!

Justo empezaba a clarear cuando atacaron la ciudad. Únicamente uno de ellos había permanecido atrás; Jennsen. Richard le había prohibido tomar parte en el combate. Además de ser joven y ni con mucho tan fuerte como los hombres a los que se enfrentarían, no haría más que ofrecer un blanco tentador. La violación era un arma habitual para la gente perversa, una que aquel enemigo usaba preferentemente. Los hombres de la Orden Imperial se unirían para obtener tal trofeo. Cara era distinta; era una guerrera cualificada y más letal que ninguno de ellos, salvo Richard.

A Jennsen no le había gustado que la dejaran atrás, pero había comprendido las razones de

Richard y no había querido darle más cosas de las que preocuparse. Ella y *Betty* se habían quedado en el bosque.

Un hombre que habían enviado a explorar porque conocía bien la zona surgió de un callejón lateral. Cuando le alcanzaron, todos se pegaron contra la pared, intentando permanecer ocultos.

—Los encontré —dijo el explorador, intentando recuperar el aliento, y señaló a la derecha.

—¿Cuántos? —preguntó Richard.

—Creo que debe de tratarse de su fuerza principal dentro de la ciudad, lord Rahl. Es donde duermen. Parecen estar todavía allí, como esperabais, y no haberse levantado aún. El lugar que han ocupado contiene edificios para administración de la ciudad. Pero traigo información preocupante, también. Los están protegiendo los habitantes de la ciudad.

Richard se pasó los dedos por los cabellos. Tuvo que concentrarse para no toser. Asió el marco de la ventana del edificio junto a él para ayudarse a permanecer en pie.

—¿Qué quieres decir con que los están protegiendo?

Hay montones de personas de la ciudad rodeando el lugar ocupado por los soldados. La gente está allí para proteger a los soldados... de nosotros. Están ahí para impedirnos atacar.

Richard soltó un enojado resoplido.

—De acuerdo —Giró hacia los rostros preocupados y expectantes de todos sus hombres—. Ahora, escuchadme. Estamos unidos en una batalla contra el mal. Si alguien se pone de parte del mal, si ellos protegen a hombres malvados, entonces están sirviendo a perpetuar el mal.

Uno de los hombres pareció indeciso.

—¿Estáis diciendo que si intentan detenernos, podríamos tener que usar la fuerza contra ellos?

—¿Qué es lo que estas personas buscan? ¿Cuál es su objetivo? Quieren impedirnos eliminar a la Orden Imperial. Debido a que odian la vida, desprecian la libertad.

Con sombría determinación, Richard trabó la mirada en sus hombres.

—Lo que digo es que cualquiera que protege al enemigo y busca mantenerlo en el poder, cualquiera que sea el motivo, se ha puesto de su lado. No es más complicado que eso. Si intentan proteger al enemigo o dificultar que hagamos lo que debemos... matarlos.

—Pero no están armados —dijo un hombre.

La cólera de Richard se inflamó.

—Están armados... armados con ideas malvadas que buscan esclavizar el mundo. Si ellos tienen éxito, vosotros moriréis.

»Para salvar las vidas de personas inocentes y de vuestros seres queridos... y tener una pérdida mucho menor de vidas al final... lo mejor es aplastar al enemigo tan contundente y rápidamente como sea posible. Entonces habrá paz. Si esas personas intentan impedirlo, entonces están, de hecho, poniéndose del lado de aquellos que torturan y asesinan: los ayudan a vivir un día más para que vuelvan a asesinar. A tales personas no hay que tratarlas de un modo distinto a lo que son en realidad: servidores del mal.

»Si intentan deteneros, matadlos.

Hubo un momento de silencio; luego Anson se llevó un puño al corazón.

—Con odio en mi corazón... venganza sin misericordia.

Expresiones de férrea determinación se propagaron entre los hombres. Todos se llevaron los puños al corazón a modo de saludo e hicieron el juramento.

—¡Venganza sin misericordia!

Richard dio una palmada a Anson en el hombro.

—En marcha.

Abandonaron a la carrera las largas sombras de los edificios y doblaron en tropel la esquina. Las personas situadas más allá, al final de la calle, giraron la cabeza al ver venir el ejército de Richard. Más personas —hombres y mujeres de la ciudad— irrumpieron en la calle frente al complejo de edificios que los soldados habían ocupado.

—¡Guerra no! ¡Guerra no! ¡Guerra no! —gritó la gente mientras Richard conducía a sus hombres calle adelante a la carrera.

—¡Quitaos de en medio! —chilló Richard mientras se acercaba.

Aquel no era momento para sutilezas o discusiones; el éxito del ataque dependía en gran parte de la velocidad.

—¡Quitaos de en medio! ¡Es la única advertencia que se os dará! ¡Quitaos de en medio o moriréis!

—¡Detened el odio! ¡Detened el odio! —salmodiaron ellos a la vez que se cogían del brazo.

No tenían ni idea de cuánto odio rugía a través de Richard. Desenvainó la *Espada de la Verdad*. La cólera de su magia no salió con ella, pero él solo tenía suficiente. Aminó el

paso.

—¡Moveos! —gritó Richard mientras caía sobre aquella gente.

Una mujer regordeta de cabellos rizados dio un paso al frente, separándose de los demás. Tenía el rostro redondo enrojecido por la rabia mientras chillaba:

—¡Detened el odio! ¡Guerra no! ¡Detened el odio! ¡Guerra no!

—¡Aparta o muere! —chilló Richard a la vez que cogía velocidad.

La mujer de rostro enrojecido agitó un puño regordete frente a Richard y sus hombres, liderando un cántico enfurecido.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

A su paso junto a ella, apretando los dientes con furia, Richard asestó un poderoso mandoble, cercenando la cabeza y el brazo alzado de la mujer. Ristras de sangre y fluidos salpicaron los rostros situados detrás de ella en el mismo instante en que algunos todavía entonaban sus vacías palabras. La cabeza y el brazo cortado dieron tumbos entre la multitud. Un hombre cometió el error de intentar agarrar el arma de Richard, y recibió todo el peso de una violenta estocada.

Los hombres que iban detrás de Richard atacaron la fila de guardianes con desenfundada violencia. Gentes armadas únicamente con su odio a la libertad moral cayeron ensangrentadas, con heridas terribles, o muertas. La fila de gente se desplomó ante la despiadada embestida. Algunas de las personas, chillando su desprecio, usaron los puños para atacar a los hombres de Richard y les respondió el acero, veloz y letal.

Al darse cuenta de que su defensa de la brutalidad de la Orden Imperial podía acabar resultando en consecuencias para sí mismos, la multitud empezó a desperdigarse asustada, chillándoles palabras malsonantes a Richard y a sus hombres.

El ejército de Richard no se detuvo en su violento avance a través del círculo de protectores, que ahora huían, sino que siguió adelante, hasta el laberinto de edificios simados entre zonas abiertas cubiertas de hierba y salpicadas de árboles. Los soldados situados fuera empezaron a darse cuenta de que en esa ocasión iban a tener que protegerse a sí mismos, que la gente de la ciudad ya no podía hacerlo por ellos. Aquellos hombres estaban acostumbrados a masacrar víctimas indefensas y dóciles. Durante más de un año de ocupación no habían tenido que combatir.

Richard fue el primero en alcanzados, abatiendo hombres en su camino al interior de sus filas. Cata cargó marchando a su derecha, Tom a la izquierda, la mortífera punta de una lanza hundiéndose en soldados que justo empezaban a sacar las armas. Eran militares acostumbrados a arrollar a sus asustados oponentes con la superioridad numérica, no a combatir una oposición decidida. Lo hicieron entonces, y para salvar la vida.

Richard se movía a través de ellos como si fuesen estatuas. Ellos dirigían un arma al lugar en el que había estado, mientras él atacaba el lugar al que se dirigían y los recibía con el acero afilado como una cuchilla. Se acercaba por detrás de otros mientras éstos miraban en ambas direcciones, perdiéndolo de vista, para encontrarse a continuación con que alargaba el brazo por delante de ellos y los mataba con la espada. A otros los decapitaba antes de que advinieran que iba a atacarlos.

No malgastaba esfuerzos con movimientos exagerados y cuchilladas violentas. Hería con mortífera pericia. No intentaba vencerles para demostrarles que era mejor; simplemente los mataba. No les daba ninguna posibilidad de defenderse; los abatía antes de que pudiesen hacerlo.

Ahora que se había comprometido a la lucha, se había comprometido a la danza con la muerte, lo que significaba una sola cosa: abatir. Era su deber, su propósito, su ansia abatir al enemigo con rapidez, con firmeza y totalmente.

Aquellos hombres no estaban preparados para esa violencia desatada.

Calando sus hombres cayeron sobre los soldados, se alzó un gran clamor. A medida que los hombres caían, sus gritos inundaron la mañana.

Al ver a un hombre que tenía aspecto de oficial, Richard le puso la espada en la garganta.

—¿Dónde están Nicholas y la Madre Confesora?

El hombre respondió intentando agarrar el brazo de Richard. No fue lo suficientemente rápido. Richard atravesó con la espada la garganta del hombre, cercenando casi la cabeza, a la vez que giraba en redondo hacia un soldado que se le acercaba por detrás. El atacante se detuvo en seco en un esfuerzo por evitar el arma de Richard, siendo acuchillado en el corazón.

La encarnizada batalla prosiguió, retrocediendo entre los edificios mientras abatían a los que devolvían el ataque. Más soldados todavía, cubiertos con capas de cuero, cotas de malla, pieles y cintos con armas, salieron de los barracones al oír el enfrentamiento. Su aspecto era tan feroz que parecían estar mejor preparados para el asesinato que nadie que Richard hubiese visto nunca.

Mientras se abalanzaban al frente, Richard agallaba a cualquiera que pareciera un oficial. Ninguno pudo darle una respuesta. Ninguno conocía el paradero ni de Nicholas ni de Kahlán.

Richard tenía que combatir el mareo además de a los soldados. Mediante la concentración en la danza con la muerte y en los preceptos que la espada le había enseñado en el pasado, conseguía superar los efectos del veneno. Sabía que tales esfuerzos no podían reemplazar durante mucho tiempo la necesaria capacidad de resistencia, pero por el momento era capaz de hacer lo que tenía que hacer.

Resultaba un tanto sorprendente ver lo bien que lo estaban haciendo sus hombres. Se ayudaban unos a otros mientras se adentraban más en las líneas enemigas. Al combatir de ese modo, usando las energías combinadas de unos y otros, a menudo conseguían sobrevivir juntos allí donde uno por sí solo no lo habría hecho.

Con todo, algunos de sus hombres no habían sobrevivido. Richard vio a varios que yacían sin vida. Pero el sorprendido enemigo estaba siendo masacrado. Los soldados de la Orden Imperial no estaban cargados de justa y decidida determinación. Los hombres de Richard sí. Los soldados de la Orden eran poco más que una banda de matones, que en aquellos momentos se enfrentaban a hombres que les pedían cuentas. Los soldados de la Orden peleaban en un intento desordenado de salvar sus propias vidas, sin pensar en una defensa coordinada, mientras que los hombres de Richard peleaban con el propósito de exterminar a todos los efectivos del enemigo.

Richard oyó que Cara lo llamaba con urgencia desde un espacio angosto entre dos edificios. Al principio, creyó que la mord-sith tenía problemas, pero cuando dobló la esquina vio que tenía a un hombre fornido de rodillas. La mujer le mantenía la cabeza en alto agarrando un puñado de sus negros cabellos grasientos. Una oreja exhibía una hilera de aros de plata. Cara le presionaba el agiel contra la garganta. Le corría sangre por la barbilla.

—¡Díselo! —chilló al hombre cuando Richard llegó corriendo.

—¡No sé dónde están!

En un arranque de furia, Cara estrelló la punta del agiel contra la base del cráneo del hombre. Este se encogió, los brazos convulsionados por la demoledora sacudida de dolor que le arrancó un jadeo en lugar de un grito. Sus ojos se quedaron en blanco. Sujetándolo por el enmarañado cabello. Cara le dobló hacia atrás sobre su rodilla para mantenerlo erguido.

—Díselo —gruñó.

—Se marcharon —farfulló él—. Nicholas se marchó anoche. Llevaban a una mujer con ellos, pero no sé quién.

Richard se inclinó sobre una rodilla y agarró la camisa del hombre.

—¿Qué aspecto tenía ella?

El hombretón todavía tenía los ojos en blanco.

—Cabello largo.

—¿Adonde fueron?

—No lo sé. Se fueron. A toda prisa.

—¿Qué te dijo Nicholas antes de marchar?

Los ojos del hombre volvieron a enfocar poco a poco.

—Nicholas sabía que ibais a atacar al amanecer. Me contó la ruta que tomaríais para entrar en la ciudad.

Richard apenas podía creer lo que oía.

—¿Cómo es posible que pudiera saber eso?

El hombre vaciló, pero la visión del agiel de Cara le hizo hablar.

—No lo sé. Antes de marchar. Nicholas me contó cuántos hombres tenías, me contó cuándo atacaríais y por qué ruta. Me indicó que usara a gente de la ciudad para que nos protegiera de vuestro ataque. Reunimos a nuestros partidarios más fanáticos y les contamos que veníais a asesinarlos, que queríais hacer la guerra.

—¿Cuándo se marchó Nicholas? ¿Adónde llevó a esa mujer?

De la barbilla del hombre goteó sangre.

—No lo sé. Simplemente se marcharon apresuradamente anoche. Eso es todo lo que sé.

—Si sabías que veníamos, ¿por qué razón no organizasteis una defensa mejor?

—Ah, pero sí lo hicimos. Nicholas me dijo que cuidara de la ciudad. Le aseguré que una fuerza tan reducida como la vuestra no podía derrotarnos.

Algo iba terriblemente mal.

—¿Por qué no?

Por primera vez, el hombre sonrió.

—Por qué no sabéis cuántos hombres tenemos en realidad. Una vez que supe por donde llegaba vuestro ataque, dispuse estratégicamente todos mis efectivos. —La sonrisa del oficial se ensanchó—. ¿Oyes ese cuerno a lo lejos? Ya vienen —Profirió una risotada—. Estáis a punto de morir.

—Tú lo harás primero —dijo Richard apretando los dientes.

Con una poderosa estocada hundió la espada en el corazón del oficial.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. Richard retorció la hoja mientras la retiraba para asegurarse de que el trabajo estaba hecho.

—Será mejor que saquemos a los nuestros de aquí —indicó Richard mientras agarraba el brazo de Cara y corría hacia la esquina.

—Parece que es demasiado tarde —dijo ella cuando abandonaron su refugio y vieron las legiones que llegaban en tropel desde todas partes.

¿Cómo sabía Nicholas cuándo y por dónde iban ellos a atacar? No había habido nadie por allí: ninguna de las criaturas aladas, ni siquiera un ratón había estado allí cuando habían hecho sus planes, ¿Cómo lo había sabido?

—Queridos espíritus —dijo Cara—. No creí que tuvieran tantísimos hombres en Bandakar.

El rugido de los soldados fue ensordecedor cuando cargaron. Richard estaba ya agotado. Cada bocanada de aire que tomaba resultaba atrozmente dolorosa. Sabía que no tenía elección.

Debía encontrar un modo de llegar hasta Kahlan. Tenía que aguantar al menos ese tiempo.

Silbó una señal para reunir a sus hombres. Mientras Anson y Owen se acercaban corriendo, Richard miró a su alrededor y vio a la mayoría de los otros.

—Hemos de escapar de aquí. Son demasiados. Permaneced juntos. Intentaremos abrirnos paso a través de ellos. Si lo conseguimos, desperdigaos e intentad regresar al bosque.

Con Cara a un lado, Tom al otro, Richard cargó a la cabeza de sus hombres contra las filas enemigas. Miles de soldados de la Orden Imperial salieron en tropel y alcanzaron la zona despejada. Era una visión aterradora. Eran tantos que casi parecía como si el suelo mismo se moviera.

Antes de que Richard alcanzara a los soldados, la mañana se iluminó de improviso con cegadoras explosiones. Llamadas atronadoras se abrieron paso a través de las líneas enemigas, matando hombres a cientos. Tierra, árboles y soldados salieron despedidos por los aires. Hombres, con las ropas, cabellos y carne ardiendo, rodaron por el suelo.

Richard oyó un aullido que provenía de detrás de él. Le sonó un tanto familiar. Volvió la cabeza justo a tiempo de ver una enfurecida bola de líquidas llamas amarillas zumbando por los aires, hacia ellos. Esta se expandió a medida que se acercaba, rodando con hirviente y mortífera intensidad.

Fuego de mago.

Aquel incandescente infierno al rojo vivo pasó justo por encima con un rugido. Una vez sobrepasados Richard y sus hombres, descendió, estrellándose entre los soldados enemigos para derramar una avalancha de muerte líquida entre ellos. El fuego de mago se pegaba a lo que tocaba, ardiendo con una intensidad feroz. Una única gotita de él perforaría la pierna de un hombre hasta alcanzar el hueso. Era espantosamente letal. Se decía que producía un dolor tan atroz que aquellos que vivían no ansiaban otra cosa que morir.

La cuestión era, ¿de quién procedía?

En el otro lado, los hombres de la Orden caían. Casi parecía como si una única espada los abatiera a cientos, desganándolos con sanguinaria ferocidad. Pero ¿quién?

No había tiempo para quedarse y hacerse preguntas. Richard y sus hombres tuvieron que girar para enfrentarse a los soldados que conseguían sobrevivir. Ahora que su número se había visto reducido de tal modo, los soldados de la Orden eran incapaces de organizar un ataque electivo. Su carga se vino abajo al encontrarse con las armas de los hombres de Richard.

Mientras peleaban, más fuego mortal hizo su aparición para atrapar a aquellos que intentaban huir o aquellos que se unían para atacar. En otros lugares, soldados de la Orden caían sin que Richard o sus hombres los tocaran. Lanzaban un grito ahogado de atroz dolor, llevándose las manos al pecho, y caían muertos.

Al poco, la mañana quedó silenciosa salvo por los gemidos de los heridos. Los hombres de Richard se agolparon alrededor de éste, no muy seguros de lo que había sucedido, preocupados por si lo que fuese que les había sucedido a los soldados pudiese regresar y sucederles también a ellos. Richard se dio cuenta de que no veían el ataque del fuego de mago y de la magia del mismo modo que lo hacía él; para ellos debía parecer una salvación milagrosa.

Richard distinguió a dos personas junto a uno de los edificios. Una era más alta que la otra. Bizqueó, intentando distinguirlos, pero no conseguía ver quiénes eran. Con una mano en el hombro de Tom para sostenerse, marcharon hacia las dos figuras.

—Richard, muchacho —saludó Nathan cuando Richard llegó hasta él—. Me alegro de encontrarte bien.

Ann, una mujer rechoncha y baja con un sencillo vestido gris, sonrió con aquella sonrisa de complicidad suya, tan llena de dicha, satisfacción, y al mismo tiempo de una especie de tolerancia cómplice.

—Dudo que los dos podáis imaginar lo contento que estoy de veros —dijo Richard, sin aliento todavía, intentando no respirar demasiado profundamente—. Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Cómo demonios me habéis encontrado?

Nathan se inclinó al frente con una sonrisa picara.

—La profecía, muchacho.

Nathan llevaba bocas altas y una camisa blanca con volantes con un chaleco y una elegante esclavina verde sujeta al hombro derecho. El profeta estaba la mar de elegante.

Richard vio entonces que Nathan llevaba una espada de exquisita factura en una bruñida

vaina. Le resultó un tanto curioso que alguien que podía invocar fuego de mago llevase una espada. Resultó aún más curioso ver cómo desenvainaba el arma de improviso.

Aun lanzó de repente una exclamación ahogada cuando alguien saltó de detrás del edificio y la agarró. Era uno de los habitantes de la ciudad que se habían congregado para proteger al ejército: una mujer alta y delgada, de rostro crispado por una formidable expresión furiosa y con un largo cuchillo.

—¡Sois asesinos! —chilló, los lacios cabellos agitándose de un lado a otro—. ¡Estáis llenos de odio!

El suelo alrededor de Ann y la mujer estalló, pedazos de tierra y hierba salieron despedidos por los aires. Ann, una hechicera, aparentemente intentaba deshacerse de su atacante. La mujer no sufrió ningún daño. Contra una persona desprovista del don, la magia no funcionaba.

Nathan, no muy lejos a un lado de Ann, se adelantó y sin más atravesó a la mujer alta con su espada. Esta se tambaleó hacia atrás, con la espada de Nathan clavada en el pecho, su rostro la viva expresión del asombro. Se desplomó, deslizándose fuera de la ensangrentada hoja.

Aun, libre de su atacante, echó una ojeada a la mujer muerta. Dirigió a Nathan una mirada severa.

—Muy gallardo.

Nathan sonrió ante el burlón comentario que sólo él podía comprender.

—Ya te lo dije, no les afecta la magia.

—Nathan —dijo Richard—, sigo sin comprender...

—Ven aquí, querida —llamó Nathan, haciendo una seña atrás, detrás de él.

Jennsen salió corriendo de detrás del edificio y abrazó a Richard.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo—. Espero que no estés enojado conmigo. Nathan apareció en el bosque no mucho después de que os fueseis. Recordaba haberlo visto antes... en el Palacio del Pueblo en D'Hara. Sabía que era un Rahl, así que le conté el problema que tenemos. Ann y él quisieron ayudar. Vinimos tan rápido como pudimos.

Jennsen alzó los ojos hacia Richard, expectante.

Él respondió a su preocupación con un fuerte abrazo.

—Hiciste lo correcto —le respondió—. Usaste la cabeza para algo que las órdenes no previeron.

Ahora que el ardor del combate había cesado, Richard se sentía más marcado que nunca. Tuvo que apoyarse en Tom para sostenerse.

Nathan colocó un hombro bajo el otro brazo de Richard.

—Tengo entendido que estás teniendo problemas con tu don. Quizá pueda ayudarte.

—No tengo tiempo. Nicholas el Transponedor tiene a Kahlan. Tengo que encontrarla o...

—No actúes como un estúpido cuando no lo eres —replicó Nathan—. No se tardará mucho en poner tu don en armonía. Necesitas la ayuda de otro mago para ponerlo bajo control... como la última vez que te ayudé... o no le servirás de nada a nadie. Vamos, te llevaremos a uno de esos lugares donde hay tranquilidad. Entonces podré ocuparme de esa parte de tus problemas.

Richard no deseaba otra cosa que encontrar a Kahlan, pero no sabía dónde mirar. Sintió deseos de caer en brazos de aquel hombre y entregarle su destino, ponerlo en manos de su experiencia, de su inmenso conocimiento. Richard sabía que Nathan tenía razón. Le entraron ganas de llorar de alivio al ver que por fin recibía ayuda. ¿Quién mejor para ayudarlo a volver a poner su don bajo control que un mago?

Richard jamás se había atrevido a esperar siquiera disponer de aquella oportunidad; había planeado intentar llegar hasta Nicci porque ella era la única persona que se le ocurría que podría saber qué hacer. Aquello era infinitamente mejor que la ayuda de una hechicera.

Un mago era la única persona que realmente estaba indicada para ayudar con aquella dase de problema.

—Hazlo rápido —dijo a Nathan.

Nathan le dedicó aquella sonrisa tan suya.

—Vamos, pues. Volveremos a tener tu don en forma en un instante.

—Gracias, Nathan —farfulló Richard mientras permitía que el hombretón le ayudara a cruzar un umbral cercano.

27

Richard se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo de madera, de cara a Nathan. La deslucida habitación carecía de mobiliario. Nathan dijo que éste no hacía falta, que el suelo ya le iba bien. Ann, no muy lejos, se sentó también en el suelo. Richard se sintió un tanto sorprendido de que Nathan permitiera a la mujer observar, pero no puso objeciones. Existía la posibilidad de que pudiera querer su ayuda en algún momento.

Todos los demás aguardaron fuera. A Cara no le gustó tener que permitir que Richard estuviese fuera de su vista, pero Richard calmó su inquietud diciéndole que se sentiría más cómodo y capaz de concentrarse si sabía que ella estaba cuidando de todo el mundo.

Habían cerrado los postigos de las dos ventanas, permitiendo sólo la entrada de una luz tenue y dejando fuera casi todo el ruido. Con las manos sobre las rodillas, el profeta irguió más la espalda e, inhalando profundamente, pareció colocar un aura de autoridad a su alrededor. Nathan fue el primero que había enseñado a Richard cosas acerca de su don, contándole que los magos guerreros, como Richard, no se parecían a otros magos. En lugar de acceder al núcleo de poder de su interior, dirigían su designio a través de los sentimientos.

Había sido un concepto difícil de comprender. Nathan había explicado a Richard que su poder funcionaba a través de su ira.

—Sumérgete en mis ojos —dijo Nathan en voz queda.

Richard sabía que tenía que dejar a un lado su preocupación por Kahlan.

Intentando mantener la respiración uniforme para no toser, clavó la mirada en los ojos entornados, profundos y de un intenso azul celeste de Nathan. La mirada de Nathan lo absorbió, y Richard sintió como si fuera hacia arriba, al despejado cielo azul. Su respiración surgió en entrecortados jadeos, y no porque él lo hiciese. Percibió las imperiosas palabras de Nathan más que oírlas.

—Invoca la cólera, Richard. Invoca la cólera. Invoca el odio y la furia.

A Richard la cabeza le daba vueltas. Se concentró en llamar a su ira. Pensó en Nicholas reteniendo a Kahlan y no tuvo problemas para invocar la cólera.

Pudo sentir otra fuerza dentro de la propia, como si se estuviese ahogando y alguien intentase mantenerle la cabeza por encima del agua.

Flotó, solo, en un lugar oscuro y en calma. El tiempo no parecía significar nada. Tiempo.

Tenía que llegar hasta Kahlan a tiempo. Él era su única posibilidad.

Richard abrió los ojos.

—Nathan, lo siento, pero...

Nathan estaba empapado de sudor. Ann estaba sentada junto a él, sosteniendo la mano izquierda de Richard, Nathan le sostenía la derecha. Richard se preguntó qué había sucedido.

Pascó la mirada de un rostro a otro.

—¿Qué sucede?

Los dos tenían un aspecto sombrío.

—Lo intentamos —musitó Nathan—. Lo siento, pero lo intentamos.

Richard frunció en entrecejo. Acababan de empezar.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te estás rindiendo tan pronto?

Nathan miró de soslayo a Ann.

—Llevamos dos horas, Richard.

—¿Dos horas?

—Me temo que no hay nada que pueda hacer, muchacho. —Por el sonido de su voz, lo decía en serio.

Richard se pasó los dedos por los cabellos.

—¿De qué estás hablando? Fuiste tú quien me dijo la última vez, cuando tuve este problema, que unirme a un mago lo solucionaría. Dijiste que para un mago era algo muy simple solucionar una falta de armonía con el don.

—Así es como debería de ser. Pero tu don está de algún modo enmarañado en un nudo que te está estrangulando.

—Pero tú eres un profeta, un mago. Ann, tú eres una hechicera. Juntos, vosotros dos probablemente sabéis más sobre magia que nadie que haya vivido en miles de años.

—Richard, no ha habido otro que haya nacido como tú en los últimos tres mil años. No sabemos tanto sobre cómo funciona tu don concreto. —Ann hizo una pausa para introducirse mechones sueltos de cabello canoso de vuelta en el moño—. Lo intentamos, Richard. Te lo juro, los dos hicimos todo lo que pudimos. Tu don está mis allá de la ayuda de Nathan, incluso con mi habilidad amplificando su poder. Probamos todo lo que sabemos, e incluso unas cuantas cosas que se nos ocurrieron. Nada de ello hizo efecto. No podemos ayudarte.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

Nathan desvió los zarcos ojos.

—Tu don te está matando, Richard. No conozco la causa, pero me temo que se ha disparado hasta alcanzar una fase que está fuera de control y es mortal.

Los ojos de Ann estaban húmedos.

—Richard..., lo siento tanto.

Richard paseó la mirada de un ¡ostro angustiado al otro.

—Supongo que no importa en realidad —dijo.

Nathan frunció el entrecejo.

—¿Que quieres decir con que «no importa»?

Richard se puso en pie, tanteando en busca de la pared para mantener el equilibrio.

—Me han envenenado. El antídoto ha desaparecido... No hay cura. Me temo que me estoy quedando sin tiempo. Supongo que al don le ha salido el tiro por la culata... otra cosa acabará conmigo antes.

Ann se levantó y lo agarró por la parte superior de los brazos.

—Richard, no podemos ayudarte justo ahora, pero al menos puedes descansar mientras intentamos averiguar...

—No. —Richard desechó con un ademán su preocupación—. No. No puedo desperdiciar el poco tiempo que me queda. Tengo que llegar basta Kahlan.

Ann se aclaró la garganta.

—Richard, en el Palacio de los Profetas, Nathan y yo aguardamos tu nacimiento durante mucho tiempo. Trabajamos para eliminar aquellos obstáculos que la profecía nos mostraba que tenías en tu camino, las profecías te señalan como pieza fundamental en el futuro del mundo. De hecho, dicen que eres el único con una posibilidad: necesitamos que nos conduzcas en esta batalla.

»No sabemos que le sucede a tu don, pero podemos trabajar en ello. Debes estar aquí, de modo que si damos con una solución, podamos hacer que tu poder funcione.

—No viviré para que me curéis. ¿No os dais cuenta? El veneno me está matando. Tiene tres estados. Ya estoy entrando en el tercero: ceguera. Voy a morir. Debo utilizar el tiempo que me queda para encontrar a Kahlan. No me vais a tener para que os guíe, pero si puedo conseguir arrebatársela a Nicholas, la tendréis a ella para que os conduzca en la lucha en mi lugar.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Nathan.

Richard se dio cuenta que en el estado de intensa concentración, cuando flotaba en aquel lugar silencioso mientras Nathan intentaba ayudarlo, se le había ocurrido dónde era más probable que Nicholas hubiese llevado a Kahlan. Tenía que llegar allí mientras Nicholas

seguía en aquel lugar con ella.

—Sí, creo que sí.

Richard abrió la puerta. Cara, sentada justo al otro lado, se levantó de un salto. La expresión expectante de la mord-sith se desvaneció rápidamente cuando él negó con la cabeza, indicando que no había funcionado.

—Tenemos que ponernos en marcha. Ahora mismo. Creo que sé a dónde llevó Nicholas a Kahlan. Tenemos que darnos prisa.

—¿Lo sabes? —preguntó Jennsen, sujetando a *Betty* por la soga.

—Sí. Tenemos que ponernos en marcha inmediatamente.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Jennsen.

Richard indicó con la mano.

—Owen, ¿recuerdas que nos hablaste de un campamento fortificado que la Orden Imperial construyó al principio de llegara Bandakar, cuando estaban preocupados por su seguridad?

—Cerca de mi ciudad —dijo Owen.

Richard asintió.

—Eso es. Creo que Nicholas llevó allí a Kahlan. Es un lugar seguro que construyeron para mantener cautivas a algunas de las mujeres. Habría muchos soldados para protegerlo y es la clase de lugar construido específicamente para ser defendible, de modo que sería mucho más difícil acercarse a él que al lugar donde vivía, aquí, en la ciudad.

—Entonces ¿cómo nos acercaremos a él? —inquirió Jennsen.

—Tendremos que descubrirlo una vez lleguemos allí y veamos el lugar.

Nathan se reunió con Richard en la puerta.

—Ann y yo iremos con vosotros. Tal vez podríamos ayudar a rescatar a Kahlan del Transponedor. Mientras viajamos, los dos podemos trabajar en una solución para desenmarañar tu don.

Richard apretó el hombro de Nathan.

—No hay caballos en esta tierra. Si podéis correr y mantener nuestro paso, sois bienvenidos, pero no puedo permitirme aminorar la marcha por vosotros. No tengo mucho tiempo, y tampoco lo tiene Kahlan. No es probable que Nicholas la tenga allí mucho tiempo. Una vez que haga una pausa para descansar y recoger provisiones, y a continuación

abandone el territorio, será mucho más difícil aún encontrarlo. No tenemos tiempo que perder. Vamos a tener que viajar tan deprisa como sea posible.

Nathan bajó los ojos, desilusionado.

Ann atrajo hacia si a Richard y le dio un breve abrazo.

—Somos demasiado viejos para mantener la velocidad que tú y estos jóvenes podéis desarrollar. Cuando se la arrebatas al Transponedor, regresa y haremos todo lo que podamos para ayudarte. Trabajaremos en el problema mientras tú la liberas de sus garras. Regresa entonces, y tendremos una solución.

Richard sabía que no viviría mucho tiempo, pero no servía de nada decirlo.

—De acuerdo. ¿Qué podéis decirme sobre un Transponedor?

Nathan se pasó el pulgar por la mandíbula mientras meditaba la pregunta.

—Los Transponedores son ladrones de almas. No existe defensa contra ellos. Incluso yo sería impotente para detenerlos.

Richard no creyó que eso necesitase ninguna explicación más.

—Cara, Jennsen, Tom, vosotros podéis venir conmigo.

—¿Qué hay de nosotros? —preguntó Owen.

Anson permanecía a poca distancia, dando la impresión de querer ser incluido, y asintió a la sugerencia de Owen. Había otros también, que habían velado fuera del lugar donde Nathan había intentado ayudar a Richard. Todos eran hombres que habían peleado duro. Si quería recuperar a Kahlan, probablemente los necesitaría.

—Vuestra ayuda será bien recibida. Creo que la mayoría de los hombres deberían quedarse aquí con Nathan y Ann. Las gentes que viven aquí en Hawton necesitan que vosotros se lo expliquéis todo... que les ayudéis a entender todo lo que habéis aprendido. Necesitarán efectuar algunos cambios para adaptarse al mundo real.

Cuando Richard hizo intención de ponerse en marcha, Nathan lo asió por la manga.

—Richard, por lo que yo sé, no tienes defensa ante un ladrón de almas, pero hay una cosa que recuerdo de un viejo volumen que estaba en las criptas del Palacio de los Profetas.

—Te escucho.

—De algún modo viajan fuera de su cuerpo... envían fuera su propio espíritu.

Richard se pasó las yemas de los dedos por la frente mientras pensaba en las palabras de

Nathan.

—Ese debe ser el modo en que me vigilaba, me seguía la pista. Creo que me observó a través de los ojos de pájaros enormes que viven aquí, llamados criaturas de puntas negras. Si lo que dices es cierto, entonces a lo mejor abandona su cuerpo para hacerlo. —Richard alzó los ojos hacia Nathan—. ¿Cómo me ayuda esto?

Nathan se inclinó más hacia él, ladeando la cabeza para mirarle fijamente con un ojo azul celeste.

—Es cuando son vulnerables..., cuando están fuera de su cuerpo.

Richard alzó la espada unos cuantos centímetros de la vaina para asegurarse de que salía con facilidad.

—¿Alguna idea de cómo atraparlo fuera de su cuerpo? —Dejó caer la espada otra vez.

—Me temo que no —respondió Nathan, irguiéndose.

Richard asintió dándole las gracias de todos modos y abandonó la entrada.

—Owen, ¿a qué distancia está ese campamento fortificado?

—Hay que retroceder hasta un lugar situado cerca de donde el sendero cruzaba el límite.

Por eso Richard no lo había visto: ellos habían entrado por la antigua ruta usada por Kaja-Rang. Normalmente, sería un viaje de más de una semana. No tenían tanto tiempo.

Estudió todos los rostros que lo observaban.

—Nicholas nos lleva una buena delantera y tendrá prisa por escapar con su trofeo. Si viajamos deprisa y no nos detenemos mucho tiempo, aún podemos alcanzarle cuando llegue al campamento. Tenemos que ponernos en marcha al instante.

—Sólo os esperamos a vos, lord Rahl —dijo Cara.

También Kahlan estaba esperando.

28

Con cada día de duro viaje, el estado de Richard empeoraba, pero su temor por Kahlan lo impelía implacablemente al frente. La mayor parte del tiempo, hora tras hora, bajo la luz del sol, en la oscuridad, y bajo alguna que otra lluvia, corría a un paso largo regular. Richard usaba un bastón que se había cortado para que lo ayudara a mantener el equilibrio. Cuando pensaba que sería incapaz de seguir, Richard deliberadamente apresuraba el paso para recordarse que no podía rendirse. Se detenían por la noche sólo el tiempo suficiente

para dormir unas horas.

A los hombres les costaba mantener su ritmo. A Cara y a Jennsen no; ambas estaban acostumbradas a esfuerzos extenuantes. Todos ellos, no obstante, estaban tan exhaustos por el inexorable ritmo que hablaban sólo cuando era necesario. Richard se obligaba a seguir obstinadamente, intentando no pensar en su desesperado estado. No importaba. Se recordaba que con cada paso que corrían, si era lo bastante rápido, ganaban terreno a Nicholas y se acercaban más a Kahlan.

En momentos de desesperación, Richard se decía que Kahlan tenía que estar viva, que Nicholas la habría matado hacía mucho si ésa fuese su intención. No habría huido si ella estuviese muerta. Kahlan sería mucho más valiosa para el viva.

En cierto modo, sentía una curiosa sensación de alivio. Podía esforzarse todo lo que fuera necesario. No tenía que preocuparse por su salud. No había antídoto para el veneno. Con el tiempo, éste lo mataría. No existía solución al problema del descontrol de su don; eso también lo mataría. No había nada que Richard pudiese hacer respecto a cualquiera de esas cosas. Iba a morir.

Las arboladas colinas eran bastante fáciles de recorrer. Eran espacios abiertos, con amplios prados verdes salpicados de flores silvestres y un batiburrillo de pastizales. Fauna y flora eran abundantes. De no haberse estado muriendo, con dolores y enfermo de preocupación por Kahlan, Richard habría gozado con la belleza del territorio. En aquellos momentos era simplemente un obstáculo.

El sol que le daba en los ojos empezaba a descender tras las imponentes montañas. La oscuridad no tardaría en caer sobre ellos. Un poco antes, Richard había usado el arco para abatir un ciervo. Tom lo había cuarteado en un momento. El resto de ellos necesitaban comer, o no podrían mantener el ritmo. Richard supuso que tendrían que detenerse durante un rato para asar la carne y dormir un poco.

Owen fue a colocarse junto a Richard mientras trotaban por un mar de pastos que se ondulaban bajo la brisa. El hombre señaló al frente.

—Ahí, lord Rahl. Ese río que sale de las colinas se acerca al campamento de la Orden. Está sólo un paso más allá, al otro lado de esas colinas y en dirección a las montañas. —Señaló a la derecha—. Vendo en esa dirección, no muy lejos, está mi ciudad Witherton.

Richard cambió el rumbo un poco a la izquierda, encaminándose a los bosques que empezaban al pie de una suave loma. Alcanzaron los árboles justo cuando el disco naranja del sol se deslizaba tras las montañas coronadas de nieve.

—De acuerdo —dijo Richard, deteniéndose sin aliento mientras penetraban en un pequeño claro—. Acampemos aquí. Jennsen, Tom, ¿por qué vosotros dos no os quedáis aquí... ponéis a asar un poco de carne mientras yo voy con Owen y Cara a explorar esta fortificación y veo si se me ocurre cómo vamos a entrar?.

Cuando Richard se puso en marcha, usando el bastón para mantener el equilibrio, *Betty* empezó a seguirlo. Jennsen agarró la soga de la cabra.

—Ah, no, tú no vas —dijo Jennsen—. Tú te quedas aquí. Richard no te necesita pegada a él para que atraigas la atención.

—¿Qué os preparamos para comer, lord Rahl? —preguntó Tom.

Richard no podía soportar la idea de comer carne. Tras todo aquel sangriento combate, necesitaba equilibrar el don más que nunca. Su don lo estaba matando, pero si hacía lo que no debía ello podía acelerar el fin y no podría liberar a Kahlan de Nicholas.

—Cualquier cosa que tengamos que no sea carne. Tenéis tiempo antes de que regresemos, así que podéis cocinar un poco de pan de maíz, algo de arroz, tal vez unas cuantas judías.

Tom accedió a ocuparse de ello, y Richard marchó tras Owen. Cara, con un aspecto más desdichado del que él recordaba haberle visto jamás, le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo lo lleváis, lord Rahl?

Él no se atrevió a contarle el terrible dolor que le producía el don, ni que había empezado a toser sangre.

—Estoy bien por ahora.

Cuando por fin se arrastraron, agotados, de vuelta al campamento, casi dos horas más tarde, la carne ya estaba asada y algunos de los hombres ya habían comido y empezaban a enroscarse sobre mantas para dormir un poco.

Richard se encontraba más allá del cansancio. Estaba seguro de que habían estado cerca de Kahlan. Había sido atroz, tener que regresar, abandonar el lugar donde Nicholas la retenía, pero tenía que usar la cabeza. Una actuación alocada e irreflexiva no acarrearía más que el fracaso. No sacaría a Kahlan de allí.

Richard se veía impulsado por necesidades que iban más allá de la comida o el sueño, pero mientras contemplaba cómo Owen se sentaba pesadamente cerca del fuego, comprendió que Owen y Cara estaban agolados e imaginó que tenían que estar hambrientos. En lugar de sentarse, Cara aguardó a su lado, la mord-sith no le permitía alejarse de su vigilante protección. Tampoco expresaba ninguna preocupación por sí misma o sus necesidades.

Jamás habría podido imaginar, al principio, que llegaría a sentirse tan unido a una mord-sith.

Jennsen se levantó y corrió a su encuentro.

—Richard... ven, deja que te ayude. Ven y siéntate.

Richard se dejó caer sobre la hierba, cerca del fuego, *Betty* se le acercó y le pidió que le hiciera sitio a su lado. Él dejó que se tumbara.

—¿Bueno? —preguntó Tom—. ¿Qué os parece el lugar?

—No lo sé. Tiene muros bien contruidos de madera, con zanjas cavadas ante ellos. Hay señuelos y trampas alrededor de todo el lugar. Tiene una puerta de acceso... un auténtico portón.

Richard suspiró y se frotó los ojos. La visión se le empezaba a tornar borrosa. Cada vez le resultaba más difícil ver.

—Todavía no lo he resuelto.

Resultaba difícil pensar con el aroma de la carne asada. Le estaba produciendo náuseas. Richard lomó un pedazo de pan de maíz, y la escudilla de arroz y judías que Jennsen le tendía.

No podía comer mientras los contemplaba a ellos comer la carne, lo que era peor, la olía.

Se puso en pie.

—Voy a dar un paseo. —No quería hacerles sentir mal por comer carne delante de él—. Necesito algo de tiempo a solas para pensarlo.

Hizo una seña a Cara para que volviese a sentarse y permaneciese donde estaba.

—Cena algo —le dijo—. Necesito que mantengas las fuerzas.

Se alejó entre los árboles, escuchando el chirriar de los grillos, observando las estrellas a través del dosel de hojas. Era un alivio estar solo, no tener a gente preguntándole cualquier cosa. Era agotador tener a gente dependiendo siempre de él.

Encontró un lugar tranquilo en el que había caído un viejo roble. Se sentó y recostó la espalda contra el tronco. Deseó no tener que levantarse jamás. De no ser por Kahlan, no lo haría.

Betty hizo acto de presencia y se paró ante él, mirándole atentamente, como para preguntarle que iban a hacer a continuación. Cuando Richard no dijo nada, *Betty* se tumbó frente a él. Se le ocurrió que quizás el animal sólo quería ofrecerle algo de consuelo.

Richard sintió que una lágrima le descendía por la mejilla. Todo se estaba haciendo pedazos, y él ya no podía seguir manteniendo todas las piezas juntas. El nudo que sentía en la garganta casi le impedía respirar.

Se tumbó y posó un brazo sobre *Betty*.

—¿Qué voy a hacer? —lloriqueó; se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Kahlan, ¿qué voy a hacer? —Musitó con desesperada aflicción—. Te necesito tanto. ¿Qué voy a hacer?

Se había quedado sin la menor esperanza.

Había pensado, al ver a Nathan llegar inesperadamente, que la ayuda estaba próxima, pero la brillante ascua de aquella última esperanza había quedado extinguida. Ni siquiera un mago poderoso podía ayudarle.

Un mago poderoso.

Kaja-Rang.

Richard se quedó paralizado.

Las palabras que le había enviado Kaja-Rang, aquellas palabras estampadas sobre la base de granito de aquella estatua, resonaron en su mente.

Aquellas dos palabras iban dirigidas a Richard.

«Talga Vassternich».

Merece la victoria.

—Queridos espíritus... —musitó Richard.

Comprendió.

29

Nicholas observó mientras lord Rahl marchaba de vuelta al campamento entre sus hombros tras su desconsolada última plegaria musitada a los queridos espíritus. Era tan triste. Era tan triste que aquel hombre fuese a morir. No tardaría en estar con los queridos espíritus... en el reino del inframundo del Custodio.

Nicholas gozaba con el juego. El pobre lord Rahl estaba tan perdido y confuso... Nicholas deseaba que el juego pudiese proseguir durante un buen período de tiempo, pero a lord Rahl le quedaba poco tiempo. Era tan triste...

Pero resultaría mucho más divertido después de que lord Rahl muriese, después de que se pusiera fin a aquel último detalle. Jagang pensaba que aquel hombre patético era ingenioso. «No lo subestimes», había advertido Jagang. Tal vez Jagang no era adversario para el gran Richard Rahl, pero Nicholas el Transponedor sí.

Su espíritu se inflamó de dicha ante la expectante idea de la muerte de lord Rahl. Eso iba a ser algo digno de contemplar. Sería un final espléndido del drama de la vida. Nicholas tenía intención de verlo todo, de ver cada triste instante del último acto. Imaginó que los amigos de lord Rahl se congregarían para llorar y gemir mientras permanecían a su lado, impotentes, observando cómo se deslizaba a los acogedores brazos de la muerte, el pastor de la eternidad, esa muerte llegada para ayudarlo a iniciar el magnífico e inacabable viaje espiritual, lejos del amargo paréntesis que había sido la vida.

El telón estaba a punto de caer. A Nicholas le encantaban los finales tristes. Apenas podía aguardar para ver la representación.

«Odio vivir, vivo para odiar».

Nicholas se preguntó, también, como lo hacía lord Rahl, ¿que acabaría con el primero, el veneno o su don? Parecía ceder primero hacia uno, y luego hacia el otro. Durante un tiempo los dolores de cabeza infligidos por su don casi lo habían destruido; entonces el veneno intensificaba su propio dolor y el sufrimiento le arrancaba atroces jadeos. Era una pregunta fascinante, una que, como en cualquier buena obra de teatro, no recibiría respuesta hasta que llegase el final. La tensión resultaba deliciosa.

Nicholas creía que el don vencería en la mortal competición. El veneno estaba muy bien, pero qué giro del destino muchísimo más fascinante sería ver a un mago con la habilidad y potencial de lord Rahl, un mago que no se parecía a ninguno nacido desde una era largo tiempo enterrada en el estercolero de la historia de la humanidad, sucumbir a lo que era su herencia por nacimiento; a su propio inmenso pero vano poder... otra víctima producto de los hombres que intentaban llegar demasiado alto en la vida. Eso sería un final fascinante y apropiado.

No había que esperar mucho.

Apenas nada.

Nicholas observó, no queriendo perderse ni un solo delicioso detalle. Con el espíritu de la encantadora esposa de Richard Rahl a su lado, por así decirlo, Nicholas se sentía casi parte de la familia mientras contemplaba cómo se acercaba el trágico fin de tan gran hombre.

Nicholas consideraba que era justo que la Madre Confesora pudiese contemplar cómo se desarrollaba todo, que viese el triste final de su amado. Mientras observaba junto a Nicholas, ella padecía al ver aquel atroz suplicio mientras Richard Rahl regresaba a su campamento.

Nicholas saboreaba la angustia de la mujer. Todavía no había empezado a hacerla sufrir. Pronto dispondría de un tiempo muy largo con ella para explorar su capacidad para sufrir.

Las personas reunidas en el bosque alrededor de la fogata alzaron la mirada, curiosas al ver que su amo regresaba junto a ellas. Todas aguardaron, con Nicholas, observando, mientras su lord Rahl permanecía en pie contemplándolos. Su figura osciló en el fuego, como lo hizo

en la visión de Nicholas. Era casi como si ya no fuese más que un espíritu, a punto de alejarse flotando para sumirse en el glorioso olvido de los muertos.

—Ya lo he resuelto —les contó lord Rahl—. Sé cómo atacar la fortificación.

Los oídos de Nicholas prestaron atención. ¿Qué era aquello?

—En cuanto despunte el día entramos —dijo lord Rahl—. Justo en el momento en que el sol aparezca por encima de las montañas. Justo entonces, por el lado este, entraremos por encima del muro. Los guardias no podrán vernos bien porque el sol les dará en los ojos cuando miren en esa dirección. Los hombres no miran hacia donde es penoso mirar.

—Me gusta —dijo uno.

—Así que nos deslizaremos dentro, en lugar de atacar —dijo otro.

—No, habrá un ataque —repuso lord Rahl—. Un gran ataque. Un ataque que hará que la cabeza les dé vueltas.

¿Qué era aquello? ¿Qué era aquello? Nicholas observó, observó, observó. Era de lo más curioso. ¿Primero lord Rahl iba a saltar por encima del muro, y luego haría que sus hombres atacasen? ¿Cómo iba a lograr que la cabeza les diera vueltas a los soldados? Nicholas estaba fascinado.

Se acercó un poco más, temiendo perderse alguna palabra preciosa.

—Participaréis en el ataque, amigos —explicó lord Rahl—. Todos os arrojaréis sobre el portón al despuntar el día. Mientras atacáis a través de la puerta y atraéis su atención, yo me estaré deslizando por encima del muro. Mientras estáis allí para distraerlos, en parte, llevaréis a cabo un papel más vital del que esperarían jamás.

El plan se había puesto en marcha. Nicholas estaba embelesado mientras escuchaba, mientras observaba. Le gustaba tanto el juego; en especial cuando conocía todas las reglas, y podía doblarlas a su voluntad. El día siguiente iba a ser un día glorioso.

—Pero, lord Rahl —preguntó el hombretón llamado Tom—, ¿cómo vamos a poder atacar a través de la puerta si es tan formidable como decís?

A Nicholas no se le había ocurrido aquello. Qué curioso. Una parte vital del plan de lord Rahl parecía defectuosa.

—Ése es el autentico truco —respondió lord Rahl—. Ya lo he calculado y os sorprenderá escuchar cómo vais a hacerlo.

¿Ya lo había resuelto? Qué curioso. Nicholas quería oír qué solución podía solventar un obstáculo tan importante en el plan de lord Rahl.

Lord Rahl se desperezó y bostezó.

—Oíd —dijo—. Estoy agotado. No puedo mantenerme en pie más tiempo. Necesito descansar un poco antes de que os lo exponga todo. Es complicado, así que será mejor que espere hasta justo antes de que nos pongamos en marcha. Despertadme dos horas antes del amanecer, y os lo explicaré todo entonces.

—Dos horas antes del amanecer —repitió Tom como confirmación de la orden.

Nicholas estaba furioso. Quería enterarse ahora. Quería conocer el maravilloso, fabuloso y complicado plan.

Lord Rahl hizo una seña a su deliciosa compañera, la que tenía por nombre Cara, y luego a varios de los hombres jóvenes.

—¿Por qué no venís conmigo y dormís un poco mientras el resto finaliza su cena?

Mientras se alejaban, lord Rahl volvió la cabeza.

—Jennsen, quiero que mantengas a *Betty* aquí, contigo. Asegúrate de que permanece aquí. Necesito dormir un poco. No necesito que me despierte el olor a cabra.

—¿Voy a ir contigo por la mañana, Richard? —preguntó la chica.

—Sí. Tú llevarás a cabo una parte importante del plan. —Lord Rahl volvió a bostezar—. Lo explicaré después de que haya dormido. No lo olvides. Tom. Dos horas antes del amanecer.

Tom asintió.

—Os despertaré yo mismo, lord Rahl.

Nicholas también estaría allí, para observar, para escuchar la pieza final del plan de lord Rahl. Apenas era capaz de soportar la espera. Estaría allí temprano. Escucharía cada palabra.

Y entonces, lord Rahl se llevaría una sorpresa cuando él y sus hombres fueran a visitarlo.

A lo mejor no serían ni el veneno ni el don lo que acabaría con lord Rahl.

A lo mejor lo haría Nicholas en persona.

Con su espíritu prisionero del Transponedor, Kahlan no podía hacer nada excepto observar junto con aquel hombre. Era incapaz de responder a las súplicas acongojadas de Richard, incapaz de llorar apenada por él, incapaz de hacer nada. Ansiaba poder sostenerlo en sus brazos de nuevo, confortar su dolor, su pena.

Richard estaba cerca del fin. Ella lo sabía.

Le partía el corazón ver cómo se le escapaba la preciosa vida.

Ver sus lágrimas.

Oírle gritar su nombre con añoranza.

Oírle decir lo mucho que la necesitaba.

Se sentía tan helada y sola. Aborrecía la sensación de ir a la deriva. Deseaba con desesperación estar de vuelta en su cuerpo. Este aguardaba en alguna parte en una habitación solitaria de un campamento fortificado. El cuerpo de Nicholas aguardaba allí, también. Si al menos ella pudiese regresar allí.

Más que nada, deseaba que existiera algún modo de que pudiera advertir a Richard de que Nicholas conocía su plan.

30

Nicholas aguardaba al acecho en el campamento, olisqueando, escuchando, observando, ansioso porque el juego prosiguiese. Había llegado temprano, temiendo perderse algo. Estaba seguro de que ya era dos horas antes del amanecer; el momento en que se desarrollaría el último acto de la obra. Era hora de que aquel hombre, Tom, despertase a lord Rahl. Era la hora. «Observa, observa, observa.» ¿Dónde estaba él? «En alguna parte, en alguna parte. Mira, mira, mira.»

Unos hombres algo más allá, entre los árboles, montaban guardia. ¿Dónde estaba Tom? Ahí estaba. Nicholas vio que Tom era uno de los que permanecían despiertos mientras otros dormían. No quería llegar tarde. Eran órdenes de lord Rahl. No estaba dormido, estaba despierto, así que sabía que era la hora.

¿A que estaba esperando? Su señor le había dado una orden. ¿Por qué no hacía lo que le habían dicho?

La mujer, Jennsen, despertó y se frotó ambos ojos. Alzó la vista y estudió las estrellas y la luna. Era la hora. Ella sabía que lo era. Apartó la manta.

Nicholas fue tras ella mientras la muchacha pasaba a toda prisa junto al resplandor de los rescoldos de la hoguera, atravesaba a toda prisa el grupo de árboles jóvenes, se precipitaba hacia el hombre acostado en un tocón.

—Tom, ¿no es hora de despertar a Richard?

En algún lugar de la lejana habitación de la fortificación, donde aguardaba su cuerpo, Nicholas oyó un ruido insistente. Estaba absorto en lo que tenía entre manos, en el juego,

así que hizo caso omiso.

Probablemente era Najari. El hombre estaba ansioso por tener una oportunidad de acceder a la Madre Confesora, una oportunidad de disfrutar de sus encantos más femeninos. Nicholas había dicho a Najari que tendría su oportunidad, pero que tenía que aguardar hasta que Nicholas regresara. Nicholas no quería que manipulara su cuerpo mientras ellos no estaban. Najari a veces no se daba cuenta de su propia fuerza. La Madre Confesora era una propiedad valiosa y Nicholas no quería que esa propiedad resultase dañada.

Najari había demostrado ser leal y merecía una pequeña recompensa, pero más tarde. No desobedecería las órdenes de Nicholas. Lo lamentaría si lo hacía.

Quizá no era más que...

«Aguarda, aguarda.» ¿Qué era? «Observa, observa, observa.» El hombre se irguió y posó una mano tranquilizadora sobre el hombro de la joven. Qué conmovedor.

—Sí, supongo que ya es la hora. Vayamos a despertar a lord Rahl.

Una vez, más el ruido. Furtivo, agudo pero sin embargo quedo.

Era de lo más curioso. Pero tendría que aguardar.

Por entre los árboles. «Deprisa. Observa, observa, observa. Deprisa.» ¿No podrían ir más deprisa? ¿Es qué no reían la trascendencia de la ocasión? Deprisa, deprisa, deprisa.

—*Betty* —gruñó la mujer llamada Jennsen—, deja de chocar con mis piernas.

De nuevo se oyó un sonido furtivo allá donde estaba su cuerpo.

Y a continuación, otro sonido más apremiante.

En esta ocasión, el sonido hizo que un agudo estremecimiento recorriera el alma de Nicholas.

Era el sonido más letal que había oído jamás.

* * *

Cuando la *Espada de la Verdad* abandonó su vaina, el característico tañido del acero inundó la apenas iluminada habitación.

Con la espada surgió magia arcana, sin trabas, desenfrenada, desatada.

El poder de la espada inundó de inmediato a Richard con su furia sin límites, una furia que le respondía. La fuerza de ese poder se desbordó en cada fibra de su ser. Hacía tanto tiempo que no la había sentido realmente, que no había sentido en toda su magnitud, que por un instante Richard hizo una pausa en la exaltación de la experiencia de empuñar un arma tan

singular.

Su propia cólera legítima ya había escapado de sus límites. Unida ahora a la cólera pura de la *Espada de la Verdad*, ambas salieron disparadas por su interior como tempestades gemelas destrozándolo todo sin trabas.

Richard se enorgulleció de ser el amo supremo de ambas.

El Buscador de la Verdad dirigió mentalmente ambas tempestades al frente, sin pausa, al mismo tiempo que la espada iniciaba su temible viaje, con el implacable rayo de aquellas nubes de tormenta a punto de caer.

La punta de la espada silbó en el aire nocturno, cuando aún faltaban dos horas para el amanecer.

Vacilante e indeciso, Nicholas observó cómo el hombre. Tom, y la mujer llamada Jennsen caminaban entre los árboles para despertar a su moribundo lord Rahl.

Allá, en la lejana estancia de la fortificación, donde su cuerpo aguardaba, Nicholas oyó un alarido.

No fue un alarido de temor, sino un tumultuoso grito de cólera desenfrenada. Le provocó un escalofrío en el alma.

Con repentina alarma, sabiendo que no podía hacer caso omiso de aquello, Nicholas volvió a entrar de golpe en su cuerpo allí donde éste permanecía sentado en el suelo, aguardándolo.

Tambaleante debido al brusco regreso, Nicholas parpadeó a la vez que abría los ojos.

Lord Rahl en persona estaba de pie ante él, los pies separados, empuñando con ambas manos la espada. Era una imagen de pura fuerza concentrada mediante una determinación aterradora.

Los ojos de Nicholas se abrieron de par en par al ver que la refulgente hoja describía un arco en el aire inmóvil.

Lord Rahl estaba en mitad de un alarido de pasmoso poder y cólera. Cada pedazo de poder estaba dirigido a impulsar la espada.

De improviso, y de un modo completamente inesperado, Nicholas se dio cuenta de una cosa: no quería morir. Deseaba con todas sus fuerzas vivir. A pesar de lo mucho que odiaba la vida, comprendió, entonces, que quería aferrarse a ella.

Tenía que actuar.

Invocó su poder, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad.

Tenía que detener aquel espíritu vengador que se hallaba ante él.

Proyectó al exterior su poder para apoderarse del espíritu de aquel otro ser.

Sintió el aterrador impacto de un asombroso golpe contra el costado del cuello.

Richard chillaba aún mientras la espada, con cada onza de poder y velocidad que pudo poner tras ella, giraba, pasando justo por encima de la parte superior del hombro izquierdo de Nicholas.

Vio cada uno de los detalles mientras la hoja hendía carne y hueso, volviendo del revés músculo, tendón, arterias y tráquea, mientras seguía con precisión la senda a la que el Buscador la había consignado. Richard lo había consagrado todo al veloz viaje de su espada. En aquel momento, contemplaba cómo aquel viaje alcanzaba su destino, cómo la hoja abandonaba el cuello de Nicholas el Transponedor, cómo la cabeza del hombre, la boca todavía abierta en el inicio de un sobrecogimiento no totalmente comprendido, los ojillos redondos intentando aún asimilar la totalidad de lo que veían, volaba por los aires, empezando a girar muy lentamente a medida que la espada situada debajo describía su mortífero arco, mientras filamentos de la sangre del hombre empezaban a trazar una larga línea húmeda sobre la pared que tenía detrás.

El grito de Richard finalizó cuando el mandoble de la espada alcanzó su límite. El mundo volvió a irrumpir bruscamente a su alrededor.

La cabeza golpeó el suelo con un sonoro, chasquido de huesos.

Se había acabado.

Richard llamó su cólera a retirada. Tenía que ponerla bajo control inmediatamente. Todavía le quedaba algo más importante que llevar a cabo.

Con un grácil movimiento, Richard deslizó la ensangrentada hoja de vuelta en la vaina a la vez que giraba hacia el segundo cuerpo recostado comía la pared a la derecha.

Verla casi fue más fuerte que el. Verla allí, viva, respirando, aparentemente ilesa, le produjo un salvaje arrebató de júbilo. Sus peores temores, temores que ni siquiera quería permitir que penetraran en su mente consciente, desaparecieron en un instante.

Pero entonces advirtió que ella no estaba bien en absoluto. No era posible que hubiese seguido dormida durante un ataque como aquel.

Cayó de rodillas y la alzó en brazos. Resultaba tan ligera, tan inerte. Su rostro estaba lívido y cubierto de sudor. Sus párpados estaban entrecerrados, sus ojos en blanco.

Richard volvió a sumergirse en sí mismo, buscando energía para traer de vuelta a aquella a quien amaba más que a la vida misma, le abrió el alma. Todo lo que quería, todo lo que

necesitaba, mientras la abrazaba contra él, era que ella viviera, que estuviera indemne.

Instintivamente, de un modo que no comprendía por completo, dejó que su poder ascendiera desde un lugar en lo más profundo de su mente y se dejó ir al interior del torrente. Dejó que su amor por ella, su necesidad de ella, fluyera a través de la conexión entre ambos mientras la apretaba contra el pecho.

—Vuelve a casa, a donde perteneces —le musitó.

Dejó que el núcleo de su poder circulara a través de ella, con la intención de que fuese un faro que le iluminara el camino. Pareció como si él buscara en la oscuridad, usando la luz de una habilidad procedente de lo más profundo de su ser. Incluso a pesar de que no podía definir el mecanismo preciso, podía concentrar su propósito de un modo consciente.

—Vuelve a casa, a mí, Kahlan. Estoy aquí.

Kahlan lanzó un grito ahogado. Incluso aunque yacía incite, él sintió la intensidad de la vida en sus brazos. Ella volvió a jadear, como si casi se hubiese ahogado y necesitase aire.

Por fin, se agitó en sus brazos, las extremidades moviéndose, buscando a tientas. Abrió los ojos, pestañeando, y alzó la mirada. Atónita, volvió a hundirse en sus brazos.

—Richard..., te oía. Estaba tan sola. Queridos espíritus, estaba allí sola. No sabía qué hacer... Oí chillar a Nicholas. Estaba perdida y sola. No sabía cómo regresar. Y entonces te percibí a ti.

Lo abrazó con fuerza, como si no quisiese soltarlo jamás.

—Me has guiado de vuelta a través de la oscuridad.

Richard le sonrió.

—Soy un guía, ¿recuerdas?

Ella lo miró perpleja.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —Sus hermosos ojos verdes se abrieron con expectación—. Richard, tu don...

—Resolví el problema con mi don. Kaja-Rang me había dado la solución. Había tenido la solución mucho antes de eso, pero no me di cuenta. Mi don está perfectamente, ahora, y el poder de la espada vuelve a funcionar. Estaba tan ciego que me avergonzaré contártelo todo.

Richard se quedó sin aliento, y tosió, entonces, incapaz de contenerse por más tiempo. Tampoco pudo reprimir una mueca de dolor.

Kahlan le agarró de los brazos.

—El antídoto... ¡qué le sucedió al antídoto! Lo envié de vuelta con Owen. ¿Lo conseguiste?

Richard negó con la cabeza mientras volvía a toser, el dolor daba la impresión de que lo desgarraba en lo más profundo. Finalmente recuperó el aliento.

—Bueno, sabes, eso es un problema. No era el antídoto. Era sólo agua con un poco de canela.

El rostro de Kahlan palideció.

—Pero...

Dirigió la mirada al cuerpo de Nicholas, a su cabeza que descansaba boca arriba al final de un reguero de sangre en el suelo.

—Richard, si Nicholas está muerto, ¿cómo vamos a conseguir el antídoto?

—No hay ningún antídoto. Nicholas me quería muerto. Destruiría el antídoto hace tiempo. Te dio un falso antídoto para poder capturarte.

El rostro de Kahlan había pasado de la alegría al horror.

—Pero, sin el antídoto...

31

—No hay tiempo de preocuparse del antídoto ahora —le dijo Richard mientras la ayudaba a ponerse en pie.

¿No había tiempo? Ella vio que él daba un traspie mientras recorría la habitación. Buscó a tientas el alféizar de la ventana.

Una vez en la pequeña ventana que daba a la pared exterior de la fortificación lanzó una señal con el agudo y claro silbido del papamosca común; el silbido que Cara creía era el del milico halcón colicorto del pino.

—Usé un poste escala —explicó—. Cara viene hacia aquí.

Kahlan intentó ir hacia él, pero su cuerpo le resultaba alarmantemente desconocido. Dio un par de pasos tambaleantes, las piernas moviéndose rígidas. Sintió el impulso de ponerse a cuatro galas y andar así. Se sentía como una extraña dentro de su propia piel. Le parecía ajeno a ella tener que respirar por sí misma, tener que mirar a través de sus propios ojos, tener que escuchar con los propios oídos. Era una sensación extraña e inquietante percibir sus ropas contra la piel.

Richard le tendió la mano para ayudarla a mantenerse en pie. Kahlan se dijo que, a pesar de lo insegura que se sentía, seguramente podría mantener ella el equilibrio mucho mejor que Richard.

—Vamos a tener que abrirnos paso al exterior —dijo él—, pero tendremos algo de ayuda. Te conseguiré la primera espada que pueda.

Richard apagó de un soplido la llama de la solitaria vela colocada ante un reflector de hojalata sobre un pequeño estante.

—Richard, todavía no me he acostumbrado a estar... de vuelta, dentro de mí. No creo que esté lista para salir ahí fuera. Apenas puedo andar.

—No tenemos mucho donde elegir. Tenemos que salir. Aprende mientras te mueves. Te ayudaré.

—Tú apenas puedes andar.

Cara, en lo alto del poste escala que Richard había tallado, se inclinó al frente y retorció el cuerpo para pasar por la pequeña ventana.

A mitad de camino, Cara se quedó boquiabierta de alegría.

—Madre Confesora... Lord Rahl lo ha conseguido.

—No es necesario que parezcas tan sorprendida —refunfuñó Richard mientras ayudaba a la mord-sith a recorrer el resto del trecho hasta el interior.

Cara tomó nota sólo brevemente de la presencia del hombre muerto desplomado en el suelo antes de que Kahlan la rodeara con sus brazos.

—No podéis imaginaros lo contenta que estoy de veros —dijo Cara.

—Bueno, pues vosotros no podéis imaginaros lo contenta que estoy yo de poder veros a través de mis propios ojos.

—Si al menos el intercambio que hicisteis hubiese funcionado... —añadió Cara en un susurro.

—Encontraremos otro modo —le aseguró Kahlan.

Richard abrió lentamente la puerta un resquicio y echó un vistazo fuera. Cerró la puerta y volvió hacia ellas.

—Está despejado. Las puertas a la izquierda y a lo largo de la galería son las habitaciones en las que hay mujeres. La escalera de la derecha es la más próxima que conduce abajo.

Algunas de las estancias de la planta baja son para oficiales; otras son alojamientos de soldados.

—Estoy lista —dijo Cara, asintiendo.

Kahlan paseó la mirada de uno a otro.

—¿Lista para qué?

Richard la tomó del codo.

—Te necesito para que me ayudes a ver.

—¿Ayudarte a ver? ¿Tan deprisa está progresando?

—Simplemente escucha. Vamos a avanzar a lo largo de la galería hacia la izquierda y abriremos las puertas. Haz todo lo posible por mantener a las mujeres tranquilas. Vamos a sacarlas de aquí.

Kahlan se sintió un poco confusa; era completamente distinto de los planes que había oído junto con Nicholas. Comprendió que simplemente tenía que seguir las indicaciones de Richard y a Cara.

Fuera, en la sencilla galería de madera, no había faroles ni antorchas. La luna había descendido tras la negra aglomeración de montañas. La visión de Kahlan cuando Nicholas la había controlado había sido como mirar a través de un grasiento cristal ondulado. La centelleante bóveda estrellada sobre su cabeza jamás había parecido tan hermosa. Bajo la luz de aquellas estrellas, Kahlan pudo ver edificios sencillos alineados alrededor del muro exterior de la fortificación.

Richard y Cara avanzaron por la galería, abriendo puertas. En cada una, Cara se introducía rápidamente dentro. Algunas de las mujeres salieron en camión; a algunas Kahlan pudo oír en el interior vistiéndose a toda prisa. En algunas de las habitaciones lloraban bebés.

Mientras Cara estaba dentro de una de las habitaciones, Richard abrió otra puerta. Se inclinó cerca de Kahlan y susurró:

—Entra y di a las mujeres que hay dentro que hemos venido a ayudarlas a escapar. Diles que sus hombres han venido a sacarlas. Pero deben hacer tan poco ruido como puedan, o nos cogerán.

Kahlan corrió al interior, lo mejor que pudo sobre sus vacilantes piernas, y despertó a la joven de la cama de la derecha. Ésta se incorporó, aterrada, pero callada. Kahlan alargó la mano a un lado y zarandé a la mujer de la otra cama.

—Hemos venido a ayudarlos a escapar. No debéis hacer ningún ruido. Vuestros hombres van a ayudar. Tenéis una oportunidad de ser libres.

—¿Libres? —preguntó la primera mujer.

—Sí. Vosotras decidís, pero os aconsejo encarecidamente que aprovechéis la oportunidad, y que os deis prisa.

Las mujeres saltaron de las camas y agarraron sus ropas.

Richard, Kahlan y Cata siguieron avanzando por la terraza, pidiendo a las mujeres que ya habían salido que ayudaran a despertar a las demás. En cuestión de pocos minutos, cientos de mujeres estaban acurrucadas en la galería. No hubo ningún problema para que se mantuvieran en silencio; conocían muy bien las consecuencias de causar problemas. No querían hacer nada que permitiera que las atraparan intentando escapar. Al poco, todos habían alcanzado ya el otro extremo de la galería que recorría la fortificación.

Muchas de las mujeres tenían bebés muy pequeños; demasiado pequeños para que se los hubiesen llevado. Las criaturas, en su mayoría, dormían profundamente en brazos de sus madres, pero algunas empezaron a llorar. Las madres intentarían desesperadamente acunarlas y abrazarlas para acallarlas. Kahlan esperó que fuese un sonido lo bastante corriente como para que no atrajera la atención de los soldados.

—Aguardad aquí —susurró Richard a Kahlan—. Mantén a todo el mundo aquí arriba hasta que tengamos el portón abierto.

Con Cara detrás de él, Richard se deslizó con cuidado escaleras abajo y empezó a cruzar el patio. Cuando uno de los bebés empezó a berrear de improviso, salieron soldados de un edificio para averiguar qué ocurría y descubrieron a Richard y a Cara. Los hombres gritaron, dando la alarma.

Kahlan oyó el característico tañido del acero que indicara que Richard había desenvainado la espada. De algunas de las puercas surgieron hombres en tropel, cortándoles el paso a Richard y a Cara, listando acostumbrados a tratar con bandakarianos, los hombres que se abalanzaban hacia Richard no parecían demasiado preocupados por una posible violencia. Se equivocaban, y fueron abatidos en cuanto se acercaron lo suficiente para que Richard los atacara. A algunos, Richard los derribó mientras corría; a otros los eliminó Cara mientras intentaban acudir desde un lado.

Los alaridos de algunos al ser abatidos despertaron a todo el campamento. Los soldados abandonaron en tropel los barracones situados abajo, poniéndose pantalones y camisas, y arrastrando cintos con armas tras ellos.

A la tenue luz de las estrellas, Kahlan distinguió a Richard junto a la puerta levadiza. Éste asestó un potente mandoble. Una lluvia de chispas cayó sobre la pared cuando la espada partió una de las gruesas cadenas que sostenían en alto la puerta. Richard corrió al otro lado, para cortar la otra cadena. Dos hombres lo alcanzaron allí. Con un único y grácil movimiento, Richard los abatió a ambos.

Mientras Cara derribaba a otros soldados que se abalanzaban sobre Richard, este blandió otra vez la espada. Fragmentos de acero al rojo vivo inundaron el aire junto con el sonido tintineante del metal al hacerse pedazos. La puerta gimió y empezó a caer lentamente hacia el exterior. Richard apretó todo su peso contra ella y esta cogió velocidad. Con un resonante estallido, se vino abajo, levantando nubes de polvo.

Un potente grito se alzó cuando los bandakarianos que había fuera, empuñando espadas, hachas y mazas de combate, cargaron a través del puente derribado y penetraron en la fortificación. Los soldados corrieron a enfrentarse a la invasión y se produjo un gran choque de armas y hombres.

Kahlan vio, entonces, que unos soldados ascendían corriendo por la escalera del lado opuesto de la galería.

—¡Vamos! —gritó a las mujeres—. ¡Tenemos que salir ahora!

Sujetando la barandilla para mantener el equilibrio, Kahlan bajó corriendo los peldaños, con todas las mujeres descendiendo en tropel detrás de ella, algunas llevando en brazos criaturas que berreaban a todo pulmón. Richard corrió a su encuentro al pie de la escalera y le arrojó una espada corta con una empuñadura envuelta en cuero. Kahlan la agarró por el mango justo a tiempo de girar y acuchillar a un soldado que salía corriendo de debajo de la galería.

Owen se abrió paso a través de los combates y llegó hasta las mujeres.

—¡Vamos! —les gritó—. ¡Id a la puerta! ¡Corred!

Las mujeres, impelidas por la orden, empezaron a correr a través del recinto. Al alcanzar la zona de combate, algunas, en lugar de salir corriendo por la puerta, aprovecharon la oportunidad para saltar sobre las espaldas de los soldados que peleaban contra Owen y sus hombres. Las mujeres mordían a los hombres en la espalda, les golpeaban la cabeza, les arañaban los ojos. Los soldados no tuvieron miramientos con ellas, y varias fueron abatidas brutalmente. Ello no impidió que otras se unieran a la batalla.

Sólo con correr hacia la puerta, podían escapar, pero en su lugar, atacaban a los soldados a pesar de ir desarmadas. Habían estado cautivas de aquellos hombres durante mucho tiempo. Kahlan sólo podía imaginar por lo que habrían pasado y no podía decir que las culpaba. Todavía tenía problemas para moverse, para conseguir que su cuerpo hiciera lo que ella quería que hiciese, o se habría unido a ellas.

Kahlan giró al oír un ruido y se encontró con un soldado que se abalanzaba hacia ella. Reconoció la nariz aplastada. Najari: la mano derecha de Nicholas. Era uno de los hombres que la había llevado a la fortificación. Mostraba una sonrisa perversa mientras iba a por ella.

Kahlan podría haber usado su poder sobre él, pero no se atrevía a confiar en él en aquel preciso momento. En su lugar sacó la espada corta de detrás de la espalda y la hundió en el

vientre de Najari. Él se quedó rígido justo frente a ella, los ojos muy abiertos. Kahlan pudo oler el hedor de su aliento, Giró violentamente el mango de la espada a un lado. Con la boca abierta de par en par, el hombre jadeó, temiendo inspirar profundamente, temiendo moverse y sufrir más daño. Kahlan apretó los dientes y movió el mango de la espada en redondo, describiendo un arco, y le desgarró las entrañas.

Contempló fijamente los ojos sobresaltados del hombre mientras éste resbalaba fuera de la espada. Najari gruñó de dolor mientras caía de rodillas, manteniendo cerrada la herida con las manos lo mejor que podía. No llegó a conseguir lo que Kahlan sabía que quería, lo que Nicholas le había prometido. Cayó de bruces sobre el rostro, derramando las entrañas sobre el suelo, a los pies de la Madre Confesora.

Kahlan giró en dirección al ataque. Richard estaba abriéndose paso a cuchilladas entre los soldados que intentaban rodearlo mientras luchaba para mantener la puerta despejada. Los hombres de Richard atacaban al enemigo por detrás abriéndose paso entre los soldados tal y como Richard les había enseñado.

Kahlan vio a Owen no muy lejos. Estaba en terreno abierto, entre los caídos y los que combatían, mirando fijamente más allá de la encarnizada batalla a un hombre justo en el exterior de una de las puertas que había bajo la galería.

El hombre tenía una espesa barba negra, una cabeza afeitada, y un aro en una oreja y en una aleta de la nariz. Sus brazos eran gruesos como ramas de árbol. Los hombros el doble de anchos que los de Owen.

—Luchan —dijo Owen para sí.

Owen empezó a cruzar la zona abierta de la fortificación, pasando ante hombres enfrentados en furioso combate, pasando ante aquellos que gritaban y aquellos que caían bajo las espadas, pasando ante espadas y hachas que hendían el aire, como si ni siquiera lo vicia. Tenía los ojos clavados en el hombre que lo observaba acercarse.

El rostro de una joven apareció en el oscuro umbral detrás de Luchan. Él se giró y le gruñó que volviera dentro, que iba a ocuparse del hombrecillo procedente de su pueblo.

Cuando Luchan se volvió otra vez, Owen estaba de pie ante él.

Luchan rió y se puso en jarras.

—¿Por qué no sales disparado de vuelta a tu agujero?

Owen no dijo nada, no avisó, no exigió nada. Se limitó a caer sobre Luchan con ganas —tal y como Richard le había aconsejado que hiciera— hundiendo el cuchillo en el pecho del hombretón una y otra vez antes de que Luchan tuviera ocasión de reaccionar. Había subestimado a Owen y ello le había costado la vida.

La mujer salió corriendo por la puerta y se detuvo ante el cuerpo de su antiguo dueño. Lo

contempló fijamente, contempló uno de sus brazos estirado a un lado, el otro descansando sobre el pecho ensangrentado, los ojos sin vida. Alzó la mirada hacia Owen.

Kahlan supuso que se trataba de Marilee, y temió que fuese a rechazar a Owen por hacer daño a otra persona, que fuese a censurarlo por lo que había hecho.

En lugar de ello, corrió hacia Owen y lo rodeó con los brazos.

La mujer cayó de rodillas junto al cuerpo y tomó el cuchillo ensangrentado de la mano de Owen. Se volvió hacia el caído Luchan y lo apuñaló una docena de veces con tal fuerza que hundía el cuchillo hasta la empuñadura con cada golpe. Contemplando la llorosa furia de la mujer. Kahlan no tuvo que preguntarse cómo la habría tratado aquel hombre.

Agotada su ira, la mujer volvió a ponerse en pie y abrazó a Owen echa un mar de lágrimas.

Kahlan necesitaba llegar hasta Richard. Se sintió aliviada al ver que su capacidad para moverse como quería regresaba y empezó a avanzar por el borde de la batalla, manteniéndose pegada a las paredes, pasando junto a hombres que la veían y creían que sería un objetivo fácil. Estos no sabían que su padre, el rey Wyborn, le habían enseñado a manejar la espada desde una tierna edad y que Richard más tarde había pulido mi habilidad hasta dotada de una pericia letal, enseñándole como usar su menor peso para que le proporcionara una velocidad mortífera. Fue la última equivocación que cometieron aquellos hombres.

Más allá al otro lado de la zona abierta, una multitud de soldados, ya totalmente despiertos y bien preparados para entablar combate, salieron en tropel de los barracones. Todos cargaron contra Richard. Kahlan supo de inmediato que eran demasiados. Los hombres de Richard no podían detener aquella avalancha de soldados. Todos ellos se juntaron para ir a por Richard.

Kahlan oyó un chasquido ensordecedor parecido a un rayo al mismo tiempo que las paredes de la fortificación se encendían con una llamarada. Tuvo que darse la vuelta y protegerse los ojos. La noche se convirtió en día, y al mismo tiempo, se desató una oscuridad más oscura que cualquier noche.

Un llameante rayo blanco de Magia de Suma se retorció y enroscó alrededor y a través de un chisporroteante vacío negro de Magia de Resta, creando una violenta soga de rayos gemelos unidos en un propósito terrible.

Pareció como si el sol del mediodía se estrellase sobre ellos. El aire mismo se vio absorbido por el virulento calor y la terrible luz. Por mucho que lo intentaba, Kahlan no conseguía respirar ante aquella terrible fuerza.

La furia de Richard lo reunió todo en un único punto. En un explosivo instante, la atronadora deflagración de luz libeló un estallido devastador de pasmosa destrucción que irradiaba hacia el exterior a través de toda la fortificación, aniquilando a los soldados de la Orden Imperial.

La noche quedó oscura y silenciosa.

Hombres y mujeres permanecieron allí de pie, anonadados, en medio de un mar de sangre y vísceras, paseando la mirada por los restos irreconocibles de los enemigos.

La batalla había finalizado. Las gentes de Bandakar habían vencido. Por fin, las mujeres empezaron a gemir y llorar, eufóricas al verse libres. Conocían a muchos de los hombres que habían acudido a liberarlas, y se aferraron a ellos en señal de gratitud, abrumadas por la alegría de volver a estar juntos. Abrazaban amigos, parientes y desconocidos por igual. También los hombres lloraron, aliviados y felices.

Kahlan corrió por el laberinto de gentes jubilosas amontonadas en la zona abierta de la fortificación. Los hombres la vitorearon, emocionados al ver que también ella había sido liberada. Muchos querían hablar con ella, pero Kahlan siguió corriendo para llegar hasta Richard.

Éste estaba a un lado, apoyado contra el muro, con Cara ayudándolo a mantenerse en pie. Todavía sujetaba la espada embadurnada de sangre en el puño, la punta de la hoja descansando sobre el suelo.

También Owen marchó hacia donde estaba Richard.

—¡Madre Confesora! ¡Me siento tan aliviado y agradecido por teneros de vuelta! —Dirigió la mirada a un sonriente Richard—. Lord Rahl, quisiera presentaros a Marilee.

Aquella mujer, que apenas hacía unos instantes había apuñalado salvajemente el cadáver de su captor parecía en aquellos momentos demasiado tímida para hablar. Inclínó la cabeza a modo de saludo.

Richard se irguió y sonrió con aquella sonrisa que a Kahlan tanto le gustaba ver, una sonrisa repleta del auténtico placer de vivir.

—Me siento muy feliz de conocerte. Marilee. Owen nos ha hablado a todos de ti, y de lo mucho que significas para él. Desde el principio al fin de todo lo que ha sucedido, siempre ocupaste el primer lugar en su mente y en su corazón. Su amor por ti lo ha movido a actuar.

Ella pareció abrumada por todo ello, y por sus palabras.

—Lord Rahl vino a nosotros e hizo algo más importante que salvarnos a todos —contó Owen a Marilee—. Lord Rahl me proporcionó el valor para venir y luchar por ti, para luchar para salvarte... para que todos nosotros luchásemos por vuestras propias vidas y las vidas de aquellos que amamos.

Con una sonrisa radiante, Marilee se inclinó y besó a Richard en la mejilla.

—Gracias, lord Rahl. Jamás supe que mi Owen podía hacer tales cosas.

—Puedes creerme —dijo Cara—, nosotros tuvimos nuestras dudas sobre él, también —dio una palmada a Owen en la espalda—. Pero lo ha hecho bien.

—También yo he llegado a comprender el valor de lo que ha hecho —dijo Marilee a Richard—, de las cosas que parece que habéis enseñado a nuestra gente.

Richard les sonrió a los dos, pero entonces ya no pudo contener la tos. La atmósfera de jubilosa liberación cambió de repente, la gente se agolpó a su alrededor, ayudando a mantenerlo en pie. Kahlan vio que le corría sangre por la barbilla.

—Richard —exclamó—. No...

Lo depositaron con cuidado sobre el suelo. Él se aferró la manga de Kahlan, queriendo tenerla cerca. Kahlan vio lágrimas corriendo por la mejilla de Cara.

Parecía que había agotado ya todas las fuerzas que le quedaban. Se sumía en el poder letal del veneno, y no había nada que pudieran hacer por él.

—Owen —dijo Richard, jadeando para recuperar el aliento cuando el ataque de tos cesó—. ¿A qué distancia está tu ciudad? —La voz se le tornaba ronca.

—No lejos, sólo a unas horas, si vamos rápido.

—El hombre que hizo el veneno y el antídoto... ¿vivía allí?

—Sí, su casa sigue allí.

—Llévame allí.

Owen pareció perplejo, pero asintió con vehemencia.

—Desde luego.

—Deprisa —añadió Richard, intentando levantarse; no pudo.

Tom apareció en la multitud. Jennsen también estaba allí.

—¡Coged unos postes! —Ordenó Tom—. Y algunas lonas, o mantas. Construiremos una litera. Cuatro hombres cada vez pueden transportarlo. Podemos correr y llevarle allí deprisa.

Los hombres corrieron a los edificios, buscando lo que necesitarían para fabricar una litera.

Kahlan sacó a toda prisa la lata del estante y abrió la tapa. La lata contenía un polvo amarillento. Era del color correcto. Se inclinó y se lo mostró a Richard, que yacía en la litera. Él introdujo la mano y tomó una pizca.

La olió. Le acercó la lengua y luego asintió.

—Sólo un poco —susurró, alzándolo hacia ella.

Kahlan extendió la mano mientras el dejaba caer un poco del polvo triturado en su mano. Arrojó el resto al suelo, demasiado débil para molestarse en devolverlo a la lata. Kahlan añadió la pequeña cantidad de la palma de la mano a una de las ollas de agua hirviendo.

Bolsas de tela llenas de hierbas daban lugar a infusiones dentro otras ollas de agua caliente. Alcaloides procedentes de hongos secos permanecían en aceite. Richard tenía a otras personas rallando tallos de plantas.

—Lobelia —dijo Richard con los ojos cerrados.

Owen se inclinó sobre él.

—¿Lobelia?

Richard asintió.

—Será una hierba seca.

Owen giró hacia los estantes y empezó a buscar. Había cientos de pequeños compartimentos cuadrados en la pared del lugar donde el hombre que había preparado el veneno de Richard, y el antídoto, acostumbraba a trabajar. Era un edificio pequeño y sencillo de una única habitación con muy poca luz. No estaba ni con mucho tan bien equipado como los cuartos de trabajo de los herbolarios que Kahlan había visto en otras ocasiones, pero el hombre tenía una amplia colección de cosas. Más importante aún, era él quien había preparado el antídoto, presumiblemente con lo que había allí.

—¡Aquí está! —dijo Owen, bajando una bolsa para que Richard la viera—. Pone lobelia en la etiqueta.

—Tritura un montoncito la mitad del tamaño de la uña de tu pulgar, tamízalo para separar las fibras y deséchalas, luego añade lo que quede en el cuenco que contiene el aceite más oscuro.

Richard sabía de hierbas, pero no sabía en absoluto lo suficiente como para confeccionar el remedio contra el veneno que le habían administrado.

Su don parecía estarle guiando.

Richard se hallaba casi en un trance, o casi inconsciente; Kahlan no estaba muy segura.

Tenía dificultades para respirar, y ella no sabía qué más hacer para ayudarlo. Si no hacían algo, iba a morir, y pronto. Mientras permanecía quieto en la litera descansaba más cómodo, pero eso no iba a hacer que se recuperara.

Había sido una carrera corta hasta Witherton, pero para Kahlan se había tardado demasiado.

—Milenrama —dijo Richard.

Kahlan se inclinó sobre él.

—¿Que preparación?

—Aceite —respondió Richard.

Kahlan buscó torpemente entre los estantes de pequeñas botellas. Encontró una con la etiqueta de: ACEITE DE MILERANMA. Se acuclilló y la sostuvo ante Richard.

—¿Cuánto?

Alzó una de las manos de Richard y colocó la botella en ella, cerrándole los dedos a su alrededor para que pudiera saber el tamaño.

—¿Cuánto?

—¿Está llena?

Kahlan movió el tapón de madera de un lado a otro hasta extraerlo.

—Sí.

—La mitad —dijo Richard—. Viértelo en cualquiera de los otros aceites.

—Encontré la matricaria —dijo Jennsen a la vez que saltaba de un taburete.

—Prepara una tintura —le indicó Richard.

Kahlan volvió a colocar el tapón en la botella y se agachó junto a Richard.

—¿Qué más?

—Prepara una infusión de verbasco.

—Verbasco, verbasco —farfulló Kahlan mientras se giraba.

Mientras Richard les daba instrucciones, media docena de personas se dedicaban a hervir, mezclar, machacar, rallar, filtrar y hacer infusiones.

Añadían algunos preparados juncos a medida que se completaban, y mantenían otros aparte. A medida que trabajaban, el número de distintas tareas se combinaba y reducía.

Richard hizo una seña a Owen para que se acercase. Owen se limpió las manos en las perneras de los pantalones mientras se inclinaba para aguardar instrucciones.

—Frío —dijo Richard, los ojos cerrados—. Necesitamos algo frío. Necesitamos un modo de enfriarlo.

Owen pensó un momento.

—Hay un arroyo no muy lejos.

Richard indicó varios lugares en los que trabajaba gente.

—Vierte esos cuencos de preparados y polvos en el agua hirviendo de la marmita que hay ahí. Luego llévala al arroyo. Sostén la marmita en el agua para enfriarla. —Richard alzó un dedo a modo de advertencia—. No la sumerjas demasiado y dejes que el agua del arroyo entre por la parte superior, o se estropearía.

Owen negó con la cabeza.

—No lo haré.

Aguardó con impaciencia mientras Kahlan vertía los contenidos de cuencos poco profundos en la olla de agua hirviendo. Kahlan no sabía si nada de ello tenía sentido, pero sabía que Richard poseía el don, y ciertamente había el problema del don. Si su don podía guiarlo para preparar el antídoto, ello podría salvarle la vida.

Kahlan no conocía ninguna otra cosa que pudiera.

Entregó la marmita a Owen. Éste salió corriendo por la puerta para colocarla en el arroyo y enfriarla. Cara lo siguió para asegurarse de que nada sucedía a lo que podría ser la única cosa capaz de salvar la vida de Richard.

Jennsen se sentó en el suelo, al otro lado de su hermano, sujetándole la mano. Con el dorso de la mano, Kahlan se apartó los cabellos del rostro y a continuación se sentó junto a Richard y le tornó la mano libre para aguardar el regreso de Owen y Cara.

Betty permanecía de pie en la entrada, con las orejas estiradas al frente, la cola agitándose intermitentemente en forma de esperanzado molinete cada vez que Jennsen o Kahlan miraban en su dirección.

Parecieron transcurrir horas hasta que Owen regresó corriendo con la marmita, aunque Kahlan sabía perfectamente que en realidad no había sido tanto tiempo.

—Filtradlo con una tela —dijo Richard—, pero no estrujéis la tela al final: simplemente

dejad que el líquido pase hasta tener media taza de él.

“Una vez que hayáis hecho eso, añadid a continuación los aceites al líquido que se haya recogido en la taza.

Todo el mundo se quedó observando trabajar a Kahlan, que cogía lo que necesitaba y luego lo arrojaba lejos cuando había acabado con ello. Una vez que tuvo suficiente líquido de la marmita recogido en la taza, vertió los aceites.

—Remuévelo con un trozo de canela en rama —indicó Richard.

Owen se encaramó en el taburete.

—Recuerdo haber visto canela.

Alargó un trozo a Kahlan. Ésta removió el líquido dorado, pero no pareció que funcionase.

—El aceite y el agua no quieren mezclarse —dijo a Richard.

Él tenía la cabeza vuelta a un lado, mirando en dirección contraria a donde estaba ella.

—Sigue mezclando, Llegará un momento en que, de improviso, se unan.

Teniendo sus dudas. Kahlan siguió removiendo. Podía ver que los aceites se mantenían juntos en pegotes y no se mezclaban con el agua que había filtrado a través de la tela. Cuanto más se enfriaba, menos y menos parecía que fuese a funcionar.

Kahlan sintió que una lágrima de desesperación corría por su mejilla y le goteaba por la barbilla.

El contenido de la taza se tomó más consistente. Ella siguió removiendo, no queriendo decir a Richard que no estaba funcionando. Tragó saliva a través del creciente nudo que sentía en la garganta.

El contenido de la taza empezó a disolverse. Kahlan lanzó una exclamación ahogada. Pestañeó. Todo en la taza se fusionó de improviso en un líquido liso, espeso como un jarabe.

—¡Richard! —Se secó una lágrima de la mejilla—. Funciona. Se ha mezclado todo. ¿Ahora qué?

Él extendió la mano.

—Está listo. Dámelo.

Jennsen y Cara lo ayudaron a incorporarse en la litera. Kahlan sostuvo la preciosa taza en ambas manos y se la acercó con cuidado a la boca. La inclinó hacia arriba para ayudarlo a

beber. Hizo falta algo de tiempo para que lo tragara todo, ya que tenía que parar de vez en cuando mientras tomaba pequeños sorbos, intentando no toser.

Había mucho más de lo que había habido en cualquiera de los botellines, pero Kahlan supuso que tal vez necesitaba más cantidad, ya que había tardado tanto en tomarlo.

Cuando el hubo terminado, ella alargó la mano hacia arriba y depositó la taza sobre el mostrador. Se lamió una gota del líquido del dedo, el antídoto tenía el leve aroma de la canela y un sabor dulce y especiado. Esperó que eso fuera lo correcto.

Richard se dedicó a recuperar el aliento tras el esfuerzo de beber. Volvieron a acostarlo con delicadeza. Las manos le temblaban. Tenía un aspecto espantoso.

—Dejadme descansar —murmuró.

Betty, todavía de pie en la entrada, observando con suma atención, lanzó un balido para indicar su deseo de entrar.

—Se pondrá bien —dijo Jennsen a su amiga—. Tú sólo quédate ahí fuera y deja que descanse.

Betty dio un leve tirón y luego se tumbó en la entrada para esperar junto con el resto de ellos. Iba a ser una larga noche. Kahlan no creía ser capaz de dormir hasta que supiera si Richard se pondría bien.

* * *

Zedd señaló con el dedo.

—Hay otro, ahí, que hay que retirar —dijo a Chase.

Chase llevaba una cota de malla encima de una túnica de cuero de color tostado. Se sujetaba los gruesos pantalones negros con un cinto negro provisto de una gran hebilla de plata blasonada con el emblema de los guardianes del límite. Debajo de la capa negra, sujeto por todas partes —piernas, cintura, parte superior de los brazos, en la parte posterior de los hombros— había un pequeño arsenal de armas, todo desde pequeños pinchos a un hacha de guerra en forma de media luna. Chase era infalible con cualquiera de esas armas.

Había transcurrido bastante tiempo ya desde la última vez que se necesitaron las habilidades de un guardián del límite. Chase parecía ser un hombre sin una misión.

El hombretón se inclinó para extraer un cuchillo de debajo del cuerpo.

Profirió un gruñido de reconocimiento.

—Ahí está. —Alzó el cuchillo con mango de castaño a la luz mientras lo inspeccionaba—. Me preocupaba haberlo perdido.

Deslizó el arma al interior de una funda vacía sin tener que mirar. Con una mano agarró la cinturilla de los pantalones y alzó el rígido cuerpo, luego fue hasta una abertura en la almenada muralla y arrojó el cuerpo fuera, al vacío.

Zedd miró por encima del borde. Era una caída de varios cientos de metros antes de que la roca de la montaña se ensachara lo suficiente para que cualquier cosa que cayera hiciera contacto. Había varios cientos de metros más de descenso por el precipicio de granito antes de que empezara el bosque.

El dorado sol empezaba a descender hacia las montañas. Las nubes habían adquirido reflejos de oro y naranja. A aquella distancia, la ciudad situada abajo resultaba tan bonita como siempre, salvo que Zedd sabía que era un lugar vacío, sin gente que le diera vida.

—Chase, Zedd —llamó Rachel desde la puerta—, el estofado está listo.

Zedd alzó sus escuálidos brazos hacia el cielo.

—¡Ya era hora! Uno podría morirse de hambre esperando a ese estofado.

Rachel plantó el puño que sujetaba la cuchara de madera en la cadera y agitó un dedo de la otra mano hacia él.

—Si sigues diciendo palabrotas, no tendrás cena.

Chase soltó un suspiro a la vez que echaba una veloz mirada Zedd.

—Y tú crees que tienes problemas. Uno no creería que una chica que no me llega a la hebilla del cinturón pudiese ser una cruz así.

Zedd siguió a Chase a la entrada que cruzaba la gruesa pared de piedra.

—¿Es siempre tan incordiante?

Chase despeinó los cabellos de Rachel al pasar.

—Siempre —le confió.

—¿Está bueno el estofado? —preguntó Zedd—. ¿Vale la pena que vigile mi lenguaje por él?

—Mi nueva madre me enseñó a prepararla —dijo Rachel con un tentador sonsonete—. Rikka comió un poco antes de salir, y dijo que estaba bueno.

Zedd se alisó los desordenados cabellos blancos.

—Bueno, Emma cocina mejor que ninguna mujer que he conocido.

—Entonces sé bueno —dijo Rachel—, y te daré panecillos para acompañar el estofado.

—¡Panecillos!

—Claro. El estofado no sería estofado sin panecillos.

Zedd miró a la criatura, pestañeando.

—Vaya, eso es lo que yo siempre he pensado.

—Será mejor que me dejes comprobar si lo hizo bien, primero —indicó Chase mientras recorrían los pasillos cubiertos de tapices del Alcázar—. Detestaría que te comprometieses a nada en firme antes de que sepamos si el estofado es comestible.

—Friedrich me ayudó con las partes pesadas —comentó Rachel—. El dice que está bueno.

—Veremos —repuso Chase.

Rachel se giró y agitó la cuchara de madera ante él.

—Tienes que lavarte las manos, primero. Te vi arrojar a ese hombre muerto por encima de la muralla. Tienes que lavarte las manos antes de venir a la mesa y comer.

Chase dedicó a Zedd una mirada de crispada paciencia.

—En alguna parte, hay un muchacho que se está divirtiendo justo en estos momentos, probablemente llevando encima una rana muerta, totalmente ajeno al lamentable hecho de que algún día va a estar casado con la señorita. Lávate las manos antes de comer.

Zedd sonrió. Cuando Chase había acogido a Rachel como su hija, fue prácticamente lo mejor que Zedd hubiese podido desear. Rachel también lo pensó, y parecía que todavía lo hacía. Estaba estrechamente unida a aquel hombre.

Mientras estaban sentados a la mesa, ante el alegre fuego del hogar, con Zedd disfrutando de su tercera escudilla de estofado, éste no recordaba un Alcázar con una atmósfera tan maravillosa. Se debía a que había una criatura, junto con sus amigos, de nuevo en las salas del Alcázar.

Friedrich, el hombre que había acudido siguiendo órdenes de Richard para advertir a Zedd del inminente ataque sobre el Alcázar, se había dado cuenta de que no había llegado a tiempo; pero el hombre había usado la cabeza e ido en busca de Chase, el viejo amigo del que había oído hablar a Richard.

Mientras Chase marchaba a rescatar a Zedd y a Adié. Friedrich había regresado al Alcázar para espiar a la gente que lo había tomado. Mediante una vigilancia cuidadosa, a la vez que se mantenía fuera de la vista de una Hermana, Friedrich había podido proporcionar a Chase y a Zedd información inestimable sobre el número de personas que ocupaban el Alcázar, y

sus rutinas. Luego ayudó a recuperar el lugar.

A Zedd le gustaba aquel hombre. No tan sólo era terriblemente habilidoso con un cuchillo, sino ameno en una conversación. Friedrich, puesto que había estado casado con una hechicera, era capaz de conversar con Zedd sin sentirse intimidado como se sentían algunos por los magos. Habiendo vivido toda su vida en D'Hara, Friedrich también podía proporcionarle información.

Rachel sostuvo en alto una talla de un halcón.

—Mira lo que Friedrich ha hecho para mí, Zedd. ¿No es lo más bonito que hayas visto nunca?

—Ciertamente, lo es —respondió él, sonriendo.

—No es nada —se burló Friedrich—. Si tuviese un poco de pan de oro, entonces podría dorártelo. Eso era lo que hacía para ganarme la vida. —Se inclinó hacia atrás y sonrió para sí—. Hasta que lord Rahl me convirtió en un guardián del límite.

—Como sabéis —dijo Zedd inopinadamente a ambos hombres, arrastrando las palabras—, el Alcázar es aún más vulnerable, ahora, a esos que podrían venir y no tienen magia. Yo no tengo problema para protegerlo de los que se ven afectados por la magia, pero no sucede lo mismo con los que son de la otra clase.

Chase asintió.

—Eso parece.

—Bien, la cosa es —prosiguió él— que estaba pensando que, puesto que ya no existe un límite, y con todos esos problemas que tenemos, quizás a vosotros dos os gustaría asumir la responsabilidad de ayudarme a proteger el Alcázar del Hechicero. No soy ni con mucho tan adecuado para la tarea como lo sería alguien entrenado en tales cosas. —Zedd se inclinó al frente, bajando las cejas—. Es de vital importancia.

Con los codos sobre la mesa, Chase masticó un pedazo de panecillo mientras observaba a Zedd. Finalmente, dio vueltas con la cuchara en su escudilla.

—Bueno, podría ser un desastre si Jagang decidiera usar a esas personas sin el don para volver a ponerle las manos encima a este lugar. —Reflexionó sobre ello—. Emma lo comprenderá.

—Tráela aquí —dijo Zedd con un encogimiento de hombros.

Chase frunció el entrecejo.

—¿Traerla aquí?

Zedd indicó a su alrededor.

—El Alcázar es lo bastante grande.

—Pero ¿qué haríamos con nuestros hijos? —Chase se recostó en el asiento—. No querrás a todos mis hijos aquí, en el Alcázar, Zedd; se pasarían el día corriendo arriba y abajo, jugando en los pasillos. Te volverían loco. Además —añadió Chase, mirando con un ojo torvo a Rachel—, son a cual más feo.

Rachel ocultó su risita tras un panecillo.

Zedd recordaba los sonidos de las risas infantiles en el Alcázar, los sonidos de la alegría y el amor.

—Bueno, sería un carga —coincidió—, pero se trata, al fin y al cabo, de la protección del Alcázar. ¿Qué sacrificio no valdría la pena hacer para proteger el Alcázar?

Rachel paseó la mirada de Chase a Zedd.

—Mi nueva hermana, Lee, podría volverte a traer a *Gato*, Zedd.

—¡Eso es cierto! —exclamó Zedd, alzando las manos—. ¡No he visto a *Gato* desde hace una eternidad! ¿Trata Lee bien a *Gato*?

Rachel asintió con vehemencia.

—Sí. Todos cuidamos muy bien de *Gato*.

—¿Qué te parece, Rachel? —preguntó finalmente Chase—. ¿Te gustaría vivir en este viejo lugar polvoriento con Zedd?

Rachel corrió hacia allí y abrazó la pierna de Chase.

—Sí, ¿podemos, por favor? Sería fabuloso.

Chase suspiró.

—Entonces imagino que está decidido. Pero tendrás que comportarte y no molestar a Zedd.

—Lo prometo —dijo ella, y alzó los ojos hacia Zedd torciendo el gesto—. ¿Tendrá mi madre que arrastrarse al interior del Alcázar por ese túnel pequeño, como hicimos nosotros?

Zedd rió entre dientes.

—No, no, la haremos entrar por la puerta principal, como la dama que es —Volvió la cabeza hacia Friedrich—. ¿Qué le parece, guardián del límite? ¿Estarías dispuesto a seguir cumpliendo las órdenes de lord Rahl y quedarte a proteger el Alcázar?

Friedrich hizo girar despacio la calla del ave por la punta de un ala, pensativo.

—Sabes —añadió Zedd—, mientras aguardas la llegada de algún ataque temible, hay varias viejas cosas doradas aquí, en el Alcázar, que necesitan a toda prisa que las reparen. ¿Tal vez considerarías hacerte cargo de la tarea de ser el dorador oficial del Alcázar? Tenemos una barbaridad de pan de oro. Y, algún día, cuando la gente regrese a Aydindril, tendrías un constante flujo de clientes.

Friedrich clavó los ojos en la mesa.

—No sé. Esta aventura concreta estuvo muy bien, pero desde que mi esposa, Althea, murió, no parezco sentir interés por gran cosa.

Zedd asintió.

—Sé cómo te sientes. Yo tuve una esposa. Creo que te haría bien que se te pagara por hacer algo fuese necesario.

Friedrich sonrió.

—De acuerdo, entonces. Aceptaré el trabajo que me ofreces, mago.

—Estupendo —dijo Chase—. Tendré a alguien que me ayude cuando necesite encerrar a niños problemáticos en la mazmorra.

Rachel rió tontamente mientras él la depositaba en el suelo.

Chase empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—Bien, Friedrich, si hemos de convertirnos en custodios del Alcázar, creo que deberíamos dar unas cuantas vueltas y comprobar la seguridad de unas cuantas cosas. Con lo grande que es este lugar, a Rikka le iría bien nuestra ayuda.

—Sólo tened cuidado con los escudos —les recordó Zedd mientras se encaminaban a la puerta.

Una vez que los dos hombres se hubieron marchado, Rachel entregó a Zedd otro panecillo para que acompañara el resto de su estofado. La pequeña frente de la niña se frunció con gesto serio.

—Cuando vivamos aquí, intentaremos ser silenciosos para no molestarte, Zedd.

—Bueno, sabes una cosa. Rachel, el Alcázar es un lugar enorme. Dudo que fueseis a molestarte mucho si tú y tus hermanos y hermanas quisierais jugar un poco.

—¿De veras?

Zedd sacó la pelota recubierta de cuero pintada con descoloridas líneas zigzagueantes azules y rosas del bolsillo y la depositó sobre la mesa.

Los ojos de Rachel se iluminaron asombrados.

—Encontré esta vieja pelota —dijo él, señalando con su panecillo—. Creo que una pelota se lo pasa mucho mejor si tiene a alguien con quien jugar. ¿Crees que a ti y a tus hermanos os gustaría jugar con esto cuando viváis aquí? Podéis hacerla rebotar por los pasillos todo lo que queráis.

La niña se quedó boquiabierta.

—¿De verdad, Zedd?

Zedd sonrió ampliamente ante la expresión de su rostro.

—De verdad.

—A lo mejor podría hacerla rebotar en el pasillo oscuro que hace esos ruidos curiosos. Entonces no te molestaría más que ahora.

—Este viejo lugar está lleno de ruidos curiosos... y una pelota que rebota no es probable que cause demasiados problemas.

La niña se encaramó a su regazo y le rodeó el cuello con los bracitos, abrazándolo con fuerza.

—Es muchísimo mejor abrazarte ahora que no llevas ese collar horrible en el cuello.

Zedd le acarició la espalda mientras ella lo abrazaba.

—Sí, lo es, pequeña. Sí, lo es.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró.

—Ojalá Richard y Kahlan estuviesen aquí para jugar con la pelota, también. Los echo de menos una barbaridad.

Zedd sonrió.

—Yo también, pequeña. Yo también.

La niña lo miró con el entrecejo fruncido.

—No te pongas a llorar, Zedd. No te molestaré haciendo mucho ruido.

Zedd agitó un dedo huesudo ante ella.

—Me temo que tienes mucho que aprender sobre jugar con una pelota.

—¿Tengo que hacerlo?

—Desde luego. Reír forma parte de jugar con una pelota, igual que los panecillos son parte del estofado.

Ella lo miró con cara adusta, no muy segura de que le estuviese diciendo la verdad.

Zedd la depositó en el suelo.

—Te diré qué haremos. ¿Por qué no vienes conmigo y te lo enseño?

—¿De veras, Zedd?

Zedd se puso en pie y le despeinó los cabellos.

—De veras.

Recogió la pelota de la mesa.

—Veamos si puedes enseñarle a esta pelota cómo pasárselo en grande.

33

Richard apoyó la espalda contra una roca, a la sombra de un grupito de robles mientras miraba a lo lejos, a la línea de arces plateados que se mecían con la brisa. El aire olía a limpio tras la lluvia del día anterior. Las nubes habían seguido adelante y dejado un cielo despejado de un azul intenso. Y sentía la cabeza finalmente despejada.

Habían hecho falta tres días, pero por fin se había recuperado de los efectos del veneno. Su don no tan sólo había ayudado a recuperar a Kahlan del borde del abismo, sino también a él.

Las gentes de la ciudad de Witherton justo empezaban a retomar sus vidas. Con todas las personas que habían perdido, iba a resultarles difícil. Había enormes vacíos en los lugares antes ocupados por amigos o miembros de familias. Con todo, ahora que eran libres abrigaban la efervescente sensación de que su futuro sería mejor.

Pero simplemente porque eran libres, eso no significaba que fueran a permanecer así.

Richard pasó la mirada por el amplio valle situado más allá de la ciudad. La gente estaba fuera, trabajando en sus cosechas y ocupándose de los animales. Regresaban a sus vidas. Él estaba impaciente por ponerse en camino, y regresar a su propia vida. Aquel lugar los había

apartado de cuestiones importantes, de personas que los habían estado esperando.

Imaginó que aquel lugar también había sido un asunto importante. Era difícil saber qué había iniciado todo aquello o qué depararía el futuro.

Lo que parecía seguro era que el mundo no volvería a ser el mismo.

Richard vio que Kahlan salía por el portón, con Cara a su lado, *Betty* jugueteaba junto a ellas, ansiosa por ver adónde iban. Jennsen debía de haber dejado que la cabra marchara a retozar un poco. *Betty* había crecido y pisado toda su vida yendo de un lado para otro. Jamás había permanecido en un lugar mucho tiempo. Quizás por eso siempre quería seguir a Richard y a Kahlan. Los reconocía como su familia y quería estar con ellos.

—Así pues, ¿qué va a hacer? —preguntó Richard a Kahlan cuando ésta depositó su mochila en el suelo junto a la de él.

—No lo sé. —Con la palma de la mano en la frente, Kahlan se resguardó los ojos de la luz del sol—. Creo que quiere decírtelo a ti primero.

Cara dejó su mochila junto a la de Kahlan.

—Creo que tiene un dilema y no sabe qué hacer.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Kahlan a la vez que alargaba el brazo y con las yemas de los dedos le flotaba el hombro; su delicado contacto fue de lo más tranquilizante.

Richard alzó la cabeza y le sonrió.

—No hago más que decírtelo, estoy perfectamente.

Arrancó una tira de venado ahumado y la masticó mientras observaba cómo Jennsen, Tom, Owen, Marilee, Anson y un pequeño grupo de hombres salían finalmente por la puerta y avanzaban por los ondulantes pastos verdes que les llegaban hasta la cintura.

—Tengo hambre —dijo Kahlan—. ¿Me das un poco?

—Claro. —Richard sacó tiras de carne de su mochila, se puso en pie y entregó un trozo a Kahlan y otro a Cara.

—Lord Rahl —dijo Anson, saludando con la mano, mientras el grupo se reunía con Richard, Kahlan y Cara a la sombra de los robles—, queríamos venir a deciros adiós y veros marchar. ¿Quizá podríamos andar con vosotros en dirección al paso?

Richard tragó.

—Nos gustaría.

Owen frunció el entrecejo.

—Lord Rahl, ¿por qué estáis comiendo carne? Acabáis de curar vuestro don. ¿No dañareis vuestro equilibrio?

Richard sonrió.

—No. Verás, aplicar incorrectamente una falsa idea de equilibrio fue lo que provocó el problema que tenía con mi don.

Owen se mostró perplejo.

—¿A qué os referís? Dijisteis que no debíais comer carne como compensación a las muertes que a veces debíais llevar a cabo. Tras la batalla en la fortificación, ¿no necesitáis equilibrar vuestro don aún más?

Richard inspiró profundamente y soltó el aire despacio mientras dirigía la mirada a las montañas.

—Verás, lo cierto es —dijo— que os debo a todos una disculpa. Todos vosotros me escuchabais, pero yo no me escuchaba a mí mismo.

«Kaja-Rang intentó ayudarme con las palabras que se desvelaron en la estatua, las palabras que os dije: “Merece la victorias.» Estaban, en primer lugar, dirigidas a mí.

—No comprendo —replicó Anson.

—Os dije que vuestra vida era vuestra para vivirla y que tenéis todo el derecho a defenderla.

»Sin embargo, yo me decía a mí mismo que tenía que compensar las muertes que llevaba a cabo para defender mi vida y las vidas de mis seres queridos no comiendo carne; en esencia, diciendo que mi autodefensa, el que matase a aquellos que me atacaban a mí y a otras personas inocentes, estaba mal moralmente, y que por lo tanto, por las muertes que había llevado a cabo, necesitaba desagraviar a la magia que me había ayudado ofreciéndole el apaciguamiento del equilibrio.

—Pero la magia de tu espada tampoco funcionaba —dijo Jennsen.

—No, no lo hacía, y eso me debería haber hecho comprender cuál era el problema, porque tanto mi don como la magia de la espada son entidades diferentes, y sin embargo reaccionaron de un modo lógico a la misma acción irracional por mi parte. La magia de la espada empezó a fallar porque yo mismo, al no comer carne, estaba diciendo que no creía totalmente que tuviese razón al usar la fuerza para detener a otros que cometen violencia.

»La magia de la espada funciona a través de la convicción del propietario de la espada; sólo actúa en contra de lo que el Buscador mismo percibe como el enemigo. La magia de la

espada no actuará contra un amigo. Ésa era la clave que tendría que haber comprendido.

»Cuando pensaba que el uso de la espada tenía que equilibrarse, expresaba, de hecho, una convicción de que mis acciones no estaban en cierto modo justificadas. Por lo tanto, debido a que mantenía ese retazo de fe en un concepto falso que me había sido inculcado durante toda mi vida, tal y como se les enseñaba a los habitantes de Bandakar... que matar siempre está mal... la magia de la espada empezó a fallarme.

»La magia de la *Espada de la Verdad*, como mi don, sólo pudieron volver a ser viables cuando comprendí, completamente, que la magia no necesita equilibrio por las muertes que he llevado a cabo, porque las muertes que he llevado a cabo no sólo están justificadas moralmente, sino que son el único curso de acción moral que podía haber tomado.

»Al no comer carne, estaba reconociendo que alguna parte de mi mente creía en lo mismo que las personas que viven aquí, en Bandakar, creían cuando nos encontramos con Owen y sus hombres la primera vez: que matar siempre está mal.

»Al pensar que no debía comer carne como una forma de compensación, negaba la necesidad moral de la supervivencia, negaba que es imprescindible proteger el valor de la vida. La acción misma de buscar “equilibrio» por lo que hago con todo derecho crea un conflicto que es el que provocaba los dolores de cabeza y también causó que el poder de la *Espada de la Verdad* me fallase. Me lo estaba haciendo yo mismo.

Richard había violado la Primera Norma de un mago al creer una mentira —que siempre estaba mal matar— porque temía que ello fuese cierto. También había violado la Segunda Norma, entre otras, pero lo que era más grave aún, había violado la Sexta Norma. Al hacerlo, había hecho caso omiso de la razón en favor de la fe ciega. El que tanto su don como el poder de la espada no funcionaran era un resultado directo de no aplicar el pensamiento razonado.

Afortunadamente, con la Octava Norma, se había puesto a reexaminar sus acciones y comprendido por fin el error en su forma de pensar. Sólo entonces pudo corregir la situación.

Al final, había cumplido la Octava Norma.

Richard cambió el peso del cuerpo al otro pie mientras contemplaba los rostros que lo observaban.

—Tenía que llegar a comprender que mis acciones son morales y no necesitan equilibrio, pues están en sí mismas equilibradas por mis acciones razonadas, que matar en ocasiones está no sólo justificado, sino que es la única acción correcta y moral.

»Tenía que llegar a comprender justo lo mismo que os pedía a todos vosotros que comprendierais. Tenía que comprender que debía merecer la victoria.

Owen echó una mirada a los que lo acompañaban y luego se rascó la cabeza.

—Bueno, considerándolo todo, imagino que podemos comprender cómo pudisteis llegar a tal error de juicio.

Jennsen, los cabellos rojos resaltando en el verde de los árboles y los campos, lo miró bizqueando bajo la luz solar.

—¿Sabéis? —dijo con un suspiro—, me alegro de estar desprovista del don. Ser un mago parece terriblemente complicado.

Todos los hombres asintieron.

Richard sonrió a Jennsen.

—Una gran cantidad de cosas en la vida son difíciles de resolver. Como lo que has estado considerando. ¿Qué has decidido?

Jennsen entrelazó las manos y dirigió la mirada a Owen, Anson y el resto de las personas que los acompañaban.

—Bueno, esto ya no es un imperio desterrado. Ya no es un imperio indefenso frente a la agresión de tiranos. Es parte del Imperio d'haraniano, ahora. Estas personas quieren lo mismo que nosotros.

»Creo que me gustaría quedarme durante un tiempo y ayudarlos a llegar a ser parte del ancho mundo, tal y como yo estoy empezando a hacer. Resulta un reto muy atractivo. Me gustaría aceptar tu sugerencia, Richard, y ayudarlos en eso.

Richard sonrió a su hermana y le pasó la mano por los hermosos cabellos rojos.

—Con una condición —añadió ella.

Richard dejó que la mano volviera a caer.

—¿Condición?

—Claro. Soy una Rahl, así que... digamos que pensaba que debería tener alguna protección adecuada. Podría ser un objetivo, ya sabes. La gente quiere matarme. A Jagang le encantaría...

Richard lanzó una carcajada a la vez que la atraía y rodeaba con un brazo para acallarla.

—Tom, siendo como eres un protector de la Casa de Rahl, te designo para proteger a mi hermana, Jennsen Rahl. Es una tarca importante y significa muchísimo para mí.

Tom enarcó una ceja.

—¿Estáis seguro, lord Rahl?

Jennsen le asestó un manotazo con el dorso de la mano.

—Por supuesto que está seguro. No lo diría a menos que estuviese seguro.

—Ya has oído a la dama —dijo Richard—. Estoy seguro.

El grandullón rubio esbozó una sonrisa juvenil.

—De acuerdo, entonces. Juro que la protegeré, lord Rahl.

Jennsen indicó vagamente atrás, a los hombres, y la ciudad, a su espalda.

—En el tiempo que llevo con ellos, se han dado cuenta de que no soy una bruja, y que *Betty* no es un espíritu guía; aunque durante un tiempo temí que pudieran estar en lo cierto respecto a *Betty*.

Richard bajó los ojos para contemplar a la cabra. *Betty* ladeó la cabeza.

—Imagino que ninguno de nosotros, excepto *Betty*, conoce la verdad de lo que se traía entre manos Nicholas.

Al oír su nombre, las orejas del animal se irguieron al frente y su cola empezó a menearse.

Jennsen palmeó la rechoncha panza de *Betty*.

—Ahora que estas personas comprenden que no soy una bruja, sino que comparto algunas de sus características, les sugerí que podía desempeñar un papel importante. —Desenvainó el cuchillo de su cinto y lo sostuvo en alto, mostrando a Richard la ornamentada “R» grabada en el mango de plata—. Sugerí ser la representante oficial de la Casa de Rahl... si tú lo apruebas.

Richard sonrió de oreja a oreja.

—Creo que ésa es una idea excelente.

—Eso sería maravilloso, Jennsen. —Kahlan señaló al este con la barbilla—. Pero no esperes demasiado para regresar a Hawton a ver a Ann y a Nathan. Serán una ayuda valiosa para asegurar que las gentes de aquí dejen de ser presa de la Orden Imperial. Ellos te ayudarán.

Jennsen retorció los dedos.

—Pero ¿no querrán marchar con vosotros dos? ¿Ayudaros?

—Ann cree que debería dirigir la vida de Richard —dijo Kahlan—. Yo no creo que algunas

de sus indicaciones hayan sido lo mejor. —Deslizó el brazo alrededor del de Richard—. El es el lord Rahl, ahora. Necesita hacer las cosas a su manera, no a la de ellos.

—Ambos se sienten responsables de nosotros —explicó Richard—. Nathan Rahl es un profeta. La profecía, debido al modo en que funciona, en realidad sí precisa equilibrio. El equilibrio de la profecía es el libre albedrío. Yo soy el equilibrio. Sé que a esos dos no les gusta, pero creo que necesito estar libre de ellos... por ahora, al menos.

»Pero hay más. Creo que es más importante que ayuden a la gente de aquí primero. Ya sabemos qué uso hará Jagang de los desprovistos del don. Creo que es vital que estas gentes de aquí, que están dispuestas a valorar y proteger la libertad que han ganado, se les proporcionen cierta orientación.

»Ann y Nathan podrán levantar defensas que ayudarán a proteger a las personas que viven aquí. También serán valiosos para enseñaros la historia que es importante que conozcáis.

Después de que Richard levantara su mochila y deslizara los brazos a través de las correas, Owen le agarró la mano.

—Gracias, lord Rahl, por mostrarme que mi vida vale la pena ser vivida.

Marilee se adelantó y lo abrazó.

—Gracias por enseñar a Owen a ser digno de mí.

Richard rió. Owen rió. Cara dedicó a Marilee una palmada en la espalda. Y luego todos los hombres rieron.

Betty se abrió paso al frente, y meneando la cola como un molinete, dejó bien claro que no quería que la dejaran fuera.

Richard se agachó y le rascó las orejas a la cabra.

—Y tú, amiga mía, a partir de ahora no quiero que dejes ningún Transponedor te use para espiar a la gente.

Betty le presionó la cabeza contra el pecho mientras él le rascaba las orejas, y lanzó un balido como para indicar que lo sentía.

34

Bajo el vasto ciclo azul y las elevadas paredes de montañas coronadas de nieve, y entre los árboles, Richard se sintió complacido de que estuvieran ya en marcha. Echaría de menos a Jennsen, pero sólo sería por un tiempo. A la muchacha le haría bien estar sola, pero a la vez entre personas que también descubrirían cómo vivir sus propias vidas en el ancho mundo. El sabía que no cambiaría por nada todo lo que había aprendido desde que había

abandonado su protegida existencia en Ciudad del Corzo. De no haber sido así, no estaría con Kahlan.

Era agradable andar y estirar las piernas. Se subió el arco más arriba en el hombro mientras avanzaban por la veteada luz solar del silencioso suelo del bosque. Tras estar tan cerca de la muerte lo encontraba todo más vivo. Los musgos parecían más exuberantes, las hojas más resplandecientes, los altísimos pinos más impresionantes.

Los ojos de Kahlan parecían más verdes, sus cabellos más suaves, su sonrisa más cálida.

A pesar de lo mucho que en una ocasión había aborrecido la idea de que había nacido con el don, en aquellos momentos se sentía aliviado por haberlo recuperado. Era parte de él, parte de quien era, parte de lo que le convertía en el individuo que era.

Kahlan le había preguntado una vez si deseaba que ella hubiese nacido sin su poder de Confesora. Él le había dicho que jamás desearía eso, porque la amaba por ser quien era. No había modo de separar las partes de una persona. Eso era negar su individualidad. Él no era diferente. Su don era parte de quien era. Sus habilidades afectaban todo lo que hacía.

El problema con su don se lo había creado él mismo. La magia de la *Espada de la Verdad* lo había ayudado a comprender eso al fallarle. Al hacerlo, le había revelado su propia incapacidad para reconocer la verdad.

Saber que volvía a estar en armonía con él y lista para defenderlo, a él y a los que amaba, era una sensación reconfortante; no porque deseara pelear, sino porque deseaba vivir.

El día era cálido y avanzaron a buena velocidad en la ascensión por el rocoso sendero que conducía al paso. Para cuando alcanzaron la cima de la quebrada que atravesaba las formidables montañas, hacía más frío, pero sin el viento cortante no resultaba desagradable.

En lo alto del paso se detuvieron para alzar la mirada hacia la estatua de Kaja-Rang, sentado donde había estado durante miles de años, totalmente solo, manteniendo la vigilancia sobre el imperio de aquellos que no podían ver el mal.

En ciertos aspectos, la estatua era un monumento al fracaso. Allí donde Kaja-Rang y los suyos no habían conseguido lograr que aquellas personas vieran la verdad, Richard lo había conseguido... pero no sin la ayuda de Kaja-Rang.

Richard posó las manos sobre el frío granito, sobre las palabras —"Talga Vassternich"— que habían ayudado a salvarle la vida.

—Gracias —musitó alzando la cabeza hacia el rostro del hombre que miraba a lo lejos, en dirección a los Pilares de la Creación, donde Richard había descubierto a su hermana.

Cara posó las manos sobre la estatua, y Richard se sorprendió al verla mirar hacia arriba y decir:

—Gracias por ayudar a salvar a lord Rahl.

Una vez iniciado el descenso del paso, cruzando primero los salientes al descubierto y descendiendo a continuación al interior de los espesos bosques, Richard oyó el grito de un papamoscas, la señal que había enseñado a Cara que les había hecho tan buen servicio.

—Sabéis —dijo Cara mientras encabezaba el descenso andando junto a un pequeño arroyo—, Anson sabe una barbaridad sobre pájaros.

Richard pasó con cuidado por entre una maraña de raíces de cedro.

—De veras.

—Sí. Mientras os recuperabais pasamos tiempo charlando.

La mord-sith posó una mano sobre la corteza fibrosa de un rojizo tronco de cedro para mantener el equilibrio, luego se echó la larga trenza rubia por encima del hombro mientras iniciaba la marcha otra vez, pasando la mano a lo largo de la trenza.

—Me felicitó por mi silbido de ave —comentó.

Richard echó una mirada a Kahlan. Esta se encogió de hombros para indicarle que no tenía ni idea de adónde quería ir a parar Cara.

—Ya te dije que lo habías aprendido bien —dijo Richard.

—Le conté que me lo habíais enseñado, que era el reclamo del halcón colicorto del pino. Anson dijo que no existía ningún pájaro llamado halcón de cola corta del pino. Dijo que el reclamo que usaba como señal, el reclamo que me enseñasteis, era el de un papamoscas común del bosque. Yo, una mord-sith, usando el reclamo de un pájaro llamado papamoscas. Imaginaos eso.

Anduvieron en silencio durante un rato.

—¿Tengo problemas? —preguntó finalmente Richard.

—Ya lo creo —respondió Cara.

Richard no pudo evitar sonreír pero se aseguró de que la mord-sith no lo viera, ni tampoco vio Cara que Kahlan volvía la cabeza por encima del hombro para ofrecer la sonrisa especial que no dedicaba a nadie más que a él.

Kahlan alzó un brazo, señalando.

—Mirad.

Entre las aberturas en las copas de los cedros, recortada en el cielo azul intenso, vieron una

criatura de puntas negras describiendo círculos muy por encima de ellos, dejándose llevar por las corrientes de aire de la montaña. Las criaturas ya no los perseguían. Aquella simplemente buscaba su cena.

—¿Qué dice el viejo dicho? —preguntó Cara—. Algo sobre que un ave de presa describiendo círculos sobre uno al inicio de un viaje es una señal de advertencia.

—Sí, eso es cierto —dijo Richard—. Pero no voy a permitir que ese viejo cuento me preocupe. Te dejaremos venir con nosotros de todos modos.

Kahlan lanzó una carcajada y recibió una severa mirada de reprimenda. Kahlan rió aún más cuando Richard también empezó a reír. Cara no pudo contenerse, y mientras giraba de nuevo hacia el sendero, Richard vio la sonrisa que se extendía por su rostro.

FIN
